
EL LOBO EN ELLA
GERTTY RUDRAW

EL LOBO EN ELLA



GERTTY RUDRAW

Copyright © 2024 - Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña literaria. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual

Este libro es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, o lugares, sucesos o localizaciones es pura coincidencia.

Creado con Vellum

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta y uno
Capítulo Treinta y dos
Capítulo Treinta y Tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo Treinta y cinco
Capítulo Treinta y seis
Capítulo Treinta y siete
Capítulo Treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo Cuarenta
Capítulo Cuarenta y uno
Capítulo Cuarenta y dos
Capítulo Cuarenta y tres

Capítulo Cuarenta y cuatro
Capítulo Cuarenta y cinco
Capítulo Cuarenta y seis
Capítulo Cuarenta y siete
Capítulo Cuarenta y ocho
Capítulo Cuarenta y nueve
Capítulo Cincuenta
Capítulo Cincuenta y uno
Capítulo Cincuenta y dos
Capítulo Cincuenta y tres
Capítulo Cincuenta y cuatro
Capítulo Cincuenta y cinco
Capítulo Cincuenta y Seis
Capítulo Cincuenta y siete
Capítulo Cincuenta y ocho
Capítulo Cincuenta y nueve
Capítulo Sesenta
Capítulo Sesenta y uno
Protector alfa inesperado
Prólogo
Capítulo 1

PRÓLOGO



MAYA

Mi vida terminó la noche que debía haber empezado, y nunca me recuperé de ello.

¿Me lo esperaba? No. Pero, por alguna razón, no me sorprendió. Supongo que formaba parte de mí y que me engañaba pensando que las cosas serían diferentes.

Aquella tarde, de pie junto a mi ventana, miraba hacia el patio, donde todos en mi manada estaban ocupados con los preparativos. Algunos cortaban troncos de madera para la hoguera que se encendería más tarde, y otros se ocupaban de que hubiera comida y bebida para todos. La casa estaba abierta de par en par y se oía música suave en el patio, acompañada de los cantos de muchos de ellos.

Arriba, en mi habitación, incluso yo cantaba. No podía evitarlo, a pesar de lo nerviosa que estaba.

Hoy era el día en que por fin me convertía en loba, y estaba aterrorizada.

Por orden natural, los hombres lobo se convertían por primera vez la noche de la primera luna llena después de su decimosexto cumpleaños. Siempre era motivo de celebración porque se consideraba el paso a la mayoría de edad, y se celebraba con mucha más pompa y fanfarria que el decimosexto cumpleaños.

Hasta ese momento, eran considerados cachorros y tratados como tales. No tenían ningún papel en la manada porque eran niños. Desde mi infancia había soñado con que llegara este momento. Envidiaba a mis compañeros cuando salían a cazar o a alguna misión bajo el liderazgo de mi padre, mientras nosotros teníamos que quedarnos atrás.

Aun así, esperé pacientemente que llegara el día. Era algo natural, y nada podría detenerlo.

Me sobresalté al escuchar que llamaban a la puerta y corrí a echarme en la cama.

—¿Quién es? —grité.

—¿Puedo pasar? —preguntó mi padre a través de la puerta.

Suspiré mientras me incorporaba de la cama.

—Sí.

El pomo giró y él asomó la cabeza, sonriendo.

—Hola, tesoro.

Lo miré, insegura, y le devolví una débil sonrisa.

Se sentó en la cama a mi lado.

—¿Qué ocurre?

Escruté su rostro de nuevo. Era un hombre atractivo, incluso con todas aquellas cicatrices, testimonio de las muchas batallas en las que lideró valientemente a nuestra manada. Era el Alfa, un hombre al que muchos temían. No había lobo que no conociera el nombre de Lockworth. Mi madre me contaba historias de cómo liberó a los lobos de la tiranía de los vampiros y los hizo huir de Nueva York. Gracias a eso, en la actualidad los lobos vivían en paz y armonía, lo que me hacía sentir muy orgullosa de él.

Pero ahora, en mi cabeza bullían tantos pensamientos que ni siquiera podía mirarle a los ojos.

—¿Estás nerviosa?

Volví a mirarle. Él siempre sabía lo que me ocurría. Intenté reírme.

—¿Nerviosa? Llevo toda la vida esperando este día. No, no estoy nerviosa —ironicé.

Se rio con ganas.

—Recuerdo el día en que me transformé por primera vez. Éramos unos seis en mi manada y huíamos de unos vampiros. Yo no estaba nervioso, tesoro, estaba aterrorizado. ¿Y si no era capaz de hacerlo? ¿Y si no pudiera proteger a mi familia? ¿Qué será de mí?

—¿Supiste responderte a esas preguntas?

—No, porque son preguntas que no necesitan respuesta. Lo que sientes es normal, te transformarás por primera vez. La sangre de una larga estirpe de lobos poderosos corre por tus venas y nada puede detenerlo. Todo lo que te preocupa sólo está en tu cabeza. Confía en el proceso y deja que la naturaleza siga su curso.

—¿Estás seguro? —pregunté, no muy convencida.

—Por supuesto. Cuando todo haya terminado, te darás cuenta de que no tenías nada que temer.

Dejé escapar otro suspiro y asentí. Podía hacerlo. Después de todo, era la hija del gran Lockworth. Nada me impediría transformarme.

Me apartó el pelo de los ojos y se levantó.

—Tienes que empezar a prepararte. Tu madre ya te ha contado como será todo, pero si necesitas ayuda, sólo tienes que llamarme. Yo estaré aquí.

Asentí.

—Estaré bien.

Sonrió y salió de la habitación. Me levanté de la cama y me acerqué de nuevo a la ventana. El sol se había ocultado tras las nubes y el crepúsculo se aproximaba.

Me puse el vestido que me había regalado mi madre. En realidad, no era un vestido, sino una especie de bata muy holgada que sólo servía para cubrir mi desnudez. La ropa ajustada dificultaba la transformación, sobre todo a las primerizas como yo y necesitaba estar lo más libre posible y, cuando me convirtiera en loba, el vestido se me caería.

Cuando oscureció del todo, salí descalza de mi habitación. El corazón me latía con fuerza, y estaba tan nerviosa que sentía que las piernas no me sostenían. Pero seguí caminando hacia el patio. Salí de la cocina, atravesé la puerta abierta y me adentré en la noche.

Al instante se elevó un fuerte cántico y todo el mundo empezó a aullar.

—¡¡Es tu momento, Maya! —gritó una voz conocida. Ella se había transformado dos años antes.

Los hombres iban con el torso desnudo, y pantalones cortos sueltos. Las mujeres llevaban sujetadores deportivos y el mismo tipo de pantalones. Conocía la tradición, esta noche me pertenecía sólo a mí. Ninguno de ellos se transformaría hasta que lo hiciera yo. Después, cuando todos hubiéramos cambiado, me llevarían a mi primera cacería. Estaba lista.

El cielo nocturno estaba despejado y la luna comenzó a asomar, lo que hizo que los latidos de mi corazón se duplicaran.

Mis padres vinieron junto a mí y me cogieron las manos.

—Recuerda lo que te dije —susurró mi padre—. Confía en el proceso.

—Mi niña. —Mi madre me acarició el cabello—. Ahora eres una loba. Este es sólo el último paso. Ya lo tienes.

No pude contenerme y los abracé, lo que aumentó el volumen de los cánticos y los aullidos llenaron la noche. Los hombres comenzaron a tocar los tambores, alguien encendió la hoguera y el patio quedó bañado por el resplandor anaranjado de las llamas.

—Lo tengo...—murmuré para mis adentros mientras pasaba junto a mis padres y me situaba a unos metros del fuego. Podía oír el crepitar de la madera mientras el calor la abandonaba y llegaba en suaves ondas hasta mi piel—. Puedo hacerlo...

Mi corazón seguía latiendo con fuerza. Apreté los puños y cerré los ojos, tratando de controlarme. El ritmo de los tambores y de los aullidos aumentó. Sentí el aire cargado de electricidad cuando me puse de pie en medio de mi manada.

Dejé escapar un último suspiro mientras abría los ojos.

Estaba preparada.

Me relajé justo cuando la luna salía de entre las nubes y sus magníficos rayos brillaron sobre el patio. Sobre mí.

Me quedé de pie, confusa al no sentir nada. Había luna llena. ¿Por qué yo no estaba…?

—¡Argh!

Grité al sentir un dolor punzante en el tobillo, tan agudo que caí de rodillas. El ritmo de los tambores se aceleró aún más y los cánticos se volvieron febriles mientras todos me observaban

con atención. Pero yo no podía verlos, porque el dolor atravesaba todo mi cuerpo.

Sentí que me encogía un poco, mientras un dolor abrasador recorría mi columna vertebral. Mi visión se volvió blanca durante un segundo y, cuando volvió, era tan clara que podía ver las grietas de las brasas ardientes que tenía ante mí. En la cara me crecían el pelo y los bigotes Me retorcí de dolor cuando mis uñas desaparecieron, y las garras sobresalieron de mis dedos de mis dedos. Mis colmillos se alargaron y sentí que la cabeza me iba a estallar.

El dolor era insoportable, agónico.

Nadie me dijo que iba a doler tanto. ¿Por qué no acababa ya?

—¡Alto! ¡Algo va mal! —el gritó de mi padre soló lejano.

Un nuevo latigazo de dolor me recorrió el cuerpo y me desvanecí. Los tambores enmudecieron y los cánticos cesaron. Fue entonces cuando me di cuenta de lo fuerte que estaba gritando.

—¿Por qué no se transforma? —Percibí el pánico en la voz de mi madre. —¿Qué está pasando?

—¡Maya! —gritó mi padre—. ¡¡Maya!! ¿Puedes oírme?

Podía, pero su voz sonaba muy lejana. ¿Cómo podría responderle a través de la neblina de dolor que sentía?

Sin embargo, una cosa estaba muy clara para mí: yo había fracasado.

No soy un lobo.

CAPÍTULO UNO



MAYA

—Necesito que pospongas mi reunión con el alcalde—ordenó Derrick por teléfono—. Coincide con el partido de béisbol de mi hijo. Cámbiala a por la tarde y avísame cuando lo hayas hecho, para poder organizarme.

—Pero...—Dejé de hablar al oír el pitido del teléfono, había colgado—. ¡Cabrón!

Maldije mientras me quitaba los auriculares y los tiraba sobre el escritorio. Estaba ordenado, como el resto de mi casa. Mi profesión me permitía trabajar desde casa y, aunque eso también suponía algunos problemas, descubrí que lo disfrutaba enormemente. En mi opinión, las ventajas superaban exponencialmente a los inconvenientes.

Me incliné hacia el monitor, estudiando con atención el *planning* semanal de Derrick. No aparecía nada sobre un partido de béisbol. El muy imbécil estaba utilizando al pobre chico para mentir. Me pregunté qué excusa le habría dado a su mujer.

Derrick no era más que otro rico hombre de negocios que creía que todo debía salir como él quería sólo porque tenía dinero. ¿Cómo demonios esperaba que yo pospusiera una reunión con el alcalde de Nueva York? Como si él no tuviera mejores cosas que hacer.

Gemí mientras giraba el cuello hacia un lado, que crujió, relajándome. Pero bueno, ¿qué sé yo? Sólo soy una asistente virtual que trata de ganarse la vida en la puta Nueva York. Una ciudad donde todo el mundo iba a por ti, y si bajabas la guardia durante demasiado tiempo, podías perderlo todo.

Aun así, Derrick era mi cliente y tenía que cumplir con él. Comencé a redactar un correo electrónico que reenvié a la secretaria del alcalde. Cuando terminé, me pasé la mano por la cara y respiré hondo. Estaba cansada.

Eché un vistazo al reloj digital que había junto a mi monitor. Eran las 19.43. Debajo, podía ver la fecha. Me aparté del escritorio y me puse en pie con un suspiro. Llevaba más de cuatro horas sentada en aquella silla y, al levantarme, mi cuerpo casi lloró de alegría. Me estiré mientras salía del estudio.

El resto de la casa era muy silencioso, como a mí me gustaba. Por eso alquilé un apartamento insonorizado con ventilación superior en el corazón de Nueva York. No quería que el ruido y la suciedad invadieran mi espacio seguro. Con mi agudizado sentido del olfato y del oído, resultaban insoportables.

Era un apartamento muy caro, pero lo pagaba con gusto, por la comodidad y porque estaba sola en el mundo. Dejé de ser un lobo la noche que no pude convertirme, la noche que mi vida se destruyó y nunca me he recuperado de ello. Porque, ¿cómo puede alguien recuperarse de algo así?

Aguanté junto a mi manada los dos años siguientes, pero en cuanto cumplí los dieciocho, hice las maletas y los abandoné, dando la espalda a todo lo que tuviera que ver con lobos. Aquella etapa de mi vida se había acabado. A partir de entonces viviría como un ser humano normal, es decir, conseguir un trabajo y ganar algo de dinero para sobrevivir.

Por desgracia, la vida no me dejó en paz. Me siguió hasta el centro de Nueva York y, cada luna llena, me recuerda lo que pude ser, pero nunca seré.

Estaba maldita, incluso antes de nacer. Sólo por ser hija de mi padre.

El linaje Lockworth fue maldecido por la bruja Akira con un hechizo que impedía que la descendencia de Lockworth alcanzara su pleno potencial de lobo. Por ello, cada vez que salía la luna llena y yo intentaba cambiar, el hechizo lo bloqueaba y me quedaba a medio camino. Una experiencia extremadamente dolorosa.

Mi padre nunca tuvo más hijos, así que soy la única que sufre la maldición. A lo largo de los años, hemos hecho todo lo posible para romperla, pero es imposible. Las brujas temen a Akira y ninguna de ellas se atrevería a deshacer algo que ella misma hizo.

Y al final, me rendí.

Acepté que tenía que seguir adelante con mi vida y hacer algo que mereciera la pena para mí.

Pero una vez al mes, cuando la luna está en su punto más alto en el cielo, volvía a cambiar y me quedaba medias. Hace unos días cumplí veinticinco años y jamás me había convertido en lobo. Todo lo que podía estar mal en mí, estaba mal.

Abrí la nevera y saqué una botella de agua. Me di cuenta entonces de que no tenía nada de comer. Necesitaba hacer la compra lo antes posible.

Había estudiado con detenimiento cuál sería el día exacto en que llegaría la próxima luna llena. Iba a ser hoy. Pero estaba preparada para ello. Resultaba doloroso, pero llevaba ocurriendo más de nueve años y ya me he acostumbrado.

En mi salón, la televisión emitía el canal de noticias sin sonido. Pasé por delante y me dirigí a la ventana. Estaba cerrada a cal y canto, para mantener el mundo al otro lado. Abrí las cortinas y observé la vida nocturna de Nueva York.

Vivía en un séptimo piso y tenía una impresionante vista de la ciudad. Sólo por eso, el apartamento ya merecía la pena.

También miré el cielo nocturno, que algunas nubes cruzaban perezosamente. La luna ya estaba saliendo. Una noche más de luna llena.

—Joder...—murmuré mientras pensaba en el dolor que estaba a punto de experimentar.

Estaba cansada. Resultaba agotador porque a mí la luna sólo me traía dolor y tormento

recordándome que, aunque provengo de los lobos, nunca seré una de ellos.

Abrí la botella que tenía en la mano y me la bebí de un trago, dejando que el agua fría recorriera mi garganta y me refrescara por dentro.

Había llegado el momento.

Cerré las cortinas justo cuando la luna escapaba de las nubes y brillaba sobre toda la ciudad.

Me quedé quieta, cerré los ojos y conté en silencio desde cinco. Cuando llegué al tres, un dolor agudo me atravesó el tobillo y me hizo caer al suelo con un grito. Siempre empezaba por el tobillo.

Me equivoqué, aún no me había acostumbrado a esto.

Volví a gritar mientras oleadas de un dolor cegador me recorrían el cuerpo. La botella se me escapó de las manos y cayó al suelo, rodando mientras yo caía de bruces. Sentí que empezaban a salirme bigotes y pelos de la piel y como si me tiraran de las orejas con unas tenazas diabólicas. Me dolía mucho la cabeza, como si mil pezuñas la pisotearan sin piedad.

Me acurruqué en el suelo mientras mi cuerpo era sacudido por espasmos de dolor. Arañé el suelo con mis garras, rezando para que todo acabara. Tenía los ojos cerrados y sentía las lágrimas quemarme los párpados.

De pronto, el dolor de cabeza desapareció y, justo detrás de mis párpados cerrados, vi un rostro. Era tan impactante y atractivo que, por un segundo, me olvidé de que sufría. Estaba de pie en la oscuridad, pero podía verlo perfectamente, como como si un foco lo iluminara sólo a él. Pero no había ninguna luz.

Sólo lo vi a él.

Un segundo después la imagen desapareció y el dolor volvió con toda su intensidad, mientras mi cuerpo se contorsionaba hasta lo imposible.

Cuando terminó, me tumbé en el suelo, mi cuerpo sacudido por los sollozos mientras el dolor remitía. Despacio, el pelaje y los bigotes desaparecieron y el dolor de cabeza pasó. Sólo me quedó un sabor amargo en la boca.

Me levanté despacio y me sequé las lágrimas con el dorso de la mano. Había terminado por este mes. Hasta el siguiente.

Al levantarme, el recuerdo de la visión volvió a mi cabeza. Aún recordaba el rostro que había aparecido en medio de mi tormento y me había aliviado. Ahora que ya no sentía dolor, podía pensar con claridad.

Sabía quién era el extraño al que vi.

Mi futuro compañero.

CAPÍTULO DOS



KANAN

Abrí los ojos y miré al techo mientras respiraba profundamente. Me incorporé de la cama y apoyé la cabeza en las manos.

«¿Qué ha sido eso?» pensé, cerrando los ojos.

Entonces la imagen volvió a aparecer en mi mente. La misma que había visto justo antes de despertarme.

Era una mujer hermosa, la más hermosa que jamás había visto. Con una espesa cabellera que le llegaba hasta los hombros y unos ojos que parecían emitir luz propia. A pesar de estar rodeada de oscuridad y vacío, pude verla con claridad, como si ella desprendiera la luz en la oscuridad.

Dejé escapar otro suspiro al darme cuenta de que había encontrado a mi compañera.

¡Por fin!

A mis veintisiete años, la visión había tardado en llegar, y empezaba a pensar que tal vez el amor y la reproducción no eran para mí. Pero supongo que los espíritus trabajaban a mi favor y sabían lo mucho que necesitaba una compañera.

Era la primera vez que la veía. Pero sabía que sería mi compañera. Zeke, mi primo, me contó que, cuando tuviera la visión, lo sabría. Como una de esas corazonadas que sabes que son ciertas.

Todos los lobos tienen un o una compañera predestinados para cada uno. Cuando llega el momento adecuado, ambos tienen una visión, que los unirá. Ahora que la he visto, tengo que encontrarla y traerla a casa.

Me levanté y estiré el cuerpo para aliviar la tensión. Sentía un pequeño dolor en el tobillo, recuerdo de la excitación de la noche anterior en casa de Zeke.

El sol de la mañana se filtraba en mi habitación a través de las cortinas. Cuando las abrí, entró una luz brillante. Podía oír el cómo otros miembros de mi manada se despertaban y comenzaban sus rutinas diarias.

Los Vicious Hounds, mi manada, es mi hogar. Lo ha sido y siempre lo será. Aunque ya no hace honor a su nombre. Hubo un tiempo en el que los éramos una manada temida por los demás lobos de la región. Éramos intrépidos y, dondequiera que fuéramos, salíamos victoriosos. Pero aquellos días de gloria acabaron con la muerte de mi padre, el antiguo Alfa, El Gran Rott.

Tras su muerte, cayó en las garras de hierro de Morellis. A nuestro nuevo Alfa no le importaba nada el legado que mi padre dejó, ni defender los valores por los que muchos lobos heroicos lucharon y murieron. Todo lo que le importaba era que los lobos a su cargo le sirvieran.

Pero las cosas iban a cambiar. Me aseguraría de ello.

Fui a ducharme. Hambriento, decidí ir a desayunar comer en casa de Zeke y mientras le contaría mi visión. Me puse una chaqueta y salí a la luz del sol.

—Kanan, échame una mano, ¿quieres? —me pidió alguien pasar.

Era Tabitha, que estaba luchando con un grueso tronco de madera.

—¿No es demasiado pronto para esto? —pregunté mientras con una mano lo levantaba con facilidad y lo arrojaba a su sitio.

—Lo necesito para preparar un ungüento —respondió mientras se limpiaba la suciedad de la frente—. Morellis ha vuelto a llamar a Stefan. Si sigue así, estará herido cuando vuelva.

Dejé escapar un suspiro de tristeza. Morellis estaba convirtiendo aquello en una costumbre. Enviaba lobos a misiones peligrosas, y se negaba a contarle a nadie cuáles eran sus planes. Las misiones solían ser alto secreto, pero los lobos siempre acababan gravemente heridos.

Jamás me pidió que yo fuera a una de ellas. Sabía que yo no aceptaría.

—¿Y Stefan no te ha contado qué debe hacer?

Tabitha negó con la cabeza.

—No dirá ni una palabra.

—No te preocupes —traté de calmarla. No se me ocurrió qué más podía decirle para que se sintiera mejor.

Morellis era como una carga para esta manada, un tumor que había que extirpar. Ocupó el lugar de mi padre sólo porque en aquel momento era el más fuerte. Con el tiempo, intimidó y asustó al resto de la manada, y ahora nadie se atrevería a desafiarle.

Pero todo eso estaba a punto de cambiar.

Me abrí paso por el terreno accidentado hasta que vi la casa de Zeke. Subí corriendo en el corto tramo de escaleras, mis botas resonando con fuerza en el suelo de madera. Llamé a la puerta.

—¿Quién es? —le oí preguntar.

—Soy yo, abre.

La puerta se abrió y mi primo me miró, sorprendido.

—¿No es demasiado temprano para que andes por ahí? —Se rascó la mandíbula mientras retrocedía para que yo entrara—. Deberías estar todavía en la cama.

—¿De qué hablas? ¡Ya ha salido el sol! Además, me muero de hambre.

Me dirigí al salón y me dejé caer en el sofá. Un olor delicioso flotaba en el aire.

Zeke era un hombre muy grande, y cuando se convirtió, lo hizo en un lobo gigantesco. Crecimos juntos después de que su padre, mi tío, muriera durante un altercado con una manada rival. Era como un hermano mayor para mí, y me ayudaba en todo lo que necesitaba.

Parecía somnoliento mientras arrastraba una silla de la mesa del comedor hasta donde yo estaba sentado y se dejaba caer en ella.

—Betty está preparando algo ahora mismo —dijo. Betty era su compañera, y tenían una hija juntos—. Podrías haber esperado hasta que termináramos de comer, ¿sabes?

—¡Claro que no! —repliqué con una risita—. Con el hambre que tengo podría comerme un caballo.

—Eres un lobo, ¿qué esperabas?

Inspiré.

—Zeke, por fin ha ocurrido.

—¿Qué? —respondió distraído rascándose el estómago. De pronto se detuvo y fijó su mirada en mí—. ¿Has tenido la visión?

Asentí para contárselo, pero me detuve al notar su expresión.

—No pareces feliz por mí.

Sus ojos se oscurecieron mientras se colocaba la camisa. Se removió en la silla

—Kanan, no es que no me alegre. Pero, para ti, el problema no es conseguir compañera, sino lo que viene después. Eso es lo que me asusta.

Me recosté en el sofá.

—Vamos, Zeke, estaré bien.

—¿Alguna vez te has preguntado cómo habría sido tu vida si tu padre no hubiera sido el Alfa? Quizá fueras un lobo más de la manada. Lo que quizá habría sido mejor, porque no llevarías un peso tan grande sobre tus hombros.

—Es el peso que he elegido llevar, por mi pueblo.

—Lo sé, y eso es lo que me asusta. Otros lobos buscan compañera para reproducirse y tener compañía, pero tú la quieres para poder desafiar al Alfa actual. Cada decisión que tomas no es por ti, sino por la manada.

—No puedo evitarlo, Zeke. Es lo que soy.

Y de hecho era quien soy. Normalmente, un lobo soltero no podía ser el Alfa. Y, para desafiarlo, necesitaba una compañera. A los lobos que no la tenían no se los tomaba en serio en la manada cuando se trataba de tomar decisiones importantes. Sí, eras un lobo y parte de la manada, pero cuando se trataba de cosas como llamar al Alfa descarriado al orden, tu opinión no importaba.

Desde el principio manifesté mi descontento por la forma en que Morellis nos trataba. Vicious Hounds no era un juguete que pudiera usar a su antojo. Pero como yo no tenía compañera, él

nunca hacía caso de lo que yo le decía y los demás lobos no intervenían. Por eso continuaba siendo tan poderoso.

Ahora que he tenido la visión, traeré a mi compañera a casa y desafiaré a Morellis. Yo seré quien rescate a Vicious Hounds de su tiránico gobierno.

Se hizo un silencio.

—¿Y quién es ella? ¿La conozco?

Negué con la cabeza.

—No, jamás la había visto antes.

—¿No pertenece a esta manada?

—No.

Zeke se puso de pie.

—Esto no me gusta, tío. ¿Aceptará venir aquí sabiendo lo que planeas? No le dirás que estás planeando empezar una guerra, ¿verdad?

—¡Por supuesto que lo haré! Y no es una guerra. Sólo quiero retar a Morellis a un duelo, eso es todo. No hay necesidad de exagerar.

—¿Crees que sus leales lo permitirán? Creo que les ha prometido algo. He oído rumores de que está preparando algo especial para los lobos que se unan a él. Y ellos lucharán contra ti.

—Lástima, entonces yo tendré que luchar contra ellos.

Zeke cerró los ojos y volvió a sentarse:

—Creo que confías demasiado en tus capacidades. Rezo para que no te maten por eso. ¿Cuál es tu plan?

Lo medité un momento y me di cuenta de que no tenía ninguno.

—Iré a casa de Morellis cuando termine aquí.

—¿Para contarle lo de la compañera? —ladró Zeke—. ¿Has perdido la puta cabeza?

—Ya conoces las reglas. Tengo que dejar la manada por un tiempo, y debo decírselo. No quiero ningún problema. Si no lo hago, dirá que soy un rebelde, y no puedo permitirlo.

—Kanan, Morellis sabe que no lo apruebas. Decírselo equivale a declararle la guerra.

Me reí entre dientes.

—Bueno, supongo que tendrás esa guerra de la que hablabas.

Justo entonces, las cortinas se abrieron y apareció Betty.

—Hola Kanan.

—Hola Betty, ¿cómo estás?

Betty era una mujer hermosa, tenía una complexión musculosa y todos sus rasgos eran duros y marcados. Amaba a mi primo y él también la adoraba. Juntos habían formado un maravilloso hogar. Jamás oí que la visión pudiera equivocarse. Los compañeros unidos por el destino siempre acaban siendo felices el uno con el otro.

—El desayuno está listo, podéis venir al comedor —dijo ella.

—Gracias a los espíritus —murmuró Zeke irritado—. Al menos me olvidaré por un rato de ese temerario plan tuyo.

Me moría de hambre y disfruté con la comida que me sirvió Betty. Desayunamos todos juntos, incluida su hija Scarlet. Tenía ocho años y unos ojos brillantes, inteligentes, que nunca se perdían nada.

No hablamos mucho durante la comida, a Betty no le gustaba. Cuando terminé el desayuno, estaba listo para ir a casa de Morellis. Zeke me acompañó hasta la puerta principal.

—Supongo que nada de lo que diga te hará cambiar de opinión —suspiró, preocupado.

—Correcto.

—Ten cuidado. Morellis no es un lobo fácil de tratar, no te confíes.

Asentí.

—Estaré bien. Deberías confiar más en mí.

Me puse de nuevo en marcha. El sol estaba alto en el cielo y hacía mucho calor, pero estaba acostumbrado.

Morellis vivía en el límite de nuestra Capital, la tierra por la que mi padre había luchado y derramado su sangre. Si el gran Rott no hubiera librado todas esas batallas, Morellis no actuaría como lo hacía.

A medida que me adentraba en la capital, las calles estaban más tranquilas. En aquellas zonas se sentía el peso del gobierno de Morellis, tanto que casi podía olerse en el aire. Las puertas estaban cerradas con llave y las ventanas atrancadas, como si fueran vampiros y no hombres lobo. Si agudizaba el oído, podía escuchar la vida que se desarrollaban en el interior de las casas, aunque todos hacían lo posible por pasar desapercibidos. ¿Cómo podía su gente tener miedo de vivir en sus propias casas?

La de Morellis no era difícil de encontrar. Todo el mundo conocía aquel dúplex que construyó tras convertirse en el Alfa.

Había dos lobos montando guardia a la entrada de la casa. Los miré con desprecio. Nos sabía quién era peor, si ellos, que habían elegido trabajar para un tirano o el propio Morellis, que utilizaba a su propia manada para su seguridad. ¿De qué tenía miedo?

Ellos me cortaron el paso.

—Vengo a ver a Morellis —dije.

—¿Para qué? —preguntó uno de ellos.

—Eso no es asunto tuyo —respondí empujándolos con fuerza, hasta hacerlos retroceder.

Entré en el amplio y espacioso dúplex. Encontré a Morellis en una enorme sala, sentado en aquel gran sillón que había erigido en su trono, hablando con el lobo que estaba junto a él.

El Alfa resultaba amenazador, con aquella oscuridad que lo envolvía, suficiente para infundir miedo en los demás. Pero no en mí

Los guardias se abalanzaron sobre mí e intentaron sujetarme, pero él levantó la mano y se detuvieron. Volvieron a sus puestos sin quitarme el ojo de encima.

Morellis retomó su conversación. Hablaban en susurros y yo apenas oía nada, a pesar de tener el oído muy fino. De todo lo que dijeron, una palabra me llamó la atención.

Akira.

«¿Por qué hablan de ella?», me pregunté mientras el otro lobo se alejaba y desaparecía en una de las habitaciones.

—¿Qué te trae por aquí, Kanan? —preguntó Morellis.

—He conocido a mi compañera en una visión —respondí—. Vengo a informarte que estaré fuera por un tiempo, hasta encontrarla.

—Entonces, ¿no es de nuestra manada?

Negué con la cabeza.

—No, pero la encontraré…

—No —interrumpió con brusquedad.

—¿Qué? —repliqué, cerrando los puños con rabia.

—¿Estás sordo? ¡He dicho que no! No permitiré que traigas un lobo de una manada extraña a Vicious Hounds.

—¡Es mi compañera! —protesté—. Sabes que ella también me ha visto.

—Me da igual. Busca otra compañera dentro de la manada.

—No he venido a pedirte permiso, Morellis —repliqué con voz ronca por la ira—. Tan sólo a informarte de que voy a salir en busca de ella. Y no puedes detenerme.

Me miró desde su trono y dejó escapar un suspiro.

—Lo siento, pero me temo que no.

Alguien detrás de mí me golpeó con fuerza en la nuca. Caí al suelo y mi cabeza se estrelló contra las baldosas. Me levanté mientras giraba sobre mí mismo, enfurecido.

Mi visión se agudizó, mis colmillos sobresalieron al mismo tiempo que mis garras, y me lancé contra mi atacante.

Lo cogí por el cuello y lo lancé al otro lado de la habitación. Chocó contra una estantería y cayó

al suelo, cojeando.

Otro lobo se lanzó sobre mí desde mi derecha y me tiró al suelo. Mientras rodábamos lo empujé con fuerza, haciendo que se estrellara contra una de las mesas. Me puse en pie, aullando de rabia, dispuesto a seguir luchando, cuando un fuerte latigazo restalló contra mi espalda.

—¡Argh! —grité al sentir aquel enorme dolor.

Salí volando por la habitación y me estrellé contra la pared. Mi visión se volvió borrosa mientras trataba de ponerme en pie, pero pude distinguir a Morellis, de pie delante de mí, con un látigo en la mano. Y no un látigo cualquiera.

Cuando intenté avanzar hacia él, me golpeó de nuevo.

El látigo voló por los aires y se enredó alrededor de mi cuello, apretándome hasta asfixiarme. Intenté arrancármelo, pero otros lobos me empujaron e inmovilizaron los brazos.

Aullé de dolor y rabia mientras caía de rodillas. Mi visión empezó a oscurecerse y Morellis se volvió borroso.

Caí al suelo.

Y de pronto todo se oscureció.

CAPÍTULO TRES

MAYA

A la mañana siguiente, mi mente era un caos. Acabé durmiendo en el sofá sin dejar de darle vueltas al hombre de mi visión.

Me incorporé cuando la luz del sol entró en mi salón a través de las rendijas de la cortina. Un rayo de luz me dio en la cara y tuve que apartarme. Dejé escapar un leve bostezo mientras me estiraba, tratando de relajar la tensión de los músculos.

Miré la hora en el móvil. Eran poco menos de las diez de la mañana. Otra de las ventajas de trabajar desde casa era que podía elegir mi horario, por lo que podía despertarme cuando quisiera.

Hoy tendría que hacer malabarismos. Aún no había recibido respuesta de la secretaria del alcalde, y no sabía si la cena tendría lugar.

Dejé escapar un suspiro mientras me levantaba, débil y agotada. Era lo habitual cada mañana después de la luna llena. La media transformación siempre me dejaba hecha polvo, aunque la sensación remitía en los días siguientes. Ya estaba acostumbrada a ello; sabía cómo manejarlo.

Ahora debía seguir con mi vida. Al menos hasta la próxima luna llena.

Fui a ducharme. Trabajar desde casa no significa no seguir las normas básicas de higiene. Yo, cada día, me duchaba y me vestía como si tuviera que salir hacia mi oficina al otro lado de la ciudad. Al poco de comenzar a trabajar descubrí que hacerlo me ponía en el estado de ánimo adecuado para comenzar mi jornada y hacer frente al estrés que me provocaban mis clientes.

De pie bajo la ducha, dejé que el agua fría corriera sobre mí mientras trataba de encontrar una solución. ¿Cómo iba a convencer al alcalde de que pospusiera la cena para hoy? ¿Y si no quería hacerlo?

Me lavé bien el pelo y me lo envolví en una toalla, luego me dirigí al lavabo. Cuando iba a coger el cepillo de dientes, me detuve al ver mi reflejo. Al hacerlo, la imagen del hombre volvió a mi mente.

Aunque era un completo desconocido, yo sabía muy bien lo que significaba. Era mi compañero, destinado para mí. Estaba segura de que ya habría salido en mi busca, y sólo podía rezar para que no encontrara el camino hasta aquí.

Aunque era estúpido desearlo. Jamás oí hablar de alguna pareja predestinada que no se

encontraran. Muy al contrario, la naturaleza se esforzaba por unirlos. Mientras un lobo confiara en su instinto y saliera en busca de su pareja, la encontraría. Aunque ninguno de los dos supiera donde estaba el otro.

Cualquiera de los miembros de la pareja podría salir a buscar al otro, es decir, yo podría elegir buscarlo tanto como él a mí. Pero yo, por mi parte, no iba a hacerlo. Es una parte de la vida de lobo que quiero dejar atrás.

Creía que la maldición de Akira también bloquearía esto. ¿Por qué no había sido así? ¿O lo había hecho a propósito, para herirme aún más?

No podía transformarme completamente en lobo. Esto significa que no era ni un ser humano ni un lobo. ¿Quién querría estar conmigo? Mi vida sentimental era nula, porque no podía salir con humanos sin contarles que era una mujer loba, y el único lobo con el que podía tener una relación seria era el que había visto en mi visión. El que estaba predestinado para mí.

¿Qué haría al darse cuenta de que yo no era un lobo de verdad? ¿Qué clase de lobo querría un compañero que no puede transformarse? Esa era una de las muchas razones por las que elegí dejar atrás esa vida. Sólo quería estar sola. ¿Por qué me ocurría esto? ¿Qué había hecho yo para merecer algo así? No puedo estar con lobos y tampoco con humanos. ¿Estoy condenada a morir sola?

—¡Joder! —murmuré, angustiada, mientras salía desnuda del baño y entraba en mi vestidor. Elegí una blusa con brillos, porque aquella mañana tendría que hacer al menos tres videollamadas y quería estar elegante y sentirme segura de mí misma.

Mientras me vestía, no quitaba ojo al reloj. Corrí a la cocina, pero no tenía comida en los armarios. La nevera también estaba vacía. Tenía que ir al supermercado a hacer la compra.

Tras mucho buscar, encontré una pequeña barra de pan. La cogí, cogí junto con la lata de mantequilla de cacahuete, y me la llevé al salón, donde desayuné viendo la televisión, aunque no había nada interesante.

Una hora más tarde, me acomodé en la silla y encendí el ordenador. Hora de ponerme a trabajar.

Mientras se cargaba, me pregunté si debía contarle a mi padre lo de mi visión. Pero él se entusiasmaría e incluso me animaría a ir en su busca.

—No...—Sacudí la cabeza mientras tecleaba mi contraseña. Justo por eso, no podía decírselo. Además, hacía tiempo que no lo veía.

La última vez que estuve con él fue en mi vigésimo cumpleaños, cinco años atrás. Desde entonces, dejé de tener contacto con él. El continuó tratando de reconectar conmigo, pero yo no quería derribar el muro que se había alzado entre los dos.

Crecer como una loba que no podía convertirse, en una manada tan prestigiosa como la mía, siendo mi padre el Alfa, fue realmente duro. Tuve que luchar contra todas mis inseguridades, no podía soportar la vergüenza y el dolor, y lo peor de todo, ¡no podía quitarme la idea de que había de que estaba decepcionado al gran Lockworth!

No fue culpa mía, lo sé. No tuve nada que ver con la maldición que la bruja Akira lanzó sobre mi padre años antes de que yo fuera concebida. Pero tengo que admitir que, como hija de un Alfa,

todos tenían ciertas expectativas sobre mí. Pero aquella fatídica noche de hacía nueve años todo se hizo añicos.

Durante semanas no fui capaz de salir de casa. Me quedé en mi habitación, llorando sobre mi almohada. La única cosa en la que se suponía que debía ser fuerte, ser la mejor, y no podía hacerlo.

Cuando me decidía a salir, podía sentir los ojos de todos los lobos sobre mí.

—¡Mira a la hija de Lockworth, ni siquiera ha podido transformarse! —cuchicheaban.

Pero lo peor de todo era notar que me compadecían. Lo veía en todo lo que hacían, en que me trataran con aquel cuidado, como si yo fuera de cristal y ellos tuvieran miedo de romperme. Como si intentaran hacerme sentir mejor por no poder transformarme. Y el peor de todos era mi padre.

Llegó un momento en que no pude soportarlo, y comencé a aislarme y a apartarme de todos.

Tuve que aceptar que la vida no había sido justa conmigo. ¿Qué le había hecho yo a Akira? ¿Por qué mi padre estaba maldito mientras yo sufría las consecuencias? Él no tuvo que cambiar nada, se limitó a seguir con vida como como Alfa y compañero. Era tan injusto que me hervía la sangre cada vez que pensaba en ello o veía a cualquier lobo.

No merecía lo que me estaba pasando, pero eso no impidió que sucediera. Yo era la hija del gran Lockworth, y mírame ahora. Era patética.

Fallé como loba. Y fallé como hija.

Soy un fracaso.

—Oh, cierra la puta boca Maya...—gruñí en voz baja.

Odiaba acordarme de mi manada, porque siempre me hacía tener pensamientos negativos sobre mí misma, algo nada saludable para mí, que intentaba sanar tras casi una década de sufrimiento.

Por eso abandoné la manada y vine a vivir aquí, y por eso sabía que me quedaría sola. Tener un compañero no cambiaba nada porque, en cuanto cuando se diera cuenta de mi defecto, sentiría lástima por mí y después saldría corriendo a toda velocidad, para no tener que cargar con un lastre como yo. Que es lo que yo sería si alguien fuera tan tonto como para elegirme como compañera.

Estaba sola en este mundo, pero ya me había costumbrado.

Me enderecé en el asiento y sacudí la cabeza para alejar aquellos pensamientos. Tenía que centrarme en mi trabajo, que pagaba las facturas y no en sentir lástima por mí misma.

Abrí el correo electrónico y lo actualicé para ver si había respuesta de la secretaria del alcalde. Había respondido a mi mensaje.

Estaba a punto de abrirlo cuando me fijé en el que había debajo. Era de mi padre. Nerviosa, puse el ratón sobre el correo, preguntándome si debía abrirlo.

Ese era el único contacto que podía mantener conmigo, porque le bloqueé todo acceso a mí. Por

eso, de cuando en cuando, me enviaba un mensaje. La última vez fue en por cumpleaños. Me deseó un feliz cumpleaños y me dijo que le encantaría venir y poder pasar un buen rato juntos.

Pero me negué. Entendía que lo intentara, pero aún no estaba preparada para enfrentarme a él. Pensar en él me recordaba todo lo que yo no era.

Así que, como respuesta, le contesté, «Gracias. Pero no hace falta que vengas».

Él no sabe dónde vivo, porque yo no se lo he dicho a nadie. Aunque, siendo realistas, supongo que lo sabe. Nada puede permanecer mucho tiempo fuera del conocimiento de mi padre.

Con un profundo suspiro, ignoré el correo y abrí el de la secretaria del alcalde. Era breve y directo. Decía que el alcalde no podría reunirse aquella tarde porque ya la tenía reservada para otra reunión con el Gobernador. Si mi cliente no podía acudir a la reunión como habían acordado, tendrían que aplazarla.

—¡Joder! —grité, frustrada, deseando poder agarrar a Derrick por las orejas y golpearle la cabeza contra mi escritorio.

La reunión no podía aplazarse. Yo sabía lo apretada que era la agenda del alcalde y, si no la reunión no se celebra hoy, habría que esperar hasta el mes que viene o incluso más. Imposible.

Dejé escapar un profundo suspiro mientras giraba el cuello a izquierda y derecha y flexionaba los dedos. Marqué el número de Derrick mientras respondía a la secretaria.

Iba a solucionar esto como fuera.

CAPÍTULO CUATRO

KANAN

Cuando abrí los ojos, estaba encerrado en una de las celdas de Morellis.

—¡Mierda! —grité poniéndome en pie.

Era una estancia diminuta, sin espacio siquiera para hacer mis necesidades. Sólo tenía un pequeño ventanuco, atrancado para evitar que escaparan por él. La única puerta estaba bien cerrada y custodiada por quienquiera que Morellis hubiera designado para ello.

Por lo que sé, Morellis era el primer Alfa que decidió construir una prisión sólo para encerrar a los miembros de su manada. Era la primera vez que estaba allí, y era terrible.

«¿Por qué me ha hecho esto?», me pregunté.

—¡Eh! —grité acercándome a la puerta—. ¿Hay alguien ahí?

La empujé con fuerza, haciendo sonar sus goznes.

—¡Sacadme de aquí, joder!

No obtuve respuesta. Abatido, me deslicé por la pared y me senté en el suelo.

Sabía lo que pretendía Morellis: silenciarme incluso antes de que yo pudiera alzar mi voz. Él sabía que, una vez que yo encontrara a mi compañera, ya nada me impediría desafiarle.

¿Tanto miedo tenía de batirse en duelo conmigo? ¿Por qué? Era muy capaz de defenderse y no conocía el miedo. Entonces, ¿por qué?

Recordé el latigazo que me dio, mucho más doloroso que lo que debería doler un látigo normal. Ahora que lo pensaba, considerando todo su secretismo, caí en que mi Alfa estaba incursionando en la magia.

—Mierda...— murmuré, dejando caer la cabeza entre las manos, preocupado.

¿Qué estaría tramando? Estaba seguro de que su interés por la magia no se limitaba a aquel látigo, sino que iba mucho más allá. Pero ¿qué?

Algo se avecinaba, algo grande. Y si Morellis estaba en el centro de todo, no sería bueno para la manada.

—Tengo que salir de aquí —murmuré, mirando a mi alrededor.

Busqué algo que me ayudara a escapar, pero no vi nada. La celda estaba vacía. Me acerqué de nuevo a la puerta y la sacudí con fuerza. Era firme y estaba bien asegurada. Mi fuerza era inútil contra ella.

—Maldito bastardo —maldije con rabia.

Había tenido cuidado en construir celdas de las que fuera imposible escapar.

Entonces oí abrirse otra puerta y voces apagadas de alguien que entraba.

—Está aquí —dijo uno de ellos, al que reconocí enseguida como Pascal, uno de los leales a Morellis—. En esa celda de ahí. No permitas que escape.

—¿Por qué iba a hacerlo? —replicó otro, burlón—. No te preocupes. Ve a hacer lo que tengas que hacer. Cuando vuelvas, Kanan seguirá en su celda.

—Créeme, no estoy preocupado. Si algo le pasa al prisionero del Alfa, serás tú quien se preocupe —replicó Pascal con frialdad—. Me voy.

Prisionero... la palabra resonó en mi cabeza mientras apretaba los puños. ¿En eso me había convertido? ¿En un maldito prisionero?

Volví a oír cómo se abría la puerta y Pascal salía.

—Maldito gilipollas —masculló el lobo que se había quedado allí—. ¿Quién no sabe vigilar a un prisionero? No se me valora en absoluto.

Oí sus pasos cuando empezó a caminar hacía mi celda. El corazón me retumbó en el pecho. Era mi oportunidad de escapar, pero ¿cómo?

—¡Hola, Kanan! —llamó mientras se acercaba—. ¿Qué te parecen nuestras instalaciones?

Recorrí de nuevo la celda con la mirada, buscando una última ráfaga de inspiración. Entonces la tuve.

Cuando el lobo se acercó, me quité los pantalones y corrí hacia el ventanuco. Até una de las perneras a uno de los barrotes.

—Kanan...—llamó el lobo de nuevo—. ¿Por qué estás tan callado?

Me aseguré de que el nudo estuviera bien apretado y sujeto, luego miré hacia la puerta mientras sus pasos se acercaban cada vez más.

Respiré hondo mientras cogía la otra pernera del pantalón y me la ataba al cuello. No lo apreté demasiado, ya que mi plan no era dejarme inconsciente. Sólo necesitaba que fuera convincente. Estaba atándomelo al cuello cuando se detuvo ante mi puerta.

—Mierda —maldije en voz baja mientras él deslizaba el tabique para poder mirar dentro.

Me puse de puntillas y me recosté contra la pared.

Lo único que iba a ver era un cuerpo atado a una cuerda improvisada. Lo primero que se le pasaría por la cabeza sería el suicidio. Y al apoyarme contra la pared, pude mantenerme en pie.

—¡Joder! —gritó, espantado—. ¿Qué has hecho, Kanan?

Me quedé quieto mientras oía el tintineo de las llaves en sus manos al abrir la puerta, nervioso. Cuando oí el primer clic, me quedé inmóvil y así seguí cuando giró el pomo y entró corriendo en la habitación.

—¡Maldito bastardo! —gritó con voz ronca mientras trataba de izar mi cuerpo—. ¿Quieres que Morellis me mate? ¡No vas a morir en mi guardia!

—No. Yo no.

Abrió los ojos sobresaltado cuando me giré hacia él. Fue entonces cuando se dio cuenta de que el pantalón estaba suelto y que no había podido romperme el cuello. Supo entonces que se la habían jugado.

—Maldito...—comenzó, pero le hice callar cogiéndolo por la garganta, lo que le hizo retroceder.

Cayó contra la pared, los ojos fijos en mí mientras se la masajeaba.

—Me voy. Eres miembro de Vicious Hounds, no me hagas pelear contigo —dije.

—¡No te irás de aquí! —gritó, lanzándose hacia mí.

Lo esquivé y lo agarré por el cuello de nuevo.

—Lo siento, tuviste tu oportunidad...—dije entre dientes antes de lanzarlo de nuevo contra la pared. Impacto con ella y se desplomó en el suelo.

Con esfuerzo, volvió a levantarse y corrió de nuevo hacia mí. Me aparté de un salto, le di un fuerte puñetazo en la mandíbula y lo tiré al suelo. Lo cogí por el cuello y lo lancé contra la pared una vez más.

Voló por los aires y se estrelló contra la ventana antes de caer al suelo.

Me acerqué a él, lo puse en pie y le asesté un par de fuertes puñetazos. Después agarré la pernera de mi pantalón, que aún colgaba de la barra, y se la pasé por el cuello para estrangularlo.

Arañó y se retorció, luchando por soltarse, pero lo inmovilicé con la rodilla contra la pared mientras tiraba del pantalón. Sus ojos brillaban y sus colmillos sobresalían mientras intentaba zafarse de mí, pero no me moví ni un milímetro.

Forcejeamos durante algo más de un minuto hasta que su cuerpo quedó inerte. Le quité la pernera del pantalón del cuello y lo dejé caer al suelo.

—Mierda —maldije con rabia—. Esto no tendría por qué haber pasado.

Desaté el pantalón de la barra y me lo puse. Miré al lobo tendido en el suelo antes de marcharme, Su pecho subía y bajaba, aunque seguía inconsciente. Le quité las llaves y cerré la celda al salir.

En la sala exterior, donde él había estado hablando con Pascal, no había nadie. Sabía que este no tardaría en volver, pero, para entonces, yo ya estaría muy lejos.

Eché a correr hacia casa de Zeke.

—¡Lo sabía, joder! —gritó cuando le conté lo ocurrido—No tardará en venir a buscarte.

—Lo sé, pero no estaré aquí. Voy a buscar a mi compañera. Cuando la encuentre, volveremos juntos y le retaré.

—Kanan —murmuró Zeke, preocupado—. Sabes que si te, te considerarán un rebelde, ¿verdad?

Respiré hondo.

—Lo he intentado por las buenas y me han encarcelado. Sabe que voy a por él, y no puede permitirlo. Su reino del terror está llegando a su fin, puedo sentirlo.

—Mierda— murmuró Zeke. Entró en su dormitorio y salió con una bolsa—. Con esto tendrás provisiones para unos días. Llévate el jaguar. —Me lanzó las llave del coche.

Las cogí con habilidad, sonriendo sin poder evitarlo, a pesar de la situación.

—¿Cuándo has empaquetado esto?

—Cuando me dijiste que ibas a contarle a Morellis lo de tu compañera. Sabía que ibas a volver de una forma u otra, como un rebelde o como un lobo muerto. Gracias a los espíritus que es lo primero. Ahora, fuera de aquí.

—Gracias, de verdad. Sé lo que el coche significa para ti.

—¿El coche? ¿Te has vuelto loco? Eres mi familia. Si no fuera por Betty y la niña, me iría contigo. Hace tiempo que no vivía una aventura así. —Su sonrisa se atenuó—. Por favor, Kanan, ten cuidado.

—Lo tendré —prometí mientras cogía la bolsa—. Despídeme de Betty y tu hija. Volveré.

Salí del apartamento y me dirigí al lado del edificio donde estaba aparcado el jaguar. Era una antigüedad y había pertenecido al padre de Zeke, mi tío. Nos había llevado en él muchas veces y conocía bien el coche.

Me subí, arranqué el motor y unos minutos después conducía en dirección a la ciudad. Allí era donde mi instinto me decía que encontraría a mi compañera, y lo seguí.

Lo único que quería evitar había sucedido, me había vuelto un renegado. Pero eso no iba a detenerme. Nada lo haría.

—Voy a por ti, Morellis —prometí pisando a fondo el acelerador y aumentando la velocidad—. ¡Prepárate para cuando vuelva!

CAPÍTULO CINCO



MAYA

Me quedé de pie delante la tienda, con las manos metidas en los bolsillos de la sudadera mientras observaba el interior a través de las ventanas de cristal. Necesitaba asegurarme de que no estaba abarrotado antes de entrar.

No me gustan los sitios con mucha gente. El olor, el ruido y todo lo demás me estresaban y me entraban ganas de agarrar a uno de ellos por el cuello y estamparle la cabeza contra la pared.

Por eso prefería comprar por la noche. Por fortuna, esta tienda funcionaba veinticuatro horas al día, siete días a la semana, y como tal, siempre estaba abierta. El dueño ya me conocía muy bien y sabía a qué horas compraba. Prefería hacerlo por la noche, cuando había menos gente. Al mirar, vi que el local estaba casi vacío.

Asentí con la cabeza, empujé la puerta y entré.

Me sorprendió el cambio brusco de temperatura. Hacía un poco de frío, pero dentro hacía mucho calor, aunque no tanto como para quitarme la sudadera con capucha. La necesitaría cuando volviera a salir.

Sonreí al guardia de seguridad, un hombre de mediana edad que siempre tenía una sonrisa para mí. Una vez comentó que solo me veía de noche.

—Igual que un vampiro —dijo con una carcajada.

Me reí con él. No era más que un humano, y había visto demasiadas películas.

Los humanos vivían en una feliz ignorancia de nuestra existencia, convencidos de que eran los dueños del mundo, con sus curiosas teorías que explicaban cada cosa sobrenatural que ocurría.

Como la Gran Guerra que hizo huir a los vampiros de Nueva York o las posteriores que estallaron entre manadas de lobos para reclamar su territorio. Por cada tres humanos que existían, había un lobo, un vampiro y una bruja. Estábamos por todas partes, pero preferían ignorarlo.

Hasta ahora, no nos quejábamos. Estaba segura de que, el día que por fin aceptaran nuestra existencia, el mundo se acabaría.

Cogí un carrito y lo empujé ante mí mientras me dirigía hacia los pasillos. Sabía dónde estaba cada cosa. Sólo tenía que ir hasta allí y cogerlas.

Llevaba demasiado tiempo posponiendo hacer la compra. Si no quería morirme de hambre, más

me valía reponer provisiones.

Mientras cogía el tarro de leche, eché un vistazo a un pequeño televisor encastrado en la pared, que emitía las últimas noticias de la noche. Mostraban un vídeo del alcalde y el gobernador posando para las fotos tras una reunión a puerta cerrada.

—Vaya...—murmuré al recordar mi conversación con la secretaria—. Así que era cierto. No me extraña que no pudiera cambiar la cita.

Pese a todos mis intentos, no accedió a cambiar la hora. La había fijado para la mañana y sería por la mañana. Informé a Derrick, que tampoco me ayudó. Se comportó como un capullo e insistió en que la reunión tenía que ser por la noche.

Continuó contándome lo ocupado que estaba en el seminario de su hijo.

—Creí que habías dicho que era un partido de béisbol —repliqué, consciente de que le había pillado en una mentira.

—Bueno, has oído mal. Ahora mismo estoy en el seminario de mi hijo y cada segundo que paso hablando contigo es un segundo que pierdo de estar con él.

Hubiera jurado oír la voz de una mujer de fondo. De todos modos, no me importaba. No era mi marido, así que me daba igual.

—Mira, no te voy a mentir —repliqué, exasperada—. El alcalde no cenará contigo, porque tiene una reunión con el Gobernador. A nadie se le ocurriría cancelarla.

—Joder —replicó—. Bueno, por eso eres mi ayudante. Piensa en algo, ¿vale?

Y colgó.

Si hubiera estado aquí conmigo, le habría rodeado su grueso cuello con las manos hasta que se le escapara el último aliento. Quizá incluso habría disfrutado viéndole luchar, y, sobre todo, ver su mirada mientras la vida se le escapaba poco a poco.

Pero no era más que una fantasía. Necesitaba el dinero y, hasta ahora, él era mi mejor cliente.

Tras una hora de mensajes entre la secretaria y yo, conseguí trasladar la reunión al mediodía. Así, en vez de desayunar, el alcalde y Derrick almorzarían.

Me alegré de esa pequeña victoria y se lo comuniqué a Derrick para que lo supiera.

Después de eso, hice una reserva a su nombre, y comuniqué al restaurante que uno de los comensales era una de las personas más importantes de la ciudad.

Gracias a eso, para cuando el alcalde y mi cliente estaban en su reunión, yo ya estaba coordinando un seminario otro de mis clientes, que recorría el mundo y daba discursos motivacionales.

Pensándolo bien, había sido un día largo.

Vi cómo los dos funcionarios del Gobierno se daban la mano justo antes de que se cortara el video y reapareciera el presentador.

Fui metiendo en el carrito todo lo que necesitaba para el mes siguiente. He aprendido a comprar lo justo, porque si compraba demasiado, la comida se me estropeaba. Y no me gusta desperdiciar. Así que compro lo suficiente para un mes y, cuando se me acaba, voy a por más.

Llevé el carrito hasta la caja y la joven cajera me sonrió.

—¿Día de compra, eh, Maya?

Le devolví la sonrisa.

—Sí.

—Eres como un reloj —murmuró mientras sacaba todo lo que había y lo pasaba por su máquina.

Volví a sonreírle, sin saber qué decir. Ella trabajaba sólo en el turno de noche, por eso estaba siempre en la caja cada vez que yo pasaba. La única razón por la que sabía mi nombre era porque estaba impreso en la tarjeta que utilizaba para pagar. Por eso, cada vez que nos veíamos, se aseguraba de llamarme por él al menos una vez.

Me dijo su nombre hace algún tiempo, pero lo olvidé poco después. No le vi sentido a tenerlo en mente, y sigo sin verlo.

Después de escanearla, colocó mi compra en tres bolsas de nailon. Eran fáciles de llevar, y quería volver a casa andando. No estaba lejos de aquí.

Pagué la compra y salí de la tienda. El vigilante se despidió de mí con la mano y yo asentí con la cabeza.

Fuera, una vez más, sentí el frío cortante en la piel.

—Maldito frío —rezongué, corriendo hacia casa.

Para atajar, dejé atrás la tienda y giré por una calle lateral. Solía ir por allí porque me llevaba directamente a mi calle.

Mientras caminaba, noté que estaba anormalmente silenciosa, pero decidí no prestarle atención y seguí caminando con la vista al frente.

Se me erizaron las orejas al escuchar pisadas detrás de mí. Me giré de inmediato, pero no lo bastante rápido.

La persona chocó con fuerza contra mí, y solté la compra mientras caía hacia atrás. Sentí que el bolso se me escapaba de las manos justo cuando tocaba el suelo. Luego, el muy gilipollas salió corriendo y desapareció en un callejón.

—¡Joder! —grité poniéndome en pie—. ¿Qué demonios?

Miré la compra en el suelo y sacudí la cabeza. Tenía que recuperar mi bolso, porque llevaba mi teléfono y mis tarjetas. De lo contrario, tendrían todo lo que necesitaban si quisieran vaciar mi cuenta o robarme la identidad.

Olfateé el aire. El hedor del ladrón era muy fuerte. Crují el cuello y salí de caza.

Corrí tras él, adentrándome en el callejón por el que había desaparecido. Estaba aislado de la

carretera y carecía de iluminación adecuada, pero con mi visión de loba, podía ver con claridad.

Reduje la velocidad para olfatear de nuevo. El olor era más fuerte que antes. Estaba cerca. No huyó tan lejos como esperaba.

—Estúpido —rezongué mientras me adentraba en el callejón.

Entonces me detuve.

Olfateé una vez más, el olor se mezclaba con otros.

No estaba solo.

Justo entonces, vi cuatro hombres salir de entre las sombras. Me rodearon y sus ojos brillaron mientras me miraban fijamente. Vi que el tipo que había cogido el bolso sonreía burlón. Había caído en una trampa.

Yo era el objetivo.

En aquel momento, otro tipo entró en el callejón con mi compra en la mano.

—¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este? —preguntó, dando un paso hacia nosotros.

—No tengo tiempo para esto. He tenido un día muy largo. Dame mi bolso y me iré —respondí con calma.

Se rio mientras se acercaba.

—Bueno, señorita, está a punto de pasar una noche muy larga también. ¿No es cierto, chicos?

Los demás estallaron en carcajadas.

—Estáis cometiendo un error —advertí—. Nadie tiene que salir herido.

—Al contrario. —Me miró lascivamente—. Puedes estar segura de que alguien lo hará.

Se abalanzó sobre mí, pero lo ataqué tan rápido que ni siquiera tuvo tiempo de agacharse. El costado de mi mano se estrelló contra su garganta y le hizo retroceder, boqueando con la boca abierta, tratando de respirar.

—¿En serio? Dame mi puto bolso —grité.

—¡Cogedla! —El líder herido hizo una mueca de dolor.

Los otros cuatro vinieron a por mí a la vez. Retrocedí para hacerme sitio, agarré al más cercano y lo arrojé contra la pared. Se oyó un crujido nauseabundo cuando su cabeza chocó con el cemento antes de caer al suelo.

Me agaché cuando un puño se dirigió hacia mí, agarré la mano y la atrapé entre las mías.

—¡¡¡No!!! —gritó al ver mi intención—. ¡¡¡Nooo!!!

Gritó como un loco cuando le rompí el brazo. Luego lo agarré por el cuello y lo lancé por los aires. Su espalda se estrelló contra la pared y cayó de bruces contra el suelo.

Los otros tres hombres me miraron, vacilantes, después a sus compañeros caídos y luego otra vez a mí. Levanté las manos.

—¿Mi bolso?

—¿A qué demonios estáis esperando? —resolló el cabecilla—. ¡Cogedla, joder!

Pero ninguno de ellos se movió, así que lo hice yo, yendo a por el tipo que me había robado el bolso. Todavía lo tenía en la mano.

Cuando vio que me acercaba a él, se tambaleó hacia atrás, pero lo agarré por el cuello. Soltó el bolso y yo lo atrapé con destreza.

Oí fuertes pisadas detrás de mí y me volví de inmediato, arrastrando al ladrón conmigo. Vi cómo un tronco de madera atravesaba el aire y se estrellaba contra mi espalda, haciéndome caer hacia delante. Solté al ladrón de inmediato mientras el dolor me quemaba la cabeza.

—Joder...—gemí mientras cerraba el puño.

Me puse en pie y di un puñetazo en el vientre de uno de ellos con tanta fuerza que lo levanté por los aires y lo estampé contra un cubo de basura. El cubo cayó al suelo con una abolladura en el lateral.

El cabecilla era el único que quedaba en pie. Miró cómo su hombre se retorcía en el suelo y empezó a retroceder.

—No, ni soñarlo —gruñí.

Volé hacia él con fuerza. Ambos nos estrellamos contra la pared, le cogí la cara con la mano y la estampé con fuerza contra el cemento.

Un leve gruñido de dolor escapó de sus labios antes de caer al suelo.

Se me erizaron las orejas al oír de nuevo unas suaves pisadas. Me giré de inmediato, y salté hacia atrás cuando una sombra surcó el aire.

El ladrón corría hacia mí con un cuchillo, pero se detuvo, asustado. Alguien lo agarró por el cuello y lo lanzó hacia un lado. Se golpeó contra un cubo de la basura, desplazándolo unos centímetros antes de caer al suelo como un saco de patatas.

Me puse en pie y miré al recién llegado. Era un hombre, y vestía polo y vaqueros.

—No necesitaba tu ayuda —afirmé.

Estaba de espaldas a mí y, al oír mi voz, se giró para mirarme.

—Créeme, de eso estoy seguro.

Mi corazón dejó de latir al ver su cara. Se me secó la boca y sentí que las piernas no me sostenían. Aquel rostro, tan llamativo y apuesto, casi me hizo perder el equilibrio.

Era él, en la vida real.

Era mi compañero.

CAPÍTULO SEIS

KANAN

No podía dejar de mirarla.

Era de estatura media y estaba en forma. Había visto cómo se movía cuando golpeaba a aquellos pobres imbéciles y me di cuenta de que estaba muy en forma. Tenía una espesa melena y, al mirarme, se colocó un mechón detrás de la oreja.

Vi la chispa de reconocimiento en sus ojos al verme. Ella también había tenido la visión y sabía quién era yo.

Y ahora que estaba frente a ella, no sabía qué hacer. Pensé que cuando nos encontráramos todo encajaría y ella me seguiría de vuelta a Vicious Hounds. Pero no iba a ser tan fácil.

Me acerqué a ella.

Alzó los puños

—¡Oye! No te muevas ¿Quién eres?

Me detuve en seco, mirándola.

—¿Me tomas el pelo? —pregunté, atónito.

Levantó aún más alto los puños, amenazadora.

—¿Esto te parece una broma?

Me pellizqué el puente de la nariz, frustrado. ¿En serio iba a tener que pasar por esto?

—Está bien —murmuré un momento después—. Soy Kanan, encantado de conocerte.

Asintió.

—Vale. Encantada de conocerte también. ¿Puedes irte ya?

—¿Qué?

¿Qué demonios le ocurría a aquella mujer? Cogió el bolso y comprobó que todo estaba intacto

—Esta es la parte en la que me dices tu nombre.

—Oh...—replicó con sequedad—. Bueno, ya que lo pides así, puedes llamarme Maya.

Asentí, comprendiendo que no me lo iba a poner fácil. Estaba seguro de que me había reconocido. Sabía quién era yo, ¿por qué entonces se hacía la tonta? Zeke no me dijo que iba a ser tan difícil.

Maya miró a su alrededor y dio con el lugar donde el matón había dejado la compra. Fue a recogerla, ignorándome por completo.

Dejé escapar un suspiro. Me negaba a que todo acabara así. Llevaba conduciendo desde la mañana que salí de casa de Zeke, y sólo había hecho dos paradas por el camino. Una para repostar y la otra para comer. Conducía sin sentido de la orientación, pero con la convicción de que el destino me conduciría hasta mi compañera.

Y fue justo eso lo que hizo.

Me había detenido en un semáforo en rojo y, mientras esperaba a que cambiara a verde, la vi salir de la tienda. Se veía tan hermosa e inquietante, con todas aquellas luces brillantes alrededor de ella. Durante unos segundos, me quedé mirándola embobado mientras se alejaba. Ni siquiera me di cuenta cuando el semáforo cambió a verde.

Cuando comenzaron los bocinazos de otros conductores, me desvié de la calle y conduje detrás de ella. Fue entonces cuando vi al ladrón robarle el bolso.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunté a mí mismo.

Los lobos nunca se echan atrás en una pelea, y los asuntos molestos como el robo debían tratarse de inmediato.

Asentí con orgullo mientras ella iba tras el ladrón.

Aparqué mi coche y la seguí a pie, deseando ver cómo acababa aquello. Fue entonces cuando me di cuenta de que era una trampa. Disfruté viendo cómo les daba una paliza a aquellos tipos. No tuvieron la menor oportunidad.

—Esa es mi chica —murmuré, con el pecho henchido de un sentimiento que no supe definir. Me había enamorado de ella. ¿Así, tan rápido? Supongo que por eso intervine cuando lo hice y me cargué al último tipo por ella. No porque pensara que ella no podría con él, sino para hacer una entrada espectacular.

Que no funcionó, porque era indudable que ella preferiría estar en cualquier otro sitio antes que conmigo.

—Vamos Maya —insistí caminando tras ella—. ¿Por qué actúas así? Sé que sabes quién soy.

—Tú eres Kanan, acabas de decírmelo, ¿recuerdas?

—No tiene gracia. —La cogí por el brazo—. Estamos predestinados. Déjate de juegos, Maya.

—¿Por qué estás tan seguro de que has encontrado la chica adecuada? ¿Qué te hace pensar que soy un lobo?

—Bueno, tu última pregunta me lo confirma. Yo nunca he dicho nada de lobos, tú has sacado el tema. ¿Qué pasa, Maya? Has tenido la visión, estoy seguro.

Se zafó de mi mano y recogió la compra mientras se giraba para mirarme.

—Tienes razón. La tuve, ¿y qué? Puedo decidir lo que hago al respecto, teniendo en cuenta que es mi vida.

Me detuve en seco mientras la miraba estupefacto. Por un momento había sentido una conexión entre nosotros, pero sus palabras la rompieron en pedazos.

—¿Qué quieres decir? ¿No me quieres?

Me miró sólo unos segundos y luego se giró.

—Cierto. No se trata de ti, pero no quiero un compañero. Siento que hayas venido hasta aquí para nada.

Empezó a alejarse y yo me quedé inmóvil, mirándola cómo un estúpido. ¿Qué demonios estaba pasando?

No podía dejarla ir.

Me apresuré a alcanzarla y le quité una de las bolsas de la compra.

—Deja que te eche una mano.

Me miró y sus cejas se alzaron mientras me estudiaba, nuestros ojos se encontraron y sentí algo durante unos segundos.

¡Le gusto! Darme cuenta me puso triste. Era tan evidente y obvio… ¿Qué le ocurría, entonces?

—Vete a casa, Kanan. Yo me ocupo de esto. —Intentó quitarme la bolsa, pero la mantuve fuera de su alcance.

—Tú y yo tenemos que hablar —dije.

—No, no tenemos que hacerlo. Ya te he dicho lo que pienso sobre todo esto, y tienes que aceptarlo.

—Tus ojos me dicen otra cosa. Vamos, te llevaré a casa.

Me di la vuelta y empecé a caminar de vuelta a mi coche, llevando la bolsa conmigo.

—¡Kanan! Dame mi maldita bolsa —gritó.

La ignoré y seguí caminando. Salí del callejón y volví a la calle donde había aparcado. Al llegar al coche y sacar las llaves, oí sus pasos furiosos detrás de mí. Cuando me giré, la tenía delante.

—¿Qué te hace pensar que te llevaré a mi casa? —ladró.

—Vamos Maya, ya sabes cómo funciona esto —respondí con tranquilidad, mientras abría la portezuela trasera y metía la bolsa. Luego cogí las que tenía en la mano y las metí también—. El destino me ha traído hasta ti. Aunque te niegues a llevarme a casa, la encontraré antes de que acabe el día. Lo sabes muy bien, así que ¿por qué no nos ahorramos ese paso? Por favor, entra en el coche, ¿quieres?

Le abrí la puerta, pero no se movió.

—Ni siquiera te conozco. ¿Y si eres un asesino en serie o un terrorista?

—Soy Kanan, tu compañero. Jamás dejaría que te pasara nada. Además, vi lo que les hiciste a esos tipos. Los terroristas y los asesinos en serie te tienen miedo a ti, no al revés.

Me observó durante unos minutos y luego se dirigió al asiento del copiloto.

—Me alegro de que estemos de acuerdo.

Subimos, nos abrochamos el cinturón de seguridad y yo encendí el motor. Ella pasó el dedo por el salpicadero.

—Esto es una antigüedad —murmuró—. Ya no se hacen coches como estos.

—Es una reliquia familiar —repliqué—. Pero tienes razón, ya no los hacen como antes.

Cambié de marcha, pisé suavemente el pedal, y el coche avanzó.

—¿Dónde te llevo?

—Sigue recto. Cuando tengamos que girar, te avisaré.

Y nos adentramos en la noche.

CAPÍTULO SIETE

MORELLIS

Me senté en el trono de mi mansión, apenas capaz de contener mi furia, mientras me obligaba a permanecer sentado. Tranquilicé mi respiración, tratando de controlarme. No podía permitir que me dominaran mis emociones.

Miré a mi izquierda, donde Pascal se retorcía en el suelo mientras se masajeaba la mandíbula dislocada. Luego me miré los nudillos. Estaba magullado. El cabrón tenía una mandíbula dura como el granito.

Nunca hubiera esperado que Pascal me decepcionara así. Puse a Kanan bajo su cuidado, ¿y qué hizo? Delegó en otra persona, ¡que lo dejó escapar!

Recordarlo me hizo apretar los puños con rabia que sentí crujir mis nudillos. ¿Cómo puede un guarda de prisión ser tan tonto como para que le golpeen y le encierren su propia celda?

Pensándolo bien, no era tan sorprendente. Al fin y al cabo, Kanan es hijo de Rott. Sólo con la sangre que corre por sus venas, sabía que iba a ser problemático. Debí haberme encargado de él hace mucho tiempo, pero elegí ser magnánimo. Y ahora estoy pagando las consecuencias.

Kanan nunca ha ocultado que estaba en contra de mi liderazgo. ¿Qué había de malo en mi forma de dirigir la manada? Los lobos pueden ser tercos y tontos la mayor parte del tiempo, y necesitan una mano de hierro que los guíe por el buen camino. Y eso es lo que estoy haciendo.

En su día, eso era lo que yo creía que hacía también su padre. Creía que era un líder que sabía lo que quería e iba a por ello, sin importarle lo que tuviera que hacer para conseguirlo. Pero tras ganar la guerra y asegurar este lugar, se ablandó.

Los lobos no pueden ser blandos. Siempre tienen que estar alerta. ¿Quién sabe cuándo pueden aparecer un enemigo?

«Es sólo un niño», me dije pensando en Kanan. Pero sabía que, una vez que encontrara a su compañera, vendría a reclamar el puesto de Alfa. No puedo dejar que eso suceda. Tengo muchas cosas que hacer; no tengo tiempo para duelos ni para calmar a un niño descontento.

De pronto la puerta se abrió con un fuerte crujido y entraron dos lobos arrastrando a otro entre ellos.

Me incorporé cuando lo arrojaron al suelo delante de mí.

—Morellis...— jadeó poniéndose de rodillas. Era el tipo al que Kanan había golpeado—. Lo

siento, caí en su trampa y.…

Su voz se cortó en un grito estrangulado cuando le di una fuerte patada en la cara desde donde estaba sentado. Mi bota impactó en su mandíbula y su cabeza se echó hacia atrás, haciéndole caer al suelo.

—¿Qué has dicho? —grité, furioso.

Me levanté puse a horcajadas sobre él. Lo agarré por la camisa, tiré de él hacia arriba y le di un puñetazo en la cara.

Seguí golpeándole una y otra, incapaz de detenerme. Él empezó a toser sangre. Sólo me detuve cuando dejó de oponer resistencia.

Yacía tendido en el suelo, y pequeños gemidos escapaban por sus labios ensangrentados. Tenía los ojos hinchados, la cara cubierta con la sangre que manaba de un corte en el cuero cabelludo y había perdido algún diente.

Agonizaba cuando me bajé de él.

Me puse en pie, cogí la toalla que colgaba del brazo de mi trono, y me limpié la sangre de las manos. Tenía los dedos magullados y ensangrentados, pero notaba que ya empezaban a curarse.

Lo miré con desprecio. Él también se curaría, pero teniendo en cuenta el daño que le hice, le llevaría algún tiempo.

—Lleváoslo de aquí —ordené, irritado, mientras me sentaba de nuevo en mi trono.

Pascal se levantó despacio mientras los dos hombres que habían traído al joven lobo lo arrastraban consigo, dejando un rastro de sangre tras ellos.

Estaba fuera de mí. No tanto porque Kanan hubiera escapado, sino porque no se hubieran dado cuenta hasta el anochecer, cuando aquel idiota se despertó del letargo en el que le había sumido Kanan y empezó a pedir ayuda a gritos. Entonces supieron que algo iba muy mal.

A estas alturas, podría estar en cualquier parte.

Miré a Pascal y sentí el impulso de pegarle de nuevo, pero me controlé. Sólo había sido un error y había recibido su castigo. Además, el sabría cómo solucionarlo y yo le daría la oportunidad de redimirse.

—Quiero que lo encuentres —ordené.

—Por supuesto, Alfa —contestó, ansioso por complacerme. Giró el cuello a derecha e izquierda para mostrar lo preparado que estaba—. Lo traeré aquí y.…

—No —le corté. Sus ojos se abrieron de par en par—. No hace falta traerlo a casa. Es un lobo sin escrúpulos. Si le pasa algo fuera de la manada, la culpa es sólo suya. Tu misión es asegurarte de que no regrese.

—¿Quieres que lo mate? —preguntó.

Asentí.

—Se ha convertido un obstáculo para nuestros planes, y eso no podemos permitirlo. Tienes que matarlo.

Pascal aspiró hondo y cerró los ojos unos segundos.

—De acuerdo. Considéralo hecho. ¿Y su compañera?

—Si la encuentras, mátala también. No me importa.

—Esta vez no te fallaré —aseguró al salir.

—Eso espero, o será tu vida la que termine.

Pascal me dejó solo en la amplia habitación, donde también me reunía con otros miembros de la manada. Me levanté del trono y me dirigí hacia la puerta que comunicaba esta sala con las demás. Sacudí los dedos para mitigar el dolor. Aquel tipo tenía la cabeza de granito.

La puerta daba a un pasillo poco iluminado con puertas a ambos lados y en la pared del fondo. La primera a la derecha era mi dormitorio, que compartía con mi compañera Tasha. Estaba entreabierta y pude verla sentada en un taburete delante de su tocador, cepillándose su espeso cabello.

Empujé la puerta y entré. Ella se giró y sonrió.

—He oído alboroto ahí fuera —dijo cuando ambos estuvimos en el centro de la habitación, frente a la cama.

—Sí, he tenido que dar algunas lecciones, para evitar que se repitan algunos errores — respondí rodeando su cintura con mis brazos y tirando de ella hacia mí. Me encantaba cómo olía, siempre me ha encantado.

No importaba lo que yo hiciera, ella era la única que me entendía, que sabía por qué hacía las cosas. Y me aceptaba sin cuestionarme.

Miré su hermoso rostro, sus negras pupilas clavadas en mí y la besé.

Sentí un familiar escalofrío recorriendo mi cuerpo cuando nuestras lenguas chocaron. Me rodeó el cuello con los brazos y tiré de ella...

Me detuve, jadeante, y me alejé de ella.

Mi miró, incrédula.

—¿Ocurre algo?

—No, es sólo que... todavía tengo una cosa más que hacer esta noche. Luego volveré a por ti.

—Eso puede esperar —murmuró e intentó besarme de nuevo.

—No. —La aparté—. Esto esperará.

Me di la vuelta y salí de la habitación, cerrando tras de mí. Seguí por el pasillo y me detuve ante la última puerta. La empujé y entré.

Con un movimiento familiar, busqué el interruptor y lo encendí, bañando la habitación de luz

roja. Estaba vacía, a excepción de un gran espejo en el centro.

Cerré la puerta tras de mí y corrí el pestillo para asegurarme de no recibir visitas no deseas. Crucé la habitación y me detuve frente al espejo.

Contemplé mi reflejo en él. Mucha gente decía que yo era enorme y fuerte, y que por eso pude convertirme en el Alfa. En aquel momento, tras la muerte de Rott, no había mucha competencia. Él había dejado el listón muy alto y nadie estaba dispuesto a dar un paso al frente. Yo decidí darlo y asumir el mandato. ¿Acaso hice mal?

Todos los Alfa intentan moldear su manada a su imagen porque quieren lo mejor para ellos. ¿Por qué no me creen cuando digo que quiero lo mejor para ellos? ¿Qué hay de malo en el deseo de hacer de tu manada la más poderosa del mundo? ¿Hay algo malo en ser una fuerza formidable?

—Pero no te preocupes —murmuré en voz baja—. Pronto os convertiré en creyentes.

Levanté la mano y golpeé con suavidad la superficie del espejo. Esperé unos minutos y volví a llamar.

Al instante, la superficie lisa y limpia brilló y se onduló como si contuviera líquido. Mi reflejo se desvaneció, al tiempo que el de la habitación, sustituidos por el rostro de una hermosa mujer. El fondo era demasiado oscuro para que pudiera distinguirlo con claridad. Sólo podía ver su rostro.

—Akira —saludé. Ella me regaló el espejo cuando empezamos a trabajar juntos, para comunicarnos cuando estábamos lejos. Aborrecía la tecnología, lo que la obligó a crear su propio método de comunicación.

—¿Tienes algo para mí? —preguntó con voz ronca, como si le faltara el aire.

—Tenías razón. Un lobo tuvo una visión de una compañera que no era de esta manada.

—¿Me crees ahora?

Asentí.

—Te creo.

—De acuerdo. Supongo que está muerto.

—Pronto lo estará. Logró escapar antes de que pudiera terminar con él. Pero no te preocupes, tengo gente buscándolo mientras hablamos.

—No pareces entenderlo, Morellis. Algo grande va a ocurrir, y ese lobo rebelde será un obstáculo para ello. Debe ser eliminado de inmediato. Por sí solo, es una amenaza, pero cuando se una a su compañera, será un rival poderoso.

—Aún no me has dicho por qué debe morir. Tener una compañera de otra manada no es motivo para ello.

—Él no es el problema, Morellis, sino su compañera. Ella es la que posee la fuerza. Juntos tendrán el poder de derribar todo lo que hemos construido durante estos años.

—¡Diablos, no! No lo permitiré.

—Espero que no. La próxima vez asegúrate de saber con certeza que está muerto —replicó con brusquedad.

—Espera, ¿no vas a.…? —me callé al encontrarme de nuevo ante mi reflejo—. Maldita loca... —mascullé apartándome del espejo—. No he enfadado a mi compañera para permitir que estaba bruja me dé órdenes.

Pero ella había desaparecido y no había nada que yo pudiera hacer. Por ahora, tenía que concentrarme en encontrar a Kanan y asegurarme de que no viviera lo suficiente para encontrar a su pareja.

Esa era la pieza más importante de mi plan.

CAPÍTULO OCHO

SERENITY

—Estrella reveladora de secretos... —murmuré en voz baja, frotándome las palmas de las manos mientras miraba al cielo nocturno. Seguí frotándolas durante un rato. Entonces me detuve y abrí la mano.

En ella había un polvo de varios colores formado por huesos secos y molidos de un águila adulta, la corteza del tronco de un árbol de mostaza y fina arena del desierto, todo triturado hasta convertirlo en un polvo fino. Con aquella mezcla podía hacer mis lecturas y saber lo que iba a suceder.

—Estrella reveladora de secretos... —repetí antes de inclinarme un poco, colocar mi boca en el borde de mis manos y soplar ligeramente sobre ellas. La brisa desprendió el polvo de mi mano y lo depositó en un pañuelo blanco que yo había puesto en el suelo.

Cuando el polvo se asentó, me puse cómoda, lista para leer. Prefería este método de adivinación porque se me daba especialmente bien. Se basaba en utilizar las constelaciones para predecir el futuro, pero no mirando las estrellas, sino bajándolas al suelo y leyéndolas.

Con la ayuda de mi hechizo, el polvo que había soplado se asentó sobre el pañuelo siguiendo un patrón similar al de las constelaciones del cielo, pero no igual, porque ya contenía la lectura. Era casi como leer un libro que predijera el futuro. Yo ya dominaba los patrones y sabía lo que presagiaba cada uno. En este momento, como cada vez que lo había consultado, estaba pendiente del futuro de mis compañeras brujas.

Estudié el patrón durante unos minutos. Después, con un gruñido, cogí el pañuelo y vertí el polvo en su recipiente.

La misma predicción.

Duranta semanas las estrellas me han enviado mensajes oscuros. Y sé que son correctos, porque soy experta en leerlos. Algo iba a suceder, estaba claro. Como cuando nubes negras se cernieran sobre el horizonte, haciendo que el aire se enfríe y amenaza tormenta.

Pero la lluvia iba a llegar, de eso estaba segura.

Y llegaría en forma de Akira, La Bruja Salvaje del Oeste.

Suspiré, doblé el pañuelo con cuidado y lo metí en el bolsillo de mi chaqueta, Cogí el bote de polvos y me puse en pie. Aspiré profundamente el aire de la noche. Era fresco y dulce, lo

habitual en Siren Enclave, una pequeña y pintoresca comunidad de brujas en nuestro querido estado de Michigan.

Me encontraba en un campo abierto, uno de los muchos que me ofrecían una vista despejada del cielo, tanto de día como de noche. Con las manos en los bolsillos, volví a casa caminando despacio.

Siren Enclave siempre ha sido mi hogar. He crecido aquí, al igual que todos a los que conozco, aunque la mayoría de ellos preferían fingir que yo no existía. Me crio mi tía y no miento si digo que fue la única que cuidó de mí. Me enseñó todo lo que sabía sobre brujería para que, pasara lo que pasara, siempre pudiera salir de cualquier apuro.

Pero ella murió hace dos años. Fue entonces cuando me di cuenta de lo solitaria que era mi vida.

No le importaba a nadie. Podía pasarme días sin hablar con nadie. Diablos, podía desaparecer durante un año y nadie me echaría de menos.

Perder a mi tía fue muy duro, porque tuve que superarlo sola y sin nadie que me consolara. Pero lo logré y seguí adelante, como siempre había hecho. Antes no me daba cuenta porque tenía a mi tía, pero cuando ella ya no estuvo aprendí por las malas a cuidarme a mí misma y a que mis hermanas brujas me importaran una mierda.

Caminaba tranquila bajo los rayos de la luna. Eché un vistazo a una tienda de pociones, donde la bruja mantenía una profunda discusión con su marido. Un acto tan cotidiano para la mayoría, pero no para mí. ¿Cómo voy a conseguir un marido si ni siquiera tengo amigos? Mis hermanas decidieron hacer como si yo no existiera.

—Hijas de puta...—murmuré mientras seguía caminando.

Un rato después noté que alguien venía hacia mí. Era Gertrude, que se dirigía a toda prisa hacia su casa con una bolsa de polietileno en la mano. Era una de las pocas que me saludaba cuando me veía, aunque lo hacía rápido y sin detenerse a charlar. Siempre actuaba como si tuviera prisa, pero yo sabía muy bien que era una táctica para no pararse a hablar conmigo durante mucho tiempo.

—Gertrude —la llamé cuando estuvo lo suficientemente cerca.

—Hola Serenity, que los espíritus te acompañen —me saludó, manteniendo la mirada al frente y haciendo ademán de pasar junto a mí, pero la agarré de la mano.

—Que los espíritus también te acompañen —contesté y tiré de ella, no fuera a salir corriendo—. Gertrude, ¿has pensado en lo que te dije antes?

Dos días atrás le hablé de mis lecturas y de la amenaza que se cernía sobre las brujas. Ella era mi mejor baza si Siren Enclave iba a unirse y hacer algo.

—Sí —respondió con sequedad—. Y sigo pensando que estás loca.

—¿Cómo puedes decir eso? —repliqué—. Akira está planeando algo grande, tenemos que detenerla. O al menos, protegernos.

—Deja de decir tonterías —soltó su muñeca de mi mano—. No sé cómo haces tus lecturas, pero

parece que eres la única que recibe oscuros presagios. No va a ocurrir nada, excepto que a mí se me agote la paciencia.

Y se alejó, refunfuñando en voz baja.

—Mierda —gruñí reemprendiendo mi camino. Quizá no había sido el mejor momento. Lo volvería a intentar mañana.

Por fin llegué a mi edificio. Estaba envuelto en la oscuridad, porque en él no vivía nadie más.

Al cruzar la verja, se encendieron las luces y enseguida me inundó una luz brillante. Entré en casa, guardé los polvos y el pañuelo en la estantería y me dirigí a la biblioteca.

Estar sola tenía una cosa buena: podía disfrutar del maravilloso mundo de los libros. Los libros eran una especie de hechicería en sí mismos, si pensamos que cada uno de ellos es una parte de un escritor que sólo comparte con quienes lo leen. Por eso me los tomo en serio y los leo casi con devoción.

Recorrí las estanterías, buscando lo que aprendería esta noche, cuando la imagen de Gertrude volvió a mi mente.

Su comportamiento no me chocó en absoluto. De hecho, había sido educada, teniendo en cuenta como que el resto de brujas de Siren Enclave me ignoraba.

Pero, aunque no se lo merecieran por cómo eran conmigo, quería advertirles. Algo venía a por nosotros y nos pillaría desprevenidas.

¿Qué estaba planeando Akira?

Estaba segura de que era ella. Si iba a suceder algo malo, vendría a lomos de Akira, una paria entre las brujas. Pero también se la considera la más poderosa del mundo y por eso todos la temen. Enfrentarse a Akira significa la muerte. Nadie ha luchado con ella y ha vivido para contarlo.

Según cuentan, se interesó por la magia oscura para vengarse de su amante, que la abandonó. Con el paso de los años ha acumulado mucho poder.

No hay día que no se cuenten historias de sus hazañas. Una vez oí que maldijo a toda una manada para que se quedaran en forma de lobos y no pudieran volver a ser humanos, aunque lo intentaran. También la historia del grupo de vampiros que la atacó por la noche pensando que eso les daría ventaja, pero ella creó una luz tan fuerte como el sol y los quemó. Incluso se dice que hubo una bruja que la desafió a duelo.

Por desgracia, no acabó bien para la valiente bruja.

Akira hizo hervir sus entrañas, una muerte lenta y dolorosa. Después, como escarmiento, Akira mató a toda su familia. Hasta el último miembro. Hasta el último bebé.

Yo fui testigo de aquello. Conocía a la bruja que la desafió y conocía a la familia. El día que Akira desató su ira, la familia no tuvo ninguna oportunidad contra sus poderes y Siren Enclave tembló hasta la médula.

Fue entonces cuando las brujas empezaron a temerla. Nadie quería enfrentarse a ella, por miedo a

ser su próximo objetivo. Y no sólo ellas, sino sus familias enteras. Eso era algo que no podían soportar. Akira aniquiló a toda una estirpe de brujas y nadie fue capaz de detenerla.

Sé que ella es fuerte y poderosa, pero estoy segura de que no podría enfrentarse a una comunidad de brujas. Una a una, puede que no seamos tan poderosas, pero somos brujas con gran poder. Si decidiéramos unirnos contra ella, ganaríamos, ¡estoy segura! Seríamos tan formidables que Akira no tendría la más mínima oportunidad. Pero este puñado de cobardes a las que llamo mis hermanas no son capaces ni de pensarlo. La primera y única vez que lo propuse, me echaron de la habitación y casi de Siren Enclave.

Así de poderoso era el temor que les imponía Akira.

No podía culparlas. La mayoría tenían maridos, hijos y padres y, para ellas eran más importantes que hacer algo tan tonto como levantarse en armas contra Akira. Yo, por el contrario, no tenía a nadie.

—Para ti es fácil decirlo —había dicho Gertrude dos días atrás, cuando hablé con ella de esto por primera vez—. No tienes responsabilidades. Tu tía está muerta, no tienes hijos ni amante, y no tienes nada que perder. Por eso sientes la tentación de ir tras Akira. Pero nosotros no estamos en tu misma situación. Por eso nunca podríamos ayudarte.

Pero yo sabía que estaba equivocada, muy equivocada. ¿Cómo podía pensar que no tenía a nadie? Independientemente de cómo me vieran, seguía considerándolas como mis hermanas. Me gustara o no, Siren Enclave es y siempre será mi hogar. Así que, si Akira resulta una amenaza, no podría quedarme de brazos cruzados. Imposible. Porque, si algo les ocurriera a mis hermanas, entonces sí estaría sola en el mundo. Y no podría dejar que eso pasara.

Había que hacer algo, y yo encontraría el modo. Ir contra Akira por mi cuenta sería un suicidio. Por eso me molestaba tanto que mis hermanas se negaran siquiera a darle una oportunidad a mi plan. Estaba segura de que juntas lo conseguiríamos.

—Bueno —murmuré mientras cogía un libro de adivinación de una de las numerosas estanterías —. Al fin y al cabo, todas sufriremos cuando por fin suceda.

Llevé el libro al único sofá de la biblioteca y me acomodé para leer. Tenía que estar preparada para cuando surgiera la oportunidad de demostrar mi valía. Quizá así las brujas de Siren Enclave me vieran por fin como una de ellas y comenzaran a tomarme en serio.

CAPÍTULO NUEVE



KANAN

La casa de Maya no estaba lejos, no me extraña que quisiera ir andando.

Unos minutos más tarde detuve el coche frente a su edificio de apartamentos y entré en el aparcamiento. Por toda iluminación había una bombilla, no demasiado brillante, pero suficiente para ver con claridad.

Aparqué y apagué el motor. En silencio, ella se quitó el cinturón.

—¿Vas a entrar? —preguntó mientras abría la puerta.

—Por supuesto, pensé que nunca me lo preguntarías —respondí, sarcástico, saliendo también. Fui al asiento trasero y cogí las bolsas con su compra.

—Dámelas —ordenó.

—No, gracias —repuse, manteniéndolas fuera de su alcance—. Sólo guíame, ¿de acuerdo?

Ella se encogió de hombros.

—Tú mismo —replicó antes de echar a andar.

Cerré el coche y la seguí.

Nos dirigimos al ascensor que había al final del aparcamiento. Me detuve a su lado mientras pulsaba el botón.

—Es un sitio bonito —murmuré mientras esperábamos a que llegara.

—Gracias.

—¿Cómo puedes vivir aquí? —Tenía que preguntarlo—. ¿No te afecta el ruido? A mí ya me duele la cabeza, y acabo de llegar.

—Nadie te obliga a quedarte —se limitó a responder.

Se oyó un tintineo cuando se abrieron las puertas del ascensor y ella entró. La seguí con la compra.

Ninguno de los dos dijo nada cuando las puertas volvieron a cerrarse y comenzamos a ascender.

—Con el tiempo, uno se acostumbra —casi susurró—. A mí me ocurrió igual en mis primeros

días aquí, en la ciudad. He aprendido a vivir con ello.

Asentí.

—Me alegro, pero no creo que sea posible que una manada prospere aquí. ¿Dónde está tu manada?

Sus ojos se ensombrecieron y, antes de que pudiera decir nada, las puertas se abrieron. Salimos del ascensor y entramos en un pequeño pasillo. Estaba pintado en color crema, el suelo estaba cubierto de baldosas y una lámpara de araña emitía una luz suave.

Se detuvo ante una puerta y tecleó un código. Se oyó un siseo y un clic cuando las cerraduras se desbloquearon y empujó la puerta para abrirla.

—Bienvenido a mi humilde morada —dijo al entrar.

La seguí dentro del apartamento y la puerta se cerró tras de mí. Volví a oír los chasquidos y otro siseo cuando las cerraduras encajaron de nuevo.

—¡Vaya! — Murmuré mientras miraba a mi alrededor—. Muy bonito, debo reconocerlo.

El lugar resultaba muy acogedor. Cuando entré en el salón, comprobé que era espacioso, con mullidos sofás frente a un televisor en la pared, y una mesa central que parecía servir para apoyar los pies más que para otra cosa. En las paredes había cuadros de diferentes temáticas: una selva, un mar turbulento y también uno del mar en calma. Del techo colgaba una lámpara de araña más grande del pasillo, cuya luz tenue iluminaba todos los rincones de la habitación y mantenía alejadas las sombras.

Entonces me di cuenta de una cosa.

—El ruido —dije sorprendido—. Se ha reducido. No ha desaparecido del todo, pero se ha reducido muchísimo.

Asintió.

—Todo el edificio está insonorizado. El apartamento cuesta un ojo de la cara, pero merece la pena. Además, tiene un excelente sistema de ventilación que mantiene fuera los olores. Por eso puedo vivir aquí.

—Guau, Maya —solté mirándola fijamente—. Esto es impresionante, lo estás haciendo realmente bien.

—En realidad no. Si así fuera, estaría en otro sitio.

—Venga, Maya, acepta el cumplido. Todo esto es increíble, te lo digo en serio.

Miró el salón como si lo viera por primera vez y pareció darse cuenta de que lo había comprado todo con el dinero que ella misma había ganado. Se encogió de hombros.

—Bueno, supongo que no está tan mal.

Solté una risita levantando las bolsas que aún llevaba.

—¿Esto dónde va?

—Oh, sí, gracias —extendió las manos para cogerlos—. Los guardaré en su...

—¿Qué? No. —Los puse fuera de su alcance de nuevo—. Dime dónde van y yo los guardo.

—Venga, Kanan, dámelo y ponte cómodo.

Le di las bolsas. Ella salió del salón y entró en la cocina.

Caminé por el salón, sintiendo el frío del aire acondicionado sobre mi cuerpo. Al cabo de un rato me di cuenta de que, aunque el lugar era tranquilo y acogedor, no había nada personal en él. No había fotos de Maya ni de nadie más.

¿Por qué?

Las únicas fotos eran los cuadros, y no decían mucho sobre ella.

Me volví al oír un ruido metálico en la cocina. Ella estaba abriendo y cerrando estanterías. Seguí paseando por la habitación, para darle tiempo a que lo ordenara todo.

Ahora que estaba aquí, sabía algo no iba bien. No lo noté al principio, pero ahora todo parecía confirmarlo. Primero, que me dijera que no me aceptaba a mí, su compañero predestinado. Después, cómo cambió su expresión cuando le pregunté por su manada, y ahora que no hubiera aquí ni rastro de su familia. Algo no encajaba y debía averiguar qué era.

Pero no tenía prisa. Hablaríamos de todo ello a su debido tiempo.

Cogí el mando a distancia de la mesa central y encendí la televisión, que emitía las noticias del día. Cambié a otro canal y seguí cambiando hasta que la oí detrás de mí.

—Si no quieres verla, apágala.

Me giré para mirarla.

—Es aburrida. Nada cambia nunca, ¿verdad?

—Todo cambia Kanan —replicó—. Sólo necesitas tiempo para darte cuenta.

—Sí, supongo que sí.

—¿Quieres una cerveza? —preguntó, inclinando la cabeza hacia un lado.

Fruncí los labios.

—Claro. ¿Qué tienes?

—Ven —me guio hasta la cocina.

Tenía el mismo aire acogedor que el salón. En el centro había una pequeña mesa rectangular con cuatro sillas alrededor. La mesa tenía un cuenco de frutas en el centro y también había una cesta de cubiertos y delante de cada silla había servilletas. Todo estaba impecable y decorado con gusto.

Se acercó a la nevera, en el otro lado de la habitación.

Me senté en una de las sillas mientras ella la abría y sacaba dos latas de cerveza. Me lanzó una y

la atrapé con destreza. Luego la abrí mientras ella sacaba también una de las sillas y se sentaba.

Le di un sorbo a la cerveza y asentí en señal de agradecimiento.

—Está muy fría.

—Para eso es la nevera —replicó con sorna.

—Pues sí —. Me bebí más de la mitad y dejé la lata sobre la mesa. La miré—. Maya, no puedo dejar de pensar en lo que dijiste en aquel callejón. ¿Qué querías decir cuando dijiste que no me aceptabas? Somos lobos, y sabes bien que el destino nunca se equivoca.

—Vas directo al grano, ¿verdad?

—No veo razón para no hacerlo —respondí—. Tenemos varias cosas de las que hablar.

Ella también dejó la lata sobre la mesa.

—Es que no creo que todo esto del apareamiento sea para mí.

—¿Qué? —la miré, atónito—. ¿Cómo puedes decir eso? Somos lobos, el apareamiento forma parte de nosotros. ¿Cómo puedes decir que no es para ti?

—No creo que funcione para mí, eso es todo —respondió con frialdad—. Eso era lo que trataba de decirte en el callejón, así que ya te puedes ir. Quizá puedas reservar una habitación en un hotel.

—No hablas en serio —repliqué con voz ronca—. ¿En serio me estás diciendo que vas a rechazar a tu amante asignado por el destino? ¿Así, sin más?

—Estamos en el siglo XXI, ¿vale? Las cosas son diferentes. —Volvió a coger la lata y siguió bebiendo.

Respiré hondo. Debía manejar este asunto con cuidado. Debía convencerla de que no era sí, y lo haría, porque había demasiado en juego. No podía rendirme.

—No se trata sólo de ser compañeros —expliqué en voz baja—. Verás, mi manada está en peligro. Estamos gobernados por un tirano al que no le importa su gente. Y el único modo de salvarlos es convertirme en el Alfa. Y para hacerlo, necesito desafiarlo.

—Y para desafiarlo, necesitas una compañera —terminó, enojada. Dejó la lata sobre la mesa con un golpe—. ¿Eso es lo que soy para ti? ¿Un medio para tus planes de mierda?

—¿Qué? ¡No! —grité—. Tú eres mi compañera, tanto si soy el Alfa como si no. Tu sitio está a mi lado. Pero el tiempo pasa y Morellis cada vez es más dañino. Y ya no es sólo mi manada. Ahora es la nuestra. Tenemos que hacer todo lo posible para salvarla.

Dejó escapar un suspiro y se pasó una mano por el pelo.

—Siento decírtelo, pero no soy la persona adecuada para hacerlo.

—¡Tú eres a quien vi en mi visión! Y tú también me reconociste. ¿Qué demonios te pasa, Maya? —No me había dado cuenta de que había levantado la voz, pero me sacaba de quicio que se mostrara tan inflexible.

—No soy una loba, Kanan —repuso en voz baja, mirando sus manos apoyadas sobre la mesa.

Me la quedé mirando sin saber qué decir. De todas las respuestas posibles, jamás hubiera esperado aquella.

—¿Qué quieres decir? —pregunté en voz baja.

—¡No soy una maldita loba! —Cogió la lata y la estrujó como si fuera papel. El fino metal se rasgó y la cerveza comenzó a gotear sobre la mesa—. Por eso no puedo ser tu compañera ni ayudarte a desafiar a tu Alfa.

—Eso es imposible —repuse, aturdido—. Te vi en mi visión. Y te vi pelear, Sólo los vampiros y los lobos pueden ser tan fuertes y tú no eres un vampiro. Por favor, explícamelo. ¿Qué ocurre?

—¡Vete ahora mismo de aquí! ¡No tienes derecho a gritarme en mi casa!

—¡No hasta que me digas qué mierda está pasando aquí!

—Estoy maldita. ¿Contento? —gritó mirándome con los ojos llenos de lágrimas—. Nunca podré transformarme por completo. Incluso si me tomas como compañera, no tendrás una loba. Ni tampoco una humana.

Me dejé caer en el asiento, estupefacto, incapaz de procesar aquello.

—¿Maldita? ¿Quién te maldijo? ¿Y a qué te refieres con transformarse por completo?

— Soy inútil para ti y tu pequeña cruzada. ¡Así que lárgate de mi casa ahora o yo misma te echaré a patadas!

Antes de que yo pudiera decir nada más, se dio la vuelta y se marchó. Me quedé allí, estupefacto, siguiéndola con la mirada. Me hundí en el asiento, mirando el charco de cerveza sobre la mesa.

¿Qué demonios le estaba pasando a mi vida?

CAPÍTULO DIEZ

MAYA

Me ardían los ojos de lágrimas cuando corrí hacia la terraza. Abrí la puerta de una patada al entrar en la noche y la cerré de golpe al caer de rodillas.

Sentía como si me hubieran partido el corazón en dos con un hacha gigante. Nueve años después, esta mierda seguía doliendo como el demonio. ¿Cómo podría seguir adelante con mi vida si no podía hablar de mi manada sin emocionarme?

Me agarré el pecho, tratando de mitigar el dolor, mi cuerpo sacudido por fuertes sollozos.

Era agotador. Y humillante. Yo no había hecho daño a nadie, pero estaba siendo castigada.

Permanecí así unos diez minutos antes de que mis sollozos empezaran a remitir. Al hacerlo mi visión se aclaró y vi ante mí la vibrante vida nocturna de la ciudad de Nueva York. Deslumbrantes luces de diferentes colores salpicaban el paisaje, desde edificios hasta vehículos en movimiento. Podía sentir la fría brisa nocturna contra mi piel expuesta y traído por la brisa, el inconfundible hedor a sudor y desperdicios inevitable en el día a día. Desde mi piso, podía oír claramente el ruido de los motores, los gritos de los conductores enfadados y las conversaciones de los paseantes.

Demasiado ruido, demasiados olores.

Por eso nunca utilizaba el balcón. Era la única parte de mi apartamento que nunca utilizaba porque me traía de golpe todo lo que trataba de evitar de la ciudad.

Hoy, sin embargo, me salvó.

Oí un ligero golpe en la puerta detrás de mí y me puse en pie. Cuando oí girar el pomo y que la puerta se abría, me sequé las lágrimas con el dorso de la mano. Me giré y vi a Kanan, que asomaba la cabeza.

—¿Puedo pasar?

Me encogí de hombros.

—Ya estás dentro. ¿Por qué no?

Frunció los labios y salió conmigo al balcón. Caminó hasta colocarse junto a mi cerca de la barandilla, contemplando la ciudad. Mientras él miraba, yo lo observé.

Era guapo, era evidente. Pero había algo más en él, algo más profundo que su apariencia. Podía sentir la fuerza que bullía en su interior, un poder que estaba siendo silenciado. Parecía haberse acostumbrado a reprimir sus poderes debido a su entorno. Pensándolo bien, era algo parecido a lo que ocurría a mí, aunque yo reprimía todo de mí, incluso mis emociones.

Tener un tirano como Alfa era una de las peores cosas que le podían ocurrir a una manada. Por ello Kanan, a pesar de las múltiples ocasiones que quiso enfrentarse a su opresor, no pudo hacerlo, y tuvo que reprimir todo aquello dentro de él. Podía notar cómo bullía en su interior, esperando a ser liberado.

Su futuro dependía de que volviera a su manada con una compañera, pero ¿no podía entender que esa vida no era para mí? Sabía lo que me ofrecía, pero no quería tener esperanzas. No podía permitirme tenerlas. Había cometido demasiadas veces ese error en el pasado. Cada vez que mi padre estaba seguro de haber encontrado a una bruja capaz de romper la maldición de Akira, yo me ilusionaba. Y cada maldita vez, mis ilusiones se hacían añicos contra las rocas de la decepción.

Por eso ya no esperaba nada. Sólo quería seguir adelante y hacer lo que se me daba bien: trabajar y ganar dinero. No me importaba si encontraba a Kanan condenadamente sexy, o que tuviera unos ojos capaces de iluminar la ciudad de Nueva York. Me estaba ofreciendo algo que me supondría pagar un precio demasiado caro y debía rechazarlo.

¿En serio esperaba que su manada aceptara como pareja de su Alfa a alguien que no puede convertirse en lobo? Si fuera yo, ¿lo aceptaría? No. Por eso, no lo haría. No podía terminar más rota de lo que ya estaba.

—Maya —comenzó, después de permanecer un rato en silencio contemplando las luces de la ciudad. Se volvió hacia mí—. Siento haberte gritado. No tengo excusa para haberlo hecho, pero…, cuando algo se ha hecho de una determinada forma durante tanto tiempo, la primera vez que te encuentras con algo diferente te desestabiliza un poco. Eso es lo que me ha ocurrido.

—No importa. — Me encogí de hombros fingiendo despreocupación—. Lo entiendo. Después de todo, ¿cómo ibas a saber lo que me sucede?

Se pellizcó el puente de la nariz.

—Hablas de ello como si fuera algo para siempre. ¿No has pensado en romper la maldición?

—¿Crees que no lo he intentado? Lo descubrimos cuando tenía dieciséis años, la primera noche que debía transformarme. Desde entonces, hemos hecho todo lo posible por deshacerla. Nada ha funcionado.

—Pero eso no significa que debas rendirte.

Inspiré con fuerza.

—Significa que debo dejar de tener esperanzas que no me conducen a ninguna parte.

—Pero no estás en ninguna parte, ¿verdad? Estás aquí, conmigo.

—Porque te has empeñado en quedarte. Te dije que te largaras, ¿recuerdas?

—¿Cómo olvidarlo? —rio acercándose a mí—. Maya, tú tuviste la visión, ¿verdad? Eso demuestra que tu naturaleza de lobo sigue muy activa. La maldición sólo impide que se manifieste. Y todas las maldiciones pueden romperse.

—No —le corté y desvié la mirada—. No volveré a intentarlo. Todo eso ha quedado atrás y tengo que seguir adelante.

—Maya. —Me agarró y me giró para que lo mirara de nuevo—. No puedes perder la esperanza, no puedes dejar de luchar. Porque cuando eso ocurre, es cuando realmente pierdes, y la zorra que te hizo esto gana.

Dejé escapar un suspiro tembloroso. Sus palabras me reconfortaron el alma, como refrescante agua de manantial que se derramaba sobre mí. Todo lo que decía tenía sentido y, aunque eran cosas que ya sabía, oírlas de sus labios era muy diferente.

—Ven aquí —dijo y me acercó más a él.

No me resistí. No pude. Sus brazos me rodearon y me envolvieron en un abrazo, mientras me embargaba su fresco aroma masculino, que, por alguna razón, me hizo pensar en el escritorio de Iroko de mi padre. Aunque tenía más años que yo, aquel escritorio emanaba un aroma fresco y único que nunca se desvanecía. Kanan me lo recordaba.

Ni siquiera me di cuenta cuando lo abracé y me aferré a él con fuerza. Sentí sus manos acariciar mi espalda y mi pelo con suavidad, pasando sus dedos por las hebras de mi cabello, mientras yo apoyaba mi cabeza sobre su pecho, escuchando los latidos de su corazón.

Me sentía muy bien con él, me sentía a salvo. Como si él fuera algo que no sabía que necesitaba pero que, ahora que lo había encontrado, quería aferrarme a él para siempre.

—No estás sola, Maya —aseguró con voz profunda que retumbó a través de su pecho —. Eres mi compañera. Jamás te dejaría por algo así. Encontraremos el modo de que funcione.

Me aparté un poco de él, contemplando sus ojos. Eran hermosos y brillaban en la noche.

—Pero he hecho todo lo que podido y nada ha funcionado. Mi padre también lo intentó, con el mismo resultado.

—Pero no me tenías a mí, ¿verdad? —preguntó.

Con aquellas palabras, mis barreras cedieron. Me incliné hacia adelante y le besé con fuerza en los labios.

En el momento en que nuestros labios se conectaron, un temblor recorrió todo mi cuerpo, como una descarga eléctrica, tan repentina que me aparté de él. Lo miré, respirando con dificultad y con la boca ligeramente abierta.

—Lo siento, no debería haberlo hecho — murmuré.

—Yo no lo siento, Maya—dijo, y se acercó de nuevo.

Nuestros labios se encontraron una vez más y el temblor regresó, pero esta vez me dejé llevar.

Mientras nuestras lenguas chocaban en una danza de pasión, mis manos rodearon su cuello y tiraron de él. Sentí las suyas recorrer mi espalda mientras el beso se hacía más profundo. Era como si quisiéramos devorarnos el uno al otro.

Se separó de mis labios e incliné el cuello hacia un lado, ofreciéndoselo. Dejé escapar un suspiro al sentir sus dientes posarse en mi carne. El dolor hizo correr descargas eléctricas por mis venas.

Quería acariciar cada centímetro de su cuerpo. A través de sus ropa podía notar las ondulaciones de sus músculos. Solté un pequeño suspiro cuando me agarró las nalgas y me empujó hacia atrás hasta que quedé apoyada contra la pared.

Se inclinó hacia atrás para mirarme a los ojos.

—Eres preciosa.

Sentí que mi corazón se derretía al oír aquello. Abrí la boca para hablar, pero tan sólo pude gemir cuando su mano se cerró sobre uno de mis pechos.

Acaricié su cuerpo, posé mi mano sobre la cremallera de sus vaqueros, y pude sentir su pene hinchado a través de la gruesa tela.

—Demasiada ropa —jadeé, casi sin aliento. El deseo y la lujuria se aferraban a mí con afilados caninos, no podía contenerlos.

Volvió a agarrarme por las nalgas y me elevó en el aire. Le rodeé con las piernas, intentando besar cada centímetro de su cuerpo que quedaba a mi alcanza. Me llevó dentro.

—¿Dónde? —preguntó con brusquedad, la voz llena de deseo. No necesité preguntarle qué quería decir.

—Ahí. —Me sentía flotando, como en otro planeta, pero pude señalar mi dormitorio.

Fue hacía allí y abrió la puerta de una patada, mientras yo seguía besándolo. Me bajó al suelo y volvió a rodearme con sus brazos, mientras nuestras lenguas buscaban la boca del otro.

Sin pensármelo le arranqué la camisa. Varios botones salieron volando y se rasgó. No pareció importarle mientras se quitaba lo que quedó de ella, dejando al descubierto sus endurecidos abdominales.

—Joder —jadeé mirándolo.

Era la encarnación del término «en forma». Recorrí su pecho desnudo con las manos y sentí tensarse los músculos bajo la piel. Resultaba tan varonil y tan sexy…

Dejó escapar un gemido y me tendió la mano. Me quitó la camiseta y la arrojó por encima de su cabeza. Metí la mano por detrás y me desabroché el sujetador, dejando libres mis pechos.

Se detuvo en seco, contemplándolos extasiado. Como si no pudiera controlar sus movimientos, extendió las manos y los cogió con ternura. Volví a suspirar cuando los apretó con suavidad.

Pronto, el resto de nuestra ropa desapareció y nos quedamos desnudos el uno frente al otro, respirando con dificultad mientras nos mirábamos.

«Impresionante» no bastaba para describirlo. Mis ojos se fijaron en su hombría, que se erguía

orgullosa entre sus piernas, y sentí que me temblaban las rodillas. ¿Cómo era posible que un solo hombre pudiera cargar con todo eso?

Nos acercamos de nuevo y me envolvió en otro abrazo. Nuestro beso esta vez fue menos febril y más apasionado. Me acarició las nalgas con cariño y me estrechó como si no quisiera perderme nunca.

Me empujó con suavidad hacia la cama. Reboté en el colchón mientras el subía detrás de mí. Me tumbé y él bajó la cabeza hacia mi torso, y me encontré levantando mis senos hacia él con anticipación.

Dejé escapar un suspiro entrecortado al sentir sus cálidos labios alrededor de mi pezón. Le acaricié el cabello mientras él lo chupaba.

—Ahh —jadeé cuando su mano acarició mi otro pecho, enviando ondas de placer a través de todo mi cuerpo.

Después de juguetear un rato con mi pezón, pasó al otro, al que mostró el mismo amor y adoración. Después empezó a bajar besando mi vientre hacia la hendidura entre mis piernas. Sentí que mi cuerpo se tensaba de anticipación mientras él seguía bajando... y bajando... hasta que pude sentir su aliento caliente en mi coño.

—Ahh, joder —grité al sentir su lengua lamiéndome.

Mis dedos se agarraron a las sábanas mientras me agitaba en la cama. Lo hacía tan bien que quería que se detuviera, pero al mismo tiempo que no parara jamás. Cerré las piernas sobre su cabeza, aprisionándola, mientras él seguía lamiendo mi coño, haciéndome sentir descargas de placer.

—Ahh, Kanan —gemí, sintiendo que mi visión se nublaba.

Empecé a sentir el orgasmo crecer, como si empezara en los dedos de los pies y subiera por mi cuerpo hasta el vientre.

Sí... ¡eso era lo que quería! Sólo un poco más, un poco más...

De pronto, se apartó con una sonrisa y me sentí vacía.

—¿Qué demonio…? —grité con voz ronca, casi sin aliento, mientras lo miraba entre mis piernas.

—¿Qué haces? —pregunté, hasta que vi que se ponía de rodillas y guiaba despacio su polla erecta hasta mi coño.

—Joder...—jadeé, agarrándome a su hombro para sostenerme mientras sentía la cabeza empujar a través de mí hasta enterrarse profundamente dentro de mí—. Oh, sí...

—Así me gusta más—ronroneó con voz entrecortada, mientras la sacaba casi por completo para después abalanzarse de nuevo sobre mí.

Grité sin poder contenerme.

Aumentó el ritmo y me penetró con fuerza una y otra vez. Mis dedos se clavaban en su ancha

espalda mientras me envolvía en él, para darle todo el acceso que podía. Debajo de nosotros, la cama crujía por nuestro peso.

—Oh, sí —gemía yo sin parar mientras él seguía martilleando dentro de mí, duro y rápido con todas sus fuerzas.

Sentí que el orgasmo empezaba a crecer de nuevo dentro de mí.

Me enrosqué alrededor de su cuerpo para evitar que parara, aunque estaba claro que no tenía intención de hacerlo, porque su ritmo se hacía más y más rápido, lanzando profundos gruñidos mientras me follaba con fuerza. Mis paredes se estrecharon alrededor de él cuando mi orgasmo explotó.

Dejé escapar un grito desgarrador cuando el orgasmo me atravesó como un tsunami. Me estremecí con fuerza, como una hoja atrapada en un vendaval, con la boca abierta mientras él seguía follándome incluso durante el orgasmo.

Entonces, entró una última vez y se corrió con un gruñido, todo su cuerpo temblando encima de mí. Sentí su cálida semilla en mi interior, mientras empujaba su polla hasta el fondo.

Respirando con dificultad, mis manos se deslizaron por su espalda mojada y cayeron sin fuerzas sobre la cama. Mis piernas también se deslizaron y cayeron. Estaba sin fuerzas, y dudaba volver a tenerlas jamás.

Los dos estábamos sudorosos. Él cambió nuestra posición para que yo estuviera encima y apoyé mi cabeza sobre su pecho.

Después, durante mucho tiempo, escuchamos la respiración del otro.

CAPÍTULO ONCE

MAYA

A la mañana siguiente, lo primero que sentí en la cara fue un cálido rayo de sol al atravesar la rendija de mis cortinas. Me removí en la cama mientras soltaba un suspiro de satisfacción. No quería dejar de dormir. Si pudiera seguir durmiendo...

Mis ojos se abrieron de golpe.

—¡Mierda! —maldije al recordar que tenía que ir a trabajar. Busqué en la mesilla de noche y cogí el móvil. Eran las nueve y pocos minutos. bastante tarde.

Estaba a punto de levantarme cuando miré al otro lado de la cama y me detuve.

Me había acostumbrado al hecho de que siempre estuviera vacío. Tanto, que, al verlo vacío, casi no me di cuenta.

—¿Dónde estás, Kanan? —murmuré mientras me incorporaba de la cama, torciendo el cuello a izquierda y derecha para quitarme los calambres.

Me levanté de la cama desnuda, igual que me había dormido, y me dirigí al cuarto de baño. Me eché agua fría en la cara, tratando de eliminar los restos de sueño. Mientras el agua me resbalaba por la cara, me miré en el espejo.

Mis ojos estaban brillantes y vivos, como nunca antes. Y creía saber el motivo. ¿Quién me iba a decir que podría tener una noche como la de ayer? ¿Quién iba a saber que podría hacer el amor y disfrutarlo?

Tenía grabada su apasionada forma de hacer el amor, entre dulce y violenta, tanto que casi podía sentir su polla dura dentro de mí y cómo me aceleraba el corazón, Su mirada fija en la mía mientras se corría una y otra vez durante la noche, con esos ojos que parecían atrapar toda la bondad que el mundo podía ofrecer y mostrármela. Sólo por eso, estaba peligrosamente cerca enamorarme de él.

Kanan había sido mi primer amante lobo. Los anteriores con los que había estado eran humanos y nunca fui capaz de soltarme del todo cuando estaba con ellos. Debía mantenerme bajo control o el pobre humano saldría de mi cama con los huesos rotos. O como un cadáver.

Por eso, decidí que aquello no era para mí y dejé de tener citas. ¿Quién podía culparme? Yo no era una loba, ni tampoco humana, no pertenecía a ninguna parte.

«Pero lo tienes», dijo una voz en mi cabeza. «Ahora tienes un compañero. Ya no estás sola».

Mis dedos se tensaron sobre el lavabo mientras miraba mi reflejo. Tenía pareja, o eso decía la visión. ¿De verdad merezco un compañero? ¿Le seré útil en su lucha por rescatar a su pueblo? Y cuando se convierta en el Alfa, ¿cómo voy a ayudarle siendo una loba que no puede transformarse?

Sabía muy bien cómo funcionaba el sistema, porque mi padre también era un Alfa. Y su compañera es tan importante en la manada como él mismo.

Sacudí la cabeza con tristeza mientras me incorporaba. Necesitaba despertar de una puta vez. Aquello no era para mí. Yo debía volver a la vida tranquila y aburrida que tenía antes de que todos aquellos sentimientos y las emociones se involucraran.

Me lavé los dientes y salí desnuda del cuarto de baño. Me puse un albornoz y, mientras me lo ceñía a la cintura, oí un ruido metálico procedente de la cocina.

—Así que ahí estás —murmuré.

¿Qué hacía Kanan allí a las nueve de la mañana?

Puse los ojos en blanco mientras cogía el móvil y salía del dormitorio. Lo primero que me golpeó fue el aroma. ¿Cómo demonios no lo había percibido antes? Era tan delicioso que se me hizo la boca agua.

Me dirigí a la cocina, donde él estaba ocupado delante de la vitrocerámica. Vestía pantalones cortos y el torso desnudo, sobre el que se había puesto un delantal y estaba revolviendo una olla.

Me apoyé en el marco para observarle. Todo era tan perfecto y completo, ¿cómo iba a lograr no enamorarme de él?

Debió de notar mi mirada porque se giró de repente y su rostro se relajó en una sonrisa al verme.

—Estabas tan increíblemente hermosa mientras dormías, que no me he atrevido a despertarte. Parecía un sueño bastante profundo, debo decir.

—Oh vamos..., ¿quién tuvo la culpa? —reí entre dientes mientras cruzaba los brazos sobre el pecho.

Sonrió y tapó la olla. Se quitó los guantes de goma y se acercó a mí.

—Es una culpa que acepto con gusto. Asumo toda la responsabilidad por todo eso, cariño.

No pude evitar sonreír cuando se detuvo ante mí.

—¿Vas a seguir asumiendo responsabilidades?

—Durante el resto de mi vida, Maya —prometió, tomando mi cara entre sus manos. Estaban un poco húmedas y calientes de haber tenido puestos los guantes—. Me encanta tu cara mañanera.

Sentí que los latidos de mi corazón se aceleraban al oírle y aparté la mirada para ocultar mis nervios,

—No digas eso. Ya me la he lavado. No has visto la verdadera.

—Sí lo hice, cariño. Te vi mientras dormías, ¿recuerdas? Eres preciosa.

Le miré a los ojos y supe que lo decía de corazón. No podía continuar esta conversación. Necesitaba cambiarla antes de que llevara a algo más. Tenía que rechazar cualquier intento de algo más profundo que un rollo de una noche hasta que pudiera convencerle de que se fuera.

Me volví hacia la olla, al oír su contenido hervir con fuerza.

—¿Qué estás cocinando?

También la miró y me soltó la cara. Una parte de mí esperaba que no se diera cuenta de que intentaba apartarlo, porque no quería parecer una zorra insensible. Si era sincera, me importaba lo que él, al que sólo conocía de una noche, pensara de mí. ¿Tenía algo que ver con el hecho de que fuera mi compañero?

Se apartó de mí y volvió a sonreír.

—Creía que anoche fuiste de compras. ¿Qué compraste, Maya? No hay aquí nada con lo que alguien pueda cocinar en tu casa. ¿Cómo sobrevives?

—En realidad no soy de las que cocinan. Cualquier cosa que no se pueda comer directamente de una lata es un engorro para mí, y, cuando me apetece, pido comida a domicilio.

—Bueno, hoy vas a disfrutar de una comida casera. Ven, siéntate.

Me bajé en el taburete y me apoyé en el mueble.

—¿De dónde has sacado los ingredientes?

—¿De dónde va a ser? Los he comprado, por supuesto. He ido al supermercado y he comprado todo lo que pensé que te gustaría.

—Kanan, no tenías que hacerlo —dije retorciéndome las manos. Él abrió la olla de nuevo y aquel delicioso aroma volvió a llenar el aire. Sólo con olerlo, podría decir que era un gran cocinero—. Pero gracias. Cuando termines, dame la factura y te …

—No vayas por ahí. Tú y yo estamos muy bien juntos. No arruines el momento con lo que estabas a punto de decir.

—De acuerdo. Pero te lo reembolsaré.

—Shh —chistó, girándose y poniendo un dedo sobre mis labios con suavidad—. Por favor, ¿que pretendía con todo esto? ¿Por qué me lo estaba poniendo tan difícil?

—Sólo siento...

—¿Por qué no pruebas la salsa? —Cogió el cucharón y lo sumergió en la olla. Después me cogió la mano y golpeó suavemente el cucharón en mi palma—. Dime qué te parece.

Con un suspiro, me lamí la salsa de la palma de la mano. Luego, cerré los ojos para saborearla.

—¡Madre mía! —No podía negarlo—. Está muy buena. Sabe mucho mejor de lo que huele.

—Por supuesto, ¿qué te pensabas? Puedo cocinar esto hasta dormido.

—¿Quién te enseñó a cocinar?

—Mi madre. Me enseñó todo lo que sé sobre la cocina. Soy hijo único y ella pensó que era importante que cosas como la comida nunca fueran un problema para mí. Si sabes preparar una buena comida, nunca tendrás enemigos.

—Sabia mujer sabia —murmuré, observándole.

La luz del sol entraba a raudales en la cocina y él quedaba bañado por sus rayos dorados. Tuve la sensación de verle de una forma totalmente distinta. A pesar de la primera impresión que tuve de él, su fuerza contenida a duras penas, vi que también podía ser tierno, sobre todo cuando habló de su madre.

Me pregunté si yo era igual y deseché la idea de inmediato. Nunca podríamos ser iguales. Mi madre y yo no estábamos tan unidas. No nos peleábamos ni nada por el estilo, ella era una madre estupenda y hacía todo lo que podía como compañera del Alfa de la manada más poderosa del mundo. Pero no estábamos unidas. Antes de mi primer cambio, que nunca sucedió, yo solía estar siempre con mi padre. Tras aquella noche, nos alejamos aún más.

Y ahora, ella no era diferente del resto de miembros de la manada para mí.

—Hola —murmuró Kanan, chasqueando los dedos delante de mi cara—. Tierra a Maya. Parecías a punto de levitar del taburete.

Miré su rostro era tan apuesto, sus rasgos tan finos, que me sorprendí de que no fuera a él a quien me estaba desayunando.

¿O no?

Sin pararme a pensar, estiré la mano, le agarré por el delantal y le di un beso.

Un segundo después nuestras lenguas chocaban con ansia en nuestras bocas. Le rodeé el cuello con los brazos y él tiró de mí para acercarme más. Detrás de nosotros, la olla de salsa seguía hirviendo, pero no nos importó.

Tiró de mí para ponerme en pie, y sus dedos deshicieron el nudo de mi cinturón. La bata cayó, exponiendo mi cuerpo a él.

Le oí respirar hondo. Me estremecí y volví a caer en sus brazos, besándole profundamente mientras él luchaba por quitarse los bóxer.

Me cogió por las nalgas y me levantó, para después sentarme sobre la mesa. Su boca abandonó mis labios y fue en busca de mi nuca, provocándome escalofríos de placer con cada mordisco. ¿Cómo podía hacerme sentir tan bien? Tenía que ser ilegal de alguna manera.

Bajé la vista hacia él y vi su polla erecta y apuntándome. Antes de que pudiera detenerme, alargué la mano y la cogí. La sentí caliente en mi mano, podía sentir la vida palpitando por sus venas. Estaba viva... ¡para mí!

Por un momento, me pregunté qué se sentiría al tenerla en la boca. Pero antes quería satisfacer este ansia que me estaba volviendo loca.

Guie despacio su polla hasta mi entrada. Mi otra mano agarró su hombro mientras él se apoyaba contra el mueble y empujaba dentro de mí.

Dejé escapar un gemido agudo mientras él gruñía junto a mi oreja.

—Dios, esto es increíble —murmuré mientras él se retiraba y me penetraba de nuevo.

Aumentó el ritmo mientras yo le rodeaba con los brazos. Mis dedos se clavaron en su ancha espalda mientras su polla me penetraba una y otra vez. Podía sentir que la mesa empezaba a moverse debajo de mí, pero no me importaba. Necesitaba correrme o me volvería loca. Por mí, el mundo podía arder si quería.

Él mantuvo el ritmo y yo me elevaba con él. Por fin, el clímax llegó como las mareas embravecidas de una furiosa tormenta marina. Cuando me alcanzó, lancé un grito y me aferré a él mientras todo mi cuerpo temblaba y se estremecía. Lo sentí gruñir mientras él también se corría dentro de mí.

—Joder —jadeé en voz alta mientras me recostaba sobre la superficie del mueble, con el cuerpo sudoroso. Él se tumbó encima de mí, con la cabeza entre mis pechos, que no paraban de subir y bajar mientras la sangre me latía con fuerza en los oídos.

Y mientras nuestras almas volvían lentamente a nuestros cuerpos, nos dimos cuenta de que algo ardía.

CAPÍTULO DOCE



KANAN

No podía dejar de mirar a Maya mientras removía con la cuchara la salsa de su plato. El destino debía adorarme, porque que ella fuera mi compañera predestinada era algo que no dejaría escapar jamás ¿Cómo iba a renunciar a ella? Sólo con mirarla se me ponía el corazón tierno y cálido. Era impotente ante sus efectos sobre mí, pero era una forma de impotencia que me hacía feliz. Si así era como se sentía ser impotente, entonces no quería recuperar el poder.

Me había enamorado de ella, estaba seguro. ¿Cuándo ocurrió? ¿Fue en el momento en que la vi en mi visión? O quizá cuando la vi dar una paliza a aquellos matones. ¿O fue quizá la intensidad al hacer el amor, capaz de alterar la atracción gravitatoria de la Tierra?

No lo sabía, pero sí que estaba enamorado. Aunque no hubiese sido la compañera predestinada para mí, me habría enamorado de ella. Era imposible no hacerlo. Y con cada momento que pasábamos juntos, mi amor por ella se hacía más fuerte.

Estaba a punto de partir el pan cuando se detuvo y, sonriendo, levantó los ojos hacia mí.

—¿Puedes dejar de mirarme? Puedo sentir los agujeros que tus ojos están perforando en mi cabeza.

—Uy...—murmuré esbozando una sonrisa—. Es que no puedo evitarlo. Venga, come.

Cogió el pan, lo mojó en la salsa y se lo llevó a la boca. Cerró los ojos mientras el sabor se asentaba en su lengua, pero pude ver claramente que no estaba tan rico como a mí me hubiera gustado. ¿Cómo podía estarlo? Habíamos quemado más de la mitad del guiso y el pan era casi carbón.

—Lo siento —murmuré con una pequeña mueca—. Nota para mí mismo: no hagas el amor cuando tengas algo en el fuego. Puede arruinar la perfección.

Ella rio con ganas.

—No está tan malo. Pero nos tomaremos esa nota en serio, ¿de acuerdo?

Partí mi pan, duro y casi negro, lo mojé en mi salsa y la probé. Tenía razón, no estaba tan malo. El sabor a quemado había arruinado el sabor, pero aún era comestible.

—No sé qué opinas, pero para mí ha valido la pena que sepa así.

Ella sonrió, pero no dijo nada mientras seguía comiendo.

Me di cuenta de lo que ocurría. Ella se esforzaba por luchar contra esto que compartíamos. ¿Le habían hecho daño antes? ¿Por qué dudaba tanto en comprometerse y acercarse? Lo noté antes de la intensa sesión de sexo de anoche. Por eso para mí fue una sorpresa cuando me atrajo para besarme y las cosas se descontrolaron.

¿Quizá era por su incapacidad para transformarse? ¿Por eso insistía en que no me acercara demasiado? ¿Cuándo entendería que esto era un compromiso del tipo «en lo bueno y en lo malo»? ¿Cómo iba a lograr que me creyera?

La única solución era revertir la maldición. Si conseguíamos que se transformara por completo, se mostraría menos cautelosa y le resultaría más fácil aceptar su destino.

Partí otro trozo de pan y lo mojé en la salsa.

—¿Qué puedes contarme sobre esta maldición? —pregunté.

Era hora de ponerse a trabajar. Aunque nada me hubiera gustado más que estar en la cama todo el día con ella, teníamos mucho que hacer.

—¿Qué hay que contar? —Se encogió de hombros—. En realidad, no conozco los detalles. Mi padre es quien está maldito, no yo. Yo sólo soy la consecuencia de la maldición.

—¿Eres hija única?

—Sí, mis padres se negaron a tener más hijos después de eso. La maldición sobre mi padre impedía que su descendencia pudiera transformarse por completo. En mi caso, sólo puedo hacerlo hasta la mitad, y me quedo ahí atrapada durante unas horas. Es algo muy doloroso. Pero ya me he acostumbrado.

—No tendrás que seguir así mucho tiempo más. Conseguiremos deshacer la maldición y te convertirás en loba.

—¿En serio? ¿Qué crees que he estado haciendo todos estos años? Nada ha funcionado. ¿Cuál es tu gran plan?

Hice una pausa y me encogí de hombros.

—Aún no lo sé, pero lo trazaremos por el camino. Por ahora, háblame de tu padre, ¿qué hizo para merecer semejante maldición?

—Probablemente lo conoces o sabes de él. Es Lockworth.

—Mierda —sentí que se me cortaba la respiración. Dejé caer el pan que tenía en la mano y la miré fijamente—. ¿Lockworth? ¿El Gran Lockworth que lideró a su manada contra los vampiros y los expulsó? Por supuesto, sé de él. ¿En serio es tu padre?

Ella hizo un ademán con la mano.

—No es para tanto.

—¿Qué no? Todo el mundo conoce su historia. Tu padre es una puta leyenda, Maya. Expulsó a los vampiros y conquistó los lugares más selectos de la ciudad para su manada. Después otras

manadas trataron de reclamar territorio y comenzó otro tipo de guerra, como una guerra civil.

Fue gracias a esta guerra que mi padre pudo asegurarnos nuestro hogar, donde nos alojamos actualmente. De no haber sido así, seguramente estaríamos en un lugar mucho peor. Aquellos fueron días oscuros para los hombres lobo, pero habíamos recorrido un largo camino desde entonces. Aunque los psicópatas como Morellis no estaban satisfechos.

—Para mí, es sólo mi padre. Así que quítate todo ese culto al héroe de los ojos, me está poniendo nerviosa.

—De acuerdo —respondí y seguí comiendo—. Es que él sentó las bases de todo lo que hoy disfrutan los lobos, todo el mundo le quiere. ¿Quién le odiaba tanto como para maldecir a su descendencia?

—Bueno, hay una bruja que lo odia. Se llama Akira. Pero en cuanto a la razón, nunca se lo he preguntado. Creo que tiene algo que ver con la toma de la ciudad de los vampiros, que molestó a muchos, entre ellos a las brujas. No es física cuántica.

Me quedé mirando la salsa del plato, usando el pan para removerla una y otra vez mientras el nombre de Akira se repetía en mi cabeza. Me sonaba, lo había oído antes en alguna parte.

—No creo que sea eso. Si se tratara de la toma del poder, le habrían maldecido a él, no a ti. Tal vez haya una conexión entre tu padre y Akira desde antes del... —me callé de golpe al recordar de repente dónde había oído el nombre. Mi mano se cerró en un puño alrededor del pan, convirtiéndolo en migajas—. Morellis.

Akira fue el nombre que escuché cuando él estaba conversando con otro lobo y yo fui a informarle sobre mi compañera. ¿Qué hacía él con una bruja?

—¿Qué pasa? —preguntó Maya mirándome con curiosidad.

—Esa Akira tiene algo con mi Alfa. Aún no sé lo que es, pero estoy seguro de que nada bueno. Morellis está destrozando nuestra manada. Envía a nuestros hermanos a misiones peligrosas que siempre los dejan gravemente heridos o medio muertos y ahora juraría que esas misiones son para Akira. ¿Qué es lo que quiere?

—Kanan, ella mujer es la bruja más poderosa del mundo, nadie se atreve a meterse con ella. Incluso sus compañeras brujas le temen. Ninguna de ellas se atrevió a revertir la maldición o siquiera a escucharnos a mi padre y a mí cuando fuimos a pedirles ayuda. Si ella tiene a tu manada en la mira, entonces está en graves problemas.

Me puse en pie, empujando la parte posterior de la silla hacia atrás. Necesitaba aclarar mis ideas.

—No puedo permitir que esto ocurra. Pensé que todo esto se resolvería desafiándole por el título de Alfa, pero veo que es mucho más que eso.

—Kanan...—Maya carraspeó y se giró en su asiento para mirarme—¿En serio quieres enfrentarte a Akira, después de todo lo que te he contado?

—Precisamente por eso tengo que ir tras ella. ¿No lo entiendes? Esto ya no se trata sólo de mi Alfa o de tu transformación en loba, sino de salvar a mi manada de las garras de una bruja vengativa.

—¿Y cuál es tu plan? —preguntó poniéndose en pie.

—Lograr que venga a por mí —respondí. La tomé por los hombros y pasé mis manos por sus brazos—. Esto se acaba de hacer mucho más grande que nosotros dos. Creo que depende de nosotros detener lo que sea que Akira tenga preparado para mi manada.

CAPÍTULO TRECE



MAYA

Lo miré a los ojos y vi con claridad las emociones que se entremezclaban en ellos. Él estaba realmente preocupado por su manada. ¿Y quién no lo estaría? Todos hemos visto lo que sucede cuando un lobo y Akira se juntan. Yo misma soy un buen ejemplo de ello.

Pero aceptar esto me ofrecía algo que estaba totalmente fuera de mi alcance: Esperanza. No quería ir en contra de Akira. Sé lo poderosa que es por cómo nos trataron sus compañeras brujas, a quienes el miedo les impidió ayudarnos. Alguien que podía asustar a toda una comunidad de brujas era literalmente la última persona a la que querría enfrentarme.

Me solté con suavidad del agarre de sus manos.

—Lo siento. Creo que vas demasiado rápido. Estoy segura de que hay otra explicación para lo que escuchaste.

—La hay, y ya te la he dado. Lo sabes muy bien.

—Aun así, tenemos que pensarlo. —Me acomodé en la silla y miré hacia otro lado.

—No hay nada que pensar, Maya. —Bajó la cabeza para mirarme a los ojos—. Sé que es una gran decisión, pero hay demasiado en juego como para quedarnos de brazos cruzados. Además, ¿no quieres recuperar tu vida? Esta zorra te la ha robado.

—¿Te refieres a esa zorra tan poderosa?

—Podemos hacerlo, estoy seguro.

—Ni siquiera tienes un plan. ¿Cómo vamos a encontrarla y lograr que revierta la maldición?

—En realidad, ya he pensado en eso —murmuró sentándose de nuevo en la silla, de cara a mí—. Necesitamos a alguien que pueda decirnos dónde está.

Escuché, asintiendo, esperando que continuara. Para mi sorpresa, no lo hizo.

—¿Eso es todo? ¿Ese es tu gran plan?

—No es un gran plan, lo sé, pero créeme. Cuando llegue el momento, sabré qué hacer. Dime, ¿conoces a alguien que pueda darnos una pista de dónde puede estar Akira? ¿O alguien que pueda indicarnos en qué dirección tenemos que ir para encontrarla?

—No hay nadie —respondí, desviando la mirada hacia la mesa.

—Vamos, Maya —insistió—. No seas así. Sabes lo importante que es esto. Conoces a alguien, ¿verdad?

Cerré los ojos, sus palabras resonando en mis oídos y asentí.

—Mi padre. Él puede decirnos cómo encontrar a Akira, o dirigirnos a alguien que pueda ayudarnos.

—Estupendo. Si salimos ahora, llegaremos antes del anochecer.

—¿Qué? ¡No vas a ir a verle!

—Maya, tenemos que hablar con tu padre.

—Es que... hace más de cinco años que no voy. Ese lugar me trae malos recuerdos.

Tomó mi mano y la apretó con cariño.

—No te preocupes, estaré contigo en todo momento. Como he dicho, si salimos ahora, lo sabremos todo al anochecer.

Me esforcé por sonreír, la vista clavada en la mesa. No podía mirarle a la cara. Para alguien como yo, que lo había intentado en innumerables ocasiones, sabía que todo aquello terminaría sólo de una forma: en decepción. No quería volver a tener esperanzas que después se reducían a polvo. Ya había recorrido aquel camino demasiadas veces, y sabía lo doloroso que era aceptarlo después.

Pero también era consciente de que Kanan no descansaría hasta experimentarlo él mismo, por lo que no lo detendría. Quizá, cuando se diera cuenta de que no podía hacer nada por mí, buscaría a otra compañera que le ayudara en su sueño de llegar a ser el Alfa.

Él tenía razón. Si queríamos llegar lo antes posible, debíamos salir ya.

—De acuerdo —murmuré poniéndome en pie—. Pero tengo algunas cosas que hacer. No puedo irme así, sin más.

Asintió y se levantó también.

—Voy a ducharme.

Fui a mi despacho y comprobé si tenía algún trabajo pendiente, pero no, nada desde que Derrick tuvo aquella reunión con el alcalde y, por el momento, tampoco con el resto de mis clientes. Pero sabía que, si fichaba ahora, alguno de ellos aparecería casi al instante con alguna petición, así que decidí no hacerlo. Después llamé a un colega y le pedí que se ocupara de Derrick aquel día, por si el multimillonario de repente decidía que necesitaba ayuda.

Con aquello resuelto, estaba lista para embarcarme en nuestro viaje sin futuro.

Un par de horas después de desayunar, nos metimos en su coche.

—Siento que estamos dando un gran paso —dijo Kanan, mientras introducía la llave en el contacto y la giraba. El coche emitió un leve chirrido y comenzó a vibrar con suavidad bajo nosotros.

Tiré del cinturón de seguridad y me lo abroché.

—Voy a llevar a un lobo a ver a mi padre, por supuesto que es un gran paso —ironicé.

Me miró y sonrió. Después sus ojos volvieron a la carretera mientras metía la marcha atrás y salía del aparcamiento.

—Tranquila Maya, todo saldrá bien, ya lo verás.

Cuando llegamos a la calle, cambió de marcha y pisó a fondo el acelerador. Con un salto el coche salió disparado hacia adelante. Ya estábamos en camino.

—Mi manada vive cerca de la frontera con Nueva York, vivimos en las afueras de esta ciudad —dije.

—Lo sé, todo el mundo sabe dónde vive el Gran Lockworth.

—Sí... seguro que todo el mundo lo hace —resoplé, mirando por la ventanilla los edificios, vehículos y personas que pasaban junto a nosotros a toda velocidad.

Bajé la ventanilla. Quería sentir el viento en la cara. No viajaba mucho, así que nunca necesité comprar un coche. De hecho, este era el primero en el que me subía desde que cogí mi mochila para irme de casa, y, de momento, no estaba mal.

Al asomar un poco la cabeza, mis ojos se posaron en el retrovisor lateral y me vi reflejada en él. Permanecí así unos instantes y después me incliné hacia atrás para poder verme con claridad.

Mientras me miraba, no pude evitar preguntarme qué demonios veía Kanan en mí. Yo era una chica normal, mucho más parecida a una humana que a una loba. Pero él jamás mentía sobre sus sentimientos. Su cara los reflejaba con claridad.

Respiré hondo y sentí que me invadía una cálida sensación. ¿También me estaba enamorando de él? ¿Me estaba dejando llevar por mis sentimientos? No podía ser. No podía ser. No era amor. Tan sólo me dejaba llevar por lo que me había hecho sentir el sexo tan espectacular que habíamos tenido. Sí, eso era.

Estaba convencida de que, si Kanan se había enamorado tan rápido de mí, podría desenamorarse a la misma velocidad, sobre todo cuando se diera cuenta de que yo no le serviría para nada. Era algo en lo que no quería pensar, pero sabía que era inevitable.

Seguimos circulando a través del denso tráfico de Nueva York, que parecía llenar la ciudad. Le fui indicando y pronto estuvimos rodando por calles sin asfaltar a medida que nos acercábamos a los límites de la ciudad. Según nos adentrábamos a la zona de mi manada, vi caras que nos observaban desde detrás de arbustos y cortinas. Era un coche extraño, lo que significaba que un forastero había llegado a su comunidad.

Nos detuvimos al llegar al bar de mi padre, Kanan detuvo el coche ante la puerta principal y apagó el motor.

Al mirar por la ventanilla, delante del bar vi un montón de leña perfectamente cortada. Enseguida comprendí que era par una hoguera. Alguien, en unos pocos días, se transformaría por primera vez.

Sentí la mano de Kanan cerrarse alrededor de la mía. Lo miré.

—Todo está bien, ¿de acuerdo?

Asentí.

—Este lugar me hace sentir muchas cosas y casi ninguna buena —respondí, hosca.

Abrí la portezuela del coche y salí al sol abrasador. Volví a mirar hacia la pila de leña. El primer cambio era un día trascendental, porque era el día en que los lobos pasaban de ser llamados así a convertirse realmente en lobos. También habría sido el día en que yo me hubiera convertido en loba, pero...

Cerré de un portazo justo cuando Kanan salía también y me dirigí hacia el bar, sintiendo cómo mi corazón latía con fuerza mientras nos acercábamos a la puerta. No tenía ni idea de cómo reaccionaría m mi padre cuando me viera. Cinco años es mucho tiempo.

Empujamos la puerta, se oyó el tintineo de una campanilla sobre nosotros y entramos.

A aquella hora, el bar estaba casi vacío y mal iluminado, pero, teniendo en cuenta que los lobos podían ver en la oscuridad como en la luz, nunca fue un problema. De hecho, desde que tengo uso de razón lo recuerdo en la semioscuridad.

Caminé, vacilante. Kanan se puso junto a mí cuando llegué a la barra.

Mi padre se quedó quieto, como si se preguntara si yo era real. Había estado secando copas con un paño hasta que sus ojos se posaron en mí. Dejó la copa despacio sobre su soporte para que no se le cayera de las manos.

—Que me aspen.

Lockworth seguía teniendo el mismo aspecto de siempre, joven y con una mirada feroz que podían apabullar incluso a los lobos más aterradores. Mi madre contó que, cuando mi padre era joven, no había nadie a quien Lockworth persiguiera al que no venciera. Y teniendo en cuenta todo lo que había conseguido, estaba segura de que era verdad.

—Hola, papá —murmuré.

Rodeó el armario, se acercó a mí y me abrazó.

—¡Cuánto me alegro de verte!

Me abrazó con fuerza, pero yo no se lo devolví, me limité a aceptarlo. Después señalé a Kanan.

—Este es Kanan, es mi... eh... es mi compañero —tartamudeé.

Lockworth palideció al oírlo y después miró fijamente a Kanan, quien le tendió la mano.

—Encantado de conocerle, señor.

Mi padre se la estrechó con fuerza.

—Es una gran noticia, sí señor. Temía que no sucediera nunca porque... —se cortó en seco.

—Lo sabe, papá. Se lo he contado todo.

—¿Lo hiciste? ¿Y sigue a tu lado?

—En realidad, por eso hemos venido, Lockworth —intervino Kanan.

—¿Qué?

—Vamos a romper la maldición que Akira lanzó sobre ti y conseguiremos que Maya se transforme por completo.

Mi padre nos miró como si estuviéramos locos. Permaneció en silencio unos minutos, hasta que asintió como para sí mismo.

—Sentaos. Es una historia muy larga.

CAPÍTULO CATORCE



KANAN

Permanecí en silencio mientras Maya me conducía al reservado más alejado de la puerta. Me senté contra la pared con los ojos puestos en la salida. Ella se sentó frente a mí con cara de pocos amigos. Alargué la mano y se la cogí.

—Todo irá bien, ¿vale? —susurré.

Me apretó la mano en respuesta, pero cuando Lockworth se acercó, me la soltó de inmediato y se puso a mi lado para hacerle sitio.

—Algunas cosas nunca cambian, es reconfortante saberlo —dijo el Alfa mientras colocaba cervezas frente a nosotros antes de dejarse caer en la silla también.

Maya lo miró.

—¿De qué estás hablando?

—De ti. Esta fue siempre tu parte favorita del bar. Es donde te gustaba estar y jugar. Por eso mis clientes nunca pudieron acceder aquí. Y siguen sin poder.

Maya miró la botella que tenía delante.

—No parece una decisión comercial inteligente.

—Te lo pasabas bien y, para mí, eso era mejor que cualquier otra cosa que este bar pueda darme. —La miró en silencio. Podía ver el dolor en los ojos de él—. Créeme, Maya me alegro de verte. Seguro que tu madre también estará encantada de …

—Lo dudo —le cortó ella con sequedad, poniendo los ojos en blanco—. Como mucho le entristecería saber que he vuelto, si es que es capaz de sentir algo.

—¡No hables así de ella! Tu madre te quiere, lo sabes.

—No estamos aquí por eso, papá —zanjó.

Él rebuscó en su bolsillo y sacó un abridor. Con un hábil movimiento de sus dedos, las tapas volaron de las botellas y cayeron sobre la mesa.

—Toma un trago primero, cariño.

Me encogí de hombros, cogí la botella y le di un buen trago. Maya y su padre hicieron lo mismo,

y sonaron unos golpecitos rítmicos mientras dejábamos las botellas de nuevo sobre la mesa.

—Así que tienes un compañero...—Lockworth se giró para mirarme—. ¿De qué manada eres?

Me removí en mi asiento. Aquel hombre era una leyenda y no quería quedar como un don nadie.

—Vicious Hounds. Soy el hijo del Gran Rott, el antiguo Alfa —respondí con gesto serio.

No tengo ni idea de por qué añadí eso último, pero le hizo fruncir el ceño.

—¿El Gran Rott? Por aquel entonces le llamábamos simplemente Rott.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Conociste a mi padre?

—Por supuesto. Mientras mi manada luchaba fuera persiguiendo a los vampiros, tu padre y la suya impedían que nadie entrara en la ciudad. Ni aquí ni en la Capital. Así, nos aseguramos de eliminarlos a todos por completo. Mi manada y yo tomamos este lugar, y él tomó la Capital. Por desgracia, otras manadas quisieron disputar el dominio sobre la capital, pero fracasaron, lo que inició la temida guerra territorial entre lobos—. Lockworth dio otro trago a su botella.

—Joder...— murmuré y luego me arrepentí—. Lo siento. ¿Cómo es que no sé nada de eso? Nunca me lo contó.

—Supongo que quería que la enemistad muriera con su generación para que la tuya pudiera vivir en armonía con otras manadas. No hay necesidad de heredar enemigos.

—Esto es genial, papá, pero estamos aquí para una lección de historia diferente —intervino Maya en voz baja—. No trates de cambiar de tema.

—El chico quiere conocer sus orígenes —se defendió.

—Y yo necesito saber quién me hizo así —replicó, furiosa—. ¿Por qué te maldijo Akira?

Lockworth dejó caer la botella al escuchar aquel nombre y sacudió la cabeza con tristeza.

—Akira y yo nos conocemos desde la adolescencia. —Me miró—. ¿Cuántos años tienes?

—¡Papá! —gritó Maya.

—Veintisiete, ¿por qué? —respondí.

—Yo era un año menor que tú cuando tuve la visión de mi pareja, y eso lo cambió todo para mí. Antes de conocer a tu madre, yo no estaba soltero.

Maya aspiró profundamente, tratando de calmarse.

—¿Salías con Akira? ¿Cómo pudiste?

—Entiéndelo, Maya. Ella no trataba de destruir el mundo por aquel entonces. ¿Cómo demonios iba a saber yo que haría algo así? —Se encogió de hombros—. Llevábamos juntos desde los dieciséis, una sólida relación de diez años.

—Que terminó la noche que tuviste tu visión —deduje—. Eso debió destrozarla.

Lockworth asintió, hosco.

—No sé lo que nos hace la visión. Pero, una vez que la vi, una vez que vi a mi compañera, todo lo que sentía por Akira simplemente desapareció, como si nunca hubieran existido. Podía recordar todos los buenos momentos que habíamos compartido juntos, pero no estaba seguro de querer seguir haciéndolo. No lo elegí. Simplemente, ya no la quería. Intenté romper con ella, pero se negó. Soy un lobo, no puedo luchar contra mi naturaleza y parte de ella es tener compañeros predestinados. Ella no quiso, y me amenazó con cambiar mi naturaleza y otras cosas aterradoras. Poco a poco se fue desquiciando, y acabó completamente loca, mientras investigaba la magia oscura en un intento de que yo no siguiera la visión. Llegó un momento en que no pude soportarlo más y me fui a buscar a mi compañera, tu madre. Poco después, estalló la guerra contra los vampiros y no volví a saber de ella.

»Un día, cuando todo había terminado, apareció a mi lado en el bosque, acusándome de todo el daño que yo le había hecho. Dijo que yo no merecía vivir feliz con mi manada y mi familia, que ella siempre estuvo a mi lado y yo la abandoné. Me preguntó si yo tenía la más mínima idea de todo lo que ella había sufrido por mí. Siguió hablando, pero no recuerdo más porque me desmayé. Cuando recuperé la conciencia, me dijo que me había hecho un regalo, pero no cuál. Aseguró que, llegado el momento, lo sabría. Y así fue.

Se hizo un silencio mientras procesábamos su historia. Al fin Maya cogió su cerveza y le dio un gran trago.

—Lo que hiciste estuvo mal —afirmó.

—¿Cómo te atreves? —Lockworth se volvió hacia ella.

—Maya —traté de calmarla.

—¡Diez años! Eso es una puta década, papá. Ella lo dio todo por ti ¿Y tú que hiciste? ¿Levantarte un día y marcharte?

—¡No fue así! Se lo expliqué todo. Por el amor de Dios, ella sabía todo sobre los lobos.

—Intentó lograr que siguierais juntos.

—¿A cambio de qué? ¿De cambiar mi naturaleza, lo que me hace ser un lobo? ¿Cómo podía permitirlo?

—Bueno, quizá, si lo hubieras hecho, no estaríamos aquí teniendo esta conversación- Porque adivina qué papá, ¡ella cambió la mía! ¡Y por eso no soy una loba! ¡Y tú lo permitiste, papá! ¡Fuiste tú, joder!

Se puso en pie y salió furiosa del bar, sus pasos sonando con fuerza contra el suelo.

—Mierda.

Hice ademán de levantarme para ir tras ella, pero Lockworth alargó la mano y me sujetó del brazo.

—Déjala. Necesita estar un rato a solas. Volverá.

Me senté de nuevo.

—¿Se pondrá bien?

—Lo hará —respondió, convencido—. No estoy orgulloso de lo que pasó entonces, pero pasó. Y me duele que fuera ella quien se llevara la peor parte. Créeme, he hecho todo lo posible por cambiarlo, pero nada funciona.

—¿Eres tú la razón por la que Akira odia a los lobos?

—Sí, bueno, no lo sé. Sólo soy el primero que estuvo con ella. Creo que ese odio ha ido aumentando desde aquella noche, y con el tiempo ha empeorado. Temo se convierta un gran problema para nosotros algún día.

—Ese día podría estar a punto de llegar, me temo. Tengo la sospecha de que Akira está en tratos con mi Alfa, y esos dos no pueden tener buenos planes para mi manada.

—Resulta aterrador pensarlo, pero creo que tienes razón. La noche que me encontró en el bosque, me dijo que aún tenía mucho que aprender y descubrir para llevar a cabo sus planes.

—Estaba dispuesta a hacer todo lo posible para que los dos siguierais juntos.

—No sólo dispuesta, Kanan. Había llegado demasiado lejos. Incluso se metió en la magia oscura y fue entonces cuando se convirtió en esta poderosa entidad a quien todos temen hoy.

—¿Has intentado hablar con ella de nuevo? —pregunté, inseguro—. Desde entonces, me refiero.

—No, no he podido encontrarla. Las brujas no son de ayuda cuando se trata de Akira.

— Maya y yo la encontraremos —afirmé, confiado—. Ya has visto todo lo que está en juego, tenemos que hacer algo.

—¿Te has vuelto loco? ¡No permitiré que arrastres a mi hija a una muerte segura!

—¡No voy a morir! —replicó Maya desde detrás de él. Levanté la vista mientras él se giraba para mirarla. Ninguno la habíamos oído entrar—. Tenemos que encontrar a esa tal Akira, y tú nos dirás cómo hacerlo.

—Como tienes un oído perfecto, me habrías oído decir que no he podido encontrarla. Además, no estoy a favor de esto.

—No necesito tu apoyo, papá. Encontraremos a Akira tanto si nos ayudas como si no. Comenzaremos por Michigan. ¡Allí conseguiré respuestas sea como sea! Aunque tenga que quemar la ciudad hasta los cimientos.

—Maya —Lockworth se levantó, angustiado— ¿Es que quieres empezar una guerra?

—Tú has tratado de evitar una, por eso jamás lograste romper esta maldición. Me dan igual las guerras o las historias de amor de la gente. Pero me niego a seguir viviendo con las consecuencias de tus estúpidas decisiones.

Yo también me levanté.

—Creo que los ánimos están muy caldeados. Respiremos hondo, ¿de acuerdo? Esto no va a solucionar nada.

—Kanan, vámonos a Michigan. Venir aquí ha sido un error —gruñó Maya y se dio la vuelta para marcharse.

—¡Espera! —gritó su padre. Ella se detuvo—. Puedes ir a Michigan, pero sin causar ningún problema. Ese es su hogar, y cualquier estupidez hará que te maten. Por lo que me hizo Akira y las secuelas de aquello, digamos que quemé muchos puentes con todas las brujas. Con todas excepto una.

Se acercó al mostrador, metió la mano en una caja y sacó un mapa que extendió sobre la barra. Maya y yo nos lo rodeamos para poder verlo.

—Cuando llegues aquí, —dijo mientras dibujaba un círculo con la punta del índice—pregunta por Martha, es una vieja amiga.

—¿Una amiga? —replicó Maya, escéptica.

—Sí, una vez salvé a su hija de un lobo renegado. Todavía me debe un favor.

—¿Por qué no te cobraste esta deuda cuando necesitabas brujas desesperadamente hace años?

—¡Por todos los espíritus Maya, ¡deja de hacer preguntas! —gritó Lockworth, exasperado. Después trató de calmarse y continuó—. Verás, las brujas son muy temperamentales, y hasta cierto punto, incluso más territoriales que los lobos. Hay que tener cuidado. No les faltes al respeto, y no hagas nada que pueda originar un conflicto.

—¿Por qué demonios me cuentas todo esto ahora? —preguntó Maya con los brazos en jarras, mirándole fijamente.

—Porque acabas de decir algo sobre quemar su ciudad, y no quiero que esos pensamientos pasen por tu mente. En realidad, nunca serías capaz de sacar la cerilla para iniciar el fuego. Y entonces, ellos te abrasarán a ti.

—No te preocupes. Ahora que tenemos a nuestra querida Martha, quemar Michigan sólo será el plan B.

Lockworth abrió de nuevo la caja y sacó un collar. Se acercó a Maya y se lo puso en el cuello.

—Lo llevo siempre que voy a entrar en combate. Aleja el mal —explicó.

Maya lo miró, incrédula.

—¿Ahora sí? —preguntó exasperada, poniendo los ojos en blanco.

—Por favor, no te lo quites —pidió—. Hazlo por mí, ¿de acuerdo?

—No veo cómo...—empezó a decir, pero le cogí la mano con la que estaba a punto de arrancarse el collar y la sujeté con suavidad.

—Ella lo mantendrá a salvo —aseguré.

—Gracias. Y por favor, tened cuidado ¿vale? Os habría acompañado, pero no puedo.

—Lo comprendo. Eres el Alfa y tu manada te necesita —dije, comprensivo.

—Bueno, tu manada siempre te ha necesitado, papá. ¿Sabes quién más te ha necesitado siempre? —gritó Maya—. ¡Yo! Te espero en el coche.

Se dio la vuelta y salió del bar, dejándome allí con su padre.

—Lo siento —murmuré.

—No, no tienes por qué. Supongo que lo que hice no fue suficiente. Kanan, gracias por lo que estás haciendo por ella. Sé que quizás te sientas obligado porque es tu compañera, pero gracias de todos modos. Y quiero que sepas que, pase lo que pase, siempre tendrás un hogar aquí con nosotros.

—Gracias —dije, conmovido.

Me tendió la mano.

—Por favor, cuida de mi hija por mí, ¿de acuerdo?

—No le ocurrirá nada, lo prometo —aseguré mientras le estrechaba la mano.

Cuando salí del bar, Maya ya estaba en el coche y seguía de muy mal humor. Sin decir nada, rodeé el vehículo y, cuando estaba a punto de subirme al asiento del conductor, me detuve a olisquear.

Había un olor extraño en el aire, muy tenue, pero que me recordaba a Vicious Hounds. Mis dedos se cerraron en un puño y sentí que la ira se apoderaba de mí, ¿nos estaban siguiendo?

¿Había sido Morellis tan inflexible como para enviar a sus matones a por mí?

—Cabrón —murmuré subiéndome al coche.

Arranqué y miré a Maya que, en el asiento del copiloto, mantenía la mirada fija en el parabrisas.

De acuerdo, no estaba de humor para hablar. No quería presionarla. Di marcha atrás y nos fuimos de allí.

CAPÍTULO QUINCE

MAYA

Estuve callada la mayor parte del viaje. Bajé la ventanilla para sentir el aire fresco en la cara mientras Kanan conducía por la autopista. Seguía rabiosa con mi padre. ¿Por qué? No tenía ni idea.

¿Era porque todo parecía irle bien? Su manada estaba prosperando y todo el mundo había seguido con su vida a pesar de todo lo que me estaba pasando.

Por el contrario, mi vida era un caos. Todo iba mal. ¿Por qué no podía tener la vida normal y tranquila que deseaba? ¿Qué había hecho yo para merecer todo esto?

No sé durante cuánto tiempo estas y otras preguntas se repitieron en mi cabeza, pero en un momento dado, caí dormida, arrullada por la vibración del vehículo mientras avanzábamos por la carretera, que en cierto modo me resultaba tranquilizadora.

Cuando la vibración cesó, me desperté.

Kanan había aparcado el coche en la desembocadura de un camino de tierra. Me removí en el asiento y me volví hacia él.

—¿Dónde estamos?

—Te has despertado justo a tiempo, amor —dijo consultando el mapa que había extendido sobre el volante—. Estamos en Siren Enclave, la ciudad del mundo con más brujas y también el hogar de Akira. Con suerte, nos dirán dónde vive.

—Sigue soñando —repliqué abriendo la portezuela y saliendo del vehículo al sol. Hacía tanto calor y brillaba tanto que durante los primeros instantes me dolieron los ojos y sentí que la piel me ardía—. Primero buscaremos a Martha, ¿de acuerdo?

Kanan examinó el mapa una vez más y luego lo dobló, salió del coche y lo cerró tras de sí.

—De acuerdo. Estamos en el lugar del que habló tu padre. Preguntemos por Martha. Vamos.

Lo alcancé cuando empezamos a caminar por el camino de tierra. El lugar estaba tranquilo y parecía desierto, pero con mi agudo oído capté las voces de la gente en sus casas. Lógico ¿Quién estaría fuera bajo este sol abrasador? Sólo un par de locos que querían enfrentarse a la bruja más poderosa del mundo.

—¿Cómo te sientes? — preguntó Kanan.

Lo miré, sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

—Venga, has estado como ausente desde que llegamos a casa de tu padre, y aún más cuando nos fuimos. Aunque debo decir que parece que ya estás mejor.

Me hundí al darme cuenta de que no había sido una buena compañera durante todo ese tiempo.

—Siento haberte dejado de lado. Es que, cuando hablo con mi padre, nunca me quedo bien. Siempre hay algo que me deja hundida.

—Lo entiendo. Aunque no estoy tratando de decirte cómo manejar tu relación con tu padre, creo que tal vez fuiste demasiado dura con él. Por un momento, cualquiera habría pensado que estabas del lado de Akira.

Recordé entonces cómo había estallado contra él y lo que le dijo. Suspiré, abatida.

—A ver, por supuesto, me parece horrible lo que Akira hizo, o está haciendo, aunque fuera a consecuencia de su fallida relación con mi padre. Sólo fue un arma que usar contra él, algo con lo que atacarle.

—¿Y cómo te sentiste al saber lo que ocurrió?

—Furiosa. ¡Totalmente furiosa! Siempre es igual: él, el poderoso Lockworth, invencible, al que nada lo toca. Verlo tan bien y feliz, con todo lo que me está pasando, me afectó. Creo que necesitaba que él sintiera tan mal como yo, aunque sólo fuera un poco.

—Maya. — Kanan hizo una pausa mientras me cogía de la mano—. ¿Qué te hace pensar que no lo siente? Sabe que es culpa suya lo que te ocurre. ¿Cómo podría olvidar algo así? Pero es un líder, no puede llevar sus emociones a flor de piel, lo sabes. Tienes que ser más tolerante con él.

Me soltó y se acercó a un remolque aparcado a un lado de la carretera. Estaba lleno de polvo y tenía dos sillas sucias delante. Una estaba boca abajo en la tierra. Pero el calzado en la puerta principal evidenciaba que había alguien dentro.

Me quedé a unos metros mientras él llamaba sin hacer mucho ruido. No se puede ir por ahí aporreando la puerta de un desconocido.

De pronto, la puerta se abrió de golpe y apareció una joven, que miró fijamente a Kanan.

—¿Puedo ayudarle?

—Hola, buenas tardes —saludó él con una sonrisa—. ¿Podría decirme dónde puedo encontrar a Martha?

—¿Quién lo pregunta?

—Somos viejos amigos.

—Pareces demasiado joven para ser un viejo amigo de Martha —replicó burlona.

—Es una amiga de la familia —dije, acercándome también a la puerta—. Mi padre me ha enviado a buscarla. ¿Sabe dónde podemos encontrarla, por favor?

La mujer nos observó durante un rato, luego se encogió de hombros, abrió más la puerta y salió un poco más. Llevaba puesto un camisón—. Sigan por este camino hasta que lleguen a un campo abierto, crúcenlo. Al otro lado, hay una casa con árboles detrás. Ahí vive ella.

—Muchas gracias —agradecí. Cogí la mano de Kanan y nos alejamos de la caravana.

Mientras reanudábamos nuestro camino, caminando codo con codo bajo el sol abrasador, pensé de nuevo en mi padre y en lo que dijo sobre cómo habían cambiado sus sentimientos en el momento en que tuvo la visión. ¿Me ocurría lo mismo a mí? ¿A todos los lobos?

—¿En qué piensas? —preguntó, dándome un suave tironcito de la mano.

—En mi padre y Akira. Me preguntaba, ¿hay opciones cuando se trata de elegir compañeros?

—Bueno, ese es el objetivo de la visión, Maya. No te da una opción, sino a tu compañera o compañero.

—¿Y si no lo quieres?

—¿Qué? —se sorprendió mientras llegábamos al campo— Es inconcebible no ir a por el compañero predestinado para ti.

—No es inconcebible. Tan sólo nunca has oído hablar de ello.

—Porque jamás ha ocurrido.

—¿Por qué tienes que escoger sólo a quien está predestinado para ti? ¿Hay consecuencias si no lo haces? ¿Qué ocurre si prefieres a otro? O a alguien que ni siquiera es un lobo. ¿Tienes que pagar un precio por ello?

—No lo sé, Maya. ¿Por qué me haces todas estas preguntas? ¿Estás pensando en dejarme?

—Sólo quiero saber en dónde me estoy metiendo, Kanan. Los sentimientos de mi padre cambiaron de la noche a la mañana, así, de pronto. ¿Cómo puedo saber si lo que sientes por mí es real? ¿Es por elección o sólo porque estás destinado a estar conmigo? ¿Y cómo sé que durará?

—¡No tengo respuestas para todas tus preguntas! — gritó, levantando las manos al cielo, exasperado—. Es una tradición que se ha mantenido durante generaciones. Puede que los lobos se hayan desviado de la norma de vez en cuando, no lo sé. Pero lo que sí sé es que nunca he visto a dos lobos predestinados pelearse. La naturaleza selecciona lo mejor para nosotros, y que estemos predestinados significa que somos el uno para el otro. Es algo natural, Maya, tómalo como tal. Nada te presiona ni te fuerza a ello. Sólo puedo decirte que todo irá bien.

Lo miré durante unos segundos. Al fin y al cabo, él no tenía ni idea de lo que era ser yo. Había crecido como un lobo normal, rodeado por su manada. Yo, por el contrario, crecí aislada de una, y tuve que buscar consuelo fuera de mi manada con gente a la que no le importaba una mierda. Si todo esto salía mal, él tenía algo a lo que volver, algo tangible y que valía la pena. Pero yo... ¿qué demonios iba a hacer?

¿Volver a casa vacía? ¿A mi trabajo aburrido? ¿A mis medias transformaciones mensuales? Nada resultaba demasiado alentador.

Por eso necesitaba saber si esto era real. Necesitaba que fuera real, ¿acaso era tan difícil de

entender?

Crucé los brazos sobre el pecho y miré a mi alrededor. Habíamos llegado al otro extremo del campo y la casa se alzaba ante nosotros.

—Hemos llegado —dije.

Siguió la dirección de mi mirada, hizo un leve gesto con la cabeza y se dirigió hacia el apartamento. Lo seguí sin decir palabra. ¿Estaba enfadado conmigo? Bueno, ¿y quién no lo estaría? Había cuestionado sus sentimientos de forma poco sutil. Pero no entendía por qué le resultaba extraño. Nos conocimos ayer, literalmente, pero por alguna razón, parecía como si lleváramos años juntos. ¿Por qué era yo la única que lo veía así?

Cuando llegamos al apartamento, Kanan se acercó a la puerta principal y llamó. Casi de inmediato, oímos cómo se descorría un cerrojo. La puerta se abrió de un tirón y salió una mujer de mediana edad con una espesa cabellera que era una mezcla de blanco y dorado. Sonrió.

—Que los espíritus os acompañen —saludó con voz cantarina, mirándonos.

—Y también a ti —respondió Kanan, inseguro. Carraspeó—. Estamos buscando a Martha, nos han dicho que vive aquí.

—¿Quién busca a Martha?

—Sólo dile que tiene visita, ¿de acuerdo?

La mujer se apoyó en el marco estudiándonos. Frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—No. ¡No he visto vuestras caras en toda mi vida!

Abrí los ojos de par en par.

—No lo entiendo, no nos conocemos —respondí, confusa.

—Claro que no. Entonces, ¿por qué dijiste que sois amigos de la familia?

—Oh...— Kanan asintió al darse cuenta—. Tú eres Martha.

—Cuando vas a casa de alguien, ¿quién esperas que te abra la puerta?

—¿Quién está más cerca?

—¿Quiénes sois?

Me acerqué a ella.

—Me llamo Maya y mi padre es Lockworth. Él nos envió a ti.

La luz de sus ojos se apagó durante un instante. Miró tras ella y se apartó.

—Pasad.

La seguimos al interior de la casa, al abrigo del inclemente sol. Estaba desordenada, pero ordenada en cierto modo. Nos condujo a través de un pequeño salón en el que había cuatro brujas sentadas en sillones. Ante ellas, agujas de punto flotaban en el aire mientras tejían prendas de

lana y mientras abanicos de mano les daban aire a todas.

Resultaba inquietante y fantasmal, pero no dije nada mientras Martha pasaba entre ellas hasta llevarnos a una habitación vacía. En cuanto entramos, la puerta se cerró de golpe.

—Sé por qué estás aquí, y te digo que no —dijo de inmediato.

—¿Qué? —Sentí que me faltaba el aire.

—Conozco a tu padre, y sé que ha intentado que una bruja te cure. Y ahora, aunque te mande a ti a hacer el trabajo, la respuesta sigue siendo no.

—¡Mi padre me contó que salvó a tu hijo! ¡Se lo debes!

—Quizá, pero fueron los tuyos los que se lo llevaron.

—¡Pero fue tu clase la que me maldijo! —grité.

—¡Basta! —nos cortó Kanan —. Ni siquiera nos hemos presentado y ya estáis discutiendo. Martha, necesitamos tu ayuda, pero no la que crees.

—Una bruja no puede romper la maldición de otra bruja. Así son las cosas.

—Entonces dinos dónde encontrar a Akira.

—Eso es aún peor, y no os lo diré. De hecho, me estoy arriesgando demasiado tan sólo con mantener esta conversación. Tenéis que iros ahora mismo.

—¿Cómo? ¿Así, sin más? —replicó Kanan, atónito.

—¡¡Sí, sin más! —gritó ella—. ¡Fuera de aquí!

—¡No! Hemos conducido durante horas para llegar aquí. Nos dirás dónde encontrar a Akira o yo...

Mis palabras se congelaron en mi garganta y sentí unas manos fantasmales rodeando mi cuello. Vi las de Martha, extendidas hacia mí. Entonces me elevé en el aire y me estrellé contra la pared. Me quedé sin aliento cuando caí al suelo.

Con un gruñido de furia, Kanan corrió hacia Martha, pero la puerta que tenía detrás se abrió de golpe y él se dio de bruces contra la pared.

—¡Kanan!

Me levanté de un saltó y traté de llegar hasta él, pero, de pronto, mi cuerpo quedó paralizado, sacudido por descargas eléctricas. Salí volando hacia la pared y mi cabeza chocó con ella. Caí al suelo sin fuerzas para moverme.

—Idiotas. —Martha se acercó a nosotros—. Lo que pedís es mayor que mi deuda. No deberías haber venido, Maya.

La bruja dio un golpe con su puño en la palma de la otra mano y sentí como si me quitaran el aire de los pulmones. Entonces lanzó un puñetazo al aire y Kanan y yo volamos hacia la pared, que se desmaterializó y aterrizábamos en el duro suelo.

—Joder —gruñó Kanan, dolorido.

A mí también me dolía todo el cuerpo. De pronto, entendí lo que mi padre quiso decir. Mi primer contacto con la magia había sido un fracaso total. Ella iba a matarnos, estaba segura.

Martha y sus amigas se colocaron junto al agujero en la pared y todas a la vez levantaron las manos para darnos el golpe de gracia.

Sentí cómo Kanan entrelazaba su mano con la mía. Ya estaba. ¡Era el final!

De pronto, con un fuerte siseo, un rayo de luz se introdujo en el agujero y explotó en una ráfaga de aire que hizo volar a las cinco mujeres hacia el interior de la habitación. Una figura se materializó ante nosotros, realizando extraños movimientos con las manos murmurando lo que parecía una letanía.

Los cascotes que nos rodeaban se levantaron en el aire y se unieron para sellar mágicamente el agujero de la pared, que en segundos volvió a su estado original. Quien había entrado se volvió hacia nosotros, que aún seguíamos en el suelo.

—Me llamo Serenity —dijo—. Venid conmigo si queréis vivir.

CAPÍTULO DIECISÉIS



SERENITY

Le tendí la mano y la joven que estaba en el suelo me la cogió. Tiré de ella hacia arriba mientras el hombre que la acompañaba también se ponía en pie con dificultad.

—Eso no los detendrá por mucho tiempo —advertí—. Por favor, decidme que no habéis venido hasta aquí a pie.

—Dejamos el coche en el cruce, justo al otro lado del campo —respondió él.

—¿Por qué habéis hecho eso? —grité—. ¡Corred!

Sin esperarlos, eché a correr hacia el campo y ellos me siguieron. Mientras huíamos de allí, sólo podía pensar en la estupidez que estaba cometiendo.

¿Por qué era asunto mío que dos idiotas hubieran conseguido cabrear a un par de brujas aburridas?

Los vi cuando llamaron a la caravana de Clarissa para preguntar por el camino. Ver caras nuevas en Siren Enclave resultaba tan raro que me intrigó saber cómo terminaba todo aquello. Pocos se atrevían a entrar en el Enclave, a menos que fueran brujos o amigos de ellos, y al escucharlos preguntar por Martha supe que tendría problemas. La curiosidad me pudo y me dije que seguirlos sería entretenido.

Así lo hice. Me llevé un buen susto cuando escuché que eran lobos y que estaban buscando a Akira. Martha y sus amigas reaccionaron como era previsible, dado que todos la temían. Pero yo no.

Por fin había alguien de mi lado en mi esperanza de terminar con la amenaza que Akira suponía para todos. Supe entonces supe que serían de gran ayuda para convencer a mis hermanas brujas de luchar contra ella y contra todo lo que representaba.

Por eso, aún a riesgo de que me expulsaran de mi comunidad, me enfrenté a los míos para salvar a un par de lobos. Y ahora los tres corríamos para salvar nuestras vidas.

Al doblar la esquina hacia la fachada principal de la casa, la puerta se abrió y Martha salió, furiosa.

—¡Estúpida! —gritó con rabia—. ¿Cómo te atreves?

Cuando se preparaba para lanzarnos un hechizo, levanté la mano, y la cerré en un puño, y la

puerta se cerró de golpe. Ella para evitar que la golpeara, tuvo que saltar al camino.

La pareja me adelantó con rapidez en nuestra carrera a través del campo.

—Por supuesto, los lobos son más rápidos —murmuré con la respiración entrecortada mientras nos adentrábamos en el camino de tierra.

Detrás de nosotros, la puerta volvió a abrirse y entonces supe que las brujas habían logrado escapar de la casa. De pronto, el suelo a nuestro alrededor, el suelo explotó, y la arena salió volando por los aires a nuestro alrededor.

—¡No paréis! —aullé, urgiéndoles a seguir.

Decidí concentrarme en correr, porque la magia no es fácil de hacer bien cuando huyes para salvar tu vida.

Por fin vi su coche en el cruce. Lo miré fijamente y las puertas se abrieron de golpe, para que pudiéramos entrar sin ni siquiera tocarlo. El hombre llegó primero y se deslizó dentro mientras la mujer entraba a su lado.

A mi alrededor, el suelo y la arena saltaban por los aires, se me metían en los ojos y me nublaban la vista.

—Vamos —me dije con los dientes apretados.

De pronto, el suelo bajo mis pies reventó y salí volando hasta caer a un lado.

Oí arrancar el motor del coche y vi que se dirigía hacia mí. Se detuvo a mi lado y salté al asiento trasero. La puerta se cerró de golpe tras de mí.

El conductor cambió la marcha y, con una sacudida, el coche salió disparado hacia delante.

Miré por el parabrisas y vi que las brujas aún nos perseguían. Usarían la magia para frenarnos.

—¡*Toormenta de Suurgerr!* —recité en voz baja.

Las ventanillas del coche se abrieron solas y, mientras nos alejábamos, la arena del suelo empezó a levantarse, como movida por un fuerte vendaval. Pronto, se convirtió en una tormenta de arena que nos envolvió, ocultándonos a la vista de las brujas y obligándolas a detenerse.

—¡Conduce! —ordené.

Él no necesitó que se lo dijeran dos veces. Pisó a fondo y, a todo lo que daba el motor, nos sacó de Siren Enclave. Unos minutos después estábamos en la carretera principal de Michigan.

Por fin podía relajarme. Era imposible que Martha y las demás nos siguieran tan lejos. Me recosté en el asiento y dejé escapar un suspiré. En los asientos delanteros, la pareja permanecía en silencio con la vista fija en la carretera que se extendía ante ellos.

—Estoy esperando —dije al cabo de un rato.

La mujer se volvió para mirarme.

—¿Para qué?

—¿En serio vais a actuar como si no hubiera una extraña en el asiento trasero de vuestro coche?

Dejó escapar un suspiro.

—Gracias por lo que hiciste antes. Nos has salvado.

—Es lo que hago cuando me topo con un par de estúpidos: evitar que se hagan daño.

—¿Perdón?

—¿En qué estabais pensando para venir aquí a enfadar a las brujas en su propia casa? ¿Es yo puedo ir a vuestra manada y molestaros? —Me relajé en mi asiento—. Hay una cosa que se llama ventaja de jugar en casa. De no ser por mi os habrían... bueno, no es algo de lo que presumir.

—Te he dado las gracias —replicó ella con sequedad.

—¿Por qué nos has ayudado? —preguntó el conductor.

—Empecemos por el principio. Ni siquiera sé vuestros nombres.

El coche se salió de la carretera cuando conductor dio un volantazo frenó hasta detenerlo. Quitó el contacto y se volvió hacia mí.

—Me llamo Kanan y ella es Maya. Ya nos dijiste que eres Serenity. Ahora que ya lo sabes ¿Por qué nos has ayudado enfrentándote a los tuyos?

—Iban a mataros —me limité a responder—. Si yo no hubiera intervenido, nada los habría detenido.

—¿Sólo por eso? —inquirió Maya.

Negué con la cabeza.

—No. Vosotros buscabais a Akira. ¿Por qué?

—¿Por qué quieres saberlo? —replicó ella.

—Para decidir si quiero ayudaros a encontrarla —respondí.

—¿Y ya está? Tus hermanas casi nos matan por esta misma información, ¿y tú nos la vas a dar así de fácil?

—Haré más que eso. Os llevaré allí. Aunque aún estoy considerando si hacerlo o no. Necesito saber si vale la pena.

—Eres patética —rezongó Maya.

—Sí, pero yo no me he enfrentado a cinco brujas adultas sin protección. Verás, las brujas nunca os ayudarán en nada relacionado con Akira. Es tan poderosa ahora que toda la comunidad le tiene miedo. Y no estoy exagerando. Es la bruja más poderosa del mundo y nadie puede hacerle frente. Los que lo han intentado han pagado un gran precio por ello.

—Sin embargo, aquí estás —replicó Maya con escepticismo.

—Sí, aquí estoy. Akira llegó a un acuerdo con las demás brujas: Mientras ella no tocara Siren Enclave, podría arrasar el resto del mundo.

—¿Qué clase de trato es ese? —se escandalizó Kanan.

—Las brujas velaban por sí mismas, como habría hecho cualquiera en su lugar. Quizá aún no hayas oído las historias sobre lo que puede hacer Akira, pero te aseguro que son muy reales.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —volvió a preguntar Maya.

—Porque estoy harta de vivir con miedo. Nadie quiere enfadar a Akira, y todos andamos con pies de plomo para no enfadarla. Por eso quiero ayudaros, porque sois los primeros que de verdad queréis enfrentaros a ella. Además, vais a necesitar mi ayuda.

—No, gracias —replicó Maya—. Podemos arreglárnoslas solos.

—Lo dudo —repliqué, rápida—. Y vosotros también sabéis que eso no es cierto. Tendréis una oportunidad de acabar con ella, pero sólo si yo estoy de vuestro lado. Algo se acerca; algo oscuro y maligno acecha en el horizonte. Akira lo está invocando. Si permitimos que llegue, lo lamentaremos.

—Yo también he tenido esa intuición —coincidió Kanan—. Tampoco sé lo que es, pero sí que tiene algo que ver con los lobos.

—Akira siempre ha tenido una extraña relación con los lobos, y siempre termina en muerte. Esto puede no ser diferente.

—Eso no sucederá —rechazó Kanan en tono sombrío—. De acuerdo. Ya que quieres ayudar, dinos ¿dónde está Akira?

Cerré los ojos y me recosté en el asiento.

—No lo sé.

—¿Qué? ¿Entonces para qué demonios te ofreces a ayudarnos? —bufó Maya.

—Voy a convertirte en una creyente, Maya —respondí, poniendo los ojos en blanco.

—Ella tiene razón, Serenity. Si no puedes ayudarnos a encontrar a Akira, entonces no nos eres útil.

—Desprendéis la misma energía. Está claro que folláis —repliqué—. Además, nunca he dicho que no pudiera encontrarla. Simplemente no sé dónde está ahora.

—Entonces, ¿cómo la encontramos?

—Encontrarla es fácil, cualquier bruja que se precie puede hacerlo. El problema es: ¿Qué ocurrirá cuando la encontréis? No creerás que vas a convencerla de que invierta la maldición, ¿verdad?

—¿La maldición? —Maya me miró atónita.

—Escuché vuestra conversación con Martha y sumé dos y dos. Todo el mundo sabe lo que Akira le hizo a tu familia. Algo muy retorcido, debo añadir.

—Cállate.

—Hay un lugar al que podemos ir. Nos dirán dónde podemos encontrarla y también cómo conseguir que rompa la maldición.

—Eso es genial, ¿Dónde vamos?

—El Bosque de Michigan. Vamos a ver a las Tres hechiceras —respondí.

Unos minutos después, Kanan volvió a arrancar el coche y nos pusimos en marcha.

CAPÍTULO DIECISIETE



KANAN

Levanté un poco el pie del acelerador al girar para llegar a la frontera de Michigan. Ya estábamos muy cerca y podíamos ver a los funcionarios de aduanas, pero aún no lo habíamos dejado atrás. Aún teníamos que llegar a los bosques que bordeaban la frontera. El camino que había cogido nos llevaría justo a la entrada, pero por lo que pude ver en el mapa, aún nos llevaría horas llegar allí.

A mi lado, Maya tecleaba algo en su teléfono mientras Serenity contemplaba por la ventanilla los edificios y otros vehículos que pasaban a toda velocidad.

—Entonces —dije después de un rato—. ¿Qué puedes decirnos sobre Las Hechiceras?

Serenity apartó la mirada de la ventana y me miró.

—Sólo puedo decirte lo que sé de ellas por lo que he leído.

—¿Y qué es lo qué sabes?

—Son tres hermanas, las primeras que usaron la magia —respondió Serenity en tono lúgubre—. Son las primeras brujas.

—¡¿Y siguen vivas?! ¿Cuántos años tienen?

—¿Cuántos años tiene la magia? —La bruja se encogió de hombros—. Quizá incluso son más antiguas porque, según los estudiosos, ellas existían incluso antes de la magia. La magia de entonces era pura, y eso también significa que era poderosa. Eran las mujeres más fuertes del mundo, pero no era suficiente.

—Querían más —murmuró Maya, levantando la vista de su teléfono.

Serenity asintió.

—Hicieron todo lo que pudieron para acumular más poder. Llegó un punto en que tenían tanto que el mundo casi quedó destruido. Un pequeño gesto de cualquiera de las hermanas y el desastre estaba asegurado. Todo el mundo les tenía miedo. Pero querían más.

—¿Cuánto más podrían conseguir? —preguntó Maya.

—El máximo. Querían poder viajar entre nuestro mundo y el de los espíritus a voluntad.

—¿Los espíritus? —murmuré, confundido—. ¿Querían morir?

—No, los espíritus son la fuente de toda magia. Por lo tanto, si podían acceder a ellos a voluntad, tendrían el poder original y absoluto, lo que las hubiera vuelto incluso más poderosas que los propios espíritus.

—Déjame adivinar. A los espíritus no les gustó eso.

—¡Claro que no! Antes de que pudieran completar el ritual, arrebataron su magia a las hermanas. Pero una magia tan poderosa no puede destruirse ni guardarse en un solo lugar. Así fue como se esparció por el mundo y todos los que entraron en contacto con ella se convirtieron en brujos. Pero nadie podrá jamás llegar a ser tan poderoso como cualquiera de las tres hermanas.

—Vaya —murmuré—. Nunca intentaré ser más poderoso que los espíritus.

—La historia no terminó ahí —continuó ella—. No lograron arrebatarles la magia a tiempo, por lo que pudieron cruzar al otro lado. Al hacerlo, sin embargo, perdieron tanto su magia como la capacidad de invocarla. Desde entonces, han estado conectadas a los espíritus, y es lo que las ha mantenido vivas durante tanto tiempo. Lo saben todo sobre la magia, el presente, el pasado y el futuro. Brujas de todo el mundo vienen aquí en busca de iluminación y respuestas.

—Eso suena como un castigo horrible —murmuré Maya guardando su teléfono en el bolsillo.

—Ellas se lo buscaron —repliqué—. La codicia nunca lleva a ninguna parte, excepto al dolor y la decepción. Lo mismo le pasará a Akira si no abandona el ansia de poder en el que está sumida.

—No estés tan segura de que busca más poder —rechazó Serenity.

—¿Por qué si no haría una bruja todas estas cosas tan malvadas? —repliqué.

—¿Una bruja? —gritó Serenity, enfadada—. Sólo estamos hablando de ella. No generalices ni nos conviertas en un estereotipo.

—No estoy convirtiendo a nadie en nada—repuse en tono conciliador—. Sólo digo que está haciendo todo esto para conseguir más poder, y sé que el poder corrompe. Una vez que lo pruebas, es muy difícil no querer más.

—Ahí es donde te equivocas, Kanan. El poder no corrompe. Es la persona que ejerce el poder la que es corruptible. El poder te da la libertad de ser quién y cómo eres. Esa es la pura verdad.

Decidí no añadir nada más mientras me dirigía hacia una gasolinera y aparcaba junto a un surtidor.

—Ya veremos quién está en lo cierto. Ahora tenemos que repostar.

Salí, abrí la tapa del depósito y dejé la manguera enganchada en la boca mientras se llenaba. Me incliné sobre la ventanilla de Maya y me asomé dentro del vehículo.

—¿Queréis algo?

—No, estoy bien —respondió Maya encogiéndose de hombros.

—Yo quisiera chocolatinas, si tienen.

Después de llenar el depósito, volví a colocar la boquilla en su ranura y me dirigí a la tienda, donde compré algo de comer para mí, las chocolatinas para Serenity y, por si acaso, algo de

comer para Maya por si cambiaba de opinión.

Después de pagarlo todo, lo llevé al coche y me subí.

—Así son las cosas, ¿sabes? —le decía Maya a la bruja cuando entré—. He visto que las brujas estáis muy unidas, al igual que los lobos con sus manadas. Por eso me pregunto, ¿por qué te ha sido tan fácil darles la espalda?

Serenity me cogió las chocolatinas.

—Yo no lo calificaría de fácil. Más bien es algo que se veía venir desde hacía mucho tiempo, pero vuestra llegada ha supuesto un punto de inflexión, que es donde estamos ahora.

—¿Desde hacía mucho tiempo? —murmuró Maya escrutándola con la mirada. De pronto, sus ojos se abrieron un poco al comprenderlo—. Eres una marginada.

Ella hizo una mueca al oírlo.

—Marginada es una palabra muy fuerte, pero no del todo falsa. Desde mi infancia, nunca he sido como el resto de mis hermanas brujas. Aunque vivía con ellas, nunca estuve realmente con ellas. Era muy triste. Además, nunca no tuvieron problemas para demostrarme que yo no les importaba nada. Desde muy joven, nunca fui aceptada por ellas. Es algo con lo que tuve que aprender a vivir. Por ello, darles la espalda no fue, por así decirlo, una elección difícil para mí. Era sólo cuestión de tiempo.

Maya se removió en su asiento, abatida.

—Supongo que lo semejante atrae a lo semejante. Sé muy bien lo que se siente al ser una marginada, Serenity. Yo también lo fui en mi manada, pero logré escapar el día que cumplí dieciocho años.

Maya siguió contando cómo la maldición afectó a su vida y la alejó de su manada. Lo que contaba era extraño para mí, nunca lo había experimentado y ni siquiera sabría que decir.

Desde que nací, formé parte de mi manada. Crecí rodeado de gente que me quería y se preocupaba por mí, y todo me iban bien. De no ser por Morellis, la vida habría sido perfecta.

Sólo entonces me di cuenta de que otros lo tuvieron mucho más difícil. Solía pensar que para nosotros lo era, por tener que cargar con Morellis, pero había otros muchos ahí fuera con problemas muchos más grandes que los nuestros.

Qué mundo más triste.

Mientras hablaban, arranqué el coche y abandonamos la gasolinera para continuar nuestro camino. Yo mantenía un el oído atento a su conversación y los dos ojos en la carretera mientras tamborileaba sobre el volante con los dedos y movía la cabeza al compás de un ritmo en mi cabeza. Escuché a Maya con atención. Tenía una voz hermosa y no me cansaría de ella jamás.

De pronto, una sombra oscura atravesó la carretera delante de nosotros, tan rápido, que no la vi a tiempo. Frené en seco y el coche tembló de arriba abajo, pero sentí cómo chocaba con algo sólido. Justo cuando nos detuvimos, un cuerpo rodó por el suelo a unos metros de distancia.

—¡Dios mío, Kanan! —gritó Maya.

—¿Qué ha sido eso? —jadeó Serenity—. ¿Lo has matado?

—Mierda —murmuré angustiado—. Salió de la nada, ¿qué demonios se supone que podía hacer?

—No sé, ¡quizás lo inteligente hubiera sido no matarlo!

—Cállate, Serenity. Quedaos aquí mientras compruebo a qué nos enfrentamos —ordené.

—Nos enfrentamos a un cadáver —insistió la bruja entre dientes mientras yo salía del vehículo.

El sol del atardecer aún calentaba bastante, pero también podía sentir la brisa, ligera y fresca en el aire.

Al otro lado, Maya abrió la puerta y salió también.

—Te pedí que te quedaras en el coche —me enfadé.

Me ignoró y miró hacia delante, donde había un cuerpo tendido en posición fetal.

—Tenemos que ver si necesita ayuda.

—¡Espera! —grité, tensándome—. Espera —insistí.

—¿Qué pasa?

Me quedé inmóvil, olfateando el aire mientras observaba a mi alrededor con cautela. Algo no iba bien. Aquel olor estaba en el aire de nuevo, mucho más fuerte esta vez. Nos habían seguido desde el bar de Lockworth y ahora estaban aquí.

—Vuelve al… —

—¡Kanan, cuidado, detrás de ti! —gritó Serenity.

Giré justo a tiempo para ver a un lobo saltar con fuerza hacia mí. Sólo tuve un segundo para prepararme antes de que ambos voláramos por los aires y nos estrelláramos contra el coche, haciendo que la puerta se hundiera por el impacto.

Con un gruñido salvaje, le clavé el puño en el estómago, dejándolo sin respiración. Después le di otro puñetazo en el abdomen. Un aullido estrangulado escapó de los labios del lobo, y trató de alejarse de mí. Lo agarré por el cuello y lo estrellé contra el suelo con todas mis fuerzas. Se oyó un fuerte golpe en la zona que rodeaba su cabeza y el lobo se quedó inmóvil.

—¡Cabrón! —grité buscando a Maya.

Ella estaba luchando contra el lobo que estaba tendido en el suelo. Se había hecho el muerto. Todo había sido era una puta trampa.

Estaba a punto ir hacia ella cuando, con el rabillo del ojo, vi que otra sombra se me echaba encima. Retrocedí instintivamente para evitar el proyectil del tamaño de un lobo. Vi que eran dos y mis ojos se abrieron de par en par cuando lo reconocí. Era Pascal, el lobo al que Morellis ordenó vigilarme cuando me encarceló.

—Estás muy lejos de casa, Pascal —dije en tono amenazante, apretando los puños.

—Tú también, y estoy aquí para llevarte de vuelta. Muerto.

Sonreí y miré a Maya, que lo estaba pasando mal para deshacerse del otro lobo.

—Bueno, ¿a qué esperáis? —los reté.

Pascal y su matón se abalanzaron sobre mí y los esquivé. Agarré al otro por la cabeza y lo golpeé con fuerza contra el coche, rompiendo las ventanillas con el impacto. Con un gruñido de furia, Pascal se abalanzó sobre mí. Me agaché y le di un puñetazo en el gaznate, boqueando para tomar aire. Cayó de rodillas y, de una patada, lo hice rodar por los aires y estrellarse contra el arcén.

Maya consiguió apartar de una patada a su agresor, pero cuando éste retrocedió, se abalanzó sobre ella de nuevo. De pronto, algo lo levantó en el aire y lo lanzó a unos metros de distancia. Miré detrás de mí y vi a Serenity hacer movimientos con los dedos haciendo movimientos aleatorios mientras su rostro mostraba una intensa concentración.

Pascal y el otro lobo se pusieron en pie, pero no podían moverse. Se agarraron el pecho tratando de mitigar el dolor antes de golpearse con tanta fuerza contra el suelo.

—¿Por qué has esperado tanto? —le reproché a la bruja. Corrí hacia Maya, que se estaba poniendo en pie—¿Estás bien?

—Estoy bien —respondió, jadeante—. No esperaba que fuera tan fuerte.

—Estos tipos son lobos, son tan fuertes como tú. Muy diferentes de esos matones humanos que conociste en el callejón. ¿Estás segura de que estás bien?

—He dicho que estoy bien —repitió, enfadada.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Serenity—. Sólo los he noqueado. Tenemos que irnos antes de que vuelvan en sí.

—No podemos seguir —murmuré—. Daremos el día por terminado. Si seguimos avanzando, al anochecer estaríamos en el bosque, y eso no me gusta. Buscaremos un hotel y continuaremos mañana.

—Por mí, bien —murmuró Serenity, y volvió al coche.

—Vamos, Maya —apremié—. Vámonos.

Volvimos a meternos en el coche y a los pocos segundos íbamos hacia el hotel más cercano que aparecía en el mapa.

CAPÍTULO DIECIOCHO

MAYA

Al caer la noche en el pintoresco estado de Michigan, nos detuvimos en el aparcamiento de un motel. Miré por la ventanilla y observé la fachada brillantemente iluminada. Había unos cuantos coches y se oía una suave música procedente de la recepción.

—¿Pensé que el plan era un hotel? —me sorprendí.

—Los planes han cambiado —respondió Kanan tras apagar el motor—. La mayoría de los hoteles por los que hemos pasado son rascacielos, y estaríamos atrapados en una caja de hormigón si nos vuelven a atacar. Este motel es mejor por cada habitación tiene una buena vista tanto de la parte delantera como de la trasera, y podemos comprobar si hay amenazas de seguridad. Además, si fuera necesario, es más fácil escapar.

—Me gusta —comentó Serenity tras abrir la puerta trasera y salir.

—Seguro que tienes mucha experiencia con moteles —murmuré mirando de reojo a Kanan.

—Nos persiguen lobos. Tenemos que ser más listos que ellos y estar en alerta máxima —respondió. Si había captado mi indirecta, no lo demostró.

—Tienes razón —coincidí tras salir del coche—. ¿Conoces a esos tipos?

Asintió, tras cerrar la puerta y guardarse la llave en el bolsillo.

—Son leales a mi Alfa, y están aquí para impedir que encuentre a mi compañera.

Lo dijo con tanta naturalidad al pasar junto a mí, con tanta despreocupación que casi no capté la gravedad de sus palabras. Pero lo hice, y mientras pasaba a mi lado, le agarré por el cuello.

—Espera. ¿Quieres decir que tu manada intenta matarme?

—No. Mi manada está intentando matarnos a los dos. Pero ya te lo dije. Estamos juntos en esto, y no permitiré que te pase nada.

—¡Y una mierda! ¿Ahora, además de preocuparnos por Akira, también tenemos que hacerlo por los lobos? Esto es demasiado, Kanan.

—Lo siento, pero ya no hay vuelta atrás. Ya saben quién eres y les hemos demostrado que no se puede jugar con nosotros.

—Pero volverán —afirmé.

Se acercó a mí y me acarició los brazos en un gesto tranquilizador.

—Es probable. Pero esta vez, les haremos desear no haberlo hecho.

Me cogió de la mano y me llevó a la recepción. Él se ocupó de las reservas mientras Serenity y yo esperábamos en la entrada. Ella ojeaba una revista cuando me puse a su lado. Después alzó la vista hacia mí.

—¿Cómo estás?

Me encogí de hombros.

—Bien.

—¿Estás segura? Vi a ese lobo encima de ti, te estaba costando luchar con él.

Miré por la ventana al recordar aquel aterrador momento.

—¿Te puedes creer que es la primera vez que me enfrento a un lobo adulto?

Desde que se confirmó que yo era incapaz de transformarme, me excluyeron de casi todos los entrenamientos que requerían un lobo. Nunca tuve en cuenta lo fuertes que podían llegar a ser y, cuando me fui de casa, creí que jamás entraría en contacto con uno de ellos. Pero ¿cuándo en la vida sucede lo que esperamos?

—Entiendo —murmuró ella—. Nunca has estado en una posición en la que tuvieras que probar tu fuerza como loba.

—Exacto, y ahora me enfrento a quienes llevan toda la vida haciéndolo.

—¿Eso te asusta?

Permanecí un rato en silencio, pensativa.

—Sí, aunque estoy segura de que tenemos posibilidades de acabar con ellos.

Oímos pasos detrás de nosotros y nos giramos para ver a Kanan acercarse con dos llaves en las manos. Le lanzó una a Serenity.

—Seremos vecinos por esta noche.

—Seremos vecinos durante el resto del viaje —repuso con los ojos en blanco mientras salía de la recepción.

Kanan y yo la seguimos.

Nuestra habitación era espaciosa y olía bien. Parecía que el propietario la cuidaba mucho. Ninguno de los dos dijo nada mientras dejábamos las maletas y nos quitábamos el exceso de ropa. Mientras dejaba mi teléfono en el taburete, vi cómo Kanan se quitaba la camisa. Sentí que se me secaba la boca al contemplar su pecho musculado ¿Cuánto tardaría en acostumbrarme a su cuerpo de infarto?

Aquel pensamiento se desvaneció cuando vi un gran moratón púrpura en sus costillas.

—Estás herido.

—No te preocupes, no es grave —contestó tendiéndose en la cama.

Me dirigí hacia él y me senté a su lado.

—Por todos los espíritus. ¿Te han golpeado con un martillo?

—Un lobo adulto puede causar mucho daño —respondió con una mueca de dolor—. Pero, por alguna razón, no se está curando tan rápido que siempre. El hematoma ha disminuido desde que me golpeó, pero normalmente no habría durado más de unos minutos.

Me eché hacia atrás, atónita.

—¿Te ha estado doliendo todo este tiempo y no has dicho nada?

—Vamos Maya, no exageres. Sólo es un moratón. Estoy bien, lo prometo.

—Pero no estás bien, tú mismo acabas de decirlo. Algo está mal en este hematoma. Tenemos que hablar con Serenity, y preguntarle si ella tiene una idea de lo que está ocurriendo.

Me levanté para irme, pero me cogió de la mano y me obligó de nuevo a tumbarme en la cama.

—Necesita descansar. Pero te prometo que, si mañana el hematoma sigue ahí, hablaremos con ella.

Puse los ojos en blanco y me removí en la cama, inquieta. Por alguna razón, no podía soportar que le hubieran hecho daño y que sufriera algún tipo de dolor. ¿Qué decía eso de mí? ¿Esto era amor?

— Me ha gustado volver a ver algo de fuego en tus ojos al hablar conmigo—dijo al cabo de un rato.

Lo miré, desconcertada.

—¿De qué estás hablando?

—Vamos, desde que salimos del Enclave has estado fría conmigo. ¿Fue porque me enfadé?

—¿Por qué me levantaste la voz? —pregunté en voz baja.

Al principio, no le di importancia, pero ahora que lo mencionaba, me di cuenta de que quería saber lo que pensó entonces.

—Lo siento, aquello me superó. No podía entender que estuvieras pensando en dejarme. Hablabas de buscar otra pareja. ¿Cómo iba a mantener la calma después de escuchar algo así? —Me cogió la mano y la apretó con cariño—. Sé que no hace mucho que nos conocemos, pero tienes que creerme cuando te digo que siento como si te conociera de toda la vida. Te quiero, Maya. Oírte decir cosas como que me vas a dejar y todo eso, me rompió el corazón.

Inspiré con fuerza.

—Lo siento, no era mi intención. Necesitaba aclararme. He tenido que aprender a estar sola y a sobrevivir por mi cuenta. Y ahora, apareces de la nada y tratas de cambiar mi mundo. Kanan. Parece demasiado bueno para ser verdad. Quiero, no, deseo creerlo con todas mis fuerzas, pero estoy asustada. ¿Y si no soy suficiente para ti? ¿Y si el destino se ha equivocado?

—¿Cómo puede equivocarse el destino?

—Sólo quiero estar segura de que tus sentimientos son verdaderos y tuyos, y no porque un poder superior considere que debe ser así. Yo también me siento atraída por ti, Kanan, pero no puedo evitar cuestionarme mis sentimientos. ¿Es porque estamos destinados el uno para el otro? ¿O es porque creo que me liberarás de esta maldición que Akira lanzó sobre mí? ¿Y si esto no funciona? ¿Me seguirás amando entonces? ¿Te seguiré amando yo? Estos son los pensamientos y sentimientos que me atormentan, Kanan. Preguntas que siguen dando vueltas una y otra vez en mi cabeza.

Tomó mi mano, la levantó hacia su pecho desnudo y colocó mi palma sobre su corazón. Pude sentirlo latir contra mi piel.

—Esto es real, amor mío. Yo soy real. —Colocó su mano sobre mi corazón—. Tú también eres real, cariño. Lo que compartimos es verdadero, y pase lo que pase, nada lo cambiará. Desde el momento en que te vi en mi visión, me enamoré de ti. Lo que compartimos no tiene nada que ver con el destino, y si por alguna razón no logramos cambiar la maldición, mi amor por ti no cambiará. Nada entre nosotros cambiará.

Mientras hablaba no dejó un instante de mirarme a los ojos y pude sentir su cálida mano contra mi corazón, acurrucada entre mis pechos mientras yo respiraba lenta y profundamente.

—Pero si no eres capaz de eliminar la maldición —murmuré, temerosa de su respuesta—. ¿Cómo desafiarás a Morellis?

Permaneció en silencio pensando en ello.

—Voy a serte sincero —dijo por fin—. Aún no he llegado a eso. Mi principal objetivo sois tú y la maldición, y nuestras posibilidades han aumentado desde que Serenity se unió a nuestra pequeña banda. Creo mucho en nosotros, Maya. Lo lograremos.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto, ¿qué tengo que hacer para convencerte?

Sentí que sus manos me acariciaban la cara y me incliné hacia él. El latido de mi corazón se duplicó cuando nuestros labios se encontraron y una sensación caliente y familiar inundó todo mi cuerpo.

Mientras nuestras lenguas chocaban en nuestras bocas, Kanan cayó hacia atrás en la cama y yo caí con él. Rodamos y dimos tumbos, mientras luchábamos por quitarnos la ropa.

Pasé las manos por su ancho pecho, disfrutando de la sensación de los músculos bajo la piel. ¿Cómo ser tan sexy? Parecía casi irreal.

Pronto, los dos estábamos desnudos y me senté a horcajadas sobre él. Me agaché y cogí su polla con la mano. La noté fuerte y poderosa y disfruté del temblor que recorrió su cuerpo mientras yo subía y bajaba lentamente mi mano por su pene endurecido.

—Eso es —susurró, y le sonreí tímidamente.

Sentí de nuevo que me enredaba entre las garras de la lujuria y el placer. Necesitaba apagar aquel

fuego antes de que me consumiera.

Guie su polla hasta mi entrada y, cuando estuvo justo debajo de mí, me subí lentamente sobre él. Me quedé con la boca abierta cuando me penetró y grité de placer cuando quedé empalada en su polla.

—Ahhhh —grité temblando encima de él. Nunca me había sentido tan llena.

—¿Te gusta? —preguntó en un susurro.

—Ya lo creo —murmuré.

Empecé a moverme despacio, cabalgándole mientras me levantaba de él y volvía a bajar.

El placer era insoportable y exquisito. Y pronto fui cada vez más deprisa, frotando mis caderas contra él mientras cabalgaba hacia el orgasmo.

Él se incorporó y me rodeó con los brazos mientras seguía embistiéndome desde abajo. Sus labios se fusionaron alrededor de uno de mis pezones, enviando descargas de placer a través de todo mi cuerpo. Le rodeé el cuello con los brazos y gemí mientras él se movía cada vez más rápido.

Se aferró a mí con todas sus fuerzas, mientras seguía golpeando hacia arriba dentro de mí. De pronto, el orgasmo me cogió por sorpresa.

Dejé escapar un grito desgarrador cuando todo mi cuerpo se convulsionó y me desplomé contra él. Kanan me dio la vuelta, me tumbó en la cama, y se abalanzó sobre mí con ansias de venganza.

La cama crujía con fuerza bajo nuestro peso mientras él seguía penetrándome, y casi al instante se me pasaron los efectos del orgasmo y me preparé para otro más. Elevó una de mis piernas hasta apoyarla sobre su hombro y aumentó el ritmo, metiéndome la polla hasta el fondo.

Pronto me levanté para recibir sus embestidas, los dos gruñíamos y gemíamos con fuerza. Y cuando llegó el clímax, lo alcanzamos juntos. Nuestros cuerpos temblaban el uno contra el otro, nuestros gritos se mezclaban mientras nos sacudíamos como hojas atrapadas en una tormenta.

Cuando terminó, cayó encima de mí. Me gustó sentir el peso de su cuerpo. Lo rodeé con mis brazos, deseando sentirme así para siempre.

Libre. Ligera. Y enamorada.

CAPÍTULO DIECINUEVE

SERENITY

Me paré en un campo abierto, muy diferente del que había en Siren Enclave, mucho más desolado y peligroso.

¿Qué hacía yo aquí?

Miré a mi alrededor y no vi nada en kilómetros a la redonda. La tierra vacía se extendía en todas direcciones, pero no había ni una brizna de hierba, ni un pájaro, nada que significara vida.

Sólo estaba yo.

Me giré despacio, dándome la vuelta una vez más. Luego retrocedí de un salto, conmocionada, y sofoqué el grito que amenazó con escaparse de mis labios. Akira estaba allí...

Un manto negro vaporoso la cubría de pies a cabeza, e incluso las puntas de los dedos. Nada hacía pensar que se tratara de la bruja más malvada del mundo, pero yo estaba segura de que estaba viendo a Akira.

Podía sentir el mal y la vileza que emanaban de ella en oleadas, casi como una corriente magnética.

Abrí la boca para hablar, pero descubrí que no podía, no se oía nada. ¿Qué demonios me estaba pasando?

Entonces, vi con horror cómo Akira se volvía hacia mí. Sus ojos brillaban como carbones ardientes, y mientras me miraba desde detrás de la capucha, todo lo que pude ver fue su intención de matarme.

—¿Te atreves? —graznó, y su voz sonaba amenazadora y premonitoria—. ¿Te atreves?

Al instante, nubes oscuras comenzaron a descender a nuestro alrededor, envolviéndonos, tantas y tan densas que acabaron por tapar la luz. Estaba tan oscuro que no podía ni ver mi mano al ponérmela ante la cara.

Entonces noté algo más. El lugar ya no estaba vacío.

Unos cascos venían hacia mí a toda velocidad. Giré en esa dirección y los oí pasar a mi lado. De nuevo se acercaban desde de detrás de mí, pero, cuando me giré de nuevo, pasaron corriendo y desaparecieron en las sombras. Mi corazón golpeaba en mi pecho mientras mis puños se cerraban con inquietud.

De repente, un fuerte aullido atravesó la oscuridad. Era un lobo. Y sonaba como si padeciera un sufrimiento muy intenso.

Los aullidos aumentaban a mi alrededor y, a cada segundo que pasaba, aumentaban de volumen. Me tapé los oídos y caí de rodillas. No supe cuándo empecé a gritar también, tan fuerte como pude...

Abrí los ojos de golpe, me incorporé de la cama y, por instinto, me apoyé en la pared para no caer al suelo. Mi pecho subía y bajaba rápidamente con el ritmo de mi respiración y podía sentir el sudor en mi frente.

Mi pesadilla seguía vívida en mi memoria, y aún se me erizaba la piel por la oscuridad circundante y el dolor de todos aquellos lobos.

¿Había sido sólo una pesadilla causada por mi decisión de ir tras Akira? ¿O era una premonición de lo que estaba por venir?

Me acerqué al taburete y cogí el recipiente que contenía mis polvos de adivinación. Era algo que me aseguraba de llevar conmigo a todas partes, pues nunca se sabía cuándo era necesario leer las estrellas.

La hora de mi teléfono me decía que pasaban unos minutos de las dos de la madrugada. Necesitaba leer un poco y aclarar algo sobre el sueño que acababa de tener.

Con el recipiente en la mano, me levanté de la cama y salí de la habitación. La puerta crujió un poco cuando la cerré. Después de eso, todo el motel quedó en silencio, salvo por un búho que ululaba cerca y un grillo que no paraba de cantar.

Bajé el corto tramo de escaleras que me llevaría al aire libre. Necesitaba estar bajo el cielo abierto para que esto funcionara. Pasé por delante de la habitación de Kanan y Maya, estaba silenciosa y oscura.

Cuando salí, sentí el aire frío de la noche en la piel. Me hizo bien. Pero no había salido por eso. Tenía algo más importante que hacer.

Miré a mi alrededor, preguntándome cuál sería el mejor lugar para mi lectura.

Vi un banco al lado de la carretera; era de madera y, por alguna razón, parecía no pertenecer a aquel lugar. Me acerqué y, al ver un tocón de árbol a su lado, comprendí por qué se había construido allí. Fue para estar a la sombra del árbol, pero este había muerto hacía tiempo y ahora sentarse allí era equiparable a pedir que te cocinaran.

Aunque no a las dos de la mañana.

Lo estudié, saqué mi pañuelo y lo extendí sobre su superficie, enderezando sus bordes hasta que quedó liso.

Dejé escapar un profundo suspiro, abrí el recipiente y vertí el contenido en la palma de la mano. Luego, con un movimiento que conocía muy bien, empecé a frotar ambas.

—Estrella reveladora de secretos —murmuré sin dejar de frotarme las manos despacio, sintiendo

el polvo entre ambas. Entonces me detuve y me acerqué al pañuelo.

—¡Estrella reveladora de secretos! —repetí.

Soplé ligeramente sobre el polvo, que se lanzó al aire y se depositó sobre la superficie del pañuelo. Observé cómo tomó forma despacio, imitando la constelación del cielo nocturno sobre mí. Tardó un rato en fijarse, pero cuando terminó, me senté a leerlo.

No era bueno.

Todo había cambiado. La primera vez que hice esta lectura, fueron malas noticias. Pero ahora, de algún modo, habían empeorado. ¿Cómo era posible? Estaba segura de que todo estaba relacionado con mi pesadilla.

—¿Te atreves? —Las palabras de Akira resonaron en mi cabeza y sentí que se me ponía la piel de gallina.

¿Era porque hui con Kanan y Maya? ¿Había llegado esto de alguna manera a oídos de Akira? ¿Cómo empeoraba las cosas? Las posibilidades de Maya y Kanan eran mucho mejores ahora que yo estaba en el equipo. ¿Qué demonios estaba ocurriendo?

Estudié la lectura una vez más. La oscuridad se acercaba, estaba claro como el día. Y Akira la traía consigo, pero el peso de todo ello lo llevaban los lobos. Estaban justo en el centro de todo.

¿Qué demonios tenía planeado Akira que fuera tan oscuro y premonitorio?

Me di cuenta de que no sacaría nada más de la lectura. Volví a echar el polvo en su recipiente y doblé el pañuelo. Mientras me lo metía en el bolsillo, me puse en pie.

Las cosas estaban mal, extremadamente mal. Y por ahora, la única esperanza que teníamos eran las Hechiceras.

Si nos fallaban, ¡estábamos perdidos!

CAPÍTULO VEINTE



KANAN

Desde lo que parecía un billón de galaxias de distancia, oí golpes que se repetían una y otra vez. Eran insistentes, y sentía que me golpeaban la cabeza. Abrí los ojos y, al despertarme, los golpes en la puerta me quitaron los últimos restos de sueño.

—Qué demonios… —murmuré, irritado. ¿Quién demonios llamaba a la puerta como un loco tan temprano?

Maya seguía dormida, acurrucada en el pliegue de mi codo. Pero el ruido la había despertado y suspiró.

—¿Quién es? —ladré a quienquiera que estuviera en la puerta.

—Soy yo, la siempre humilde Serenity. La bruja con la que viajas, si te molestas en recordarlo —respondió a través de la puerta cerrada—. Son más de las ocho. ¡Levantaos! ¡Tenemos que volver a la carretera ahora mismo!

—¿Qué? —mascullé mientras me incorporaba—. ¿Por eso quieres derribar toda la puerta?

—Salimos en cinco minutos —ordenó.

Fruncí el ceño al oír sus pasos alejarse. Miré a Maya, que seguía tumbada en la cama, con las sábanas sobre su cuerpo desnudo. Verla así me resultaba tan seductor que ya estaba respondiendo.

—Ella tiene razón —suspiré—. Tenemos que irnos.

Maya se limitó a sonreírme y también se levantó. Nos apresuramos a ir al baño a refrescarnos y, veinte minutos después, salimos al sol radiante de la mañana. Serenity nos esperaba junto al coche, jugueteando con su teléfono mientras nos miraba con el ceño fruncido.

—¿Qué parte de cinco minutos no habéis entendido? —gruñó.

—Venga, teníamos que despertarnos antes —sonreí—. Además, ya estamos aquí.

—Me muero de hambre, paremos en esa cafetería por la que pasamos ayer —terció Maya.

—Tenemos cosas más grandes de qué preocuparnos que de tu estómago —replicó Serenity—. Tenemos que ver a las Hechiceras.

—¿A qué viene tanta prisa? —rezongué, entrando en el coche. El interior estaba caliente y

cargado y abrí las ventanillas para que se ventilara—. ¿Ha pasado algo?

—He tenido una pesadilla. O una premonición. Depende de cómo lo mires —respondió con una mueca.

—¿Qué has visto? —preguntó Maya.

—No hay tiempo —dijo la bruja mientras subía al asiento trasero del coche—. Os lo contaré todo por el camino.

Un minuto después estábamos de nuevo en la carretera. Nos detuvimos en una cafetería y compramos hamburguesas, sándwiches y algunas bebidas para acompañarlos. Nadie ha salvado el mundo con el estómago vacío. Cuando te enfrentas a la bruja más poderosa del mundo, necesitas toda la fuerza posible.

Mientras conducíamos hacia la frontera de Michigan, Serenity nos contó su pesadilla al detalle.

—Esto podría significar cualquier cosa —murmuré cuando terminó—. Pero también podría no significar nada.

—Exactamente lo mismo pensaba yo, así que en cuanto me desperté hice algunas lecturas. Y lo que encontré fue realmente impactante. La oscuridad que siempre ha parecido tan lejana está ahora más cerca. Debe de haber ocurrido algo que ha acelerado el proceso. ¿Creéis que es por mi culpa?

—¿Tú? —se sorprendió Maya—. ¿Por qué iba a ser culpa tuya?

—Quizá porque me uní a vosotros. Podría terminar siendo una mala idea.

—Eso son tonterías —respondí sin quitar la vista en la carretera—. Además, nosotros también empezamos este viaje ayer. Tú te uniste a nosotros por la tarde. Quizá ha sido simplemente por empezar esto.

—O quizá no necesitamos una razón porque no hemos causado nada —replicó Maya tras beber agua de su botella—. Tal vez lo leíste mal. Quizá viste mal tiempo y pensaste que era Akira —.

Serenity expulsó el aire con fuerza, sorprendida.

—¿Te estás burlando de mi capacidad de leer?

Maya cerró los ojos al darse cuenta de su error.

—Lo siento, no era esa mi intención. Sólo digo que la oscuridad siempre ha estado ahí, no la hemos precipitado nosotros. Mientras Akira siguiera haciendo lo que sea que esté haciendo, que se acercara era sólo cuestión de tiempo.

—Qué loba más inocente eres —ronroneó Serenity—. Estoy segura de que las brujas de Enclave ya le han dicho a Akira que dos lobos van a por ella, y también le han hablado de la bruja tonta que decidió unirse a ellas. Y estoy segura de que ella también sabe quiénes sois vosotros.

—Entonces, ¿qué quieres decir?

—Que no hay tiempo que perder. Una vez que hablemos con las hechiceras. haremos lo que nos digan y nos desharemos de esta amenaza de Akira de una vez por todas.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —dije pisando el acelerador y sintiendo cómo el coche salía disparado hacia delante. Cambié de marcha y, con un fuerte rugido del motor, continué hacia los bosques de Michigan.

Condujimos durante horas y, alrededor del mediodía, llegamos por fin a la entrada del bosque. Había un letrero oxidado en el que habían garabateado «Michigan Woods». Por fin habíamos llegado.

—Maldita sea —gruñí apagando el motor—. Este lugar está lejos de todo.

Aquella parte de Michigan, aislada del resto del bullicioso estado, era imposible de ver para los usuarios de la autopista. Supuse que habría campistas y excursionistas ocasionales, pero hasta ahora parecía que éramos los únicos con algún propósito en aquel bosque.

Salimos del coche y dejamos que el aire fresco nos envolviera. Por encima de nosotros, el sol brillaba, ardiente, y podía sentir cómo me quemaba a través de la ropa.

Metí las manos en los bolsillos y Maya me rodeó el codo con la mano. Serenity se puso a mi lado y todos miramos la entrada del bosque.

—Bueno, ¿a qué estamos esperando? —decidí, echando a andar—. Vamos

—¿Sabes a dónde vas? —preguntó Serenity tomando la delantera—. Yo soy la bruja aquí. Os mostraré el camino.

—¿Has estado aquí antes? —preguntó Maya.

—No, pero no será difícil de encontrar para una bruja créeme.

Cuando nos adentramos en el refugio que nos ofrecían los árboles, sentí que el calor desaparecía por completo y que una brisa fresca me envolvía, lo que fue un gran alivio. Las gruesas ramas y hojas formaban un dosel que nos protegía del sol y nos dejaba luz suficiente para orientarnos. Mientras caminábamos, oíamos crujidos cuando nuestros pies aplastaban las hojas muertas del suelo.

Ninguno dijo nada mientras nos adentrábamos en la espesura y, a medida que dejábamos atrás la carretera, el olor a verde se hizo más presente. Todo olía tan fresco y limpio, tan dulce. Hacía tiempo que no olía un aire tan puro. Un lobo se divertiría mucho en un lugar así.

Serenity se detuvo en seco. Desde la carretera, habíamos estado caminando por un sendero que atravesaba el bosque, y el camino aún se extendía fuera de nuestra vista. Pero ella se detuvo y se volvió hacia un lugar cubierto de árboles y espeso follaje.

—¿Estás segura de que conoces el camino? —pregunté, dubitativo.

—Por supuesto — respondió ella sin vacilar—. Hemos llegado. Ahora, cállate y déjame concentrarme.

Me encogí de hombros y la dejé hacer. Retrocedió un poco hasta el centro del camino, todavía observando ese mismo lugar, y luego nos miró a Maya y a mí.

—A menos que queráis convertiros en parte del paisaje, os sugiero que os pongáis detrás de mí.

—Claro, ¿por qué no? —respondió Maya, sarcástica, tirando de mí para que nos pusiéramos detrás de ella.

Serenity juntó las manos con fuerza y, cuando las soltó, utilizó el dedo índice para dibujar círculos en su palma. Luego, separó las manos.

—*¡Pathos Revellos!* —gritó.

Una enorme ráfaga de viento salió de ella, sacudiendo los árboles y el follaje como una tormenta. De repente, comenzaron a aparecer destellos por todas partes, en los árboles y en la hierba.

—Sigamos el brillo —ordenó, satisfecha de sí misma —. Debería llevarnos a las Hechiceras.

—Por favor, sigue el brillo, Serenity —murmuré—. Te seguiremos.

Se encogió de hombros, puso los ojos en blanco y se abrió paso entre el follaje. Era espeso y necesitó las manos para despejar el camino.

—Venga, vamos —urgí a Maya mientras la seguía.

No había senderos claros, aparte del principal, que supuse que era el que todo el mundo utilizaba, pero gracias al resplandor pudimos orientarnos entre el laberinto de árboles y arbustos. Seguimos caminando en durante casi treinta minutos hasta que llegamos a una cueva.

—Una cueva en el bosque —murmuró Maya a mi lado—. ¿Por qué no me sorprende?

—En realidad, las brujas excavan cuevas. Son muy útiles para nosotras porque encierran mucho poder —explicó Serenity.

—¿Qué quieres decir?

—Las cuevas son antiguas, así que es lógico que sirvieran de refugio a las brujas en los primeros tiempos, cuando el mundo estaba en su contra. Y la magia siempre deja una marca, una huella. Cada cueva tiene una historia que contar sobre las brujas que se refugiaron en sus entrañas.

—Vaya —murmuré cuando nos detuvimos en la entrada—. Nunca lo había visto así.

—No lo sabías, es comprensible.

—Pero tú sabes muchas cosas.

—Por supuesto. Leo muchos libros. Si hay algo que me encanta, aparte del hecho de ser bruja, es adquirir conocimientos. No podría explicaros lo que ser la más sabia de la sala supone para mí.

—Puede aislarte —repuso Maya en voz baja.

Serenity la miró.

—Sí, ése puede ser el precio de llevar la corona. Pero también puede fortalecerte. Todo depende de cómo elijas verlo, esa es la verdad. Vamos, entremos.

Lo hicimos y todo se volvió oscuro.

El aire era diferente, menos fresco y más frío. Cuanto más nos adentrábamos en la cueva, más nos envolvía la oscuridad. Al principio era pequeña y un poco estrecha, pero pronto se abrió y se

extendió en lo que parecía un campo de fútbol subterráneo.

—Esto es enorme —susurró Maya. Su voz resonó por toda la cueva, rebotando en las paredes.

El aire era muy frío. Se me pusieron los pelos de punta. Había algo raro en aquel lugar y no me gustaba nada. Sentí las manos de Maya apretarse alrededor de las mías y supe que ella sentía lo mismo.

—Bien Serenity ¿Dónde están las Hechiceras? —pregunté.

De repente, aparecieron lenguas de fuego por toda la cueva, iluminando el lugar. Unas teas ardientes clavadas en las paredes de la cueva proyectaban un resplandor anaranjado por toda ella y, gracias a la iluminación, vimos tres figuras sentadas en tres rocas que nos observaban con astucia.

Nos asomamos, intentando ver mejor.

—Ahí tienes tu respuesta, Kanan—susurró Serenity—. Estamos en presencia de las Hechiceras.

CAPÍTULO VEINTIUNO

KANAN

Escuchamos murmullos que parecían provenir de ellas, como si estuvieran discutiendo entre sí. Aunque sus voces eran excepcionalmente altas, dado lo cerrado del lugar, era imposible entender lo que decían.

Serenity entrelazó las manos y, con ella a la cabeza, nos acercamos a las Hechiceras. Me di cuenta de que estaba muy nerviosa. Pero ¿quién no lo estaría cuando has llegado hasta allí para hablar con brujas de miles de años de antigüedad?

—Poder —dijo de repente una de ellas Levantó la cabeza, y su rostro reflejó el inquietante resplandor de las llamas parpadeantes. Parecía una mujer normal, pero había algo extraño en ella —. Huelo poder, fuerte y oscuro.

—¿Oscuro? —replicó otra, que se incorporó también. Su cara era casi idéntica a la de la primera bruja y en ella también había algo extraño—. No, puro poder. Yo también puedo sentirlo.

—Cállate, el poder puede ser puro y oscuro a la vez.

—¿Quién lo dice?

—¡Yo lo digo! —Las hermanas comenzaron a discutir entre ellas, mientras las observábamos en silencio. No sabíamos si intervenir o simplemente esperar a que se dirigieran a nosotros. Tampoco había forma de distinguirlas; todas llevaban la misma ropa y se parecían, como una persona dividida en tres—. Deja de hablar como si supieras algo.

—¿Podéis dejar de discutir un momento? Tenemos invitados —intervino la tercera, levantando la vista.

Al verla me di cuenta de lo que había de extraño en ellas. Sus ojos eran blancos y sin pupilas, lo que les daba un aspecto espeluznante, aterrador e inquietante. Sentí que Maya se tensaba a mi lado.

De repente, Serenity giró sobre sus talones y puso la mano sobre la boca de Maya.

—Cierra la boca y no se te ocurra decir lo que creo que estabas a punto de decir —ordenó—. Créeme, no acabará bien.

Maya asintió con los ojos muy abiertos, y Serenity se volvió hacia las Hechiceras, que ahora nos observaban.

—Dos compañeros —dijo una de ellas—. Destinados el uno para el otro, pero ¿lo están?

—Destinados a destruir el mundo, más bien —puntualizó la segunda.

—No seas tan negativa, hermana —replicó la tercera, burlona—. Quizá estén destinados a traer el equilibrio al mundo.

—Eso si no lo destruyen.

—Vamos, ¿qué saben ellos?

—Saben ser tontos, y eso es suficiente.

—Vamos …—la Hechicera se calló y nos miró.

Mientras hablaban, Serenity se aclaró cortésmente la garganta, quizá con más fuerza de la que pretendía, porque el sonido rebotó en las paredes y lo amplificó. Las Hechiceras nos miraron como si acabáramos de aparecer allí

—¿Qué hacéis aquí? ¿Podemos ayudaros? —preguntó una de ellas.

—Uhm...—Serenity se retorció las manos, nerviosa—. Necesitamos ayuda.

—Ya sabes cómo va esto. Sólo puedes hacer tres preguntas.

Serenity se volvió hacia nosotros.

—¿Qué pregunto? Cada pregunta tiene que ser relevante.

Me quedé pensando un rato.

—Bueno, podemos empezar con lo obvio —dije al fin—. ¿Dónde podemos encontrar a Akira?

Serenity se giró para mirar a las Hechiceras.

—¿Dónde podemos encontrar a Akira?

—Bajo la luna llena —respondió una de las ellas, mirando el techo de la cueva mientras se echaba el pelo hacia atrás con sus finos dedos.

—¿Qué? —no pude evitar decir. ¿Qué demonios significaba aquello?

—La próxima luna llena es esta noche —me susurró Maya.

—¿Bajo la luna llena? —murmuró Serenity, casi susurrando al final de la frase.

—Donde las brillantes luces de la luna pueden llegar a las profundidades de la cueva —respondió la Hechicera.

—¿La cueva? —susurré y me incliné más hacia Serenity—. ¿De qué cueva está hablando?

—No lo sé. Debemos tener cuidado con lo que decimos y cómo planteamos las preguntas. Sólo aceptarán las que decidamos.

Maldije para mis adentros, ¿por qué era tan complicado?

—Pero no te preocupes. —Serenity se volvió hacia las Hechiceras—. Yo me encargo. ¿La cueva? —repitió inclinando la cabeza hacia un lado.

—¡El aquelarre de Moindre, bajo la luna llena!

Eso era genial, finalmente teníamos una ubicación para Akira y sabíamos dónde estaría esta noche. Eso podría significar que lo que fuera que ella estaba planeando quizá tendría lugar esta noche.

Me incliné de nuevo hacia Serenity.

—¿Qué es el Aquelarre de Moindre?

—Uno de los lugares más poderosos del mundo —respondió sin apartar los ojos de las Hechiceras—. Es poderoso y está embrujado, porque sólo se utiliza para magia realmente poderosa. Si una bruja va hasta Moindre, significa que no se detendrá ante nada.

—Y ahora que sabemos que es bajo la luna llena, y que Morellis está relacionado con esto de alguna manera, estoy seguro de que no será bueno para los lobos —deduje.

Maya se inclinó también hacia ella.

—Pregúntales por los planes de Akira.

—¿Cuáles son los planes de Akira? —repitió Serenity.

—Los lobos —respondió una de ella—. Algo oscuro viene a por ellos, y llegará pronto.

—Algo oscuro, eso ya lo sabemos —repliqué, irritado, esforzándome por no alzar la voz.

—No se puede evitar lo que se avecina, como tampoco se puede impedir que el sol salga cada mañana. Tiene la capacidad de destruirnos a todos, y viene a por los lobos —repitió la Hechicera.

—¿Y el plan? —insistí, enfadado. No estaban siendo de ninguna ayuda.

—Baja la voz, Kanan —susurró Maya, poniendo una mano en mi pecho para tranquilizarme.

—Lo siento, estoy al borde del infarto.

—Pues bájate de ese borde antes de que nos tires a todos contigo —terció Serenity con firmeza —. No nos van a decir nada más concreto sobre el plan de Akira. Todavía tenemos una pregunta, ¿qué queréis saber?

—¿Cómo levantamos la maldición que le echó a Maya? —respondí, mirándola mientras lo hacía. Con suerte, las Hechiceras nos darían una respuesta útil. Hasta ahora sólo habíamos logrado averiguar el paradero de Akira.

Serenity se volvió hacia ellas y repitió mi pregunta.

—¡Mátala! —respondió una de ellas, sonriendo ampliamente, mostrando los dientes.

—¿Qué? —pregunté, conmocionado.

A ver, parecía obvio, pero ¿podría un lobo acercarse lo suficiente como para matar a la bruja más

fuerte del mundo?

—¿Matarla? —se escandalizó otra Hechicera—. ¡Hay otras formas de romper la maldición, lo sabes!

—Conozco una forma más fácil. ¡Dejad de discutir por un segundo! —ordenó la tercera.

¿Había una manera de levantar la maldición, sin tener que matar a Akira? Eso sería estupendo, porque cualquier plan que implicara no llegar hasta ella era excelente. Pero ¿cómo?

—Todo lo que necesitas está justo delante de ti —respondió la Hechicera a mi muda pregunta.

—¿Qué quiere decir? —casi grité, aturdido. ¿De qué demonios estaban hablando estas brujas? ¿Cómo podía estar delante de nosotros?

De repente, las tres dieron una ligera palmada y, al instante, una fuerte ráfaga de viento recorrió las cuevas. Lo siguiente que supe fue que atravesábamos la cueva a toda velocidad, volando por el aire, pero esquivando los árboles.

No tardamos mucho, y pronto nos encontramos de nuevo en el mismo lugar donde Serenity había conjurado el camino a la cueva.

—¿Por qué estamos aquí? —grité, enfadado—. ¡No habíamos terminado!

—Bueno —respondió Serenity encogiéndose de hombros—. Es obvio que ellas sí lo han hecho.

—¿No habías dicho que tenían todas las respuestas? —pregunté, mordaz.

—Las tienen, o al menos eso decían todos los libros que he leído sobre ellas. No es culpa mía si han decidido ser crípticas.

—No han sido crípticas. ¡Todo lo que han dicho es un montón de mierda! —grité, fuera de mí.

—¡Cálmate de una vez, Kanan! Deja en paz a Serenity. Está tratando de ayudarnos ¿recuerdas? —gritó Maya.

—Lo siento. —Di un paso atrás—. Maya tiene razón, no es culpa tuya. Sé todo lo que has hecho y te lo agradezco. Pero me irrita que no hayan querido responder a dos de nuestras preguntas.

—Los libros también mencionaban que nunca mienten y que sólo dicen hechos. Puede que te haya sonado a un montón de sandeces, pero créeme, hay verdad en cada sílaba que han pronunciado —aseguró Serenity.

—Y ahora, ¿qué hacemos? — preguntó Maya—. Se suponía que sus respuestas nos mostrarían el siguiente paso a dar, pero con lo que nos han dicho...

—Bueno, no todo han sido estupideces —reconocí. Miré a Serenity—. Por favor dime que conoces el camino al Aquelarre de Moindre.

Asintió,

—Por supuesto, ¿quién no?

—Pues allí es hacia nos dirigimos ahora. Tenemos que acabar con esto de una vez por todas.

—¡Tienes toda la razón! —apoyó Maya.

Pero antes teníamos que volver al coche.

CAPÍTULO VEINTIDÓS



MAYA

El camino de vuelta al coche no nos llevó tanto tiempo como pensamos. Volver a la luz del sol resultó desconcertante. En el poco tiempo que pasamos en el bosque, ya me acostumbré a la sombra que proyectaba la multitud de árboles que había allí. Pero ahora, de nuevo al aire libre, sólo quería volver a la sombra.

Pero había cosas más importantes que mi comodidad. Nos metimos todos en el coche y, con Kanan al volante como de costumbre, reanudamos el viaje.

—Moindre está bastante lejos de aquí —anunció Serenity desde el asiento trasero—. Preparaos para un viaje largo.

—Entonces, ¿tenemos que salir de Michigan? —preguntó Kanan.

—No, está aquí en Michigan, justo al otro extremo, a cientos de kilómetros. Debido a la naturaleza del lugar, cuando las primeras brujas se establecieron en el Siren Enclave, necesitaban que su asentamiento estuviera lo más lejos posible de Moindre. Gracias a los espíritus por eso, porque no puedo imaginarme vivir con algo tan inquietante como esos aquelarres en mi patio trasero.

—¿Qué tiene de especial Moindre? — pregunté en voz baja, inquieta.

Cada vez que Serenity hablaba de aquel lugar su voz adquiría un matiz extraño, como de miedo o asombro, no sabía decirlo.

—Bueno, Moindre es uno de los lugares más temidos de la tierra —explicó—. La mayoría de la gente hace todo lo posible por mantenerse alejada de él. A menos que sean unos locos como nosotros, que nos dirigimos hacia allí a toda velocidad. Supongo que las Hechiceras tenían razón, somos tontos.

—Dijiste que nunca mienten —sonrió Kanan, con los ojos en la carretera.

—Pero Serenity —insistí—. ¿Por qué es tan terrible?

—Se dice que el alma de todo el que muere allí queda atrapada.

—¿Muere allí? ¿Cómo muere alguien allí?

—Sacrificios, rituales... Moindre ha sido la sede de la magia negra durante mucho tiempo, y la mayoría de las veces implica algún tipo de sacrificio de sangre. Al parecer, hay algo en ese lugar

que impide que el alma de los que mueren allí siga su camino y quedan atrapadas allí para siempre.

—¿Y eso es lo que hace que el lugar sea tan poderoso?

Serenity asintió.

—La magia está conectada con los espíritus, nos aprovechamos de ellos. En Moindre, los espíritus se vuelven vengativos, lo que los convierte en una fuente primordial de poder para cualquiera que esté dispuesto a correr el riesgo.

—¿Hay riesgos? —preguntó Kanan.

—Por supuesto. ¿Hay algo en este mundo que no conlleve riesgos? —Puso los ojos en blanco.

—¿Cuáles son? —quise saber.

—Bueno, se podría decir que la mayoría de las personas que murieron en Moindre no querían morir en ese momento en particular. Los espíritus infelices son una de las criaturas más malévolas del universo, y cuando una bruja va a Moindre a intentar hacer magia negra, ellos van a por ella. Si no es lo bastante fuerte, podría volverse loca o incluso morir.

Me tiré de la oreja mientras me giraba a mirarla.

—¿Y nos llevas allí como si fuéramos de excursión?

—No vamos a realizar ningún ritual, ¿verdad? —replicó, sonriente—. O, dicho de otro modo, nosotros no vamos a hacer magia, Akira lo hará. Así que deberíamos estar a salvo, creo.

—Entonces, ¿sólo atacan a las brujas que quieren usar el poder de los aquelarres, no a cualquier transeúnte? —aclaró Kanan.

—No lo sé con seguridad. Quienes que escribieron los libros eran brujas que asistían a los rituales, no espectadores. Así que la perspectiva es un poco sesgada. Pero yo que tú no bajaría la guardia.

El rostro de Kanan se volvió pétreo. Pisó un poco el acelerador y el coche aumentó su velocidad. La carretera era extremadamente larga y solitaria. Desde que la tomamos, sólo nos habíamos cruzado con dos coches. Y aún estábamos a horas de la ciudad.

Miré por la ventanilla. Habíamos dejado atrás los bosques y todo lo que vi a ambos lados de la carretera eran campos abiertos, como si todo el mundo en aquella zona de Michigan fueran agricultores. De vez en cuando, pasábamos por un campo en el que había gente trabajando, a veces veíamos ganado y caballos brincando, e incluso una vez vimos a una familia jugando delante de una casa que parecía construida con heno. No estaba muy segura de que fuera así, pero antes de que pudiera comprobarlo, la casa quedó atrás.

Por alguna razón, la familia permaneció en mi mente mucho después de que los dejáramos atrás. Me preguntaba si serían humanos normales, brujas o lobos. Tal vez también habían elegido vivir lejos de los suyos, como Serenity y yo, estableciéndose allí, donde sólo había aire libre y hierba verde. Había un tipo diferente de paz que se podía encontrar en esos lugares. Y ahora que estaba aquí, me preguntaba qué me impulsó a ir a vivir a Nueva York.

El ruido y la distracción de la ciudad no eran buenos para un lobo como yo. ¿Cómo había sobrevivido tanto tiempo? Un lugar como este habría sido genial, lejos de la ciudad y de todo el ruido. Mientras hubiera internet y electricidad, podría hacer mi trabajo desde cualquier sitio.

Pero, cuando me fui de casa, sólo quería alejarme de mi padre. Me gustaba Nueva York sobre todo por la gente de allí.

Hay tanta gente en Nueva York que puede ser difícil recordar que es sólo un estado. Allí, yo no era más que otra persona que se dejaba la piel para ganar dinero y salir adelante. A nadie le importaba una mierda si me transformaba o no. Mientras pagara mis facturas y no molestara a mis vecinos, todo iba bien.

Supongo que necesitaba un lugar en el que perderme y Nueva York me lo proporcionó, y siempre le estaré agradecida por ello. Pero, cuando todo esto termine, ¿Qué ocurrirá después?

Miré a Kanan, que seguía concentrado en su conducción. Como la carretera estaba bastante despejada, decidió pisar a fondo, y necesitaba poner los cinco sentidos al volante.

Cuando todo esto terminara, sólo podía pensar en una opción. Él querría que me mudara a la Capital con él, y mi nuevo hogar sería Vicious Hounds. Yo sería la compañera del Alfa. ¿Pero era eso lo que realmente quería?

Tenía una vida en Nueva York, una casa, vecinos y un trabajo. ¿Iba a dejarlo todo para ir a jugar a la Reina Madre en las afueras? ¿En qué demonios me estaba metiendo?

Dos compañeros... ¡destinados el uno al otro!

Las palabras de las Hechiceras resonaron en mi cabeza y repasé todo lo que había ocurrido en la cueva. ¿Estábamos realmente destinados el uno al otro? ¿En serio teníamos el poder de destruir el mundo o salvarlo?

De pronto, comprendí todo lo que habían dicho. Después de todo, Kanan y yo acabábamos de conocernos y ya íbamos tras la bruja más grande del universo. Un equipo como el nuestro sacudiría al mundo hasta su núcleo.

¿O estaba exagerando?

Me recliné en el asiento con un profundo suspiro. Siempre he sabido que aún no había alcanzado mi verdadero potencial, pero siempre había ligado ese hecho a mi incapacidad para transformarme por completo y estaba segura de que, una vez que fuera capaz de hacerlo, entonces alcanzaría todo mi potencial. Pero ahora, al enterarme de la poderosa pareja que Kanan y yo podríamos formar, ¿significaba eso que me espera aún más? ¿Que podría lograr mucho más?

Me pellizqué el puente de la nariz tratando de ordenar toda aquella vorágine de pensamientos.

Pero ¿y si todo fallaba? ¿Y si nunca conseguimos que Akira levantara la maldición? ¿Y si nunca lograra transformarme completamente en loba?

Las palabras de las Hechiceras sólo serían ciertas si me convertía en la pareja de Kanan, pero, si no era capaz de transformarme en lobo, nunca lo sería. Él necesitaba a alguien que gobierne a su lado y le ayude a desafiar a Morellis. En mis circunstancias, me estaría engañando si pensara que

esa podría ser yo.

Volví a mirarlo, y fue entonces cuando me di cuenta de lo mucho que quería que triunfáramos. Realmente quería ser su pareja y ayudarle a convertirse en el Alfa. Quería formar parte de su familia y tener hijos suyos. Podía hacer todo eso y mucho más. Podríamos sacudir el mundo entero con nuestra unión. Estaba segura de ello.

Le quiero. ¿Cómo era posible estar tan enamorada de alguien a quien acabas de conocer? Pero sentía como si lo conociera desde siempre. ¿Fue por la visión? ¿Saber que él estaba destinado a mí facilitó que mi corazón se abriera? ¿O era sólo algo que escapaba a mi control?

En el fondo, no quería saberlo. Pero sí estaba segura de una cosa: le quería e iría hasta el fin del mundo con él.

Pero, de nuevo, todo eso dependía de que, de algún modo consiguiéramos convencer o intimidar a Akira para que levantara la maldición, y de momento no teníamos ningún plan para ello. Íbamos a encontrarnos con ella y aún no teníamos ni idea de cómo hacerlo.

Pero estaba segura de que ganaríamos. He pasado por tantas cosas desde que conocí a Kanan en ese callejón… Muchas cosas han cambiado para mí y este lobo destinado a mi corazón ha tenido un gran impacto en mi vida en el poco tiempo que hemos pasado juntos. Voy a hacer lo que sea necesario para que ganemos esta lucha. Pase lo que pase, levantaremos la maldición, y él se batirá en duelo con Morellis.

¡Y nos convertiremos en compañeros!

Sentí un ligero golpecito en el muslo que me devolvió a la realidad. Me giré para mirar al amor de mi vida, que me miraba a su vez

—¿Dónde estabas? —preguntó, cariñoso.

Me removí en mi asiento al sentir que mi corazón se ablandaba sólo con mirarlo. Sí, estaba realmente enamorada de él.

—Perdida en mis pensamientos —respondí en voz baja.

—¿Un penique por ellos?

Me reí entre dientes mientras tomaba su mano y la apretaba con suavidad. Estaba a punto de decir algo cuando Serenity carraspeó desde el asiento trasero.

—Por favor, ¿podéis dejarlo hasta que estéis en una habitación? Deja que Kanan conduzca, por favor —pidió.

Me reí de nuevo, pero solté su mano. Me giré para mirarla y tuve la sensación de que veía a Serenity por primera vez. ¿Y si...?

—¡Diablos, no! —gritó—. ¡No voy a hacer ningún trío con vosotros!

Palidecí, sorprendida.

—¿Qué dices? Eso no es lo que iba a decir.

—Pues lo que sea que ibas a decir, la respuesta sigue siendo no. No me gusta esa mirada en tu

cara.

—Sólo escúchame —pedí—. Aún no tenemos un plan sobre cómo hacer que Akira levante la maldición, ¿Y si lo haces tú?

—¿Quieres decir convencerla para que lo haga?

—No, me refiero a levantar la maldición —solté.

—¿Qué? ¡Diablos, no! —gritó, escandalizada.

—Tiene razón, Serenity —intervino Kanan—. Las Hechiceras dijeron que eres poderosa.

—Sí, y oscura. Yo estaba allí, ¿recuerdas?

—Cuando les preguntamos cómo retirar la maldición, dijeron que la respuesta a eso estaba justo delante de nosotros. Y tú estabas frente a nosotros, ¿y si tú eres la respuesta de la que hablaban? —insistí.

—Eso es un gran no. No puedo levantar la maldición de otra bruja, es casi imposible.

—Pues yo creo que eres lo suficientemente poderosa —insistió Kanan.

—¿Tanto como arriesgar la vida de Maya? —replicó ella.

—¿Qué?

—Es un territorio desconocido para mí, Kanan. Si cometo un error, uno solo, podría tener un resultado totalmente diferente para Maya. ¿Estás dispuesto a arriesgarte a eso?

—Sí —afirmé—. Confío en ti.

—Bueno, aunque aprecio vuestra confianza, eso no va a suceder.

—¡Oh, vamos! —rezongué.

—La magia tiene niveles, Maya. No se trata sólo de decir un montón de hechizos. Cuanto más avanzada es la magia, más importante es lo que está en juego y más complejo se volverá. Akira maldijo la línea de sangre de tu padre, ¿sabes lo complejo que tiene que ser eso?

—Supongo que sí —reconocí en voz baja.

—¡A eso me refiero! Para romper esa maldición, necesitaría ser al menos la segunda bruja más poderosa del mundo. Y, por supuesto, también necesitaría algo que pertenezca a Akira, algo personal. Como, su sangre.

—Entonces, tenemos que matarla —decidió Kanan—. Dudo que esté dispuesta a darnos su sangre voluntariamente.

—¿Entendéis por qué es imposible siquiera sugerir que lo haga? Tiene que ser Akira y nadie más.

—Joder —murmuré mirando al frente de nuevo.

Estaba segura de que Serenity podría hacerlo, pero el requisito era alucinante. ¿Dónde íbamos a

encontrar la sangre de Akira? ¿Cómo la obtendríamos? Esta idea me daba incluso más miedo que matarla.

Pero había que hacer algo con Akira, sobre todo teniendo en cuenta que sus planes involucraban a los lobos

Todo a su debido tiempo. Por ahora, nuestro objetivo era llegar a Moindre y hacer que Akira levantara la maldición. Después de eso, ya veríamos el siguiente paso. Quizá podríamos…

Un fuerte estruendo cortó el hilo de mis pensamientos. El coche tembló, salió disparado hacia el carril contrario y cayó en una zanja.

Grité cuando mi cabeza se estrelló contra la ventanilla, y mi cuerpo se bamboleó con fuerza, aún sujeto por el cinturón de seguridad.

—Joder —gruñí. La cabeza me latía con fuerza mientras parpadeaba tratando de despejarme.

—Maya, ¿estás bien? —oí preguntar a Kanan.

Me giré para mirarlo y su cara apreció ante mí como a cámara lenta. Tenía sangre en la frente, donde debió de golpearse con el volante.

—Estoy bien.

—¿Y tú, Serenity? —preguntó.

—Sí. ¿Qué ha ocurrido? —Escuché su voz detrás de mí.

Me giré hacia la ventanilla rota y divisé varias figuras que se acercaban al coche. Las reconocí al instante.

—Kanan —murmuré asustada—. ¡Los lobos han vuelto!

CAPÍTULO VEINTITRÉS



KANAN

Mis manos se cerraron con fuerza en torno al volante, furioso al mirar hacia donde señalaba Maya y ver a Pascal y sus matones acercándose al coche. Me limpié la sangre de la frente y miré hacia el volante. En donde mi cabeza había chocado con él había un agujero

Empujé la puerta para salir y giré el cuello a izquierda y derecha para quitarme la tensión. El capó estaba ligeramente doblado y de él salía un humo blanco que se desvanecía en el aire. Vi también una enorme roca en la carretera, y que la puerta de Maya estaba hundida por el fuerte impacto.

De nuevo me envolvió la furia hacia nuestros atacantes. Al lanzar la roca podrían haber herido a Maya.

Pascal se detuvo al otro lado de la carretera, sonriendo con satisfacción. Me miró fijamente y cruzó los brazos sobre el pecho.

Contemplé el estado en el que había quedado el coche y lo miré de nuevo a él.

—Zeke se va a cabrear. Estás jodido, Pascal.

Soltó una carcajada burlona.

—¿En serio te preocupa el coche?

—No, me preocupa Zeke. —Alcé los puños y me preparé para luchar—. Cuando yo haya terminado con vosotros, él no tendría nadie sobre quien descargar su ira.

Pascal soltó un gruñido, dejó salir los colmillos y unas garras surgieron de las yemas de los dedos. Sus dientes tenían un tono oscuro y sus garras estaban ennegrecidas, algo muy extraño. Había algo diferente en él. El resto de los lobos que iban con él también mostraron sus garras y sus colmillos, también oscurecidos.

Oí abrirse detrás de mí las puertas del coche y Maya y Serenity salieron.

—¿Qué les pasa? —se extrañó Maya observándolos—. ¿Están enfermos?

—Algo así —respondió Serenity.

¡En aquel momento, los lobos saltaron hacia nosotros!

Con un hábil movimiento de sus dedos, Serenity hizo volar a uno de ellos, y su cabeza acabó impactando contra la roca del camino.

Dos de los lobos llegaron hasta mí. Sus movimientos eran tan rápidos que tuve que retroceder para esquivar sus golpes. Algo había cambiado en ellos, tanto que no fui capaz de asestarles ningún golpe, excepto esquivar y agacharme para evitar que me clavaran sus garras.

Por el rabillo del ojo, vi a Pascal chocar de lleno contra Maya. Ambos se estrellaron contra el coche, causando una abolladura aún mayor en su lateral.

Furioso, saqué mis garras y cerré mi mano alrededor de la garganta del lobo más cercano a mí. Él me golpeó el brazo con tanta fuerza que tuve que soltarle.

Llevé la otra mano a su cara y hundí mis garras, abriendo profundos tajos en la carne.

Aulló de dolor, pero se lanzó hacia mí de nuevo. Lo esquivé y, cuando pasó volando a mi lado, lo agarré por el cuello otra vez, pero esta vez hundí mis garras en su garganta mientras ejercía presión en ella.

Grité de furia al ver la sangre brotar de su cuello y sentir que mi mano se cerraba aún más. Él emitió un sonido estrangulado, mezclado con estertores al tratar de respirar. Cuando retiré la mano, tenía un enorme agujero en el cuello. Se arrodilló y cayó de cara al suelo.

Miré a mi alrededor y vi a Maya luchando contra Pascal. Caminé un par de pasos hacia ellos cuando algo me golpeó con mucha fuerza por detrás, lanzándome hacia delante y haciéndome caer al suelo. Mi frente se estrelló contra el asfalto y un fuerte zumbido resonó en mis oídos.

Durante unos segundos, mi visión se oscureció mientras intentaba reorientarme. De reojo, vi la roca rodar hasta mí. La misma roca enorme que habían lanzado contra el coche.

—Cabrones —jadeé, dándome la vuelta en el suelo. Estaba a punto de levantarme cuando vi al otro lobo saltando hacia mí.

Ni siquiera tuve tiempo de alzar los brazos cuando cayó sobre mí fuerza. Desnudó sus colmillos y buscó mi garganta.

—¡Ni lo sueñes! —grité.

Le metí el dedo en el ojo, empujándolo hasta el fondo. Sangre de color rojo negruzco comenzó a manar a borbotones mientras le empujaba el globo ocular con mis garras, destrozándoselo. Abrió la boca de par en par gritando de dolor e intentó zafarse de mí.

Le metí la mano en la boca, ahogando sus gritos, y me puse en pie mientras él intentaba alejarse de mí. Fui a por él, pero entonces oí un grito.

Era de Maya.

Me giré y vi los colmillos de Pascal enterrados en su estómago.

—¡¡¡No!!! —aullé levantando al lobo conmigo por la boca, un dedo bajo su mandíbula y el resto en su garganta. Lo alcé tan alto como pude y lo bajé con fuerza, apuntando a su cuello. Se oyó un crujido nauseabundo al romperse con el impacto.

Su cuerpo se estremeció unos segundos antes de quedar completamente inmóvil.

Me giré hacia Pascal y vi aterrado que atacaba la garganta de Maya. No llegaría a tiempo.

Cojeé hacia ellos, pero los colmillos de Pascal ya rozaban su garganta.

Los dedos de Serenity dibujaron una rápida serie de movimientos, murmurando algo una y otra vez. De repente, Pascal se elevó en el aire, lejos de Maya, y cayó a varios metros de ella, al otro lado de la carretera. Fui tras él.

—¡Ayuda a Maya! —grité mientras agarraba la roca que me habían lanzado. Era muy pesada, pero no lo noté debido a la intensa rabia que bullía dentro de mí. La levanté por encima de mi cabeza mientras Pascal luchaba por ponerse en pie y la lancé.

En el último momento se apartó de un salto, pero no tuvo tiempo de ver cómo mi puño se estiraba hacia atrás y para golpear su mandíbula con toda mi fuerza. El golpe lo lanzó a varios de mí y cayó con fuerza contra el suelo.

Me acerqué a él para seguir golpeándolo, pero él se recompuso y bloqueó todos mis puñetazos, hasta que me clavó uno en el estómago. Gruñí de dolor, pero no retrocedí.

Me lanzó otro puñetazo. Le agarré la mano y con la otra le golpeé con todas mis fuerzas en el codo. Ambos oímos el chasquido al romperse el hueso.

Lanzó un grito desgarrador tambaleándose hacia atrás:

—¡Cabrón! —gritó.

De una patada le hice volar hacia atrás y caer al suelo. Me acerqué y me senté a horcajadas sobre él.

—Nunca debiste tocar a mi compañera —siseé, amenazador.

Clavé mis garras en su pecho, introduje mi mano y empujé a través de la carne y el hueso hasta que pude sentir su corazón latiendo en la palma de mi mano.

—Por favor —gimió de dolor, mientras una sangre roja negruzca le caía por las comisuras de los labios—. Sólo hice lo que Morellis me ordenó.

—Lo siento por ti —jadeé entre dientes.

Cerré la mano alrededor de su corazón y se lo arranqué de un tirón. La sangre manó a mares, entremezclada con trozos carne y hueso. Su corazón latió un par de veces antes de morir en mis manos.

Pascal yacía en el suelo con los ojos muy abiertos, fijos en mí, pero completamente vacíos. Estaba muerto.

Me levanté de él, dejando caer su corazón negro junto a su cuerpo. Mientras me acercaba a Maya y Serenity, vi que el primer lobo que la bruja había dejado fuera de combate volvía en sí. El golpe contra la piedra no le había hecho nada. Mi primer impulso fue matarlo, pero me detuve.

Corrí hacia él y levanté mi pie, calzado con una fuerte bota, que descargué sobre su tobillo con fuerza.

Aulló de dolor cuando sus huesos se rompieron. Repetí el movimiento y dejé caer mi bota sobre su otro tobillo, incapacitándolo. No iría a ninguna parte durante un tiempo. Y antes de que su curación se activara lo suficiente como para empezar a cojear, yo me encargaría de él.

Corrí hacia Maya y Serenity y sentí como si me hubieran disparado en el pecho. Ella sangraba abundantemente por la herida del estómago. Tenía los ojos cerrados y estaba a punto de perder el conocimiento.

—Por los espíritus... ¡Maya, quédate conmigo! —grité conmocionada mientras caía de rodillas junto a ella—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué hay tanta sangre?

—Algo va mal, Kanan —respondió Serenity—. Su curación no está funcionando.

—¿Pero, por qué? ¿Es porque no puede transformarse del todo?

—No, no lo creo. He revisado la herida, no es una mordedura de lobo ordinaria.

—¿Qué quieres decir?

—¡La herida está maldita, Kanan! —gritó angustiada—. No lo sé, tal vez Akira le hizo algo a los lobos para que su mordida fuera más letal. Y eso está impidiendo que su factor curativo haga efecto.

—No —gemí mientras el asco me invadía. Eso era lo que tenían de diferente, la sangre, las garras ennegrecidas y los dientes. Akira les había hecho algo—. ¿Qué significa eso? ¿Voy a perder a Maya? ¡No puedo perderla! —grité, desolado.

—He preparado un hechizo que ralentizará el efecto de la mordedura, pero sólo por un tiempo. Lo único que la mantiene con vida en este momento es su gen lobo, sabe que algo anda mal y está tratando de combatirlo. Kanan, necesitamos llevarla con Akira tan pronto como sea posible. Debemos eliminar la maldición para que pueda convertirse en loba con la luna llena esta noche. Eso es lo único que puede salvarla.

Sentí que no podía respirar. Miré a Maya, mi amor. Abrió los ojos y pude ver el miedo y el dolor en ellos. Ni siquiera podía hablar de lo débil que estaba. Entonces sus ojos se cerraron de nuevo y se quedó inmóvil en mis brazos.

CAPÍTULO VEINTICUATRO



KANAN

Cuando Maya cayó inconsciente en mis brazos, Serenity puso la mano sobre la herida y murmuró unas palabras inteligibles. Luego, se volvió hacia mí.

—Ahora siente un gran dolor. Es mejor que esté inconsciente. Pero tenemos que llevarla con Akira ahora mismo.

—Akira les hizo algo a esos lobos, ¿verdad?

Asintió.

—Han sufrido una mutación importante en su ADN, algo que no todo el mundo puede hacer. La único con poder suficiente y que esté relacionada con los lobos es Akira, por lo que sí, podemos, asumir que ha sido ella.

—¿Pero por qué? ¿No quiere que desafíe a Morellis?

—Podría ser. Si lo desafías y ganas, lo que sea él tuviera planeado para los lobos ya nunca sucederá. Ella lo sabe, y su apuesta más segura es ayudar a derrotarte.

—Entonces, su objetivo no era yo.

—Creo que lo erais los dos, no sólo Maya. Vuestros destinos están entrelazados y, ahora que os habéis encontrado, se producirá un gran reequilibrio en el mundo. Esto sacudiría los aquelarres de brujas, las manadas e incluso los vampiros se verán afectados. Aún no sé cómo será ese futuro, pero Akira no quiere que ocurra. Y ahora que tiene a Morellis a sus órdenes, tiene un ejército de lobos para acabar con nosotros. Tenemos que terminar con todo esto esta noche, o tendrás que seguir matando a tus hermanos y hermanas.

Miré entonces a los lobos muertos que nos rodeaban, Pascal estaba tal como lo había dejado, con un enorme agujero en el pecho y el corazón negro en el suelo junto a la cabeza. Otro estaba tendido en el suelo, con la mandíbula destrozada. Y luego, aquel al que le había arrancado la garganta.

Dejé escapar un suspiro al contemplar la sangrienta escena, y entonces mis ojos se posaron en el lobo al que le había roto las patas. Arrastraba su cuerpo tratando de alejarse, gimiendo de dolor con cada movimiento.

No le resultaría fácil.

—Nos vamos —dije a Serenity—. Métela en el coche y prepárate. Necesito tener una charla con este tipo.

Me miró y, tras unos segundos, asintió.

—De acuerdo, pero date prisa. A Maya se le acaba el tiempo.

Me levanté del suelo y me acerqué a donde yacía el lobo, que seguía haciendo lo posible por moverse. Lo levanté por el cuello y lo golpeé con fuerza contra la roca. Gritó de dolor al golpearse la nuca contra la dura superficie.

—¿Cómo te llamas?

—Stevenson —respondió con voz entrecortada.

—¿Stevenson? —repetí, sorprendido—. ¿Eres el hijo de Steven? —Cuando asintió me agaché ante él —. Hijo de puta, yo conocía a tu padre. ¿Cómo has sido capaz de hacer algo así?

Me fulminó con la mirada y escupió sangre.

—Si conoces a mi padre, no deberías preguntarme eso.

Su padre, Steven, era uno de los miembros más destacados de Vicious Hounds, pero murió hace unos años al encontrarse con un nido de vampiros. Superado en número, no tuvo ninguna oportunidad. Tuvo una muerte horrible y muy dolorosa.

Desde que Lockworth y sus tropas los expulsaron de Nueva York, ha existido odio entre los lobos y los vampiros, incluso tras terminar la guerra. Por eso cuando veían a un lobo, lo atacaban sin piedad. Igual hacíamos nosotros. Steven fue sólo otra víctima en una lucha que ya duraba décadas.

Pero ¿qué tenía que ver todo eso con lo que estaba pasando ahora? ¿Con Morellis y conmigo?

—Sé lo que le pasó a tu padre, estuve en su funeral. Pero no entiendo qué tiene que ver conmigo, con esto que está pasando ahora.

—Todo —respondió—. Si mi padre hubiera sido más fuerte, más rápido y venenoso, esos bastardos no habrían tenido ninguna oportunidad contra él.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Que todos los lobos se vuelvan como tú?

—No, no como yo. Mejores. —Se movió y tosió con fuerza, masajeándose las costillas mientras una sacudida de dolor lo atravesó—. Morellis sabe que intentas detenerlo. Por eso teníamos que librarnos de ti y de tu compañera. ¿Entiendes por qué tienes que morir? Esto es por un bien mayor para Vicious Hounds. Una vez nos convirtamos, seremos la manada más poderosa sobre la faz de la tierra. Ninguna otra criatura osará luchar con nosotros.

—Si sois tan poderosos, ¿cómo es que os he vencido con tanta facilidad?

—No lo entiendes, ¿verdad? El cambio aún no ha llegado, todavía somos como tú, a excepción de nuestra mordedura, que está maldita. Pero una vez que lo logremos, desearás no haberte puesto jamás en contra de nuestro gran Alfa Morellis.

Dejo escapar un suspiro.

—¿Qué cambio es ese del que no dejas de hablar?

Me miró y luego apartó la mirada.

—Cuando ocurra, lo sabrás.

—Stevenson, por favor no me obligues a torturarte. Me estoy quedando sin tiempo.

—Kanan, me has roto las putas piernas, ¿qué otro tipo de dolor puedes infligirme que no me hayas hecho ya?

—Aún puedes hablar, ¿verdad? —mi voz se volvió un ronco susurro amenazador—. ¿alguna vez has sentido tanto dolor que ni siquiera un sonido puede pasar por tus labios?

Me miró fijamente, pero no dijo nada.

—Tú lo has querido. —Levanté la mano—. Voy a romperte las costillas una a una. Y cuando acabe, te meteré la mano en el pecho y te arrancaré el corazón, como hice con Pascal. No creo que le gustara mucho. —Ambos nos volvimos hacia donde yacía su cadáver—. Sea lo que sea lo que Akira ha planeado para vosotros, tened por seguro que no recibiréis nada.

—Morellis me matará si te lo digo —gimió Stevenson.

—Aplastarte el corazón te hará lo mismo, y no tengo tiempo de convencerte de que me lo cuentes. —Me acerqué a sus costillas mientras mis garras sobresalían de mis dedos y empecé a tantear en busca del hueso más bajo. Cuando lo encontré, me aferré a él y lo miré a los ojos—. ¿De verdad quieres hacer esto?

—Haz lo que debas —dijo, y apretó los labios con fuerza.

—Aún no conoces lo que es el auténtico dolor —le susurré al oído—Pero créeme, estás a punto de hacerlo.

Y rompí el hueso.

Soltó un grito desgarrador y yo empecé a buscar el siguiente.

—¿Vas a hablar ahora?

Resoplaba y jadeaba, sudando profusamente mientras me miraba.

—Bien —dije buscando el hueso y preparándome para ejercer presión.

—¡Espera! —aulló—¡Maldito bastardo! ¡Espera!

Bajé la mano y mis garras volvieron a retraerse dentro de mis dedos.

—¿En qué están trabajando Morellis y Akira?

—¿No me has estado escuchando? ¡Su objetivo es hacer que nuestra manada sea suprema!

Mis garras sobresalieron una vez más y las alcé amenazadoramente.

—¿Cómo?

—¡Híbridos! —gritó, jadeante—. Morellis está trabajando con Akira para convertirnos en híbridos. Cuando lo logre, seremos más rápidos, fuertes y peligrosos que cualquier otra manada del mundo entero. ¡Morellis quiere lo mejor para nosotros!

Oí pasos detrás de nosotros y me giré para ver a Serenity, que se había quedado boquiabierta mirando al lobo.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó.

—Por supuesto, ¿por qué crees que he hecho todo esto? Sabíamos que Kanan nunca estaría de acuerdo ¡Teníamos que detenerlo!

Me puse en pie y la miré.

—¿Híbridos?

—Se trata de una forma muy oscura de magia, y extremadamente volátil. Los híbridos de cualquier tipo son una de las especies más peligrosas del mundo. La última vez que existieron, los espíritus tuvieron que tomar forma humana para poder vencerlos. Si Akira está haciendo eso...

—Tenemos que detenerla —murmuré.

—Eso son cuentos de viejas—rechazó Stevenson—. Nos convertiremos en la manada más poderosa que jamás haya pisado la tierra.

—Idiota, ¿es que no lo entiendes? —gritó Serenity—. Puede que tengáis todas esas habilidades, pero si os convierte en híbridos, seréis sus esclavos, prisioneros de su voluntad y sólo podréis hacer lo que ella os ordene. Ese es el precio que pagareis por ser la manada más poderosa, convertiros en su ejército particular, totalmente leal a ella.

—No, ella no... —jadeó Stevenson, asustado.

—Soy bruja, sé de esto mucho más que tú.

—Akira quiere un ejército y está usando mi manada para conseguirlo —murmuré, desolado—. Eso no puede ocurrir Tenemos que detenerla.

—Bueno, ya es demasiado tarde —intervino Stevenson, haciendo que ambos nos volviéramos hacia él—. Esta mañana temprano, Morellis ha sacado a todos de la Capital.

—¿A todos? —sentí que me faltaba el aire.

—Toda la manada, la totalidad de Vicious Hounds está aquí, en Michigan.

—¿De qué hablas? —lo agarré por el cuello—. ¿Dónde?

—¡Sabemos dónde, Kanan! —gritó Serenity—. Moindre Coven, ese es el único lugar donde ella será tan poderosa como para llevar a cabo esa magia oscura. Si tenemos en cuenta que habrá luna llena esta noche, no hay duda. Ella llevará a cabo el ritual para convertir a tu manada en híbridos esta noche. ¡¡Tenemos que movernos, Kanan!

—Vámonos —la apremié y corrí hacia el coche, seguido por ella.

—¿Y qué pasa conmigo? —aulló Stevenson.

La bruja se volvió hacia él, usó el índice y el pulgar para formar un círculo y luego usó la mano para dibujar un círculo más grande.

—*Crip ellios* —murmuró.

—¿Qué me has hecho? —gritó él con pánico en la voz.

—Acabo de maldecir tu herida, tardará en sanar. No caminarás ni correrás en un futuro cercano.

Serenity subió al asiento trasero con Maya, que continuaba inconsciente y se había desplomado contra la ventanilla.

—¡Está empeorando, Serenity! —grité girando la llave de contacto. El motor chisporroteó un par de veces y se apagó—. ¡Joder! ¡Vamos!

El pedrusco que con el que le golpearon le había dañado más de lo que yo pensaba. Lo intenté de nuevo, girando la llave mientras pisaba a fondo el pedal. Tras toser unos segundos, por fin se encendió y el motor rugió. Avanzó a sacudidas y, tras cambiar de marcha, reanudamos nuestro viaje hacia Moindre, dejando atrás a los lobos muertos y heridos.

—¡Serenity, dime algo! —grité, lanzando rápidas miradas al retrovisor, dividido entre concentrarme en la conducción y saber lo que ocurría en el asiento trasero. Maya tenía peor aspecto, sudaba a mares y parecía que, incluso inconsciente, seguía sufriendo.

La bruja le levantó la blusa para inspeccionar la herida, que ahora estaba negra y parecía infectada. Pero no sólo la herida; también más de la mitad de su estómago presentaba el mismo color negruzco, que se extendía con rapidez por el resto de su cuerpo.

—¡Pensé que podría ralentizarlo, pero no ha funcionado! —gritó Serenity con desesperación—. Parece que va incluso más rápido. ¡La está matando!

—¿Qué hacemos? ¿Qué podemos hacer? —pregunté, angustiado

—Lo único que puede salvarla es levantar la maldición y conseguir que se transforme en lobo.

—Eso es lo que íbamos a hacer de todos modos —pisé a fondo el pedal y la aguja se disparó rozando casi los ciento noventa kilómetros por hora—. Me da igual lo que tengamos que hacer. Cueste lo que cueste, Akira levantaría la maldición.

—No queda tiempo, Kanan —murmuró Serenity enjuagando con su pañuelo la cara de Maya. —No sé cómo piensas convencerla, si golpeándola o discutiendo con ella, pero a Maya se le acaba el tiempo.

—¿Qué hacemos entonces?

—Lo haré yo.

—¿Qué? ¿Estás segura? Creía que habías dicho...

—Sé lo que dije, pero soy la única esperanza de Maya ahora mismo. Tú concéntrate y llévanos a Moindre lo más rápido posible. Necesitaré todos los poderes que pueda reunir si quiero que esto funcione.

CAPÍTULO VEINTICINCO

SERENITY

Kanan aceleró hasta el límite y casi volamos por las concurridas calles de Michigan. Dejamos atrás la autopista que iba a la frontera y ahora circulábamos hacia el otro extremo del estado, donde estaba a punto de celebrarse el Aquelarre.

Parecía que por cada kilómetro que recorríamos, Maya empeoraba. Cada quince minutos, más o menos, tenía que renovar mi hechizo para asegurarme de que su lesión no se extendiera demasiado y no tuviéramos opción de salvarla.

—¿Cómo está? —preguntó Kanan con los ojos fijos en la carretera.

—¡Sigue igual! ¡Tú concéntrate en llevarnos allí, lobo! —ordené.

—¿Estás segura de que necesitas ir a Moindre? —preguntó mientras sujetaba el volante con fuerza y giraba bruscamente a la derecha para evitar chocar con un camión que venía en dirección contraria.

Después pasó por encima de un bache en la carretera y se metió directamente en otro carril. El coche se estremeció, pero, con una sacudida de determinación reanudó el viaje.

—Quizá podríamos parar y hacer ahora el ritual —propuso, angustiado.

—No, eso no funcionará Kanan —rechacé, usando mi pañuelo para secar el sudor de la frente de Maya. Aunque el aire acondicionado estaba a tope, ella estaba ardiendo, como si el veneno la quemara por dentro—. Moindre duplicará mi poder, o incluso lo triplicará. Además, no llevo nada para realizarlo. Espero que, cuando lleguemos, pueda encontrar algo que me permita llevarlo a cabo.

—¿Qué? —gritó él—. ¿Qué necesitas?

—Un montón de cosas. La buena noticia es que Moindre es muy utilizado por las brujas, por lo que podré encontrar suministros allí. Sólo tenemos que evitar que no nos atrapen Akira o Morellis. Eso no sería nada bueno.

—¿Tú crees? —replicó, irónico.

—Tú conduce y déjame a mí mantener viva a tu compañera.

Y así lo hizo, cruzando el estado a la máxima velocidad que le permitía el motor.

Atardecía cuando por fin llegamos a la carretera que llevaba a Moindre. Al igual que la que conducía al bosque, ésta también estaba vacía y lo que es peor, no había casas ni granjas en esta zona. Como si los espíritus que rondaban por aquel lugar fueran lo suficientemente fuertes como para cruzar los límites del aquelarre.

A ambos lado de la carretera había campos abiertos, verdes y bien cuidados, lo cual era extraño, porque allí no vivía nadie. La única explicación era que la magia lo mantenía vivo. Según una de las muchas leyendas sobre el lugar, uno de los que allí murieron era un granjero e, incluso muerto, su espíritu mantenía los campos en perfecto estado.

Por desgracia, los campos eran el único signo de vida en aquellos parajes. No parecía haber nada más, ni siquiera pájaros y ratas. Y cuanto más nos adentrábamos en aquel lugar, más frío hacía. Podía sentir la tensión en el aire, casi como un presentimiento, como si algo acechara a la vuelta de la esquina, pero cuando llegábamos, no había nada, aunque la sensación persistía a la vuelta de la siguiente esquina.

Había oído hablar mucho de Moindre, y ya era hora de descubrirlo por mí misma.

En todo el campo que bordeaba la carretera, sólo había una casa, oculta en la oscuridad. Pero era una oscuridad especial porque era más negra que en la que estábamos Kanan y yo. Incluso a mí me dio miedo.

—Supongo que hemos llegado —anunció él deteniendo el coche cuando la carretera desapareció y ya sólo había campo.

—Sí —respondí, nerviosa.

Tragué saliva al pensar en lo que estábamos a punto de hacer. Era muy arriesgado y era fácil que algo saliera mal.

—Por aquí llegaremos a la parte trasera de la casa, y con suerte, fuera de la vista de Akira.

—Vámonos —ordenó Kanan.

Salió del vehículo, se acercó a la puerta de Maya y la abrió. La sacó con cuidado y la cargó en sus brazos.

Fui tras ellos, sintiendo que el corazón me latía desbocado en el pecho.

—¡Espera! —grité justo antes de que Kanan entrara en el campo que rodeaba la casa.

Lo alcancé y levanté la mano.

—*¡Entrapo revellus!*

Una ráfaga de viento salió de mí, se extendió por el campo, pero no volvió.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó.

—Necesitaba comprobar si había trampas. No hay ninguna. Vamos.

—Claro que no. Akira está esperando a mi manada, ¿recuerdas? Eso si no están aquí ya.

Miré al cielo. La oscuridad había caído por completo y la luna comenzaba a salir.

—Mierda —murmuré—Tenemos que darnos prisa. Pronto habrá luna llena y tenemos que levantar la maldición antes.

Atravesamos el campo a toda prisa, yo en cabeza y Kanan en la retaguardia con Maya en brazos. El lugar estaba mortalmente silencioso y parecía que siempre había una presencia detrás de nosotros, aunque yo estaba segura de que no era así.

A medida que nos acercábamos a la casa, noté el efecto que producía en mí. Me sentía poderosa y llena de energía, como si hubiera tomado alguna droga.

—Este es un buen lugar. —decidí antes de detenerme. Estábamos al aire libre y directamente bajo el cielo abierto.

Kanan tumbó a Maya en la hierba y usó sus dedos para comprobar su pulso.

—Es muy débil.

—Sí, tenemos que darnos prisa.

—Dijiste que necesitamos algo que pertenezca a Akira, ¿cómo demonios lo conseguimos?

—No te preocupes por eso —repuse—. Tú y yo vamos a la casa, para buscar todo lo que necesito.

—¿Qué? —se escandalizó—. No pienso dejarla aquí sola.

—¡Ella estará bien, y tenemos que ser rápidos! ¡Vamos!

Entré por la puerta trasera y nos adentramos en una habitación oscura.

—*Ignattioss* —murmuré e inmediatamente una lengua de fuego apareció en el aire, iluminando tenuemente la habitación.

Miré a mi alrededor. Allí no había nada de lo que me hacía falta.

—Ven —apremié a Kanan y entramos en otra habitación—. Reúne tantas velas como puedas llevar.

Cogí un recipiente con sal, un cuchillo y también un montón de cosas más que creí que me serían útiles. Estaba a punto de dirigirme a otra habitación cuando oí voces nos llegaban a través de la pared.

Me detuve al escucharlas.

—Ya casi están aquí. La luna llena está casi sobre nosotros. Pronto estará hecho —dijo una voz masculina. Me pregunté si sería Morellis.

—Más vale que estén aquí. Si esta noche no lo logramos, no esperaré hasta la próxima luna llena —replicó una voz femenina, que supuse que era Akira. ¿Quién más podría ser?

Le hice una señal a Kanan y salimos de la casa. Nuestra principal preocupación era curar a Maya. Cuando lo hubiéramos logrado, nos enfrentaríamos a la bruja malvada y a su compinche el Alfa.

De nuevo en campo abierto, volvimos junto a ella, que seguía tumbada donde la habíamos

dejado. Su pulso se debilitaba por segundos. Se estaba muriendo.

Con la sal tracé una runa alrededor de ella, y dibujé símbolos antiguos a ambos lados de su cabeza, sus manos y sus piernas. La tendí en el suelo, con los brazos extendidos a los costados y las piernas estiradas. Cogí las velas y las coloqué en puntos estratégicos de las runas. Todos mis movimientos eran rápidos pero calculados. Nos quedábamos sin tiempo.

Cuando terminé, di un paso atrás y estudié mi trabajo. Satisfecha, miré a Kanan que estaba en el borde de la runa.

—Esto puede llevarme un rato —le advertí—. Akira y Morellis podrían encontrarnos antes de que termine. Asegúrate de que no me interrumpan.

Asintió.

—Descuida, eso no pasará—dijo con determinación, escrutando la oscuridad.

Cogí el cuchillo y, levantando la mano, me hice un corte profundo en la palma. Me estremecí por el dolor.

—¿Qué estás haciendo? —gritó él.

—¡Cállate! —ordené mientras elevaba mi puño sangrante sobre el borde de las runas y mi sangre caía sobre la sal. Me adentré más y dejé que algunas gotas cayeran también sobre Maya.

Me aparté y cogí el pañuelo para envolverme la herida.

Me quedé de pie al borde de la runa, con los pies de Maya pegados a los míos y Kanan a una distancia prudencial, observando. El corazón me latía con fuerza en el pecho mirando a la moribunda que tenía ante mí. Una vez que comenzara, no habría vuelta atrás.

Aspirando hondo y levanté las manos.

—*¡Spiritos sanctos revelloss el fisito!* —clamé al cielo.

Al instante, el borde de la runa donde había caído mi sangre se envolvió en llamas. Abrí bien las palmas y las llamas empezaron a recorrer las runas. Todos los lugares en los que había depositado la sal se iluminaron con llamas anaranjadas y pronto, Maya se encontró en medio de una runa en llamas.

Sentí que me faltaba el aire.

El ritual había comenzado.

CAPÍTULO VEINTISÉIS



KANAN

Con los brazos cruzados sobre el pecho, observé atentamente cómo Serenity comenzaba el ritual. Entonces me di cuenta de que Maya tenía razón: si alguien, aparte de Akira, podía acabar con la maldición, era Serenity. A pesar de la tensión que se respiraba en el ambiente y del miedo que nos invadía a todos, sus movimientos eran calculados y sus dedos estaban calmados. Yo, en cambio podía sentir como mi corazón latía con fuerza en mi pecho, tanto que reverberaba en todo mi cuerpo.

Solté un profundo suspiro y miré a Maya, tendida en el suelo. Fue entonces cuando me di cuenta de lo que me estaba pasando. Tenía miedo

Nunca he estado tan asustado en toda mi vida. No podía soportar perderla, no después de todo lo que habíamos pasado. Habíamos llegado demasiado lejos, no podía rendirse ahora.

Ella era la única que se sacrificó por este viaje: abandonó su vida en Nueva York y me siguió con la débil esperanza de que acabáramos con la maldición. No podía defraudarla ahora. Pasara lo que pasara, lo conseguiríamos.

Ella yacía tan quieta en el suelo que parecía muerta. Pero no podía estarlo. A pesar de los estruendosos latidos de mi corazón, aún podía oír los suyos. Eran débiles, pero ahí estaban. Estaba luchando y aguantando, iba a sobrevivir.

—Aguanta, mi amor —murmuré frotándome las manos para aliviar la tensión de mi cuerpo. Soplé aire caliente en el hueco de la palma, aunque no sentía frío—. Aguanta, Pronto habrá acabado todo.

Mientras, las llamas parpadeaban con el viento, haciendo que las sombras coparan todos los rincones, Serenity alzó aún más las manos.

—*¡Ella wolfsio parasimo!* —gritó con más fuerza.

En el suelo, el cuerpo de Maya dio un espasmo, como si la hubieran pinchado con una aguja.

—*¡Venomcuso expendiente espellammus!*

Justo en ese momento, las llamas subieron más alto, tan fuertes que casi me cegaban. El calor también aumentó, como si estuviéramos en un horno. Olas y olas de calor se extendieron por el campo.

—¡Serenity! —grité sobre las llamas rugientes.

—No pensabas que iba a ser fácil, ¿verdad? —respondió a gritos. Tenía las manos levantadas mientras y dibujaba patrones en el aire con sus dedos—. El veneno está luchando, este fuego lo quemará, junto con la oscuridad que rodea la maldición que le lanzó Akira. Sólo entonces yo podré terminar el ritual.

—Por todos los espíritus... —dije sin aliento, al ver a Maya en el centro de las enormes llamas, tendida en el suelo, inmóvil—. ¡Vas a quemarla viva!

De repente, Maya lanzó un grito desgarrador. Fue largo y prolongado, y sonó como si saliera de lo más profundo de su ser, de un lugar de lleno de dolor y angustia. El grito se prolongó durante unos segundos, hasta que abrió los ojos, inyectados en sangre. Se incorporó.

—¡Abajo! —ordenó Serenity, bajando la mano y haciendo que Maya volviera a tenderse sobre su espalda.

Empezó a agitarse, sacudirse y a temblar mientras lloraba con fuerza. Su cuerpo se contorsionaba en posiciones imposibles. Cada vez que intentaba girarse, había más llamas. Parecía estar ardiendo.

No podía dejarla así. Maya estaba sufriendo demasiado.

—¡Serenity! ¡Tienes que parar, la estás matando! —aullé, aterrado y con el corazón encogido.

Serenity no hizo caso de mis gritos. Con unos movimientos hábiles con las manos, las runas que había dibujado alrededor de Maya se hicieron un poco más pequeñas, acercando el fuego a su cuerpo.

—¡Serenity! —grité dejando que mis garras sobresalieran de mis dedos mientras una rabia incontrolable creía dentro de mí. Dejé salir los colmillos y sentí que se me aclaraba la vista mientras miraba a la bruja.

Eché un vistazo más a mi compañera en el suelo. Aún lloraba y su cuerpo se contorsionaba por la agonía que estaba sufriendo. Tenía que parar aquello.

Con un aullido de furia, corrí hacia el fuego. Serenity me miró y chasqueó un dedo.

Di un par de pasos más antes de sentir una enorme ráfaga de viento que me levantó del suelo y me lanzó con fuerza contra la casa. Mi cabeza chocó con la pared, que cedió bajo la fuerza del impacto y me estrellé contra el suelo del interior. Mis oídos zumbaban mientras trataba de levantarme.

Volví a ponerme en pie y estaba a punto de lanzarme de nuevo hacia allí cuando me detuve en seco. Algo negro y pútrido estaba saliendo del cuerpo de Maya, de su herida, de su nariz, de su boca e incluso de sus orejas. No era líquido ni gas, pero de algún modo parecía ser ambas cosas a la vez.

Al salir, el grito de Maya alcanzó cotas insoportables. Su espalda se arqueó mientras intentaba expulsar lo que tenía dentro. Observé horrorizado como salía más y más de ella. No era sólo el veneno, era algo más. Algo peor.

Serenity agitaba las manos por encima de su cabeza, haciéndolas girar en círculos. Las llamas se arremolinaron antes de volverse aún más intensas bloqueando por completo a Maya de la vista.

Observé cómo la sustancia negra que se había desprendido de ella era consumida por las llamas, destrozándola hasta que no quedó nada.

Sólo entonces, Serenity bajó las manos, y la intensidad de las llamas se redujo. Como si se le acabara la gasolina, siguieron bajando hasta quedar al nivel del suelo, chisporroteando en la brisa nocturna.

Serenity me miró y cayó de rodillas.

—¡Serenity! —grité mientras corría hacia ella. La cogí en brazos—. ¿Estás bien?

—Sí, tranquilo —respondió apartándose de mí para volver a ponerse en pie—. No podemos parar ahora. La luna llena está casi sobre nosotros y tenemos que completar el ritual.

Miré a Maya, que seguía en el suelo, sudando a mares y con la ropa empapada como si hubiera estado bajo una tormenta. Pero ahora respiraba bien, podía verlo por cómo subía y bajaba su pecho. Exhalé un suspiro de alivio. Parecía dormida.

—Siento lo de antes, no sé qué me ha pasado —me disculpé con Serenity.

La idea de que pude haber puesto en peligro la recuperación de Maya me roía por dentro y me sentía como un imbécil.

—Yo sí —respondió—. Es este lugar. Como dije, si no eres lo suficientemente fuerte, los espíritus de este lugar te perseguirán.

—Bien, ¿qué más hay que hacer para completar el ritual?

—Sólo tengo que...—se calló cuando miró al campo y vio un grupo muy numeroso caminando hacia nosotros—. Creo que ahora tienes otros problemas, Kanan.

Miré y vi la cara que más odiaba en el mundo.

—Morellis...—gruñí entre dientes mientras la rabia me invadía de nuevo.

—¡Haz lo que tengas que hacer! —me instó Serenity—. No dejes que nos alcancen. Tengo que terminar este ritual antes de que la luna llena esté en su apogeo. Consígueme tiempo suficiente.

Mis garras sobresalieron de mis dedos por segunda vez aquella noche mientras me alejaba.

—No te preocupes. Nadie se me escapará —afirmé.

Caminé alrededor de las runas, eché un vistazo a mi compañera inconsciente y me coloqué a unos metros de ellas.

Morellis encabezaba la manada. Sus leales le seguían de cerca y el resto de la manada se situaba en la retaguardia. Era como una emigración masiva. ¿Qué demonios tenía en mente aquel tipo?

—¿Qué haces aquí, Kanan? —preguntó, deteniéndose y mirándome con los ojos entrecerrados.

—Yo debería preguntarte lo mismo.

—Lo hago por la manada. Quiero convertiros en más grandes y mejores lobos. ¿Qué te trae aquí?

—He venido por mi compañera. La que intentaste matar, ¿la recuerdas?

Se encogió de hombros con indiferencia.

—No sé de qué estás hablando. Pero tú te has rebelado y pagarás por ello. Ven sin luchar, para evitar que esto vaya a más. Y dile a esa bruja que deje de hacer lo que está haciendo.

—Las cosas fueron a más cuando intentasteis matarnos a mi compañera y a mí —respondí con brusquedad mientras me ponía en posición de combate—. ¡Ahora, os reto a todos, a que intentéis pasar por encima de mí! —gruñí con furia mirándolo a los ojos.

Frunció el ceño y asintió.

—¡A por él!

Con aullidos de furia, todos corrieron hacia mí. Eran más de veinte. Aullé al cielo y me mantuve firme, esperando a que me alcanzaran.

El lobo que me alcanzó primero me lanzó un zarpazo con una garra ennegrecida. Me aparté tambaleándome y le agarré por el cuello y, con un rápido movimiento, se lo rompí. Otro lobo llegó por el costado, le lancé el cuerpo de su camarada para derribarlo mientras me concentraba en otro adversario, al que plaqué contra el suelo.

Le agarré del brazo y, antes de que pudiera hacer nada, se lo partí.

Estaban tan malditos como Pascal. Un zarpazo suyo sería letal. No podía permitir que me hirieran y los derribé tan rápido como pude.

Un brazo carnoso me agarró por detrás y me apartó del lobo que gritaba. Oí un gruñido detrás de mi oreja y sentí en el momento en que la boca se abrió para morderme en el cuello. Clavé mis garras en sus muslos, provocándole un grito de dolor y me soltó. Me volví con rapidez, lo agarré por el cuello y lo arrojé contra la horda que venía hacia mí.

Eran demasiados. ¿Cómo iba a mantenerlos alejados de Maya?

Sin embargo, no me detuve. Con cada puñetazo descargaba todas mis fuerzas, asestando golpes mortales.

Justo entonces, vi a Morellis abriéndose paso entre la horda, pero no hacía mí sino hacia Maya y Serenity.

Al igual que Pascal, iba a por mi compañera.

—¡No! —grité mientras corría hacia él.

Di un par de pasos cuando un lobo se abalanzó sobre mí, haciéndome caer al suelo. Me golpeé con fuerza en la cara y mi visión se nubló por un momento. Me giré, agarré al lobo por el cuello y se lo partí de golpe. Mientras caía a mi lado, me puse en pie una vez más, corriendo hacia Morellis, pero otro lobo se abalanzó sobre mí por detrás. Esto me hizo caer hacia delante.

Aproveché el impulso para girar y me llevé al lobo conmigo. Le metí la mano en el pecho y le aplasté el corazón. Antes de que pudiera levantarme otro lobo cayó sobre mí, y otro. Y otro, hasta que quedé inmovilizado en el suelo.

Mi corazón latía aterrorizado mientras Morellis marchaba hacia las runas que Serenity había

dibujado. Yo no podía moverme. No llegaría a tiempo.

La cabeza se le echó hacia atrás de repente, como si se hubiera golpeado contra algo. Estiró la mano hacia delante y, de la nada, apareció un escudo que envolvía a Serenity y Maya.

—¡Sí! —grité con júbilo.

Serenity había tenido la precaución de proyectar un escudo.

Con un gruñido salvaje, me deshice de los lobos que me inmovilizaban. Agarré a uno por la boca y lo golpeé con fuerza contra el suelo, caer. Agarré a otro y golpeé su cabeza contra la de su hermano, dejándolos inconscientes a ambos. O quizá les rompí el cráneo.

Justo entonces, oí un rugido detrás de mí. Vi al lobo demasiado tarde, directo a por mí cuello. No tuve tiempo de defenderme.

Una sombra se precipitó a mi lado y el lobo salió volando y cayó al suelo.

Miré a quien me había ayudado y no pude evitar sonreír.

—Me preguntaba cuándo aparecerías.

—No puedes mantenerte alejado de los problemas, ¿verdad? —respondió Zeke con una sonrisa —. Ve por tu chica, muchacho.

—¿Estás seguro? —pregunté—. Una vez que elijas un bando, no habrá vuelta atrás.

—Vosotros sois mi familia, así que ya he elegido. ¡Lárgate!

Me apresuré hacia Morellis, que continuaba golpeando el escudo, intentando derribarlo.

A cada paso que daba, más lobos intentaban derribarme. Pero Zeke no era el único que luchaba contra ellos ahora. Muchos de los mejores miembros de Vicious Hounds estaban conmigo y luchaban para detenerlos también. Morellis había provocado una guerra civil.

Mientras empujaba a través del mar de lobos, luchando por llegar a él, supe que no llegaría a tiempo. Serenity no podría mantener el escudo y continuar el ritual. Tenía que elegir. Y el escudo comenzaba a debilitarse.

—¡Morellis! —grité, tratando de llamar su atención—. ¡Morellis!

Agarré a un lobo por el brazo y lo aparté de mi camino, abriéndome paso hacia mi única presa.

—¡Morellis! —aullé.

El Alfa estaba destrozando el escudo, ahora cubierto de grietas. Y entonces, explotó.

Una fuerte ráfaga de viento que nos derribó a todos. Morellis, como estaba más cerca, voló a varios metros de distancia.

Justo entonces, las nubes oscuras se separaron y la luna llena se hizo visible en el cielo, bañando con sus gloriosos rayos el campo abierto. Sobre todos los lobos.

Con el corazón latiéndome fuertemente en el pecho, me puse lentamente en pie. Vi cómo las piernas de Serenity se tambaleaban y caía al suelo, debilitada por la magia que había hecho. Yo

respiraba entrecortadamente mientras me acercaba al cuerpo tendido de Maya. Seguía tumbada en el suelo, inmóvil.

Me acerqué más. Y más cerca.

Entonces, sus ojos se abrieron de golpe, y allí mismo, en el centro de las runas, empezó a crisparse.

Pero este era un tipo diferente de tic.

¡Se estaba transformando!

CAPÍTULO VEINTISIETE



MAYA

¿Había llegado el momento? ¿Estaba ocurriendo por fin?

Lancé un grito agudo al sentir un dolor punzante que me subía por la pierna. Mi visión se nubló durante unos segundos y, cuando se aclaró de nuevo, pude ver con toda claridad, con más nitidez de lo que había visto en toda mi vida.

Me estaba transformando en medio de las runas. No tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí. Mi último recuerdo era estar en el coche con Kanan y Serenity, y cuando abrí los ojos, había luna llena en el cielo y yo estaba en plena transformación.

Me volví de espaldas, gruñendo al sentir que mis garras salían de mis dedos y se clavaban en el suelo. De repente se me llenó la cara de pelo y sentí que mi cuerpo se encogía. Cada vez era más pequeño.

Era una sensación nueva, nunca me había sentido así. Sentí que mis tobillos se desplazaban y se ajustaban en una forma curva, obligándome a ponerme a cuatro patas. Gruñí, clavando las patas traseras en el suelo. Y entonces...

Se detuvo.

El dolor había desaparecido y volví a sentirme bien. Miré a mi alrededor con asombro, había mucha gente mirándome. Sólo por su olor, supe que todos eran lobos. Y entonces, la persona que más me importaba me miró como si acabara de descubrir oro.

Se acercó lentamente y se arrodilló ante mí. ¿Por qué tenía que arrodillarse? Podía levantarme fácilmente para... Mis pensamientos se interrumpieron al darme cuenta de que no podía levantarme.

Kanan me sonrió y pasó sus dedos por mi suave cabello, lo sentía diferente, pero familiar.

—Lo has logrado, mi amor —dijo, emocionado.

Su voz sonaba antinaturalmente fuerte en mi oído, a pesar de que estaba en mi cara. ¿De qué estaba hablando?

Fue entonces cuando me miré las manos y descubrí que no tenía manos. Había zarpas en lugar de manos, zarpas que se clavaban en la tierra blanda. Intenté hablar, pero un sonido extraño se coló entre mis dientes. Me tambaleé hacia atrás, sentía las piernas diferentes y la cola, que no paraba de menearse, me resultaba extraña. Pero estaba extasiada.

¡Lo había hecho! ¡Era una loba!

En ese momento, estiré mi cuerpo al máximo y aullé a la luna. En algún lugar del campo, oí que las respuestas llegaban hasta mí.

—Por los espíritus —dijo Kanan abrazándome. Me acurruqué contra él—. Estoy orgulloso de ti, Maya.

Oí pasos detrás de mí y me giré para ver a Serenity sonriéndome. Agaché la cabeza para mostrarle mi agradecimiento. Durante el resto de mi vida, siempre daría las gracias a los espíritus por enviar a Serenity a salvarnos. De no ser por ella, probablemente habríamos muerto hacía mucho tiempo.

—Esto no cambia nada— ladró Morellis de repente. De inmediato adopté una postura de ataque y le gruñí. El pelo se me erizó mientras le gruñía—. Sigues siendo un rebelde, Kanan, y pagarás por ello.

Al instante, los lobos también se transformaron y me gruñeron.

—Esto lo cambia todo —replicó Kanan—. Maya es mi compañera. No me permitiste venir por ella incluso después de contarte que tuve la visión. No me volví un rebelde, me obligaste a ello. Incluso si lo hice, ¿por qué has traído a toda la manada al escondite de una bruja?

En ese momento, se oyó un gran estruendo en la casa. De pronto caí en que estábamos en Moindre.

Los lobos se sobresaltaron cuando la puerta se abrió de golpe y una figura salió a la luz de la luna. Llevaba un manto oscuro y un bastón en la mano cuya cabeza brillaba en la noche. A cada paso que daba, golpeaba el suelo con el bastón y se oía un fuerte estruendo, como cuando un gigante camina entre muros sagrados. El sonido que emitía no se correspondía en absoluto con su figura, pero aumentaba el aura terrorífica que la rodeaba.

No necesitaba que nadie me lo dijera. Se trataba de Akira.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —gritó. Su voz sonaba ahogada y rasposa.

—Sólo un pequeño problema con la manada —respondió Morellis—. Lo tengo todo bajo control.

Se acercó a él y fue entonces cuando me vio. Pareció sorprendida de ver que me había transformado en loba. Luego me miró dos veces al reconocerme.

—¿Maya?

Así que sabía mi nombre.

—¿La conoces? —se sorprendió Kanan.

—Por supuesto, conozco a todos los que maldigo. ¿Cómo es que te has convertido del todo?

—Sorpresa...—canturreó Kanan—. Me temo que no eres tan todopoderosa como pensabas. ¡Se ha roto tu maldición, zorra!

—¡Eso es imposible! —replicó Akira con furia. Golpeó el suelo con su bastón haciendo que una

ráfaga de viento surcara el aire—. Levantar la maldición de otra bruja es un proceso complejo y doloroso. Además, necesitarás la sangre de una bruja.

Sentí a Kanan tensarse ante eso, yo también me paralicé.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Estúpido, tendrías que haber usado mi sangre para levantar la maldición. A no ser, claro... —se calló y miró más allá de nosotros. Todos nos volvimos y vimos sus ojos fijos en la única otra bruja de Moindre—. Serenity, debí haberlo imaginado. Sólo tú eres tan estúpida como para desafiarme.

Ella se adelantó.

—Todas te tienen miedo, yo no.

—No deberías. Naciste sin miedo en las venas, te mantienes fiel a tus raíces.

—Todo conduce siempre a ti, ¿no?

—¿Qué demonios está pasando aquí? —cortó Kanan, mirando a una bruja y a otra.

Se percibía tensión entre Serenity y Akira, y parecía que no había empezado esta noche. Definitivamente había algo entre ellas.

—¿No se lo has contado? —preguntó Akira, burlona—. ¿Por qué, Serenity? ¿Estabas asustada?

—Nací sin miedo, ¿recuerdas? —Serenity se volvió hacia nosotros—. No os he contado toda la verdad, la verdadera razón por la que pude levantar la maldición.

—Si necesitabas su sangre para levantar la maldición...—dedujo Kanan.

—La tengo, Kanan —replicó ella en tono desabrido, abriendo y cerrando las manos mientras lo miraba—Akira es mi madre.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

MAYA

—¿Qué? —preguntó Kanan con voz estrangulada por el shock.

Incapaz de seguir callada, me transformé de nuevo en mi forma humana. La miré.

—Nos mentiste —afirmé, incrédula.

—Nunca mentí, sólo que no te lo dije. Además, nunca preguntaste —replicó.

—Oh, venga —grité—. ¿Me tomas el pelo? ¿Qué se supone que tenía que decir? Gracias por salvarnos Serenity, por cierto, ¿quién es tu madre? Espero que no sea la zorra psicótica que maldijo a mi padre y me convirtió en esta mierda.

—Bueno... resulta que lo es. ¿Qué habrías hecho de saberlo? ¿Me habrías permitido ir contigo? Y afróntalo, de no ser por mí, ¡ambos estaríais muertos desde Siren Enclave!

Hice amago de volver a gritar, pero me callé cuando sentí que Kanan me cogió la mano. La miró con gesto serio.

—¿Vas a enfrentarte a tu propia madre?

—Puede que compartamos sangre, pero no la veo como mi madre en absoluto. La única persona con la que contaba en ese sentido está muerta. —Mientras hablaba, fulminó con la mirada a su madre—. Alguien tiene que detenerte en esta loca búsqueda de poder.

—Niña tonta —replicó Akira con brusquedad—. Estás cometiendo un gran error, pero ya has elegido.

Kanan se adelantó un paso.

—Sabemos lo que planeas hacer con mi manada. Conocemos tu plan y el de Morellis de esclavizar a la manada. No voy a permitir que eso suceda.

—¿Esclavizar? —tronó Morellis dando un paso adelante también—. ¡Estúpido! Estoy intentando hacernos más fuertes. Una manada mejor que ninguna.

—¿Convirtiéndonos en marionetas? ¿Manteniéndonos bajo los hilos movidos sólo por Akira? Mi padre luchó y sacrificó mucho, junto con muchos lobos para llegar a donde estamos ahora. No me sentaré a ver cómo lo destruyes.

Morellis se acercó hasta detenerse frente a él. Al mirarlo, vi que sus uñas y dientes estaban

limpios a diferencia de los de Pascal.

—A nadie le importa una mierda lo que hagas o dejes de hacer. Yo soy el puto Alfa, y lo que yo diga se hace.

—Por ahora —repuso Kanan con firmeza. Los ojos de Morellis se abrieron de par en par, pero no se echó atrás—. Sabías que esto iba a pasar. Por eso enviaste a Pascal y a sus chicos a intentar matarme.

—¿Qué significa eso?

Kanan le dio un fuerte empujón en el pecho, haciéndole retroceder unos pasos.

—¡Yo, Kanan Rott, te reto Morellis por el puesto de Alfa! —Alzó la voz para que todos pudieran escucharle.

—Creía que te habías ocupado de esto —terció Akira con irritación.

—Lo tengo controlado —aseguró Morellis, y luego miró de nuevo a Kanan, que seguía fulminándole con la mirada.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Enviar más lobos a que me maten? Ambos sabemos que eso no me detendrá. ¿No es mejor acabar con esto ahora?

—Acepto tu desafío —gruñó Morellis.

Los vítores recorrieron la multitud y los lobos aullaron a la luna, el ambiente cargado de tensión. Formaron un círculo alrededor de Kanan y Morellis. Yo estaba frente a ellos y Serenity vino a mi lado. Nuestras miradas se cruzaron durante unos instantes, pero luego aparté la vista. Aún no estaba preparada para asimilar su engaño.

Kanan se quitó la camisa, ya rota de su pelea anterior, pero me la tiró, dejando al descubierto su pecho desnudo. Bajo la luna, parecía desprender luz propia y brillaba sobre todo lo que había en el campo.

Cuando Morellis se quitó también la camisa, sentí que el miedo me golpeaba el pecho. Morellis era brutal y su cuerpo lo acompañaba. Era mucho más grande que Kanan, y aunque mi compañero había demostrado su valía una y otra vez, Morellis no parecía un lobo normal. Le entregó su camisa a una mujer, que supuse era su compañera.

—Esa es Tasha, la compañera del Alfa —dijo alguien a mi lado. Me giré y un hombre me sonrió —. Soy Zeke. El primo de Kanan.

—Oh... encantada de conocerte —respondí.

Traté de sonreír, pero no fui capaz mientras observaba la escena que se desarrollaba ante mis ojos.

—Joder...— murmuré cuando empezaron a girar uno frente al otro, buscando el momento adecuado para atacar.

—¿Estás seguro de que tienes lo que se necesita para liderar la manada? —se burló Morellis mientras seguían dando vueltas, midiendo y observando.

—Por supuesto —respondió Kanan—. Gracias a ti, sé cómo no dirigir a la gente. Por ejemplo, no ser el perrito de una bruja psicópata.

Morellis gruñó con furia y se lanzó al aire. Kanan lo imitó. En el aire, se transformaron en su forma de lobo y se oyó un fuerte golpe cuando sus cuerpos chocaron en el aire.

Incluso como lobo, Morellis seguía siendo más grande y fuerte. Kanan voló hacia atrás y cayó con fuerza al suelo. Sentí que se me escapaba un grito, pero lo ahogué con la mano.

Kanan se puso en pie de inmediato, gruñendo a Morellis, que se lanzó de nuevo contra él. Kanan saltó a tiempo, haciendo que el Alfa pasara a toda velocidad. De inmediato, Morellis se giró y fue a por él de nuevo, que otra vez pudo esquivarlo.

Morellis confiaba en su fuerza y tamaño y Kanan sabía que no tenía ninguna oportunidad contra eso. Por lo tanto, quería acabar con la resistencia de Morellis, agotándolo.

Me agarré el pecho al verlo saltar a derecha e izquierda, tratando de evitar el impacto del imponente cuerpo de Morellis.

Pero una de las veces Kanan no logró esquivarlo a tiempo y todo el peso del Alfa se estrelló contra sus cuartos traseros. Sentí que el corazón se me paraba al ver a mi compañero salir volando y estrellarse contra el suelo, dando varias volteretas antes de aterrizar de costado. Cuando se disponía a levantarse, Morellis saltó sobre él y hundió sus colmillos en el estómago de Kanan.

—¡No! —grité sin poder detenerme.

Con otro gruñido de furia, Morellis se abalanzó de nuevo sobre Kanan, con la boca abierta, dispuesto a asestarle el mordisco mortal.

En el último segundo, Kanan se apartó de un salto, y esta vez lanzó su peso contra las patas traseras de Morellis, lo que hizo que este se tambaleara y se estrellara contra el suelo. Se puso en pie e intentó matarle de nuevo, pero Kanan lo derribó con las patas delanteras. Y entonces, hundió sus colmillos en la pantorrilla de Morellis y lo arrastró hasta el suelo.

Un largo aullido de dolor salió de la boca del Alfa mientras intentaba zafarse de Kanan. En un momento dado, aprovechó su pierna libre para patear a Kanan. Pero mientras intentaba alejarse cojeando, Kanan lo acechaba, parando sus golpes sin esfuerzo. Luego, apoyó todo su peso sobre la pantorrilla herida, haciendo que un gemido escapara de los labios de Morellis.

Kanan colocó entonces una pierna sobre el pecho del Alfa, gruñéndole en la cara.

Una ovación recorrió la multitud. Kanan se estaba imponiendo.

—Vamos —le animé en voz baja viendo cómo se inclinaba hacia Morellis—. ¡Termina con él!

Sentí que una mano se cerraba alrededor de la mía, era la de Serenity. La apreté mientras seguía viendo como Kanan se disponía a lanzar el golpe mortal. Morellis estaba inmovilizado bajo él y no podía librarse, Kanan buscaba su garganta.

Justo antes de que sus colmillos pudieran hundirse en la suave carne, se oyó un gruñido procedente de otro lugar. Me giré en esa dirección y, conmocionada, vi cómo Tasha se

transformaba en loba y se lanzaba contra Kanan.

—¡No! —grité mientras ella se abalanzaba sobre él y lo apartaba de su compañero.

Gruñí con furia mientras soltaba a Serenity y me lanzaba yo también por los aires. Ella no me vio venir. En el aire, me transformé en lobo y lancé todo mi peso contra ella. Ambas caímos al suelo y rodamos un rato antes de detenernos.

¡Nadie tocaba a mi lobo!

Me abalancé sobre ella, yendo a por su cuello, pero ella se apartó de un salto y fue a por mi pantorrilla. Me anticipé a ese movimiento y finté hacia la derecha. El cambio repentino fue demasiado para ella y tropezó con sus propios pies.

Gruñí una vez más mientras la perseguía, pero se abalanzó de nuevo sobre mí. Antes de que pudiera hacer nada, sentí sus colmillos clavarse en mis pies. Solté un aullido desgarrador mientras el dolor me quemaba la pierna como fuego líquido. Con la que me quedaba libre, la aparté de un puntapié e intenté ponerme en pie.

Mi pierna herida se tambaleó debajo de mí y volví a caer al suelo.

No... esto no podía ser. Aún tenía que entender lo que significaba ser un lobo completo. Pero quedarme en el suelo significaría someterme a Tasha. Eso nunca sucedería. ¡Soy la compañera del nuevo Alfa! ¡No me someteré a nadie!

Entre oleadas de dolor, me puse en pie, apoyándome en las otras tres piernas y manteniendo el peso lejos de la lesionada. Me preparé para Tasha. No iría tras ella. Esperaría a que viniera hacia mí.

Dio pasos en varias direcciones, tratando de encontrar un buen ángulo para atacar. Y entonces, sin previo aviso, se lanzó hacia mí. Giré todo mi cuerpo hacia un lado, dejándole espacio para que pudiera pasar. Y lo hizo de forma espectacular, estrellándose contra el suelo con fuerza y sin gracia.

Mientras estaba en el suelo, corrí hacia ella y hundí mis colmillos en su cuello. De inmediato, mi boca se inundó con el sabor salado de la sangre. Arrastré a la loba, que aún forcejeaba, hacia el centro del círculo. Luego, me alejé, mientras la sangre fluía libremente de la herida en su cuello. Se sacudió una y dos veces. Y luego, se quedó quieta.

Volví a acercarme a ella, y le di con la pata con suavidad. Luego, coloqué la pierna sobre su cuerpo. Tasha estaba muerta.

Fue la primera vez que maté siendo lobo.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

KANAN

Desde mi lugar en el círculo, vi a mi compañera de pie sobre el cadáver de Tasha. Sentí que algo me inundaba mientras la observaba. ¿Era orgullo? ¿Era amor? No lo sé, pero estaba realmente impresionado por su hazaña. Era su primera noche como loba y ya había ganado una pelea. ¿No era increíble?

Justo cuando Maya se bajó de Tasha, oí un gruñido a mi lado y vi que Morellis se ponía en pie, dispuesto a lanzarse sobre ella. Salté delante de él y le gruñí en la cara. Él me gruñó y yo le gruñí aún más fuerte, hasta que retrocedió.

Se tambaleó hacia atrás. El pelo desapareció de su cuerpo y volvió a convertirse en humano. Yo también retrocedí y me coloqué frente a él.

—Ríndete, Morellis. Se acabó. Ya no eres el Alfa. Te he ganado limpiamente —dije.

Sin decir palabra, caminó hacia la forma tendida de Tasha en el suelo y se arrodilló a su lado, acariciando su pelaje. Como había muerto en forma de lobo, así sería para siempre. Si hubiera muerto como humana, su cadáver también lo habría sido.

Morellis miró a Maya.

—¿Sabes lo que acabas de hacer?

—Tu compañera interrumpió un desafío —respondió—. Sabía lo que ocurriría al meterse en esa pelea.

—¡Estúpida! — gritó Morellis—. ¿Crees que has ganado?

—¡Déjalo ya! —grité, exasperado—. Ya nadie acatará tus órdenes. Y sabiendo que estabas dispuesto a entregarnos a Akira sin pensar en lo que sería de nosotros, ya no eres bienvenida en esta manada.

—¡Ya es suficiente! —bramó Akira de repente, golpeando el suelo con su bastón y haciendo que un temblor recorriera a la multitud—. ¿Así es cómo te ocupas de esto, Morellis?

—Apuesto a que no contabas con que esto pasaría, ¿verdad? Igual que no contabas con que rompiéramos tu maldición —repliqué.

Volvió a golpear el suelo con su bastón, y esta vez una fuerte ráfaga de viento salió despedida y golpeó a la multitud. Me levantó por los aires y me lanzó hacia atrás. Grité de dolor al caer al

suelo. Me puse en pie de inmediato, busqué a Maya y la encontré levantándose. Corrí hacia ella.

—¿Estás bien?

Se había transformado de nuevo en su forma humana y asintió.

—Sí, ¿tú?

—Estoy harta de estupideces — tronó Akira—. ¿Venís conmigo o no? Estamos malgastando la luna llena.

—¡No, no lo haremos! —rugió la multitud.

—Os prometí que nos convertiríamos en la manada más poderosa del mundo, una manada a la que nadie pueda competir. Ningún lobo o vampiro podrá jamás con nosotros —aseguró Morellis desde detrás de mí, gritando para que todos pudieran oírle—. Esa promesa sigue en pie, a pesar de lo que ha ocurrido esta noche. Aún podemos ser la manada más poderosa del mundo.

—¡Eres libre de convertirte en esclavo de Akira! —le grité—. Pero no permitiré que arrastres a nuestros hermanos y hermanas contigo. Irás tú solo.

—Creí que esto era una democracia —replicó, burlón. mientras me fulminaba con la mirada—. ¿Vas a impedírselo, si quieren unirse a mí?

—¿Qué quieres decir?

—Digo que pueden elegir, quedarse o irse. ¿O eres un tirano que castiga a la gente que piensa diferente a ti?

—Ese eres tú, no yo —espeté—. No eres capaz de aceptar tu derrota, ¿verdad?

—En ese caso, ¡que elijan ellos! —Alzó la voz—. Quienes estéis a favor de convertiros en los lobos más fuertes del mundo, venid conmigo ahora mismo, mientras aún tenemos luna llena. Venid y alcanzad vuestro destino.

Apreté las manos con fuerza mientras me recorría una fuerte oleada de ira, pero él tenía razón. Quería ser un líder diferente de Morellis, y sólo lideraría a aquellos que quisieran estar con la manada. Por ello, si algún lobo elegía estar con él, no me interpondría en su camino.

—Tiene razón —acepté—. Si queréis ir con Morellis, sois libres de hacerlo. Pero tened en cuenta que, una vez que os pongáis de su lado, dejareis de ser miembro de Vicious Hounds. Porque estaréis uniéndoos a la persona que mató a tus hermanos y hermanas, enviándolos a peligrosas misiones ordenadas por Akira. No queremos lobos así en nuestra manada. Así que, ¿quién quiere irse?

El silencio se hizo entre la multitud. Sentí como Maya se acercaba me cogía de la mano por detrás. A mi otro lado, vi a Serenity desolada por todo lo ocurrido. Morellis seguía de pie junto al cuerpo de Tasha mientras que Akira estaba a un lado, aislada de la multitud. Nadie quería estar cerca de ella.

Los lobos empezaron a moverse. Al principio fueron sus leales, los matones a quienes enviaba a hacer el trabajo sucio por él. Todos se pasaron a su bando sin mucha consideración. Supuse que les había lavado el cerebro con la idea de ser fuertes y poderosos, pero ¿de qué les serviría todo

aquel poder si se convertían en esclavos?

Pronto, otros empezaron a acercarse a su lado. Vi a Tabitha llorar mientras su hijo Stefan se acercaba a Morellis. El chico realmente había sufrido a manos del tirano, pero vista su elección, prefería seguir con él.

Durante los minutos siguiente continuó el movimiento. C cuando terminó, la manada se había dividido en dos. Alrededor del cuarenta por ciento se había unido a Morellis, mientras que el resto decidió quedarse conmigo.

Con la mano de Maya entre las mías, me dirigí al frente de mi manada y me quedé allí mirando fijamente a Morellis y al resto.

—Todos habéis tomado vuestra decisión, y no os lo reprocho. Nosotros en Vicious Hounds sólo queremos vivir en paz con nuestras manadas compañeras. Todo lo que quiere Morellis es comenzar una guerra contra otros lobos. Y no seremos tus peones, ni los de Akira. Pero sabed que, desde esta noche en adelante, ninguno pertenecéis a nuestra manada. Os veremos como lo que os habéis revelado, pero a diferencia del tirano al que habéis elegido seguir, no os perseguiremos por ello. Os dejaremos marchar en paz.

»Pero no volváis. No volváis jamás. Y no oséis entrar en guerra con nosotros. Porque ese día, recordaréis por qué nos llamamos los Vicious Hounds.

Un murmullo recorrió la multitud.

—Un discurso escalofriante —se burló Akira, tras colocarse junto a Morellis y el resto de renegados—. Pero la elección está hecha.

—He oído tantas historias aterradoras sobre ti —murmuré mirándola fijamente—. Pero ahora, al verte, creo que todo son exageraciones.

—La única razón por la que seguís en pie es que mataros crearía un desequilibrio aquí en Moindre —replicó entre dientes—. Vuestras almas quedarán aquí atrapadas, pero vuestra energía, luchando contra la que ya existe en el reino de los espíritus, creará un desequilibrio que arruinará lo que he planeado para los lobos. Dad gracias a los espíritus por estar aquí, porque esa es la única razón por la que sobreviviréis a la noche.

Observé a Akira mientras hablaba. Sonreía con satisfacción al volverse hacia Morellis.

—Esto es sólo el principio, lo difícil se acerca. Ahora, aprovechemos lo que queda de luna llena.

Y se dirigieron hacia la casa.

Con un aullido de rabia, me lancé al aire como un misil, mis garras estaban fuera y listas para desgarrarla por detrás.

Pero impacté contra aire sólido, tanto como un muro de hormigón. Me frenó de golpe y caí al suelo, aturdido.

—¡Kanan! —gritó Maya corriendo hacia mí—. ¿Estás bien?

—Sí...—gruñí, tanteando el muro invisible con mi mano. Ella había creado un escudo impenetrable, imposible de destruir.

Akira se volvió hacia nosotros.

—¿Creéis que habéis ganado? Yo enseñaré lo que es una verdadera victoria. Preparaos, porque iré a por vosotros. Aunque no tendréis la más mínima oportunidad.

Y desapareció.

Golpeé el escudo con rabia, una y otra vez, pero era sólido e inmóvil. Me volví hacia Serenity.

—¿Puedes eliminar esto?

—Creo que ahora lo principal es sacar a la manada de aquí —respondió.

—Tiene razón —la apoyó Maya, poniendo una mano tranquila y tranquilizadora en mi pecho—. Volvamos a casa. Ya nos ocuparemos de Akira.

Vi cómo los lobos rebeldes entraban en la casa y la puerta se cerró tras ellos. Se habían ido. Yo tenía que centrarme en cuidar de los que habían decidido quedarse conmigo. Eran más importantes.

Asentí, mirando a los ojos de mi compañera.

Volvamos a casa.

CAPÍTULO TREINTA

MAYA

Sentí los primeros rayos del sol de la mañana en la cara, haciéndome cosquillas y sacándome del sueño. Aún no quería despertarme, así que me di la vuelta y cerré los ojos. Tanteé el otro lado de la cama y lo encontré vacío. Y frío.

¿Dónde estaba Kanan?

Su ausencia alejó de mis ojos los últimos rastros de sueño y me incorporé. Torcí el cuello a derecha e izquierda mientras miraba la habitación. Era un dormitorio bastante estándar, sin nada fuera de lo común. Era soso y machacón, ¿qué otra cosa podía esperar de una habitación que su dueño sólo utilizaba para dormir? De todos modos, yo tenía en mente mejorar la decoración.

Era mi segunda noche allí y aún me parecía surrealista despertarme en la cama de mi compañero. Si soy sincera, jamás pensé que pudiera sentirme así. En realidad, jamás pensé que podría sucederme a mí. ¿Quién lo imaginaría, después de que yo decidiera renunciar a mi vida de lobo y elegido convertirme en una ermitaña en la ciudad? Pero ahora, gracias a que Kanan no acepta un no por respuesta, no sólo se ha roto la maldición, sino que soy la compañera del Alfa de Vicious Hounds.

Cerré los ojos mientras todos aquellos pensamientos pasaban por mi mente. De todos modos, no era algo que me resultara desconocido. Mi padre también es un Alfa, y yo había visto cómo mi madre le ayudaba a dirigir la manada. Sabía muy bien que tenía mucho trabajo por delante, pero era algo que estaba dispuesta a hacer.

Mi vida en la ciudad me parecía un recuerdo muy lejano, como algo que hubiera ocurrido hace siglos. He renacido y estoy dispuesta a pasar el resto de mi vida con Kanan. Nunca supe que podría amar a alguien con tanta fuerza, nunca supe que podría volverme tan vulnerable. Pero con Kanan, todo ha sido sencillo. Con él, es fácil dejarse llevar y caer, porque sé que él siempre estará allí para cogerme.

Me levanté de la cama y salí descalza de la habitación. En el aire flotaba un delicioso aroma que provenía de la cocina. Seguí mi olfato y me dirigí allí.

Kanan, con un delantal puesto, cocinaba algo en una sartén. Estaba tan concentrado en lo que hacía que no se dio cuenta de que yo lo miraba. Sólo verlo trabajar hizo que mi corazón volviera a latir por él. ¿Cómo podría quererle menos?

Me acerqué a él y le abracé por detrás.

—Oye...—murmuró mientras volvía a poner la sartén en el fuego. —Ten cuidado, amor. Estoy friendo con aceite.

—Da igual —respondí apoyando la cabeza en su ancha espalda, disfrutando de tenerlo tan cerca. Por alguna razón, eso me hacía sentirme segura y tranquila—. Además, los lobos nos curamos rápido, ¿lo has olvidado?

—Pero te dolería como no imaginas —advirtió. Se giró para mirarme, me rodeó la cintura con las manos y tiró de mí para acercarme a él—. ¿Te he dicho que tu cara mañanera es adorable y hermosa?

Reí por lo bajo, apoyando la cabeza contra su pecho.

—Sí, pero no me cansaría de oírlo jamás, aunque me lo propusiera.

—Yo tampoco me cansaría de decirlo —sonrió.

Su sonrisa era cálida y tan llena de amor, que sentí mariposas revoloteando en mi vientre y le miré a los ojos.

—Gracias —dije sin casi ser consciente de ello.

Pareció desconcertado.

—¿Por qué?

Respiré hondo.

—Por entrar en mi vida. Por elegir quedarte cuando te diste cuenta de que tenía un problema, aunque te podías haber marchado. Por creer en mí, incluso cuando yo había perdido la fe en mí misma. Gracias por amarme, Kanan. Te amo con todo mi corazón. Es algo que siento cada vez con más fuerza en mi pecho y no quiero que desparezca jamás. Te amo.

Me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Mi amor, te quiero mucho. Aportas equilibrio a mi vida, lo supe en cuanto te vi en mi visión. En ese momento, supe que eras la indicada para mí y ningún problema que tuvieras podría haberme alejado de ti. Los habría arrasado como una apisonadora.

—Y aquí estamos ahora —murmuré.

—Sí. —Se inclinó más hacia mí—. Aquí estamos.

Le rodeé el cuello con las manos y tiré de él para besarle. Nuestros labios bailaron una danza sensual mientras la pasión recorría nuestros cuerpos. Un segundo después me agarró por las nalgas, me levantó en el aire, luego me sentó sobre la encimera. Sentí que se tambaleaba un poco bajo mi peso, pero no hice caso. Tenía ganas de él y todo lo demás podía.

Me soltó la boca y me plantó un suave beso en el cuello. Dejé escapar un suspiro tembloroso mientras le instaba a seguir bajando. Entonces, se detuvo de repente y se apartó.

—¿No tienes una sensación de déjà vu? —preguntó con una sonrisa burlona. Se acercó al fuego y lo apagó—. No arruinaré la comida otra vez. ¿Por dónde íbamos?

—Ven aquí, amor —le dije haciéndole un gesto para que se acercara—. Te lo recordaré.

Justo cuando nos abrazamos de nuevo, llamaron a la puerta. Ambos nos quedamos paralizados.

—¡Mierda! —gemí, irritada.

Kanan soltó una risita.

—Ya vienen. Y no podemos hacer esperar a nuestros invitados, ¿verdad?

—Venga —insistí—. No se van a morir por esperar un poco.

—Voy a terminar de preparar esto —esbozó una sonrisa traviesa y se acercó de nuevo a la sartén.

Volvieron a llamar a la puerta. Suspiré, resignada, salté de la encimera y salí de la cocina, recolocándome la ropa antes de llegar a la puerta. Vi que era Serenity que, apoyada en el marco, estaba a punto de llamar nuevo.

—Me preguntaba si no me estabais dejando bajo este sol matutino sólo por gusto —murmuró.

—Y encima hablas de gusto—repliqué.

—Mierda. ¿He interrumpido algo?

Le lancé una mirada gélida.

—Culpa vuestra. Podíais haber ignorado mi llamada —replicó.

Me limité a poner los ojos en blanco. Los demás no tardarán en llegar.

Después de aquella fatídica noche en la que se nos reveló la relación entre Serenity y Akira, las cosas se habían suavizado bastante. Al principio, me dolió que nos ocultara algo tan importante durante todo el tiempo que pasamos juntos. Pero, tras pensarlo bien, comprendí que había sido una decisión inteligente. Nunca nos habríamos subido a un coche con ella de haber sabido que era hija de Akira.

Y no podía dejar de lado todo lo que nos ayudó. No sólo retiró la maldición, sino que cambió las tornas a nuestro favor cuando se puso en contra de su madre. Yo tenía con ella una deuda que nunca sería capaz de pagar, y por eso, el detalle de omitir que su madre era la bruja más poderosa del mundo no importaba.

Además, se había convertido en un miembro muy valioso de nuestro equipo, porque la amenaza de Akira aún no estaba neutralizada. Seguía encerrada en Moindre con Morellis y los lobos renegados, planeando un regreso que, yo estaba segura, no auguraba nada bueno para los lobos. Pero no teníamos miedo.

Fuera lo que fuera lo que tenían planeado, cuando atacaran, estaríamos preparados. Había oscuridad en el horizonte, pero nosotros éramos la luz que disiparía esa oscuridad. Costara lo que costara.

Cuando entramos, me giré para mirarla.

—Gracias por esto. Sé que preferirías estar haciendo cualquier otra cosa.

—Para nada. Con vosotros todo es diversión y juegos —replicó, socarrona—. No me lo perdería por nada del mundo. ¿Dónde está el Alfa?

—Ahora viene. —De nuevo llamaron a la puerta—. Ponte cómoda, voy a abrir.

Eran Zeke, Betty y Tabitha. Con ellos venían otros dos lobos que me resultaban vagamente familiares, pero era incapaz de recordar sus nombres.

El día anterior Kanan me dio una vuelta por la Capital, mostrándome cada palmo de tierra que pertenecía a Vicious Hounds. Vi décadas de tradición e historia casi aniquiladas por Morellis. Mientras paseábamos, comprendí porque Kanan tenía que hacer lo que hizo, por qué convertirse en el Alfa era importante para él. Sabía que tenía algo que dar a su manada, nuestra manada.

Él lograría que Vicious Hounds volviera a ser lo que una vez fue.

Conduje a los invitados a la sala de estar, donde se reunieron con Serenity.

En ese momento, Kanan entró con un aspecto fresco y radiante. Fue entonces cuando me di cuenta de que aún no me había aseado.

Se acercó a mí y me rodeó la cintura con la mano. Después miró a todos nuestros invitados.

—Gracias a todos por venir. Todos sabéis lo que ha ocurrido en esta manada durante los últimos años, y eso es algo que quiero cambiar. Mi aspiración es que vivamos en paz y prosperemos, ni más ni menos. Pero antes de comenzar ese viaje, hay algo que tenemos que hacer o, mejor dicho, que yo tengo que hacer.

Se acercó a mí y me miró a los ojos.

—Necesito ir a ver al padre de mi compañera, el gran Lockworth, y cumplir con los ritos necesarios. Y me sentiría muy honrado si accedéis a acompañarnos.

—Ahora eres el Alfa —replicó uno de los hombres que no conocía—. Es un honor para nosotros que nos hayas elegido para ir contigo.

Kanan se volvió de nuevo hacia mí.

—¿Estás lista?

Sonreí.

—Dame unos minutos... ¿puedes servir a nuestros invitados mientras tanto?

Luego me zafé de su agarre y me apresuré a ir al dormitorio. Necesitaba asearme mientras ellos comían.

¿Estaba preparada?

Volvía a casa, pero no igual que cuando me fui. Esta vez, lo haría como una loba completa y con mi compañero.

Así que sí, estaba preparada.

Para todo.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO



AKIRA

En la tranquilidad de Moindre, me quedé de pie frente a la casa, mirando al cielo nocturno. La luna llena estaba justo sobre la casa. Si no comenzaba pronto el ritual, perdería esta pequeña oportunidad que tenía, y tendría que aguantar hasta la próxima luna llena.

Eso era inaceptable, pero me quedé fuera.

Apoyé el bastón en la pared y me bajé la capucha de la capa, dejando que la fresca brisa nocturna me acariciara el cuerpo. Todo en Moindre parecía diferente. ¿Era por la presencia de los espíritus? ¿O era sólo otra cosa buena de aquel lugar?

No habían pasado ni treinta minutos desde que Kanan condujo a su manada fuera de allí, en dirección a la Capital. Con su partida, mis esperanzas y sueños desaparecieron también. Lo había planeado todo has tal último detalle. ¿Cómo era posible que todo hubiera salido tan mal?

Conocía la respuesta a esa pregunta. Subestimé a Kanan y a Maya, y por ello, mis planes sufrieron un duro golpe. ¿Cómo fueron capaces de encontrar a Serenity y convencerla para que se uniera a ellos?

Al recordar la traición de mi hija, me hirvió la sangre y apreté los puños con fuerza. Que ella se pusiera en mi contra fue un duro golpe para mí, algo que jamás pensé que ocurriría. La dejé en Siren Enclave para que la comunidad de brujas la criara y la mantuviera alejada de los problemas. ¿Por qué permitieron que se marchara con aquellos asquerosos lobos? Ahora que me había desafiado, yo tenía que hacer una demostración de mi poder.

Aspiré entre dientes mientras sacudía la cabeza para despejarla. En el fondo, daba igual. Mi plan seguía siendo el mismo. Lo ocurrido no era más que un pequeño contratiempo, y podría solucionarse.

Oí pasos detrás de mí y, al instante, mi bastón voló hacia mi mano abierta mientras la puerta que tenía detrás se abría de golpe. La capucha de mi capa se encendió mientras me giraba con el bastón en alto. Cuando vi que era Morellis, bajé la mano que había levantado.

—Soy yo —dijo con voz ronca y los ojos inyectados en sangre. Cojeaba y tenía tres cortes profundos en el estómago y uno en la cara que casi le llegaba al ojo derecho, recuerdos de su duelo contra Kanan—. Todo está listo, tal como has ordenado. Nosotros estamos preparados también.

Al verle ahora, sentí que me recorría una fuerte oleada de decepción.

—¿Cuántos lobos se han pasado a nuestro bando?

—Poco más de dos docenas.

—¡Eso no es suficiente! ¡Me prometiste una manada completa! —rugí.

—¡Lo sé, y la tendrás! Tenlo por seguro.

—Tus promesas no significan nada para mí. ¿Por qué debería tomármelas en serio? Dejaste que este asunto de Kanan se te fuera de las manos.

—No lo manejé bien, lo admito. Debería haber ido a por él yo mismo en lugar de enviar a Pascal. Es culpa mía, pero no volverá a ocurrir. Aún podemos seguir con nuestro plan.

—¿Cómo? Tenemos muchos menos lobos de los que esperaba. Yo cumplí mi parte. Tú eres el que ha fallado y no deja de justificarse.

—No volverá a ocurrir. No volveré a decepcionarte —aseguró.

—Eso ya lo veremos —respondí, con altivez.

Dejé escapar un suspiro. En el fondo, no podía hacer nada contra él. Era el único al que obedecían los otros lobos dispuestos a ponerse bajo mi mando. Por ello, les concedería el honor de convertirse en mis híbridos.

Volví a mirar al cielo y vi que la luna empezaba a alejarse de la cima de la casa.

—Es la hora. Vámonos.

Entramos en la casa, y la puerta se cerró silenciosamente tras nosotros. Había teas encendidas sujetas a las paredes en puntos estratégicos de la casa y en el aire flotaba un ligero olor a incienso y roble seco, una combinación que había llegado a asociar con este edificio. Era enfermizamente dulce y siempre disfrutaba al olerlo.

Las tablas del suelo crujían bajo nuestros pies mientras nos adentrábamos en la casa, evitando los escasos muebles. Morellis tomó la delantera y fue a abrir la puerta del sótano, que mantuvo entreabierta para mí. Sacudí la cabeza con rabia al pasar junto a él. No tenía sentido seguir enfadada con él. Debía trabajar con lo que tenía. Aun así, seríamos imparables. Para cuando convirtiera a Morellis y a sus seguidores en híbridos, estaría un paso más cerca de lograr mi objetivo.

Bajamos al sótano. Nuestros pasos resonaron en las tablas huecas a medida que avanzábamos. El olor se hizo más fuerte y repugnante. Ya no olía a incienso y roble seco, sino a sudor, suciedad y sangre.

Ya en la planta baja, miré a mi alrededor. El sótano estaba repleto de lobos que habían decidido quedarse con Morellis. Estaban sentados en el suelo y me miraban expectantes. Detrás de ellos, una débil llama chisporroteaba en el extremo de una tea, proyectando sombras espeluznantes por todas partes.

—Como he dicho —murmuró Morellis al acercarse por detrás—, estamos listos.

Asentí. El olor era nauseabundo, pero era el resultado de encerrar a un montón de lobos adultos

en un sótano sin ventana. El aire estaba viciado y contaminado por la suciedad que desprendían sus cuerpos. Acababan de batallar en guerra terrible, y no habían tenido tiempo de lavarse o curarse.

Asentí con hosquedad mirándolos uno a uno. En el gran esquema de las cosas, todo eso eran minucias. Era hora de comenzar el ritual, que, con todas las nuevas almas que habían quedado atrapadas en Moindre, sería uno de los más grandes que yo haría en mi vida.

—Arrodillaos —ordené.

Obedecieron de inmediato, todos de rodillas ante mí. Caminé entre ellos, pasándoles los dedos por el pelo y acariciándoles los hombros.

—Voy a hacer de vosotros la manada más poderosa del mundo. Allá donde vayáis, os seguirá el caos. La gente temblará cuando oiga vuestros nombres e incluso los más temibles se aterrorizarán de vosotros. ¿Estáis listos para ser mejores?

—¡Sí! —respondieron con fuerza.

—Bien, ahora desnudaos —ordené, y de nuevo me puse ante ellos. Se pusieron en pie y empezaban a quitarse la ropa—. ¡Todo!

Me giré y vi a Morellis a mi lado, mirándolos con una sonrisa sombría:

—¿Estás preparado para ser invencible? —pregunté.

Asintió.

—Maya mató a mi compañera. Tengo una deuda que saldar, tanto con ella como con Kanan, ¡Sí! Estoy listo para ser invencible.

—Entonces, ¿por qué sigues con la ropa puesta? —rugí y clavé mis uñas en los lobos que ya se habían desnudado—. ¡Únete a ellos!

Su mano se detuvo antes de desabrocharse la camisa. Me miró, confuso.

—Pero yo soy el Alfa, su líder —repuso.

—¡Pero voy a hacer magia con todos vosotros, y estás malgastando un tiempo precioso! —le increpé.

—De acuerdo— murmuró, aún no del todo seguro. Se quitó la camisa y se unió a sus lobos.

Cuando me volví hacia ellos, todos estaban desnudos delante de mí, tanto hombres como mujeres. Vi que ellos se llevaban las manos a la polla mientras las mujeres intentaban taparse las tetas y la entrepierna con ambas manos.

—Poneos rectos. No es momento de avergonzarse —ordené—. Os arrancaré todo vestigio de vergüenza y contención. Cuando esto haya terminado, vosotros… —me detuvo al darme cuenta de mi bastón brillaba con fuerza. La luna llena estaba ahora en el punto perfecto sobre la casa—. ¡Arrodillaos de nuevo, ahora!

Se arrodillaron ante mí, con la cabeza inclinada y las manos juntas delante. Utilicé mis dos manos para sujetar el bastón y, lo levanté hacia el cielo.

—*¡Abierto Tetto!*

Golpeé el bastón con fuerza sobre el suelo. Una fuerte ráfaga de viento recorrió el sótano, ululando cuando envolvió a los lobos. El bastón seguía vibrando en mi mano y, de repente, con un sonido similar a un disparo, las tablas del suelo que había sobre nosotros se hicieron añicos. El techo se enrolló sobre sí mismo, y quedamos bajo la luna llena, que brilló sobre nosotros, proyectando su estrecho haz sobre mí.

—*¡Reflejo Parsimus!*

Al instante, la luz de la luna pareció extenderse, invadiendo todos los rincones del sótano. Cuando tocó a los lobos, estos empezaron a transformarse, aullando con fuerza mientras se transformaban en sus verdaderos seres.

Levanté el bastón una vez más y lo golpeé contra el suelo con tanta fuerza que atravesó madera. Lo dejé allí y me dirigí al pie de la escalera, donde antes había dejado un cuenco de barro con un brebaje oscuro. Cogí la espátula de madera que había junto al cuenco y empecé a remover su contenido, murmurando en voz baja mientras me acercaba a los lobos.

Me detuve frente a ellos y coloqué el cuenco en el suelo.

—*Crea nuevo* — murmuré, pasando la mano por la superficie.

El contenido comenzó a burbujear y su color pasó de negro a marrón. Su fuerte olor se extendió por toda la estancia.

—Es la hora —anuncié. Me levanté y cogí mi bastón—. ¿Morellis?

El Alfa avanzó y se detuvo ante el cuenco. Lo olfateó un par de veces, y luego me miró. Su pelaje parecía sedoso y suave bajo la luz de la luna. El olor del brebaje lo estaba haciendo dudar.

—¡Hazlo! —ordené con un grito que resonó por todo el sótano.

Gimió en voz baja y dio un par de lametones al contenido. Después se lo pasó a los demás, para que hicieran lo mismo. Cuando el tercer lobo empezó a lamerlo, Morellis comenzó a toser. Respiraba con dificultad y levantó una de sus patas traseras, como si le doliera. Un segundo después se desplomó sobre un costado, la lengua colgando a un lado de la boca.

—¡Continuad! —ordené cuando los demás lobos se quedaron quietos, asustados. La loba que bebió en segundo lugar comenzó a comportarse del mismo modo que Morellis hasta que también cayó de lado.

—¡Os ordeno que continuéis! —grazné con fuerza.

Golpeé el suelo con mi bastón, y mi voz rebotó en las paredes e hizo temblar el edificio. Al instante, los lobos empezaron a sorber el brebaje y, a medida que lo hacían, sus cuerpos se agarrotaban de dolor y caían de costado. Cuando terminaron, estaba de en medio del sótano rodeada por un montón de lobos agonizantes.

Levanté el bastón por última vez aquella noche.

—*¡Vicino Tetto!* —aullé a la luna.

Una nueva ráfaga de viento recorrió el sótano. El techo que se había despegado volvió a fijarse y la luz de la luna desapareció. Las tablas que habían reventado volvieron a su estado original, hasta que sólo la pequeña llama de la tea iluminaba toda la habitación. Por fin, mi báculo dejó de vibrar.

Respiré hondo y sentí que me flaqueaban las rodillas. Estaba agotada. El ritual había supuesto un gran esfuerzo para mí. Pero miré a los lobos inconscientes que me rodeaban, y sonreí.

¡Lo había conseguido!

¡Había creado mi propio ejército de híbridos!

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

MAYA

Como de costumbre, lo primero que oí al abrir los ojos fueron las alegres voces de los niños. Mientras sus voces atravesaban lentamente mi cerebro aún sumido en el sueño, sentí el calor de los rayos del sol en la cara. Me giré en la cama, con la esperanza de conseguir una posición mejor para seguir durmiendo, pero me alcanzaron los rayos procedentes de la ventana opuesta. No tuve más remedio que levantarme y, como siempre, lo hice a regañadientes.

Bostecé ampliamente mientras me estiraba y me tapé la boca con el dorso de la mano. Miré hacia el otro lado de la cama y lo encontré vacío. Eso también era normal. Ya me había acostumbrado a que Kanan se levantara antes que yo.

Pero era lo único a lo que me había acostumbrado, porque todo lo demás me parecía nuevo cada día que pasaba.

Habían pasado dos meses desde la batalla de Moindre, y aún no podía creer que Kanan fuera mi compañero. Estaba tan lleno de vida y energía, y siempre parecía tenerlo todo bajo control. En pocas palabras, era perfecto. ¿Cómo podía tener un hombre así para mí sola? Y luego, estaba el hecho de que ahora éramos los líderes de Vicious Hounds, y el trabajo que ello conllevaba nunca terminaba, lo que era agotador. Aun así, cada día, al levantarme, daba gracias a los espíritus por haberme dado a Kanan y a su manada.

Me puse en pie y me tomé unos segundos para estirarme de nuevo. Las ventanas estaban abiertas, dejando que el aire fresco entrara en el dormitorio. Eso era algo que Kanan hacía todas las mañana: Abría las ventanas, pero mantenía las cortinas cerradas para que yo pudiera dormir más tiempo. Era muy considerado.

Me acerqué a la silla, me puse la bata, y me la anudé mientras me dirigía a la ventana y descorría las cortinas. Entró más luz en la habitación, resaltando la nueva decoración. Desde que empecé a vivir aquí, comencé a añadir toques míos que la hicieron más acogedora que cuando sólo vivía Kanan. Ahora había más colores en la casa, y también flores. Todo ello contribuía a que el lugar tuviera mejor aspecto, nos hiciera sentir mejor y oliera bien.

Me asomé a la ventana y aspiré con una sonrisa en la cara. Esto era algo a lo que aún no me había acostumbrado. Aire fresco y limpio, tan diferente del de Nueva York. Oí las voces de los niños con más claridad. Asomé la cabeza por la ventana y los vi en un recinto al otro lado, jugando divertidos.

Sonreí mientras me metía hacia el interior antes de que repararan en mí. Yo no estaba aquí

cuando Morellis estaba al mando, pero con las historias que Kanan y Zeke me contaban, estaba segura de que las cosas eran muy diferentes. Ahora los niños eran libres de jugar, y los lobos podían elegir qué hacer con sus vidas sin verse obligados a ir a misiones dirigidas por una bruja malvada.

Todos intentábamos recuperarnos de las muchas bajas que sufrimos en la batalla de Moindre. Aquella terrible noche, no sólo perdimos a muchos de nosotros a manos de la muerte, sino también a quienes optaron por abandonar la manada en busca de más poder. En días como hoy, escuchando a los niños jugar y el sonido de la vida a mi alrededor, me sentía agradecida de haber salvado a tantos y de que los Vicious Hounds pudiera volver a ser la manada que siempre fue. Me estremecí al pensar cómo habrían sido las cosas si Morellis hubiera ganado.

Me alejé de las ventanas y luego me detuve a escuchar. El silencio llegó a mis oídos.

—Joder —gruñí, molesta conmigo misma. Había vuelto a quedarme dormida. Me encantaba despertarme mientras Kanan preparaba el desayuno. Había algo excitante en verle manejar los utensilios de cocina, pero el sueño siempre me hacía perderme momentos tan bonitos. Y por el silencio que reinaba en la casa, tras prepararlo, se había ido al taller.

Me acerqué al sillón junto a la cama y cogí el móvil. Eran las diez y pocos minutos.

—Por los espíritus... ¿por qué me acosté tan tarde? —rezongué.

Pero entonces, recordé cómo había sido la noche anterior. Nada diferente de cualquier otra, llena de amor, luz y sexo maratoniano. Me reí entre dientes. Sujeté el teléfono con más fuerza y salí del dormitorio, mis pies golpeando suavemente el suelo. Podía percibir el olor a pan y beicon en el aire. Me pregunté qué magia habría hecho esta vez.

El desayuno estaba preparado en la mesa del comedor, esperándome. Cuando lo vi, sentí que el amor me inundaba como un tsunami. ¿Qué haría yo sin este hombre?

Era nuestra pequeña rutina. Él preparaba el desayuno y yo me encargaba de la cena. Y como le gustaba cocinar mucho más que a mí, si volvía pronto a casa y no estaba demasiado cansado, también se encargaba él. Era un alma tan encantadora que, cada día, el universo me daba más y más razones para enamorarme de él.

Levanté el plato y se me hizo la boca agua.

—Oh, sí —murmuré, aspirando profundamente el delicioso olor.

Pero lo dejé de nuevo en su lugar. Aún debía ducharme y lavarme los dientes. Después de todo, la comida no iría a ninguna parte.

No tardé mucho. En menos de treinta minutos, estaba de nuevo en la mesa del comedor, desayunando. El buen sexo y dormir bien me abría el apetito. Por eso todas las mañanas devoraba como alguien que ha pasado hambre durante años.

Mientras comía, mi teléfono emitió un pitido. Dejé la cuchará en el plato y lo miré. Era un recordatorio de que tenía que concertar una reunión entre Boyd y el director general de una empresa de relojes que había crecido mucho en el último año. Boyd era uno de mis nuevos clientes, un músico que había conseguido acumular bastantes seguidores en Internet. Quería trabajar sin discográfica, así que lo hacía todo él mismo. Hasta que tomó la inteligente decisión

de contratar a un asistente virtual que ahora estaba a la búsqueda de marcas de las que pudiera ser embajador, y confió en mí para guiarle en ese camino.

—¿Quién demonios te crees que soy? —murmuré mirando el teléfono con el ceño fruncido.

De momento, había conseguido ponerme en contacto con el director general personalmente, y teníamos otra llamada programada para dentro de una hora, en la que esperaba conseguir una reunión para Boyd. Rezaba para que el chico aprovechara bien la oportunidad.

Ahora, con todo el resto de obligaciones de mi nueva vida, sólo trabajo para un cliente a la vez. Hasta ahora, trabajar con Boyd había sido sencillo y no me había creado demasiado estrés. Asumir demasiada carga afectaría a mis deberes como compañera del Alfa y las responsabilidades que conllevaba.

Dejé caer el teléfono y continué desayunando cuando comenzó a sonar de nuevo. Fruncí el deño de nuevo, pero se me pasó cuando vi que era mi padre. Lo cogí de inmediato.

—Hola, papá.

—Hola, cariño —saludó—. Espero que estés disfrutando de una hermosa mañana.

—Maravillosa, papá. Espero que hayas dormido bien.

—¿Cuándo no lo he hecho? Te he dicho que siempre que puedas nos llames a tu madre y a mí, aunque no tengas nada que decir.

—Sí, lo sé. Lo siento —murmuré, tirándome del labio inferior.

En serio, hacía todo lo que podía para seguir en contacto con ellos, pero era mucho más difícil de lo que imaginaba. Después de pasar casi la última década de mi vida alejada de él y sin apenas contacto, me estaba costando mucho reconstruir la relación. Para mi padre parecía que todo seguía igual, como si los últimos años no hubieran pasado y yo no me hubiera ido de casa ni lo hubiera apartado de mi vida.

Ojalá yo pudiera hacer lo mismo, ser como él y dejar atrás todo. Pero, por alguna razón no podía, y el pasado volvía a atormentarme. Quería volver a estar cerca de él, pero parecía que, aunque lo deseaba con todas mis fuerzas, también me estaba saboteando a mí misma.

—¿Maya? —Su voz profunda sonó en mi oído—. ¿Estás ahí?

—Sí, perdona. ¿Qué has dicho?

—¿Cuándo volveremos a veros a ti y a Kanan? ¿O sólo a ti? Ambos sois bienvenidos.

—Papá, estuvimos allí hace dos semanas.

—Sí, pero por si no lo sabes, eso fue hace mucho tiempo.

—Además, sabes que Kanan es el Alfa. Tiene muchas responsabilidades aquí, reparando todo el daño que causó Morellis.

—Sí. Lo sé —respondió con voz sombría—. ¿Cómo lo lleva? No debe estar siendo fácil para él. Se ha hecho cargo de la manada justo después de una guerra y de que esta se dividiera. La moral debe estar baja.

—Lo está. Muchos lobos perdieron a familiares y compañeros en esa guerra, así que hay quienes se preguntan si mereció la pena. Y subyace el temor de que Morellis regrese. Sabemos que está vivo y sigue con la bruja, y quizá sea ya un híbrido. Hay miedo en toda la Capital, papá.

—En una situación como la tuya, es normal. También tuve una charla con Kanan al respecto y le di algunas indicaciones. Aparte de vosotros, yo también tengo gente buscando a Akira y a los lobos renegados. No se sabe nada de ellos desde aquella noche, y todos estamos preocupados.

—¿Cuánto tiempo podremos vivir así, papá?

—Hasta que se resuelva —respondió con determinación. Suavizó el tono—. ¿Y tú? ¿Cómo lo llevas?

—¿Con el miedo y la aprensión constantes que nos sobrevuelan a todos? ¿Qué puedo decir? Me he hecho a ello, supongo. Desde que tenía dieciséis años, temía la luna llena porque significaba que pasaría la noche con un dolor indecible. Tuve que acostumbrarme, tanto que casi no me permití creer que podría curarme. Esta sensación es parecida, y no ayuda en absoluto que Akira esté en medio de todo esto.

—Cariño, eres fuerte, lo sabes, ¿verdad? Eres una Lockworth, y por tus venas corre sangre de grandes luchadores. Manejaste la maldición de la única manera que podías, pero todo eso ya no importa porque, al final, hiciste lo que había que hacer, y la rompiste. Esta es una situación similar, y harás lo que haya que hacer. Estoy seguro de ello.

Respiré hondo mientras me acercaba el teléfono a la oreja. Al final todo saldría bien.

—Estoy convencida de ello.

—Esa es mi chica.

—¿Cómo está mamá?

—Bien. Se ha llevado de paseo a algunos de los jóvenes. Y hablando de mamá, tengo que reunirme con ellos. Llama más a menudo, ¿de acuerdo? O, por lo menos, ¡ven a vernos de una maldita vez!

—¡Papá! —grité.

—Adiós —se despidió y cortó la llamada.

Dejé el teléfono en la mesa y seguí comiendo. Cuando terminé, me relajé en mi asiento, mirando los platos vacíos que tenía delante. Antes de llamar al director general de la empresa relojera, tenía que visitar a Helen. Había dado a luz hacía unos días y necesitaba mi ayuda. Aunque ya tenía mucha, mi presencia no le vendría mal.

Todo iba de maravilla. Disfrutaba enormemente de la vida en Vicious Hounds, y sólo podía esperar que las cosas siguieran así.

Pero no sería posible. Todos lo sabíamos. Aunque todos intentáramos disimularlo con sonrisas y carcajadas, sabíamos que la oscuridad seguía en el horizonte. Y venía a por todos nosotros.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES



KANAN

Cogí la llave inglesa de la caja, y la golpeé contra la palma de la mano mientras giraba el cuello de izquierda a derecha, gruñendo cuando oí el satisfactorio chasquido. Me miré las manos y vi lo sucias que estaban, tanto de aceite de motor en mal estado como de tierra.

Me las limpié en el jersey y me dirigí hacia un coche con el capó abierto. Era un Toyota Camry cuyo orgulloso propietario había tenido la brillante idea de intentar arreglarlo siguiendo un tutorial de YouTube. Y lo consiguió, pero ahora, cada vez que arrancaba, el coche sonaba como si ya nada estuviera en su sitio y si pasaba por un bache, aunque fuera diminuto, vibraba como si estuviera a punto de deshacerse.

Después de sólo unos minutos de examinar el motor, encontré la causa de todo aquel traqueteo, y ahora debía fijarlo todo en su sitio. Me tumbé en el carrito, me metí debajo del coche y empecé a trabajar. Poco después estaba sudando, pero no me detuve. Era una condición del trabajo a la que ya estaba acostumbrado.

Tarareé en silencio la canción que sonaba en los altavoces Bluetooth, girando la llave inglesa al ritmo de la música. Mientras trabajaba, oí fuertes pisadas que entraban en la tienda. Las reconocí de inmediato. Sólo podían ser de mi primo, Zeke.

—¿Dónde estás, primo? —llamó buscándome.

Utilicé la llave inglesa para golpear el tubo de escape del coche, atrayendo su atención hacia mí. Pero no dije nada. No me gustaba tener la boca abierta cuando tenía un coche encima.

—Oh, mierda —murmuró mientras se arrodillaba a mi lado—. ¿Sigues trabajando en este? Pensé que ya habrías terminado.

Apreté el último tornillo y luego salí rodando de debajo. Con el ceño fruncido, me sequé el sudor de la frente y sacudí la mano para quitarme las gotas.

—Era un problema de la batería —gruñí—. ¿Qué demonios estaba buscando ahí debajo? Ahí no está la batería.

—Bueno, esa es la cuestión con los vídeos esos de *Do it yourself* —replicó—Nada es imposible. Y cuando crees que puedes hacer algo por ti mismo, no tiene sentido contratar a alguien para que lo haga por ti.

—Pues una pena para él. Debería haberlo pensado mejor, porque le voy a cobrar el doble de lo

que cuesta cambiar la batería —.

Zeke rio entre dientes mientras se ponía en pie.

—Bueno, ¿qué puedo decir? No es mi dinero.

Yo también me levanté y lancé la llave inglesa a la caja de herramientas Luego, me acerqué al grifo y me lavé las manos. Lo hacía tantas veces como podía en un día para evitar que se me pegara el olor a aceite de motor. Ahora, sin embargo, era sólo para comer.

Zeke había ido a casa a pedirle a Betty que le preparara unos bocadillos, y como de costumbre, ella hizo suficientes para los dos. Mientras el agua corría por mis manos, oí que alguien más entraba en el taller. Me giré y vi que era Tabitha.

Me invadió una profunda tristeza; sabía por qué había venido. Su hijo Stefan fue uno de los lobos que se quedó con Morellis. Stefan no era muy fuerte y las palabras del antiguo Alfa calaron en su cerebro. Siempre resultaba herido y fracasó en todas sus misiones, pero, cuando llegó el momento de elegir bando, se fue con él para cumplir su sueño de ser más fuerte y más rápido.

Y ahora, cada vez que podía, su pobre madre angustiada venía para preguntarme si había alguna novedad sobre la situación de Akira. Y yo, como siempre, le respondía que no sabíamos nada de ella. No trataba de dulcificárselo, tan sólo le decía la verdad. No tenía ninguna noticia.

La semana pasada envié a algunos lobos a Moindre para ver qué podían averiguar, y la única información que trajeron fue que el escudo que Akira había construido alrededor de la casa seguía allí, al igual que los cuerpos de los lobos caídos, pero no había señales de que Akira, Morellis y el resto se hubieran marchado de allí.

Aquello me daba miedo porque implicaba muchas posibilidades: ¿Había conseguido crear a los híbridos? ¿Por qué estaban encerrados en esa casa encantada? ¿Por qué aún no habían hecho nada? Habían pasado dos meses y no sabíamos nada de ellos. Cada minuto del día y de la noche, estos pensamientos me atormentan.

Cerré el grifo, me limpié las manos con la toalla y me acerqué a ella, intentando sonreírle.

—Me alegro de verte, Tabitha. ¿Qué tal estás? Por favor, siéntate.

Tenía las manos cruzadas sobre el pecho y parecía haber envejecido diez años en aquellos dos meses.

—No estoy bien. ¿Hay noticias ya?

—Por favor, Tabitha, sentémonos —insistí y la guie con suavidad hacia una silla.

—De acuerdo —dijo con brusquedad una vez que se hubo sentado—. Ahora contéstame.

—Lo siento, mi respuesta es la misma que te di hace dos días. Aún no hemos visto ni sabido nada de Akira ni de los otros lobos.

—Los hombres lobo no pueden desvanecerse en el aire, Kanan. ¿Has revisado Moindre? Puedes empezar tu búsqueda allí.

Asentí con tristeza.

—Créeme, si tenemos alguna noticia sobre tu hijo, serás la primera en saberlo. Te lo prometo.

Se miró abatida las frágiles manos, sus dedos enjutos parecían demasiado largos, y todo su físico se había deteriorado. Se puso en pie.

—Tabitha —dije con suavidad mientras me levantaba. Cogí sus manos y las sentí extremadamente ligeras en las mías—. Tienes que cuidarte, comer bien y estar sana. Necesitas estar viva para cuando tu hijo vuelva.

—¿Por qué? Tú no quieres que vuelva.

—Tabitha, ya te lo he explicado innumerables veces —repuse en el mismo tono—. Si Akira logra convertirlos en híbridos, tu hijo está perdido para siempre porque su suerte dependerá de la voluntad de Akira. Él eligió este camino, y eso no es culpa tuya.

—¿Cómo puedes decir que no lo es? —gritó con voz trémula por la angustia—. Si le hubiera educado para ser más duro y valiente, no habría sido una presa tan fácil para Morellis.

—Lo hiciste lo mejor que pudiste. Básicamente lo criaste tú sola. Lo que está pasando ahora, lo que pasó hace dos meses, demonios, todo lo que pasó antes... No te puedes culpar por nada de eso. Si los espíritus lo quieren, recuperarás a tu hijo. Si no...

Retiró suavemente su mano de la mía y se apartó, secándose las lágrimas con la yema del pulgar.

—Avísame cuando tengas noticias —rogó.

—Por supuesto —aseguré mientras se daba la vuelta para marcharse.

No supe qué más decir, y me quedé mirando cómo abandonaba el taller. Zeke vino detrás de mí y me dio un donut.

—Puedo entender por lo que está pasando —murmuró él dando un bocado al suyo—. Si yo perdiera a mi pequeña, mi mundo se acabaría. Y es aún peor no saber si está viva o muerta. Está pasando por momentos muy duros, Kanan.

—Lo sé —respondí con voz ronca por el nudo que se me había hecho en la garganta—. ¿Pero cómo le digo que, incluso si Stefan regresara, yo no podría permitirle volver a la manada sin más? Nos rechazó abiertamente. ¿Cómo sabríamos que no es un espía?

—Cuando lleguemos a ese río, cruzaremos ese puente. Ahora, necesitas comer.

Di un mordisco al donut. Era suave y cremoso, con un sabor dulce que parecía explotar en mi boca. Típico de Betty.

Pero no bastó para quitarme aquella amarga sensación de la boca del estómago.

—¿Qué pasa? — preguntó Zeke sentándose en la silla que Tabitha había dejado libre. —Te he estado observando desde la mañana, y sé que algo te preocupa.

—¿Desde por la mañana? —pregunté sentándome también.

—Quizá desde hace unos días, pero ¿quién lleva la cuenta? —Zeke terminó su donut y cogió otro del recipiente—. ¿Qué te ocurre?

—Nada. Todo va genial y de maravilla.

—Entonces, ¿por qué esa cara?

—Precisamente por eso. Todo está tranquilo, no hay problemas en la manada y todos intentamos superar la tragedia de hace dos meses. Pero mi instinto me dice que esto no durará, que antes o después, todo va a cambiar.

—¿Por Akira y Morellis?

—Claro, ¿por quién si no? Son las dos mayores amenazas para Vicious Hounds y sus miras están puestas en nosotros. ¿Por qué han estado encerrados en Moindre todo este tiempo? ¿Qué están planeando? ¿Cuándo atacarán? Porque sabemos con certeza que lo harán. Akira lo dejó muy claro.

—Tienes miedo.

—Claro que tengo miedo. Recuerda lo que pasó la última vez que hubo un enfrentamiento. Si entráramos en otra guerra y contra híbridos esta vez, los Vicious Hounds no sobreviviríamos y la Capital quedaría convertida en un páramo. No quiero ser el Alfa que lleve a sus lobos a su maldita muerte. Y eso es lo que temo que suceda una vez que el escudo de Moindre caiga.

»Cada noche me voy a dormir preocupado por lo que pueda depararme la mañana siguiente. ¿Será el día en que tenga que luchar por mi manada y mi familia? ¿O será el día en que les pida que mueran? En serio, todo esto es una mierda.

—Sí, lo es. ¿Crees que eres el único que tiene miedo? Todos estuvimos en Moindre esa noche, y todos vimos lo que pasó. Y sabemos lo que pasará cuando caiga ese escudo, que caerá—repuso Zeke—. ¿Pero sabes qué? Confiamos en ti para que nos guíes. Todos somos luchadores; cada lobo lo es. Pero sabemos que, mientras nos dirijas, te asegurarás de que sólo lucharemos cuando sea necesario. Todos estamos asustados, pero tenemos que superar el miedo y enfrentarnos a lo que vengan. Porque si no tenemos cuidado, nuestro miedo nos matará mucho antes que Akira y Morellis.

—¿Y si os llevo a la muerte?

—Cuentan contigo para que eso no ocurra. Contamos contigo para liderarnos.

Asentí angustiado, dejando que sus palabras calaran en mí. Luego me terminé el donut.

—Gracias por la charla. Y dáselas a Betty por el donut.

—Por supuesto, cuando quieras. No te preocupes. Las cosas mejorarán. Es sólo cuestión de tiempo.

—Sí, de eso estoy seguro.

De nuevo oímos pasos y un hombre entró en el taller. Fruncí el ceño al ver que era el dueño del Toyota Camry. Iba a cobrarle todo lo que valía.

Me puse en pie para darle la bienvenida.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO



MAYA

Aquella noche, cuando oí que llamaban a la puerta, me apresuré a abrir. A esas horas, sólo podía ser una persona.

—Hola, amor —saludé a mi compañero, sonriendo por primera vez aquel día.

Sentí que el calor se extendía por mi cuerpo al verle. Cada vez que lo miraba, era como si lo viera por primera vez, casi como en aquel oscuro callejón de Nueva York. Era otra cosa de él a la que aún no me había acostumbrado. Y para ser sincera, era algo a lo que no quería acostumbrarme jamás. Me encantaba la sensación que me producía.

—Cariño —susurró abrazándome.

Le devolví el abrazo mientras nos fundíamos en un largo beso. Cuando nos separamos, cerré la puerta y nos sentamos en el salón.

—¿Qué tal tu día? —pregunté.

—De locos, como siempre. A algunos clientes, por los coches que me traen, desearía romperles la cabeza contra la pared —sonrió dejándose caer en el sofá y quitándose las botas.

—Sí, dímelo a mí —respondí, burlona, masajeándole los hombros con suavidad. Si alguien lo sabía todo sobre clientes molestos y frustrantes, era yo. Los había visto todos en mi trabajo.

—Y luego, está Tabitha —suspiró con pena.

Permanecí en silencio.

—No puedo imaginar por lo que está pasando ahora mismo —murmuré al cabo de unos minutos —. No saber nada debe estar matándola.

—Bueno, no podemos hacer nada más por el momento. Stefan eligió su camino. Lamentablemente, aunque sé que eso no lo hace más fácil de sobrellevar.

—¿Es que hay algún modo fácil de hacerlo?

—¿Y tú? ¿Cómo te fue el día? —su esfuerzo por cambiar de conversación fue evidente—. ¿Consiguió Brody el apoyo que buscaba?

Solté un suspiro, agotada.

—Aún no lo sé. He conseguido reunirme con el director general y le he dado al chico todos los detalles que necesita. Ahora, sólo espero que lo haga bien.

Rio al oír aquello y se relajó en el sofá, disfrutando de la magia que mis dedos hacían en sus hombros y en su nuca.

—¿Qué se siente al trabajar para alguien más joven que tú? —preguntó.

—Hmm... Yo no diría que trabajo para él, al menos no el sentido exacto de la palabra.

—Llámalo como quieras, amor. ¿Qué te parece?

—Sinceramente, es mucho mejor que cuando trabajaba con aquel capullo. Era un mujeriego crónico que prefería estar revolcándose en las sábanas antes que asistir a sus reuniones. Hizo mi trabajo mucho más duro de lo que debería haber sido. Gilipollas.

—Menudo imbécil. Me alegro de que lo mandaras a paseo.

—Yo también. Mi trabajo consiste sobre todo en ayudar a la gente. Saben lo que quieren, pero me necesitan para organizarse y que todo fluya. Básicamente, creen que puedo hacer milagros

—Más o menos como ser el Alfa —sonrió mientras recogía sus botas y se ponía en pie—. Siempre pensé que serlo consistiría en proteger a mi gente de cualquier daño y asegurarme de que tuvieran una buena vida. Pero ahora veo que es más que eso. Mucho más de lo que esperaba.

—En realidad, no es más que eso. Se trata simplemente de protegerlos y darles una buena vida. Pero hay muchas maneras de hacerlo. Incluso sin Morellis y Akira, hay muchas otras amenazas para un lobo. Por eso necesitan que los guíes.

Usó su mano libre para acercarme y me plantó un ligero beso en los labios.

—¿Sabes que cada día que me despierto bendigo la noche en que te conocí? La noche que te salvé la vida —terminó con cierto deje burlón.

Me eché hacia atrás.

—¿De qué hablas? No necesitaba que me salvaras, nene. Si no recuerdo mal, te estabas metiendo en asuntos que no eran tuyos, para empezar.

—Vamos, amor, lo eliminé por ti con toda facilidad. Y ya que estamos, los únicos asuntos en los me gusta inmiscuirme que no sean míos, son los tuyos. Porque... bueno... lo mío es tuyo.

—Sí —asentí riendo mientras lo besaba una vez más y luego lo aparté con suavidad—. El baño está listo Necesitas quitarte todo ese sudor y suciedad. Y el aceite.

—El puto aceite —murmuró entrando en nuestro dormitorio—. Menudo cabrón escurridizo. Nos vemos pronto, amor.

Me reí entre dientes mientras me dirigía a la cocina para comprobar cómo iba lo que estaba preparando. Estaba casi listo. Estaba colocándolo todo en la mesa del comedor cuando Kanan salió del dormitorio fresco y oliendo a limpio. Se acercó por detrás y me rodeó la cintura con las manos, luego me acarició el cuello, haciéndome soltar un gemido.

—¿Te he dicho alguna vez que tienes un culo precioso? —ronroneó.

—Sí —respondí con brusquedad, tratando de terminar lo que estaba haciendo—. Me lo dices todas las noches.

—Bien, porque a estas alturas, ya deberías saber cómo me provoca.

—Estás diciendo tonterías, señal de que necesitas comer —repliqué.

Se rio, me soltó y se sentó a la cabecera de la mesa. Le serví la comida y me senté a su lado. Justo cuando íbamos a empezar a comer, echamos un vistazo al asiento de enfrente y eso provocó una pausa.

Era la silla en la que se sentaba Serenity. Siempre que cenaba con nosotros, pero llevaba vacía varias noches. Bajé el tenedor.

—Hoy me ha llamado.

—¿Sí? —respondió Kanan empezando a comer—. ¿Cuánto tiempo planea quedarse en el Enclave?

—Vamos, Kanan. Siren Enclave es su hogar. En todo caso, deberíamos ir a visitarla

—No después de lo que le hicieron. La convirtieron en una marginada sólo por quién era su madre, lo que la llevó a rebelarse y romper la maldición. Así que ni siquiera sé si debería alegrarme o entristecerme por las que viven allí. ¿Cuánto tiempo ha pasado ya, una semana?

—Sí, justo.

La semana pasada, Serenity soltó la bomba de que dejaba la Capital y se iba a Siren Enclave. Lo hizo de repente y sin previo aviso y ni siquiera nos contó por qué. No nos opusimos, por supuesto. Después de todo, era adulta y el Enclave era su hogar. Incluso hoy, cuando hablamos por teléfono, seguía sin revelarnos los motivos de aquella repentina decisión. Nos habíamos acostumbrado a tenerla cerca y los primeros días sin ella nos parecieron raros y extrañamente solitarios.

Lo sentí mucho, sobre todo porque Serenity y yo siempre habíamos tenido un vínculo. Ambas fuimos marginadas, tuvimos que irnos de casa y luchar por encontrarnos a nosotras mismas. Por eso abrirme a ella y compartir con ella mis miedos, inseguridades y cualquier otra cosa que me preocupara me resultó fácil. La mayoría de lo que estaba sintiendo desde que vine a vivir aquí era nuevo para mí. Antes de Kanan, no conocía el amor ni el romance. Tampoco conocía el miedo a perder lo hermoso que llegaríamos a crear juntos.

Pero Serenity siempre estaba aquí para escucharme y hablar conmigo en aquellos momentos, y darme la claridad que necesitaba para seguir adelante con mi vida y disfrutar de lo que tenía. Ahora, sin ella, todo daba vueltas en mi cabeza. Por supuesto sonreía y lo pasaba bien, pero en el fondo de mi mente siempre se escondía el único pensamiento capaz quitarme la poca alegría que conseguía tener.

—Hola, amor. —La voz de Kanan me sacó de mis pensamientos y levanté la vista hacia él—. ¿Estás bien? Apenas has comido.

Cogí el tenedor, pero no comí.

—No tengo hambre.

—Oye, ¿qué pasa? Cuéntamelo. ¿Te preocupa algo? —Tomó mi mano entre las suyas y la apretó.

Asentí y dejé el tenedor en el plato.

—Hablar de Serenity me ha recordado algo que esperaba olvidar.

—¿El qué?

Lo miré, y pude ver el amor genuino y el cuidado en sus ojos y aquello me desarmó.

—Soy feliz —dije.

Esto le pilló desprevenido.

—¿Feliz? ¿Eso es malo? —replicó, desconcertado.

—Soy feliz —repetí—. Todos los días me despierto con un exquisito desayuno preparado por mi precioso marido, mantengo buenas relaciones con mi padre y su manada, y tengo a toda una comunidad que me quiere. Tengo amigos. Y te tengo a ti. Debería ser feliz, ¿verdad?

Se removió en su asiento, nervioso.

—Sí, deberías. Son todas cosas buenas.

—¿Entonces por qué me siento como un fraude?

—¿Qué?

—Kanan, he pasado la última década de mi vida intentando ocultar la parte loba dentro de mí. Traté de convertirme en humana, conseguí un trabajo y vivía sola, aislada de la manada, de cualquier manada. Sólo quería vivir. Y ahora, gracias a ti, estoy viviendo la mejor parte de ser loba. ¡Tengo un compañero, un hogar, una manada! Todo esto, todo parece ser demasiado bueno para mí. Simplemente no puedo quitarme la sensación de que no lo merezco.

—¿Qué? No puedes pensar eso. ¿Qué te mereces entonces? ¿La maldición que Akira te echó? ¿Es eso lo que mereces?

—No es tan fácil, y lo sabes.

—En realidad, creo que eres tú quien lo complica todo. Pagaste un precio muy alto por algo que no fue culpa tuya y reaccionaste de la única manera que sabías. Eso también habla del tipo de persona que eres. Y si estamos hablando de merecer, dejaste tu casa y todo lo que tenías en Nueva York por mi promesa de que yo encontraría la forma de romper tu maldición. Luchaste a mi lado e incluso me salvaste. Así que te mereces todo lo que tienes ahora mismo. No lo olvides. De hecho, te mereces esto y mucho más.

—Ojalá fuera tan sencillo —dije apartando el plato de mí y poniéndome en pie.

—Amor, al menos come un poco.

—Estaré bien. Además, sé que tú también me ocultas algo que te corroe por dentro —dije.

Se quedó con la boca abierta.

—Yo...

—Supongo que estamos de acuerdo en eso —murmuré débilmente mientras volvía al dormitorio.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO



SERENITY

Estaba sentada en el campo abierto, y rodeada de inmenso vacío y el único signo de vida era yo. En el suelo, ante mí, estaba mi pañuelo, y me frotaba las manos con fuerza, sintiendo cómo el fino polvo se mezclaba entre mis palmas.

—Estrella reveladora de secretos —murmuré en voz baja mientras seguía frotándome las palmas de las manos.

Miré al cielo nocturno, observando las constelaciones. Lamentablemente, había muy pocas. Era como si el cielo estuviera vacío de estrellas y la única fuente de luz fuera la luna. ¿Cómo iba a hacer mi lectura?

Esa fue una de las razones por la que tuve que dejar la Capital. Una semana antes, descubrí que todas las estrellas sobre ella habían desaparecido. No había ninguna. Ni una sola. Sólo una luna solitaria y débil. La primera señal de que algo iba terriblemente mal.

Sin las estrellas en el cielo, ¿cómo podría y predecir lo que se avecinaba? Las estrellas dibujaban su mensaje a través del vasto cuerpo del cielo, y cuando yo realizaba mi ritual, era fácil leer la predicción en mi pañuelo. Pero ahora, sin ellas, no tenía forma de saber lo que iba a ocurrir.

Porque algo iba a pasar.

La oscuridad cayó sobre la Capital la semana pasada, y no sabía de qué se trataba. Por ello, opté por lo único que tenía sentido, volver a casa. No se lo conté a Kanan y a Maya porque no quería que se preocuparan cuando podría no ser nada en absoluto. Pero llevaba ya más de una semana en el Enclave y aún no había podido ver qué era aquello tan horrible que se avecinaba.

Dejé de frotarme las palmas de las manos.

—Estrella reveladora de secretos —susurré.

Luego me incliné ligeramente y soplé sobre el polvo, que se dispersó sobre el pañuelo y se asentó sobre su superficie. Esperó unos minutos y luego lo examiné.

—Mierda —murmuré mientras me sacudía el polvo de las manos.

La oscuridad también había llegado a Siren Enclave, y aquí era peor, porque parecía aún más densa. ¿Tenía esto algo que ver con Akira? Ella y sus matones aún no habían salido de Moindre, y me aterrorizaba lo que pudieran estar planeando.

Me pasé los dedos por el pelo mientras intentaba aclarar mis pensamientos. Lo que veía ahora era mucho peor que lo que vi hace dos meses, cuando decidí ir en busca de mi madre junto con Kanan y Maya. Entonces, la oscuridad parecía aislada. Pero ahora, parecía se había extendido, pero no tenía ni idea de cómo lo estaba haciendo.

Algo se acercaba, algo más grande de lo que habíamos imaginado. Podría ser Akira, o tal vez había despertado algo mucho más poderoso en su búsqueda del poder absoluto. Fuera lo que fuera, era malo.

Y Siren Enclave estaba en el centro de todo.

Desde que volví, lo sentí. Estaba en el aire, y era palpable, casi sólido, tanto que se podía tocar la tensión y el miedo que había por todas partes. La oscuridad se cernía como una nube de tormenta sobre Siren Enclave, pero, como de costumbre, mis compañeras brujas hacían como que no se daban cuenta, aunque era evidente que todas vivían atemorizadas.

Hubiera sido un buen momento para unirnos y luchar contra lo que se avecinaba, pero no. Desde que volví, me trataron como a una leprosa, sin hablarme y haciendo como si yo no existiera.

¿Fue por mis decisión de hacía dos meses? Me volví contra mi familia para salvar a dos lobos, ¿y me hacen pagar por ello?

Desde siempre, las brujas de Siren Enclave me han tratado con frialdad y, con el tiempo, me acostumbré. Pero esta vez era mucho peor. Ahora, nadie me dirigía la palabra, ni siquiera en respuesta a un saludo. Si caminaba por un lado de la calle, todo el mundo cruzaba al otro para evitarme.

Estaban llevando todo esto demasiado lejos. Incluso intenté disculparme, pero nadie me escuchó.

Estaba harta de todo. ¿Lo hacían por mi madre? Sabían desde el principio que Akira era mi madre, y por esa razón siempre me odiaron. Pero yo demostré que ella podía ser derrotada. No era la bruja todopoderosa que todos creíamos que era. ¿Por qué me castigaban por hacer lo correcto?

—¡Malditas locas! —maldije con rabia mientras me reincorporaba.

A esto también tendría que acostumbrarme. El odio no era algo nuevo para mí, pero gracias a personas como mi difunta tía, Kanan y Maya, el odio ya no es lo único que conozco.

Pero entonces, tuve que pensar en el conjunto. Algo se acercaba, y era más importante que mis sentimientos y cómo se comportaran las brujas conmigo. Debía averiguar si tenía alguna posibilidad de detenerlo. Pero no tener a nadie con quien hablar lo hacía mucho más difícil.

Empecé a recoger mis cosas, porque mi lectura no me estaba siendo de ayuda. Llevaba una semana haciéndolas y no aparecía nada. Tendría que buscar otra forma de descubrirlo. Tampoco sabía cuánto tiempo podría ocultárselo a Maya y Kanan. Cuando hablé con ella hoy, parecía preocupada, y como si estuviera pasando por una mala racha.

Echaba de menos nuestras charlas y nuestros momentos de tranquilidad juntas, algo extraño, teniendo en cuenta lo poco que hacía que la conocía. Era como la hermana que nunca tuve, y me sentía cómoda hablando con ella. Quizá porque las dos habíamos pasado por muchas experiencias similares. Ella era la única que me entendía.

Cuando terminé de recoger, me puse en pie y miré a mi alrededor, decidiendo qué hacer. Siren Enclave siempre había sido mi hogar, pero ahora lo sentía demasiado diferente y frío. La calidez que solía sentir aquí había desaparecido, y algo la había sustituido. No sabía qué era, pero iba a descubrirlo.

Pero no me quedaría mucho tiempo. Era imposible vivir con gente que ni siquiera intentaba fingir que no me odia. El tratamiento silencioso había llegado a unos niveles casi insoportables. Por ello, una vez que obtuviera las respuestas que buscaba, abandonaría el Enclave y regresaría a la Capital. Con suerte, desde allí, junto con Kanan y Maya, seríamos capaces de disipar cualquier oscuridad que se avecinara.

Mis ojos se posaron en un árbol que se erguía en el borde del campo, y sonreí al recordar cómo me escondía en sus ramas cuando era niña, haciendo que mi tía me tuviera que buscar por todo el Enclave. Siempre era divertido que intentara encontrarme sin magia. Se convirtió en una especie de refugio para mí con un montón de buenos recuerdos, y siempre volvía allí, lejos de las brujas a las que yo no les importaba lo más mínimo. A medida que crecía, me conformaba con sentarme bajo el árbol.

Empecé a caminar hacia él. Seguía igual que siempre, robusto sobre su grueso tronco. Activé la linterna de mi teléfono y la utilicé para observar las fuertes ramas. Mientras lo hacía, por fin supe lo que iba a hacer.

Con un giro de mi mano, una rama se desprendió y cayó a mis pies.

—Bien —murmuré mientras me agachaba a recogerla. Usé la linterna de mi teléfono para estudiarla—. Esto debería funcionar.

Busqué a mi alrededor un trozo de tela o similar, cualquier cosa que pudiera servir, pero no encontré nada. Entonces miré mi cuerpo. Llevaba ropa, ¿verdad?

—Mierda —gruñí, malhumorada dejando caer la rama y mi teléfono al suelo. De un fuerte tirón, me arranqué la manga izquierda—. ¡Mierda es una de mis favoritas!

Con mis propias manos, partí en dos la manga rasgada. Luego, rompí un trozo de la rama, de modo que quedaron dos, una mucho más pesada que otra. Coloqué la más ligera sobre la más pesada formando una cruz y con la manga las até sin apretarlas.

Lo dejé en el suelo y di un paso atrás.

—*¡Perci veres locomotus magia oscura!*

La cruz emitió un brillo intenso. Era una luz blanca, cegadora, que sólo duró unos segundos antes de y apagarse. No pero no se apagó, sino que fue absorbida por la cruz. Ese era mi plan.

Había convertido los palos y la manga en un talismán para rastrear la magia oscura. Era temporal, y al cabo de unas horas, ya no serviría. Pero las pocas horas que tenía deberían bastarme para averiguar qué estaba pasando.

Tenía que haber una razón para que todo fuera peor en Siren Enclave, y debía averiguarla. Había mucha magia oscura en algún lugar de esta comunidad, y encontrar la fuente era el primer paso para saber qué ocurría.

Me asustaba lo que podría descubrir. ¿Alguna bruja se habría pasado al bando de Akira? En todo caso, la guerra civil en Vicious Hounds hace dos meses me enseñó que, aunque algunas personas puedan ser monstruos, siempre habrá alguien que los siga. A pesar de lo que hizo, Morellis consiguió que algunos lobos se le unieran en el bando de Akira. ¿Había logrado Akira hacer lo mismo aquí, en el Enclave?

A pesar de haber sido expulsada de mi casa hace dos meses por las brujas, no tenía muchas ganas de luchar contra ellas. Se suponía que debíamos trabajar juntas, no unas contra otras. De acuerdo. Ya sabía lo que iba a hacer: encontraría la fuente de la magia oscura, la confirmaría y luego...

Luego no tenía ni idea de qué haría. ¿Denunciar a quien estuviera realizando magia negra? ¿O encargarme yo de ella para que nadie más resultara herido? No tenía ni idea, pero sí sabía que no podía quedarme de brazos cruzados.

Recogí el talismán del suelo y sentí una ligera vibración. Asentí en señal de agradecimiento mientras me daba la vuelta despacio. Al acercarme a la salida del campo, comenzó a vibrar con fuerza.

—Sí —murmuré caminando despacio.

Esto me llevaría un rato.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS



AKIRA

Empujé a través de la oscuridad del portal, una oscuridad a la que me había acostumbrado tanto que podía navegar por ella incluso en sueños. En un momento dado saqué mi pie fuera de él y sentí que golpeaba tierra firme, tal y como esperaba. Lo atravesé y me encontré de nuevo en Moindre.

Cuando el portal se disipó tras de mí, observé los alrededores. Todo parecía yermo y desolado. Aunque la hierba era tan verde como siempre, de algún modo era falsa e irreal. Era difícil que algo sobreviviera aquí durante mucho tiempo. Había que ser fuerte para salir con vida. Yo era más que fuerte, y por eso conseguí convertirlo en mi hogar.

El silencio era sepulcral. No se oían insectos ni el ulular de los búhos, sólo silencio, pero un silencio inquietante, similar al que se produce cuando estás seguro de que alguien está escondido esperando para saltar sobre ti. Un silencio expectante. Nada extraño en aquel lugar, embrujado por los fantasmas de todos los que murieron allí, lo que lo convertía en el lugar más poderoso del mundo. Lo mismo que me impulsó a convertirlo en mi morada.

Y ahora, desde este mismo lugar, comenzaría el cambio que el mundo había estado esperando.

Me volví y miré hacia la casa, sepultada por la oscuridad. Parecía tan vacía como el resto del campo. Miré hacia la noche sin estrellas y pude sentir el escudo que rodeaba todo el aquelarre. Desde que lo creé, nunca lo había levantado Era necesario para mantener los elementos no deseados fuera de él.

Después de que Maya y Kanan arruinaran mis planes, me aseguré de que algo así no volviera a repetirse, y lo logré decidiendo quién entraba aquí y quién no.

Suspiré y me dirigí hacia la casa, y la puerta se abrió incluso antes de llegar a ella. Aún me faltaban unos metros para cruzarla cuando me llegó el hedor, tan fuerte que casi me obligó a taparme la nariz.

—Maldita sea —murmuré girando la cabeza. Era tan nauseabundo que me lloraban los ojos.

Aquel hedor contenía todos los matices del mal, un horrible cóctel de sudor, sangre, excrementos y suciedad mezclado y fermentado durante dos meses. Porque ese era exactamente el tiempo que había permanecido en la casa.

Pero no me detuve. Ni siquiera caminé más despacio. Entré en casa, las tablas del suelo resonando bajo mis pies y los repetidos golpes de mi bastón.

Nada había cambiado desde que la abandoné dos meses atrás, poco después del ritual. Seguía sucia y descuidada y, de hecho, tenía incluso peor aspecto. Del techo colgaban gruesas telarañas y la superficie de casi todo estaba cubierta de una espesa capa de polvo. Ignoré todo mientras avanzaba.

No pude quedarme tras del ritual porque el olor se me había hecho insoportable. Habría utilizado la magia para deshacerme de él, pero buscaba la perfección y no quería que nada en absoluto manchara el hechizo que había llevado a cabo con los lobos. Como resultado, me exilié durante dos meses, y ahora estaba aquí para ver nacer a mis bebés.

Me dirigí hacia el sótano y, a cada paso que daba, el hedor se hacía más intenso. La puerta se abrió a medida que me acercaba, crujiendo antes de asentarse contra la pared de detrás. Allí el olor era aún peor, tanto que tuve que detenerme unos segundos en la entrada.

Ya no apestaba a sudor y sangre, sino también a podredumbre y carne podrida. Y como el sótano estaba situado debajo de la casa y no tenía ventanas, la puerta era la única fuente de aire fresco. En cuanto se abrió, el aire viciado me golpeó de lleno en la cara.

Levanté los dedos e hice un movimiento en zigzag. Al instante, el sótano se iluminó con lenguas de fuego y entré en él. Su aspecto había empeorado, pero no me detuve. Bajé las escaleras de madera, que crujían bajo mi peso al resonar con el hueco de mis pisadas. A medida que me adentraba en el sótano, empecé a ver lobos en el suelo.

Algunos estaban tumbados, otros encorvados contra la pared y uno sentado con la espalda apoyada en las escaleras. Un poco más allá, otros estaban de rodillas y algunos acurrucados, como si les doliera algo. Todo el suelo del sótano estaba cubierto de cadáveres de lobos y el olor que se había apoderado de la casa rezumaba de ellos.

Chasqueé los dedos y más lenguas de fuego se extendieron por todos los rincones de la habitación, dando más luz. Llegué al suelo y miré a mis criaturas. Asentí con la cabeza en señal de aprobación.

Ahora eran más grandes que los lobos normales, sus pantorrillas y muslos eran más gruesos y sus garras más duras y peligrosas, capaces de cortar acero.

—Eso es —murmuré mientras me abría paso entre sus cuerpos entrelazados.

Recordé la noche que realicé el ritual. El mismo lugar donde cada lobo cayó entonces era donde estaba ahora. La transformación completa había tardado todo este tiempo en producirse, y ahora que había terminado, era hora de seguir adelante con mi plan.

Me detuve en medio del sótano, justo al lado del cuerpo tendido de Morellis. Había sido el primero en caer y probablemente sería el primero en despertarse. Utilizando mi bastón para mantener el equilibrio, me arrodillé a su lado y le masajeé suavemente la cabeza.

Maldije a la vez que retiraba la mano. Estaba viscoso y pegajoso por la carne putrefacta qué cubría todo su cuerpo.

La transformación de un lobo normal en un híbrido implicaba desprenderse de las partes más puras de ser un lobo y aceptar toda la oscuridad que podía atreverse a abrazar. Un lobo sin restricciones ni inhibiciones era el ser más rápido y fuerte que podía existir. Y usar la magia para

lograrlo implicaba matar al lobo para que naciera el híbrido. Y para cuando el lobo decayera, el híbrido estaría completamente formado y listo para cobrar vida.

Yo era la responsable de darles la vida. Estaban sujetos a mi voluntad y sólo harían lo que yo quisiera. Si no quería que respirasen, sólo tenía que pedírselo, y así lo harían. Ya tenía a mi ejército. Juntos transformaríamos el mundo.

Me levanté del suelo y me miré la mano. La sustancia viscosa de Morellis se quemaba sin hacerme daño. Por un momento, sentí el impulso de golpearle la cabeza con la punta de mi bastón por mancharme con su porquería, pero me contuve. Había otras cosas más importantes en juego.

Me dirigí hacia el fondo del sótano, donde había una mesita que parecía que se le iban a caer las patas en cualquier momento. Sobre ella había un reloj de arena a punto de agotarse. Respiré hondo y esperé, paciente, hasta que los últimos granos se escurrieron por la estrecha abertura.

—*¡Nousta kuolleista!* —grité con fuerza, sujetando el báculo con ambas manos.

Al instante, una fuerte ráfaga de viento sopló a través del sótano, agitando mi capa y revolviendo mi capucha. Me mantuve firme mientras soplaba y se extendía por las cuatro esquinas del sótano antes de disiparse por la puerta abierta y subir hacia arriba.

Después, volvió a reinar el silencio, pero esta vez era diferente. Se había producido un cambio en el aire, podía sentirlo. Ya no estaba sola aquí.

Empecé a oír respiraciones suaves a mi alrededor. Los híbridos pronto despertarían.

En aquel momento, Morellis abrió los ojos y me miró. Luego se puso en pie sin dejar de mirarme con sus ojos rojos, brillantes y atormentados. Me invadió una gran satisfacción por haberlo logrado. Sólo ahora podía admitir que en algún momento dudé de que fuera posible.

Era la primera vez que alguien lograba crear un híbrido. El primer brujo que lo intentó acabó aniquilando a toda una manada. Jamás lo consiguió. No había nadie que pudiera compararse conmigo, ni en el pasado ni en el presente.

Vi cómo Morellis se transformaba en humano y pronto se quedó desnudo delante de mí. Le miré de pies a cabeza. La transformación en híbrido también había afectado a su aspecto humano. Ahora tenía los dientes más grandes y las garras no habían vuelto a convertirse en uñas. Incluso como humano, tenía garras en las puntas de los dedos. Sus ojos ya no eran rojos, pero tampoco de su color habitual. Se habían vuelto amarillos.

—Hermosa criatura —murmuré, extasiada.

A nuestro alrededor, más lobos empezaron a despertarse y también se transformaron en humanos. Ninguno habló, esperando que yo lo hiciera primero.

—Lleváis dos meses muertos, pero habéis renacido —dije en voz alta, para que todos pudieran oírme. —Puede que sintáis un hambre devoradora en el vientre, porque necesitáis alimentaros. Pero no os preocupéis; pronto tendréis más comida de la que podáis terminar.

Morellis se masajeó la garganta.

—Quiero sangre— dijo con voz ronca.

—Lo sé. Pronto tendrás toda la sangre de lobo que puedas soñar.

—¿Lobos? — preguntó una mujer.

—Oh sí, ¿no lo había mencionado? Los híbridos sólo pueden alimentarse de lobos, no pueden sobrevivir con nada más. Pero todos estaréis bien, Yo cuidaré de vosotros —aseguré—. Limpiad este lugar y haced que deje de oler como un puto tanatorio. Después os bañareis. Hay un baño arriba que podéis usar de tres en tres. Tenéis una hora para prepararos.

—Quiero comer —graznó alguien.

Me detuve mientras miraba a mi alrededor en busca de quien había hablado. Un joven híbrido. Con un movimiento de mi mano, lo empujé hacia atrás y lo estampé contra la pared. Chocó con la mujer que había hablado antes y ambos cayeron al suelo. Los demás híbridos huyeron despavoridos.

—Te alimentarás cuando yo lo diga —troné, golpeando el suelo con mi bastón—. Si alguien se atreve a hablar, será lo último que haga. ¿Quién os ha dado permiso para poneros en pie?

Despacio, empezaron a caer de rodillas uno tras otro, incluido Morellis. Arrodillados e inclinándose ante mí, su reina y señora.

Miré a Morellis.

—Estás al mando. Asegúrate de que todo el mundo esté listo en una hora y de que la casa deje de apestar. Os haré pasar por un infierno si no es así.

Me di la vuelta y salí. Ellos no osaron ponerse en pie hasta que abandoné la casa.

Así debía ser.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE



MAYA

Aquella noche, más tarde, estaba en el dormitorio preparando la cama para. Las sábanas eran suaves al tacto, igual que mi piel cuando dormía sobre ellas.

Estaba acomodando las almohadas en la cabecera de la cama cuando Kanan entró en el dormitorio, con aspecto sombrío. Le había escuchado fregar los platos y dejarlo todo limpio. Sentí no haber tocado la cena. Sé que no le gustaba tirar la comida y tuvo que hacerlo con mi plato. Por eso preferí no estar con él.

Me giré, sujetando una almohada mientras él entraba, luego se apoyó en la puerta mientras me observaba.

—Amor, siento haberte arruinado la cena —murmuré, abrazando la almohada contra mí—. Sé que tienes mucho encima y que lo último que te hace falta es que yo sea una fuente de negatividad. Es sólo que... ni siquiera sé cómo han llegado las cosas a ese punto. En un momento todo iba bien y al siguiente...—Se me quebró la voz.

Kanan se acercó a mí y me pasó acarició los brazos con suavidad

—Tranquila, no pasa nada.

—¿Cómo puedes decir eso? —repliqué. —Algo anda mal en mi cabeza, ¿no lo ves? Tengo todo lo que alguien puede desear en la viday preferiría no tenerlo. Soy feliz, pero no quiero serlo. Quiero todas estas cosas, y, sin embargo, estoy triste por tenerlas. ¿No ves lo mal que estoy?

. Incapaz de soportarlo más, me alejé de él y me dejé caer sobre la cama, abrazando la almohada con tanta fuerza como si quisiera estrangularla.

Kanan caminó detrás de mí y se sentó a mi lado en la cama.

—Amor, no es así. Nada va mal en ti.

Lo miré con fijeza.

—¿Qué quieres decir?

—Es que... te estás presionando demasiado, y eso no es bueno.

—¿Presionando? ¿De qué hablas?

—Mira, sé muy bien lo mucho que deseabas todo esto, y sé lo que la maldición de Akira te quitó

y cómo te condenó al ostracismo de tu manada. Has tardado diez años en pasar de la chica que eras aquella noche en que debías convertirte por primera vez a la mujer que vi en Nueva York. Mi compañera, mi amor. Mi vida. Son diez años de pensamientos negativos, de sentimientos y de querer tantas cosas que siempre creíste que no podías tener Diez años, Maya. Eso es mucho tiempo. Y has estado libre de la maldición durante cuánto, ¿dos meses? Sería injusto que cualquiera de nosotros esperara que te acostumbraras a esta vida, así como así. Llevará algo de tiempo y esfuerzo, cariño. Descubrirás que el hecho de que siempre hayas querido algo no significa que sea fácil una vez que lo tienes.

Sus palabras entraron poco a poco en su mi cabeza. Eran profundas y sugerentes, lo que no me sorprendió. Kanan siempre había demostrado saber decirme lo que necesitaba escuchar. Le sonreí débilmente mientras sentía que el corazón me palpitaba en el pecho.

—Gracias. Te quiero mucho, Kanan.

—Y yo también te quiero —contestó, cogiéndome la cara entre las manos—. No te estreses. Tómate tu tiempo y date espacio para sanar. Puede que la maldición se haya roto, pero la herida sigue ahí, y eso es lo que está aflorando ahora. No precipites el proceso y al final todo saldrá bien.

—Cuando te tengo a mi lado, estoy segura de que así será —dije mientras me inclinaba más hacia él para darle un beso.

Nuestros labios se juntaron suavemente, provocando un estremecimiento en todo mi cuerpo mientras nuestras lenguas bailaban suavemente en nuestras bocas. Sentí que sus manos me rodeaban los hombros y recorrí su ancho pecho, sintiendo sus músculos bajo mis brazos.

Entonces, me detuve y me alejé lentamente.

—Cariño, ¿hay algún problema? —preguntó, casi sin aliento.

—Sí, el tuyo.

—Vamos, Maya.

—Sé que hay algo que te preocupa desde hace tiempo y sé que no te deja dormir por las noches. Cuando estás solo, siempre suspiras y te pierdes en tus pensamientos. Eso no es propio de ti en absoluto, a menos que sea algo terriblemente malo. Cuéntamelo.

Abrió la boca para hablar, pero se detuvo. Respiró hondo y volvió a intentarlo.

—No somos tan diferentes y, por ahora, nada va terriblemente mal. Doy gracias a los espíritus por ello.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Tengo miedo.

Me incliné hacia atrás para estudiar su cara.

—¿Lo dices en serio? El gran Kanan, el Alfa de los Vicious Hounds, que derrotó al tirano Morellis, está asustado. ¿De qué?

Soltó una ligera risita.

—No te pases. Es sólo que en el tiempo que hemos estado libres de la tiranía de Morellis, he intentado reconstruir la Capital. He tratado de recrear lo que una vez tuvimos y dar a todos un hogar de nuevo. Y aunque aún queda mucho trabajo por hacer, creo que lo he conseguido. Pero aparte de lo que he construido para la manada, ¿qué hay de mi propia vida? Te tengo a ti, a mi familia y amigos. Gente que busca en mí guía y protección. Y mi mayor temor es que cuando llegue el momento de protegerlos del peligro, no sea capaz.

Suspiré.

—¿Esto tiene que ver con Akira?

Asintió.

—¿Qué está planeando? ¿Por qué no ha habido movimientos desde Moindre? ¿Por qué no hemos sabido nada de Morellis? Algo se acerca, y puedo sentirlo tan seguro como esta cama en la que estoy sentado. Sé con certeza que va a ser malo. ¿Y si no puedo proteger a la manada? ¿Y si no puedo protegerte a ti?

—Amor, este miedo es totalmente normal, y cualquiera en tu situación lo sentiría también. Estás a cargo de toda esta gente en una época en la que ya nada es seguro. Te entiendo. Pero estamos hablando de Akira. No deberías tenerle miedo.

Dejó caer las manos sobre la cama.

—¿Qué?

—Vale, quizá deberías estar un poco asustado, pero no hasta este punto. Luchamos contra ella antes, y ganamos, ¿recuerdas?

—No luchamos contra ella, Maya, sino contra Morellis y sus matones. Akira no se dejó ver ese día porque no quería alterar el equilibrio de las almas atrapadas en Moindre esa noche. Cariño, no creo que le preocupe algo así la próxima vez que nos volvamos a ver.

Solté un suspiro. Tenía razón. Todavía podía recordar aquella noche como si fuera ayer. Akira no tomó parte en la batalla, se limitó a crear un escudo alrededor para protegerse ella y el resto de lobos. Ahora, al pensar cómo podría haber sido la batalla si ella hubiera decidido luchar, sentí un escalofrío.

—No deberías tener miedo. No olvides que tenemos nuestra propia bruja que es bastante poderosa, considerando todo lo que ha logrado hasta ahora.

—Sí, tienes razón.

—Oye —tomé su cara entre mis manos—. Estaremos bien. No estás solo; tienes a toda una manada dispuesta a estar a tu lado y luchar. Deja de preocuparte por protegernos cuando sabemos que podemos hacerlo nosotros mismos. Si Akira decide arrastrarse fuera de Moindre y venir a por nosotros, le enseñaremos que no debía hacerlo hecho.

—Tienes toda la razón —sonrió—. Creo que nunca te he querido más de lo que te quiero ahora.

—¿Por qué no me lo demuestras en lugar de decírmelo?

Volvió a besarme en toda la boca y me empujó hacia la cama para que me tumbara boca arriba mientras nuestras manos empezaban a recorrernos el uno al otro. Sus labios abandonaron los míos y se posaron en mi nuca. Sentí una sacudida de placer cuando sus dientes rozaron ligeramente mi piel.

—Eso es —murmuré sin aliento mientras me envolvía en él. Mi ropa voló en todas direcciones mientras respiraba hondo cuando sus labios se cerraron sobre mi pezón—Ahh... ¡síííí!

Sentí que su lengua abandonaba mis pechos y dejaba un rastro húmedo por mi cuerpo hasta que su cabeza se situó entre mis muslos. El corazón me latía con fuerza mientras me pasaba la lengua por la entrepierna. Me agarré a las sábanas mientras me recorría una oleada de electricidad y un grito estremecedor salió de mis labios.

Kanan no se detuvo en ningún momento; era como si disfrutara dándose un festín y enviándome a grandes alturas de placer al mismo tiempo. Podía sentir su lengua lamiendo mis jugos y chupándolos todos.

—Joder...—jadeé mientras le agarraba del pelo e intentaba empujarlo más adentro.

Se apartó y me sonrió, y vi su polla endurecida en su mano, lista para mí. Suspiré. Era tan sexy que nunca me cansaría de mirarla. Cogió una de mis piernas y se la echó por encima del hombro, luego colocó su polla en mi entrada y empujó suavemente dentro de mí.

—Ahh...—grité al sentirle entrar hasta que me llené de él—. Joder...— murmuré sin aliento.

Se apartó y volvió a penetrarme, haciéndome soltar un grito agudo. Lo hizo una y otra vez. Pronto cobró impulso y me penetró con fuerza. Intenté agarrarme a él para mantener el equilibrio, pero mi mano se resbalaba de su cuerpo mientras él seguía penetrándome sin descanso. Mi trasero se levantaba de la cama mientras intentaba recibir su embestida, y la cama temblaba bajo nuestro peso.

Luego la sacó y me dio la vuelta para que quedara boca abajo, y volvió a penetrarme de golpe. Grité con fuerza contra la almohada. Sentir cómo me llenaba era algo a lo que nunca podría acostumbrarme, no importaba cuántas veces lo hiciéramos.

Aumentó el ritmo y sus embestidas fueron más rápidas. Apenas podía contener los gritos mientras seguía golpeándome.

Entonces, sentí que el orgasmo aproximarse.

—Sí...—gemí—. No pares. Por favor, no pares...

No lo hizo. Siguió follándome con fuerza hasta que nos corrimos juntos. Me quedé con la boca abierta mientras el placer me atravesaba como un puño, boqueando y casi al borde de la inconsciencia cuando él cayó encima de mí, jadeante.

Pronto se me quitó de encima y me cogió en brazos.

Ni siquiera supe cuándo me dormí.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO



SERENITY

Con el talismán en la mano, caminé con cautela por las tranquilas calles del Enclave. A esas horas de la noche, la mayoría de las brujas estaban durmiendo, lo que resultaba desconcertante. Había algo terriblemente malo allí, y cuanto más buscaba, más pruebas tenía de ello.

En el pasado, jamás las brujas dormían a medianoche. A esa hora muchas de nosotras somos muy poderosas. Además, era más fácil trabajar porque hay menos distracciones tanto en el reino físico como en la tierra de los espíritus.

Lo normal sería que muchas casas aún tuvieran las luces encendidas, y yo no sería la única caminando por las calles. Ni, por supuesto, estaría agitando un talismán buscando la fuente de la magia oscura.

Me detuve en un cruce, sin saber qué camino tomar. El talismán no era tan rápido y preciso como esperaba, y empezaban a dolerme las piernas de caminar despacio durante horas. En cualquier momento flaquearía, y aún no tenía ni idea de lo que estaba buscando.

—¿Qué hacemos ahora? —murmuré en el centro del cruce, sin saber hacia dónde ir. Me volví hacia la izquierda, agitando el talismán en esa dirección, pero la vibración continuó igual. Al girar a la derecha, aumentó.

Continué andando en aquella dirección. Las calles también estaba en silencio, y tenía la sensación de ser la única habitante de Siren Enclave. Me pregunté cuándo comenzó la magia oscura allí. ¿Después de que yo me fuera o siempre había estado y yo no me había dado cuenta?

Nada tenía sentido. Las brujas del Enclave evitaban tener nada que ver con la magia oscura, razón por la que hicieron un pacto con Akira. Si las dejaba en paz, ellas no interferirían con sus planes de dominar el mundo. Pero, desde que regresé, había notado indicios de la presencia de Akira en todas partes. ¿Qué había cambiado? ¿Quizá Akira las había reclutado igual que a Morellis?

Al pensar esto, sentí que me recorría un escalofrío por lo que significaba. Sería terrible. Los lobos eran una cosa, pero si las brujas se pasaban a su bando, entonces Akira sería imparable. ¿Qué demonios estaba planeando esta mujer? Fuera lo que fuera, estaba relacionado con el Enclave. Tenía que averiguarlo.

Por fin me detuve frente a una choza oscura y desolada, pero no me dejé engañar. Me recordaba

un poco a la casa de Moindre, pero ésta parecía estar aún en peores condiciones. El talismán vibró con gran fuerza durante más de un minuto y luego se detuvo. El punto donde se cruzaban los palos brilló débilmente, y la luz se apagó unos segundos después. Ya no era útil.

—Justo a tiempo —murmuré lanzándolo al suelo. Ahora era sólo un atadijo de palos.

Respiré hondo y avancé hacia la casa. Solté un grito agudo al golpearme la cabeza contra lo que me pareció un muro de hormigón.

—¡Joder! —maldije, irritada, masajeándome la cabeza—. Un escudo. ¿Cómo no se me ha ocurrido?

Extendí la mano hasta que entró en contacto con el aire sólido que protegía la choza.

—*Revellos* —murmuré, y el escudo se hizo visible. Se alzaba hacia el cielo y protegía todo el perímetro—. Demasiado para proteger una simple choza.

Me alejé del escudo y recogí arena del suelo. A diferencia de las maldiciones, los escudos podían ser derribados por cualquiera lo bastante fuerte e inteligente.

—*¡Alam-eoleul tongaahe meogda!* —susurré con fuerza sobre las palmas de mis manos.

La arena se calentó y empezó a brillar con un amarillo intenso. La arrojé contra el escudo, y en cuanto lo tocó, empezó a corroerlo, haciendo agujeros en él hasta que desapareció.

—Vaya —murmuré, sorprendida—. Ha sido más fácil de lo que esperaba.

Era imposible que Akira lo hubiera hecho, pero reforzaba mi teoría de que tenía algunos seguidores allí, en el Enclave.

Caminé hasta la puerta principal de la choza que, por alguna razón, parecía más oscura que el resto del Enclave. Saqué mi teléfono y activé la linterna. Al llegar a la puerta, levanté la mano y giré lentamente el pestillo. Oí el chasquido de los cerrojos en su interior, y los pestillos se deslizaron antes de que la puerta crujiera al abrirse.

—Mierda —gruñí al darme cuenta de la oscuridad que reinaba en el interior. Alumbré con la linterna, pero apenas podía ver nada sin adentrarme más—Allá vamos.

Entré y la puerta se cerró de golpe tras de mí. La habitación se inundó de luz brillante mientras lenguas de fuego aparecían por toda la choza, proyectando sombras e iluminando mi camino.

—Que me aspen —dije, apagando la linterna y observando el lugar.

No había muebles y parecía vacío. Pero algo tenía que estar desprendiendo esa magia oscura, y sabía que no eran las lenguas de fuego flotantes.

Miré a mi alrededor y me adentré en la habitación con cautela, mis pies resonando con fuerza sobre las tablas sueltas del suelo. La habitación era espaciosa, y estaba vacía. Entré en la habitación contigua, que no era diferente. Me dirigí a la tercera. Al acercarme a la puerta, sentí un ligero cambio de temperatura. Hacía un poco de frío y había un ligero olor en el aire, un olor familiar.

Empujé la puerta y me encontré con otra habitación vacía. Sólo quedaba una puerta más, y

cuando me volví hacia ella, supe que tenía que ser esa. Cuanto más me acercaba, más frío sentía, y había más lenguas de fuego flotando por aquí.

—Definitivamente es aquí —me dije.

Empujé la puerta y el olor me golpeó con fuerza en la cara. Lo aspiré casi hasta vomitar. Y de repente lo reconocí.

Había una gran bañera en el centro de la habitación, rodeada de huesos, palos y hojas. En la cabecera de la bañera había un cráneo humano y la bañera estaba envuelta en una túnica negra.

—Por los espíritus —murmuré conmocionada. Era un ritual de magia negra.

El aire se había vuelto considerablemente más frío y, al acercarme, me asomé a la bañera y vi que contenía agua del pozo de Emrys.

Emrys era un mago que vivió hace mucho tiempo. Tenía tanto talento que encontró la forma de utilizar el agua para encontrar lo que quisiera. Antes de morir, construyó un pozo y lo convirtió en una especie de piscina de los deseos. Si querías encontrar a alguien o algo, podías hacerlo en el pozo. El agua nunca podía sacarse de él porque perdía su poder. Pero, de algún modo, las brujas habían conseguido llevarla hasta allí y engañarla haciéndole creer que seguía en el pozo.

Y luego estaba el olor, típico del agua de Emrys.

Volví a estudiar la bañera. Este tipo de magia requería que alguien la renovara cada día, y dudaba que Akira lo estuviera haciendo. Ahora veía por qué necesitaba brujas aquí. Ellas eran las que usaban el agua para ella. ¿Pero para encontrar qué?

Me acerqué a la bañera con cuidado de no tocar ninguno de los amuletos que la rodeaban. Miré la superficie del agua y vi que estaba tranquila y fría. El agua de siempre.

—Increíble —murmuré dando golpecitos con el dedo en la superficie.

De pronto, aparecieron ondas por todas partes. La superficie transparente brilló y algo más apareció. Fruncí el ceño y me acerqué a observarlo.

Era un mapa, un viejo mapa de Estados Unidos. Había algunos lugares resaltados en él, y podía distinguir algunos puntos rojos, verdes y azules.

—Mierda—murmuré al reconocer la Capital en el mapa, resaltada en rojo, al igual que el territorio de Lockworth. ¿Qué eran los lugares azules y verdes?

Saqué mi teléfono y le hice una foto. Lo guardé en el bolsillo y me disponía a seguir mirando el mapa cuando alguien tosió detrás de mí.

Me di la vuelta de golpe.

—¿Blanca? —dije, sorprendida. Jamás hubiera esperado verla allí.

—¿Por qué has venido aquí, Serenity? —preguntó con voz triste—. ¿Qué haces aquí?

Blanca era una de mis compañeras, y siempre decía que quería vivir aventuras y explorar el mundo mágico.

—¿Estás trabajando para Akira? —pregunté sin aliento—. ¿Todo el Enclave trabaja para ella? ¿Después pactar que no interferiríamos en sus asuntos?

—¿Trabajar para Akira? No, no trabajamos para ella. Cumplimos nuestro castigo.

—¿Castigo? —repliqué, burlona—. ¿Sois una panda de críos o qué? ¿Cómo va a castigar una persona a todo un pueblo de brujas?

—Eres tan ingenua… Pobre idiota. ¿Has olvidado lo poderosa que es tu madre?

—No, por supuesto que no.

—Pactamos con ella no meternos en sus asuntos. ¿Y tú que hiciste? Ir a Moindre y ponerte del lado de los lobos y en su contra.

—Eso no puede ser.

—Lo es. Siren Enclave no pudo mantenerte bajo control, y arruinaste sus planes. Ahora tenemos que pagar el precio por lo que hiciste o nos matará. Tú y yo sabemos que puede hacerlo.

—¿Por eso todo el mundo ha estado tan frío conmigo desde que volví?

—Por fin lo has entendido.

—¿Pero por qué? Fui yo quien estropeó sus planes, no vosotros. ¿Por qué no ha venido a por mí?

—No lo sé, y no me preocupa. Tenemos mayores problemas de los que ocuparnos.

—Toda esta locura acabará y no tendréis que volver a vivir temiendo a Akira.

Blanca me miró. Vi lástima en sus ojos.

—¿Por qué no te fuiste cuando te diste cuenta de que no te queríamos aquí?

—Porque sabía que algo iba mal y no podía irme sin averiguar qué era.

—Y ahora que lo has hecho, no puedo dejar que te vayas.

—¿Qué?

—Estas intentando detener los planes de tu madre otra vez, y no puedo permitirlo.

—Blanca, por favor. No intentes retenerme aquí. No acabará bien para ti.

Inspiró con fuerza.

—Tendrás que matarme, Serenity.

Alzó las manos y sentí que me levantaba del suelo, y me lanzaba contra la pared. Me estrellé con fuerza contra ella.

—¡Joder! —grité mientras me alejaba rodando justo cuando volaban hacia mí miles fragmentos de madera, Di una palmada para formar un mini escudo que los detuvo—. ¡Cálmate, Blanca! No quiero pelear contigo.

—¡Lo siento, tengo que sobrevivir!

Una luz roja salió de ella y se extendió por toda la habitación. Me escondí detrás de la pared y dejé que la explosión pasara.

Entonces salté y, con una ráfaga de rápidos movimientos de los dedos, la mandé volando hacia dentro de la habitación. Se estrelló contra la bañera, que se hizo pedazos. La habitación se inundó de agua mientras ella se deslizaba por el suelo y se golpeaba contra la pared.

Intentó levantarse, pero estaba demasiado débil, y volvió a caer. Golpearse contra la bañera debió hacerle algo, con toda aquella magia negra en su interior.

—No te preocupes —aseguré—. Todo esto acabará pronto.

—Te encontraremos —amenazó con voz débil—. No hay ningún sitio dónde puedas esconderte en el que no te encontremos. En el que ella no te encuentre.

Me alejé de allí sin decir nada. Siren Enclave ya no era seguro para mí, pero había una última parada que tenía que hacer.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

MAYA

Como de costumbre, lo primero que sentí a la mañana siguiente fue el calor del sol en la cara. Aspiré profundamente, me giré en sueños, y entonces noté algo diferente.

No estaba sola en la cama.

Abrí los ojos y vi que estaba tumbada con los brazos de Kanan rodeándome. Mi cabeza descansaba sobre su pecho y escuché su respiración. Sonreí al ver cómo su pecho subía y bajaba suavemente al compás de su respiración mientras me preguntaba por qué hoy no se había despertado temprano.

Sin embargo, me encantaba. Me encantaba despertarme y encontrarlo a mi lado, sabiendo que veríamos juntos el amanecer. Me moví entre sus brazos y le pasé los dedos por el pecho. Él también se movió y abrió los ojos despacio.

—Hoy me he despertado antes que tú —murmuré contra su barbilla.

—Ah, ¿sí? —respondió con una risita—. Esto hay que celebrarlo.

—Claro que sí. ¿Pero por qué? ¿No vas a trabajar?

—Hoy no. Quiero pasar el día contigo, Zeke puede encargarse de la tienda, y si algún lobo necesita a su Alfa, puede venir aquí.

—¿Así de fácil?

—En realidad, había planeado un día como este hace tiempo; nosotros dos solos, sin hacer nada más que estar el uno con el otro durante todo el día, follando como conejos y comiendo hasta desmayarnos. No haremos nada, sólo quedarnos aquí y ser felices. En realidad, nunca hemos tenido tiempo para nosotros, así que disfrutemos del día de hoy. ¿Qué te parece?

Le sonreí de nuevo, mientras envolvía mi cuerpo alrededor del suyo.

—Déjame adivinar, lo has planeado todo, ¿no?

Soltó una nueva risita.

—En realidad, no. Improvisaremos hasta que acabe el día.

—¿En serio?

—Claro que sí, pero no desesperes. Creo que tengo una idea de por dónde podemos empezar

—¿En serio? —pregunté mientras mi mano recorría su cuerpo y se posaba sobre su erección—. Déjame adivinar otra vez. Tienes un plan muy firme.

—En realidad, sí. ¿Qué vas a hacer al respecto, cariño?

Empujé mi cara hacia delante mientras él empujaba la suya hacia abajo, y nuestros labios se encontraron en un suave beso. Sentí sus cálidas manos acariciarme la cara mientras nuestras lenguas bailaban en un trance erótico. Se me cortaba la respiración mientras intentaba besarle todo lo que podía.

Luego me aparté suavemente de él y le di otro beso en la nuca antes de dejar un rastro de besos mientras bajaba. Tomé su pene hinchado en mis manos y disfruté de lo caliente que estaba. Podía sentir la sangre bombeando en su interior. Lo sentía vivo y vibrante. Lo deseaba.

Le di un beso en la punta de la polla y sentí un escalofrío mientras él me agarraba del pelo en respuesta. Entonces, abrí la boca y lo envolví. Dejó escapar un profundo suspiro cuando me metí más y más de él en la boca. Sus manos se agarraron a mi pelo e intentó penetrarme más.

Al cabo de unos segundos, tomé aire y volví a zambullirme, chupándole la polla como si mi vida dependiera de ella. Todo su cuerpo temblaba y se agitaba como si hubiera una especie de terremoto en su interior.

—Mierda —jadeó después de un rato. Luego me empujó hacia abajo una vez más antes de correrse con fuerza en mi boca—. Por los espíritus... ¡qué maravilla! —su voz temblaba mientras me miraba asombrado.

Le sonreí mientras usaba el dorso de la mano para limpiarme.

—Pues aún no hemos terminado.

Me puse a horcajadas sobre él y guie su polla hasta mi entrada. Dejé escapar un grito agudo al sentir cómo me atravesaba. Utilizando mi propio peso, bajé sobre su polla, empalándome hasta que no pude más.

—¡Increíble! —jadeé, respirando con dificultad mientras trataba de recuperar mi fuerza.

Entonces empecé a cabalgarlo, subiendo y bajando, haciendo que ondas de placer recorrieran nuestros cuerpos a medida que aumentaba el ritmo.

—¡Así, amor! —gimoteó mientras me agarraba las tetas y las apretaba con fuerza.

Pronto caímos sobre la cama y él se puso encima de mí, penetrándome con fuerza una y otra vez. A varios metros de distancia, podía oír el débil timbre de mi teléfono, pero lo ignoré mientras me aferraba a mi amante, disfrutando de cada golpe que me daba. Nuestro ritmo aumentó, al igual que nuestros gritos y gruñidos. Después de unas cuantas caricias más, nos corrimos a la vez.

Se introdujo tanto en mí que parecía que quería clavarme al colchón, y los dos nos estremecimos y temblamos por la fuerza de nuestros orgasmos. Cuando terminó, respirábamos con dificultad y rapidez.

Pronto, el latido de la sangre en mis oídos disminuyó y me di cuenta de que mi teléfono estaba en

el taburete junto a mí. Sin embargo, antes de que pudiera reunir la energía necesaria para levantar la mano y cogerlo, me detuve.

—¿Quién es? —murmuró Kanan con brusquedad mientras se giraba para poder tumbarse boca arriba.

Mi cara estaba sobre la cama, así que me giré despacio para mirarle.

—¿Qué más da? Que vuelva a llamar.

Me acerqué más a él y me rodeó con sus brazos. Sin embargo, justo cuando me estaba acomodando en la nueva posición, mi teléfono empezó a sonar de nuevo.

—¡Por el amor de Dios! —gruñí.

—Cógelo. Podría ser importante.

—Maldita sea...—Me di la vuelta y cogí el teléfono—. Es Serenity —dije antes de descolgar.

—¿Por qué no coges el maldito teléfono? — ladró la bruja.

—No sé en qué zona horaria estás, pero aquí es pronto. Tranquila ¿Qué pasa?

—He descubierto algo. Creo que hemos estado equivocados todo este tiempo.

Me incorporé, acercándome el teléfono a la oreja.

—¿De qué estás hablando?

—De Akira. ¿De qué si no?

—Joder... dame un segundo—. Miré a Kanan, incitándole a sentarse también, y luego puse el teléfono en altavoz—. Kanan está aquí conmigo, y te he puesto en altavoz.

—¿No ha ido al taller? —se sorprendió Serenity.

—No, ¿Acaso importa? —preguntó él.

—No, es incluso mejor así. Anoche encontré una choza protegida por uno de los secuaces de Akira.

—¿Un lobo?

—No, una bruja. Tiene brujas trabajando para ella aquí en el Enclave, y tiene algo que ver con una especie de castigo.

—Si tiene brujas de su lado, eso significa que se está volviendo aún más poderosa —deduje.

—Encontré algo en la choza y te lo estoy enviando ahora mismo. He estado en la biblioteca de la comunidad tratando de entenderlo, y por fin lo he logrado.

Mi teléfono vibró en mi mano y vi cómo aparecía el mensaje. Era una foto y, al abrirla, vi un mapa con varios lugares resaltados en rojo, azul y verde.

—¿Qué se supone que estoy mirando, Serenity?

—Me llevó un tiempo, pero lo descubrí —respondió—. Todos los puntos marcados en rojo son territorios de lobos. Si estudias el mapa, verás la Capital e incluso la manada de tu padre, junto con todas las manadas importantes del país. Todas están resaltadas.

—Joder...—murmuró Kanan mientras estudiábamos juntos la foto—. Es cierto. ¿Y los lugares marcados en azul?

—Son los territorios de los vampiros, y los verdes las comunidades de brujas de todo el país.

—Mierda...—maldije pasándome la mano libre por el pelo.

—Sabéis lo que esto significa, ¿verdad? Siempre hemos pensado que su próximo gran plan tendría que ver con Vicious Hounds, pero estábamos equivocados. Va mucho más allá. Sea cual sea su plan, tiene que ver con criaturas mágicas de todo el país. Incluso las brujas.

—Así que no tienes ni idea de lo que podría estar planeando —preguntó Kanan.

—Todavía no. Por eso te lo estoy contado. Si busco yo por mi lado y vosotros por el vuestro, quizá encontremos como detenerla de una vez por todas —afirmó Serenity

—Y con brujas e híbridos a su servicio, es imparable —musitó Kanan.

Alargué la mano y se la cogí para apretarla. Recordé lo que me dijo la noche anterior. ¿Se estaban haciendo realidad sus miedos? Sacudí la cabeza mientras intentaba centrarme en la conversación.

—¿Dónde estás, Serenity? —pregunté—. ¿Sigues en el Enclave?

—Sí, pero por ahora me escondo en la biblioteca. A las brujas no les gustó que encontrara la choza anoche e intentaron detenerme. Conseguí escapar, pero creo que todavía me están buscando.

—¿Qué demonios haces allí todavía? —ladré al teléfono: —Vuelve aquí enseguida. Podemos usar este mapa para seguir investigando.

—No, no es suficiente. Aguantaré todo lo que pueda, y luego volveré. Todos tenemos que hacer lo mejor para asegurarnos de que Akira...— su voz se apagó a mitad de la frase.

—¿Serenity? ¿Estás bien?

—Tengo que irme ahora. Creo que tengo compañía.

—Por el amor de Dios, Serenity, tienes que volver.

—Probablemente no sea nada. Te llamaré en cuanto sepa algo más, ¿de acuerdo?

Y colgó.

CAPÍTULO CUARENTA



SERENITY

Corté la llamada a Maya y me quedé inmóvil durante unos segundos, escuchando el silencio que siguió. Por un momento, tuve la certeza de haber oído un ruido en algún lugar de la biblioteca. Pero al poco me di cuenta de que sólo lo había imaginado.

A estas horas, yo era el única que estaba allí. Ni siquiera el bibliotecario había aparecido aún.

Ante mí había extendido varios mapas y pergaminos. Tras huir de la choza, vine aquí para averiguar todo lo que pudiera sobre el mapa. Y tal y como le dije a Maya, Akira tenía algo planeado para todas las criaturas mágicas. Pero ¿qué? ¿Por qué los lobos estaban marcados en rojo y los otros no? ¿Significa esto que Akira tenía un plan diferente para ellos?

Seguía tratando de ver qué más podía averiguar sobre los lobos. Tal vez así podría adivinar el plan de Akira. Y dado que Maya y Kanan también investigarían por su parte, esperaba que al final del llegáramos a saber más

Me volví hacia una de las estanterías. Esta vez estaba segura de haber oído un ruido. No, no un ruido, sino ligero arrastrar de pies. El tipo de sonido que haces cuando cambias el peso de un pie a otro. Había alguien escondido en la biblioteca.

¿Cómo me había encontrado? Recordé el agua del pozo de Emrys. Miré la mesa que tenía delante, para ver si había algo que necesitaba llevarme, pero no. Me lo sabía todo de memoria, y no necesitaba cargar peso extra.

Cogí el teléfono y me puse de puntillas junto a la pared, pegándome a ella. Si la persona se escondía de mí, sabía que yo estaba allí. Era hora de ponerse en marcha. Sólo había una puerta para salir de la sala, y estaba ligeramente entreabierta. Me acerqué despacio, intentando hacer el menor ruido posible. De pronto, la puerta se abrió de golpe, chocando con la pared.

El sonido, como el de un disparo, reverberó por toda la biblioteca y me sobresaltó. No estaba acostumbrada a oír ruido allí. Entonces vi a una mujer que entraba tranquilamente en la sala, mirándome irritada. Sonreí al reconocerla.

—Hola, Martha —dije, mirándola con fijeza. Era la bruja que intentó matar a Kanan y Maya hace dos meses cuando fueron a pedir ayuda para romper la maldición. Y yo fui la que salvó a los dos lobos de su ira—. Me preguntaba cuándo volvería a encontrarme contigo.

—Un gran error por tu parte —replicó, enfadada.

—Sobre la última vez que nos vimos... lo siento. He sabido que Akira os obliga a trabajar para ella por lo que hice. No era mi intención.

Rio entre dientes.

—Maldita zorra, para ti es fácil decirlo. No vives aquí, ¿verdad? Somos nosotros los que tenemos que lidiar con la ira de tu madre, y ahora que has descubierto lo de los mapas, no podemos dejarte marchar.

—Vamos, Martha, por favor. No quiero pelear con mis hermanas.

—No somos hermanas. Nunca lo fuimos. Siempre serás la hija de la bruja que tiene Siren Enclave como rehén. Desde que naciste, no has causado más que problemas. Akira no quería ser madre, pero tampoco quería que estuvieras con tu padre, así que te puso a nuestro cuidado. De ese modo, dejaría en paz al Enclave.

—Eso es mentira —repliqué—. Me dijiste que mientras no interfirierais s en su búsqueda de poder, dejaría en paz al Enclave.

—Esa es la mentira, estúpida.

—No te creo. Quieres confundirme.

—Como quieras. Estoy segura de que tu padre pensaría diferente.

—¿Conoces a mi padre? —pregunté frunciendo el ceño.

—¿Cómo no iba hacerlo? No pensarás que tu madre te concibió ella misma, ¿verdad?

—Claro que no, pero mi tía me dijo que murió. Eso es todo.

—Bueno, eso no es asunto mío. Pero sí lo es asegurarme de que no salgas del Enclave.

—No puedes detenerme, Martha.

—Conmigo será distinto a con Blanca —dijo, y cuatro brujas más salieron de sus escondites y flanquearon la salida.

—Te superamos en número —dijo una de ellas—. Esto no tiene por qué ser una pelea.

—Sois vosotras quienes me estáis atacando.

—Lo hacemos para sobrevivir. Tú, en cambio, porque te aburres y estás enfadada con mamá.

Aspiré hondo.

—Lo siento, pero no puedo rendirme.

Levanté dos dedos y la puerta se cerró de golpe, haciendo vibrar toda la habitación. Las brujas se volvieron sobresaltadas. Entonces golpeé con el puño hacia ellas, provocando una enorme ráfaga de viento que recorrió toda la habitación, las levantó y las lanzó contra la pared.

Salí corriendo, abrí la puerta y hui hacia el vestíbulo en dirección a la salida. Oí un crujido detrás de mí y vi que una de las enormes estanterías se precipitaba hacia mí. Conjuré un escudo sobre mí, pero caí de rodillas cuando el peso de la estantería me empujó hacia abajo. La madera se

rompió en mil trozo y cientos de libros cayeron al suelo.

—¿En serio? —jadeé al ver a Martha detrás de mí, murmurando ininteligiblemente mientras levantaba las manos una vez más.

Otra estantería se desprendió de la pared y cayó hacia mí. Intenté evitarla, pero de repente se abrió una puerta. Me di de bruces contra ella y caí de espaldas. Mi cabeza latía de dolor mientras la estantería caía hacia mí. Intenté alejarme arrastrándome, pero no llegué a tiempo antes de que se estrellara contra el suelo a mi lado. La fuerza de la colisión me hizo volar antes de estrellarme contra la pared.

—Mierda —jadeé mientras una sacudida de dolor recorría todo mi cuerpo.

—Ríndete, Serenity. No tienes ninguna oportunidad.

Me puse en pie, respirando fuerte y rápido. Entonces, sentí algo extraño. Miré hacia abajo y vi que tenía un trozo de madera clavado en el vientre.

—Mira lo que has hecho —gruñí. La sangre manaba a borbotones. Traté de contener la hemorragia con mi mano

—No queremos matarte. Ríndete.

Sudaba profusamente mientras las miraba. Mi visión se hizo borrosa y supe que me desmayaría

—*Astalagi inferna* —grité.

Al instante, las ventanas se abrieron de golpe, lanzando fragmentos de cristal por los aires y una enorme llamarada se dirigió hacia las brujas. Antes de que pudieran hacer nada, el infierno las había rodeado. Levanté una de mis manos hacia una de las estanterías y, con una maldición, la arranqué de la pared y la lancé contra las cinco mujeres, que sólo pudieron gritar de miedo antes de que se estrellara contra ellas, atrapándolas bajo su peso.

Respirando con dificultad, caí de rodillas. A mi alrededor, los libros y las estanterías se incendiaron y las llamas empezaron a propagarse. Me acerqué a donde estaba Martha, agitando las manos para abrirme paso entre las llamas.

—No voy a matarte —aseguré—. Sé que podéis liberaros. Pero necesito tiempo.

—¿Crees que eres diferente de tu madre? Mira a tu alrededor. ¡Todo lo que tocas muere! Todo lo que le ocurre al Enclave ahora mismo es por tu culpa. ¡Siempre ha sido por tu culpa! Así que deja de pensar que eres mejor que tu madre. Eres peor, porque ella no intenta ser alguien que no es.

Con un gesto de mis manos, el fuego volvió a rodearlas. Me tambaleé hacia atrás y cojeé hacia la puerta, agarrándome el estómago, mareada por el dolor.

—No —gemí.

Mi visión se nubló, me tambaleé me estrellé contra la pared. Jadeante, avancé hacia la salida. No podía morir aquí. Tenía demasiadas cosas que hacer. Todavía tenía que detener a mi madre.

Con un gesto de mi mano, la puerta salió volando de sus goznes, voló por los aires y se estrelló

contra un árbol del patio. Agarrándome la herida con una mano, utilicé la otra para conjurar un portal.

Apareció durante unos segundos, pero luego se desvaneció.

—Vamos —gemí débilmente mientras lo intentaba de nuevo.

Cuando mis ojos se cerraron por última vez, vi aparecer delante de mí algo negro azulado, y caí de inmediato en él.

Y todo se oscureció.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO



KANAN

Después de que Serenity cortara la conversación, permanecimos un rato sentados en la cama, mirando el teléfono, sorprendidos.

—¿Qué demonios acaba de pasar? —murmuré.

—Creo que Serenity tiene problemas —respondió Maya—. Tenemos que ayudarla.

—Sabe cuidarse ella misma —respondí tumbándome en la cama—. Es inteligente e ingeniosa. No le pasará nada.

—¿Estás seguro?

Hice una pausa y volví a mirarla.

—Por supuesto. Nos lo ha demostrado en muchas ocasiones. Es más, que haya conseguido esta información dice mucho de ella.

—Sí, el mapa —recordó Maya. Lo abrió y amplió la imagen para verla más de cerca. —¿Por qué usar el agua de Emrys? No tiene sentido.

—¿Qué?

Me tendió el teléfono.

—¿Te parece que ese mapa está en papel?

Estudié la imagen.

—No. Es como si flotara en el agua.

—Sí, es agua del pozo de Emrys. Pierde su poder cuando se saca del pozo, pero apuesto a que las brujas hicieron mucha magia oscura para engañar al agua y hacerla creer que aún estaba allí. Mi pregunta es, ¿por qué?

—¿Crees que eso es importante?

—No lo sé. Todo parece importante en este momento. Podría ayudarnos a avanzar un poco.

—Bien, pero hay otro punto más importante. ¿Por qué Akira ha marcado todos los territorios de los lobos? ¿Y por qué en rojo? ¿Significa algo, o es sólo el color que decidió usar?

—Vayamos por partes. Creo que esto significa que, al contrario de lo que pensábamos, Vicious Hounds nunca fue el objetivo de Akira. ¿Qué significa eso? Que la única razón por la que necesitaba a la manada era para formar un ejército que llevara a cabo su plan, cualquiera que sea. Para los lobos o para el mundo —murmuré.

—Y Morellis se la dio encantado. Ahora, además, con las brujas de su lado, es imparable. —Me levanté de la cama, cogí mis bóxer y me los puse. Me quedé pensativo—. Trato de imaginar todos los escenarios posibles, y no acabo de entender qué puede tener planeado. Pero hay un lado positivo en todo esto.

—¿Cuál?

—No somos los únicos que estamos en el punto de mira. Sería buena idea comunicar esto a los demás. Buscar una nueva perspectiva y averiguar si podemos encontrar una manera de resolver esto.

—Mi padre —rezongó Maya, dejando caer el teléfono sobre la cama mientras se levantaba.

—Sí, tenemos que ir a verle y contarle lo que hemos descubierto. Él también está buscando a Akira. Ha estado involucrado en esto desde el principio. Y ahora, con más razón.

—Bien, ¿cuándo nos vamos?

—No hay mejor momento que el presente, ¿no es lo que dicen?

—Genial—repuso, apenada—. Lo siento. Sé que no era así como planeabas pasar el día.

—Bueno, siempre podemos hacerlo más tarde. Ahora tenemos que ocuparnos de Akira. Dúchate mientras preparo algo para comer. Nadie salva a su manada con el estómago vacío., especialmente cuando la amenaza la bruja más poderosa del mundo.

—Perfecto —Se dirigió al baño.

La seguí con la mirada y luego sacudí la cabeza con tristeza. Todo esto me estaba cansando. ¿Cuándo podría vivir tranquilo con mi compañera? Incluso antes de conocernos, todo eran guerras, sin contar la que se avecinaba. Al principio, fui a buscar a Maya para desafiar a Morellis y convertirme en el nuevo Alfa. Pero, tras conseguirlo, aún no sabía lo que era la verdadera paz.

Cada día que pasaba con ella, me preguntaba si sería el último que la vería con vida. Estaba cansado de tener miedo, y con Akira este se había triplicado. ¿Cuándo podría por fin disfrutar de la vida tranquila que siempre soñé con mi compañera, para poder follar como locos y tener bebés monísimos mientras lideramos a los Vicious Hounds?

Dejé escapar un profundo suspiro mientras salía de la habitación. Haría cualquier cosa por conseguir la vida que quería para Maya y para mí. Después de todo lo que habíamos pasado, ambos nos lo merecíamos.

Una hora después, tras comer y asearnos, subimos al coche. Era el mismo Jaguar que Zeke me permitió utilizar la última vez que fui en busca de Maya. Desde la guerra civil, no habíamos tenido muchos motivos para utilizarlo, salvo cuando íbamos a ver a Lockworth. Pero ahora, con todo lo que estaba en juego, me trajo a la memoria los sucesos de hacía dos meses.

—Vamos —oí decir a Maya unos minutos después—. Vamos a hablar con mi padre. Volveremos antes de que anochezca.

—Sí —murmuré mientras masajeaba el volante—. No es nada importante. Sólo una simple visita para intentar saber qué está ocurriendo.

—¿Lo ves? Todo controlado. Ahora, vámonos.

—Espera un momento —dije mientras encendía el motor, —tenemos que hacer una parada antes de continuar.

Pisé a fondo el acelerador y conduje hasta el taller donde Zeke estaba trabajando en un coche. Su compañera, Betty, también estaba allí revisando algunos de nuestros libros mientras su hija jugaba en un rincón. Maya y yo salimos del coche.

—Esto no me gusta —murmuró Zeke en cuanto nos vio.

—Oh, venga —le pinché—. ¿Por qué?

—No lo sé, pero estoy seguro de que no me gustará —gruñó él dejando caer la llave inglesa—. ¿De qué se trata?

—Algo está ocurriendo —susurré acercándome a él—. Maya y yo tenemos que ir a visitar a su padre. Mientras tanto, necesito que te ocupes de todo. ¿Lo harás por mí?

—Por supuesto, pero ¿qué está pasando?

Inspiré hondo y procedí a contarle todo lo que sabíamos hasta entonces. Cuando terminé, él estaba apoyado en el coche en el que trabajaba mientras Betty permanecía de pie a un lado con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Algo va a ocurrir —dijo.

Asentí.

—Maya y yo lo sabemos, pero como es un problema que ya no nos atañe sólo a nosotros, tenemos que decírselo a los demás para nos ayuden.

—En efecto —coincidió Zeke—. Después de todo tres cabezas piensan mejor que dos. Entonces, ¿cuánto tiempo planeas estar donde Lockworth?

—No mucho. Lo necesario para contárselo todo y ver qué nos puede decir. Después volveremos. Aunque esto es un problema para todos los lobos del país, mi prioridad siguen siendo los Vicious Hounds, así que volveremos para averiguar la mejor manera de protegernos de lo que sea que Akira haya planeado.

—Parece sencillo —sonrió Zeke—. Ve tranquilo. La manada estará aquí esperándote hasta que regreses.

—Gracias... vamos, Maya.

—Tened cuidado —pidió ella.

—Y vosotros. Nada de haceros los héroes — añadió Betty.

—Por supuesto que no —respondí con una sonrisa burlona—. Gracias de nuevo.

Maya y yo volvimos al coche y salimos del taller. Minutos después íbamos por la carretera a toda velocidad.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS



MORELLIS

Salí del sótano, impregnado del pútrido olor del sudor y la suciedad. No importaba lo bien o lo a menudo que lo limpiáramos, el olor nunca desaparecía. Imposible, con todos nosotros allí amontonados durante tanto tiempo y la ventilación era tan escasa. Era el único lugar de la casa en el que Akira nos permitía quedarnos mientras ella vivía en la casa principal.

Cuando la puerta se cerró tras de mí con un sonoro golpe, me adentré en la casa para responder a su llamada. El aspecto del lugar había mejorado notablemente. Durante horas, mis compañeros lobos y yo habíamos trabajado como esclavos limpiando y haciéndola habitable para ella. Ahora, el polvo y la suciedad habían desaparecido, al igual que la tela de araña que había invadido todo el salón. El ambiente era suave y fresco, con las luces flotantes que proyectaban un suave resplandor sobre el lugar.

No entendía por qué Akira no nos dejaba quedarnos aquí con ella. Era como, si desde que nos convertimos en híbridos, ella hubiera cambiado. Quizá por estábamos atados a su voluntad y sólo podíamos hacer lo que ella nos ordenaba, como limpiar la casa y fregar los suelos.

Me detuve un momento a la entrada de su habitación para serenarme y luego llamé a la puerta.

—¿Quién es? —Como siempre, su voz sonó áspera, como si acabara de perder una formidable batalla. Lo cual no era así, porque siempre las ganaba todas.

—Soy Morellis, oh, Gran Malvada —respondí poniendo los ojos en blanco.

Así era como nos dijo que nos debíamos dirigir a ella a partir de ahora, tras autoproclamarse Gran Malvada.

La puerta se abrió y la encontré sentada en la cama, mirando por la ventana. El sol estaba en lo alto del cielo y brillaba sobre el campo abierto. Pero lo único que veía era el verde infinito de la hierba perfectamente segada, que parecía fértil y estéril al mismo tiempo. Me pregunté qué era lo que la atraía de ella.

Se volvió para mirarme y exhaló un suspiro impaciente.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Lo siento. No volverá a ocurrir.

—Eso espero. Estoy siendo generosa dejándoos quedaros aquí. No me hagas echaros.

Me mordí el labio para no decir nada fuera de lugar. El colmillo me desgarró el labio y sentí mi propia sangre en la boca. Sabía amarga y tuve que reprimir el impulso de escupirla. Hacerlo habría sido mi perdición.

—Ha llegado el momento. Por fin ha llegado el momento que estabas esperando —anunció poniéndose en pie—. Es hora de mostrar al mundo de lo que sois capaces los híbridos.

Asentí con la cabeza y apreté los puños con ansia.

—¡Estamos listos, Gran Malvada! Sólo tienes que decirlo.

—Bien, elige cuatro o cinco híbridos para ir contigo. Te daré instrucciones para ti en unos minutos. Vuestro primer objetivo está en Chicago.

Aquello me desconcertó.

—¿Vamos tras una manada en Chicago?

Ella se tensó y levantó despacio la cabeza hacia mí.

—¿Qué has dicho? —susurró apenas conteniendo la furia entre sus dientes apretados.

Bajé la mirada hacia mis botas y entrelacé mis garras, tratando de adoptar la postura más sumisa que pude.

—Pensé que nuestro primer objetivo serían los Vicious Hounds, teniendo en cuenta lo que nos hicieron, especialmente Maya. Sabes que debo hacerla pagar por la muerte de mi compañera, y Kanan también tiene que desaparecer. Si alguien merece todo lo que se avecina, es Vicious Hounds, no alguna manada en la lejana Chicago. Porque si lo piensas... —Me detuve al ver que me miraba con los ojos en llamas, y me retorcí delante de ella.

Luego se detuvo y se acercó a la ventana, colocándose a un lado mientras miraba por ella una vez más.

—¿Sabes? —murmuró al cabo de un rato—. Esto me trae recuerdos. Lo que lo empezó todo. ¿Puedes creer que hubo un tiempo en mi vida en los lobos no me importabais una mierda?

No supe qué responder, así que me callé y dejé que siguiera hablando.

—Una noche, mi familia y yo estábamos pasando una buena noche en nuestro recinto. Ya sabes, al aire libre, bajo las estrellas mientras mi padre hacía magia para entretenernos a mi hermana y a mí. Pero entonces, me di cuenta de que necesitaba orinar. No quería decírselo a mis padres porque me harían entrar y tenía demasiado miedo de entrar sola por culpa del Hombre del Saco. Normalmente, mi hermana habría tenido que acompañarme, pero esa es otra historia. El caso es que conseguí escabullirme y esconderme detrás de unos matorrales que rodeaban nuestro recinto para poder hacer mis necesidades. Estaba perfectamente situado para poder verlos claramente, y mientras no dijera una palabra, nunca me verían.

Pasó su largo dedo índice por el material de la cortina que se incendió. Ardió con fuerza durante unos segundos antes de que ella chasqueara los dedos. Se apagó de inmediato, pero quedó un enorme agujero en la cortina. No pareció importarle.

—Sólo era una niña que quería mear, Morellis. ¿Cómo iba a saber que eso me salvaría la vida?

Me removí, nervioso.

—¿Qué?

—El lobo fue primero a por mi padre, tan rápido que casi no lo vimos. Se lanzó directo a su garganta y el pobre no tuvo ninguna posibilidad. Estaba tan asustada que no pude emitir ningún sonido, tanto que ni siquiera pude gritar de miedo. Aterrorizada, mi madre agarró a mi hermana y quiso cogerme a mí, pero…

—Estabas escondida —dije.

—Exacto, ¿y qué hizo? Cogió a mi hermana y la trajo a donde yo estaba. Por desgracia, mi madre tampoco pasó de esa noche. Nos dio tiempo a mi hermana y a mí para que pudiéramos escapar. Pagó ese tiempo con su vida.

—Lo siento mucho —murmuré, avergonzado de que uno de los míos hubiera hecho algo así.

—¿Por qué? Eso pasó mucho antes de que nacieras. ¿De qué te arrepientes?

Apreté los labios para no volver a disculparme.

—Más tarde, cuando era adolescente, encontré al lobo que mató a mis padres. Resultó que el hijo de puta ni siquiera recordaba lo que había hecho. Una bruja lo maldijo y manipuló para que los atacara. Lo maté. Por voluntad propia o no, el asesinó a mis padres. Cuando encontré a la bruja responsable de destruir a mi familia, acabé con ella y con todos los que conocía. Lo que ahora llaman arrasar un pueblo entero, sólo para suavizarlo.

—Por los espíritus —musité conmocionado.

—Sí, ¿cómo se atrevió? —preguntó con rabia sentándose de nuevo en la silla—. Te estarás preguntando por qué te cuento todo esto. Paciencia, pronto lo verás.

—Claro, oh, tú, Gran Malvada.

—¿Sabes lo que me enseñó todo esto? Aprendí que los lobos son maleables. A diferencia de humanos y vampiros, su biología no es fija. Con la cantidad justa de magia, puedes hacer lo que quieras con ellos. O convertirlos en quien tú quieras. —Me miró a los ojos al pronunciar la última frase.

—Híbridos —susurré.

—Exactamente —respondió—. Pero no te hagas ilusiones. No has sido el primero. Crear un híbrido es difícil para cualquier bruja, incluso para una como yo. Tuve que aprender mucho sobre lobos. Y muchas de las cosas que necesitaba saber no se podían encontrar en las bibliotecas. ¿Qué solución encontré? Me hice amiga de uno.

—Mierda —gruñí, atónito, sin poder contenerme—. ¿Lockworth?

Asintió.

—Necesitaba estar cerca de él, para que se comportara con total libertad, sin darse cuenta de lo que yo pretendía. Era mi perrito fiel y todo iba genial. Hasta que tuvo la maldita visión de su compañera. —Su voz se endureció al decirlo—. Eso arruinó mi plan. El muy hijo de puta rompió

conmigo sin más, dejándome sin años de planificación y recopilación de datos. No podía permitirlo, pero ¿qué podía hacer? Era la naturaleza de los lobos jugando conmigo otra vez. ¿Cómo es posible que tengan visiones de sus compañeros predestinados? ¿Por qué no pueden ser los perritos buenos que estaban destinados a ser? Ese era el problema con Lockworth. Yo intentaba que fuera algo que no es. Ganó algunas guerras, ¿y qué? Lo rogué que volviera conmigo para poder continuar con mi experimento, pero se negó. Qué osadía. Acepté que no podría seguir trabajando, así que corté por lo sano y lo maldije.

Tragué saliva al recordar cómo Serenity había roto la maldición durante la guerra civil, aquí mismo, en Moindre.

—Por fortuna, fue un contratiempo menor, porque al poco encontré un espécimen aún más crédulo.

Fue entonces cuando comprendí a dónde quería llegar.

—Yo —musité, incrédulo.

—Sí. Pero tú, a diferencia de Lockworth, me gustas. Sabes cuál es tu sitio y no intentas superarte. Así es como debería ser, ¿verdad?

No respondí.

Al instante, me lanzaron bruscamente por los aires y me golpeé con fuerza contra la pared. La sentí resquebrajarse bajo mi peso cuando volví a chocar con fuerza contra ella antes de caer al suelo.

—¿En qué maldito universo te crees digno de cuestionar mis decisiones? —Su voz me resultó atronadora, tan sólida que sus palabras me golpearon como puñetazos.

—Akira ¡Lo siento! No volverá a ocurrir.

—¿Akira? —repitió entre dientes. Supe entonces que me había equivocado de nuevo—. ¿Cómo te atreves?

Volé de nuevo por la habitación y rompí la ventana con la cabeza antes de caer al suelo. Ella se detuvo y sonrió, malévola.

—¿Por qué cansarme? Sigue golpeándote hasta que te ordene que pares.

Contra mi voluntad, me puse de rodillas y comencé a pegarme, primero en un lado de la cara y luego en el otro, fuertes puñetazos que enseguida me hicieron sangrar los labios y me sacudieron los dientes. Akira me observó durante un rato, luego se acercó a mí y tomó asiento a mi lado.

—Así, así. Buen perrito. ¿Ves para qué servís los lobos? Estáis hechos para ser controlados. Ese es vuestro destino, no importa cuánto intentéis luchar contra él.

—Lo siento —murmuré antes de que el puño volviera a golpearme la boca. Tosí y escupí sangre mientras caía a cuatro patas. Pero no dejé de golpearme.

—Estás atado a mi voluntad, lo que significa que no importa lo que pienses, sólo puedes hacer lo que yo deseé. Y no me importan nada tu compañera muerta o tu mezquina venganza. Tengo un plan que es más grande que los Vicious Hounds, y tu sed de venganza contra Maya no lo

arruinará. ¿Te ha quedado claro? —preguntó en tono amenazador.

—Sí —gemí, levantando la mano para golpearme de nuevo.

—Para.

Mi puño se congeló a centímetros de mi cara.

—A decir verdad, esto me encanta —rio, acomodándose en su asiento. Yo continué de rodillas, contrito y humillado ante ella—. Como te he dicho antes, tú y el equipo que elijas iréis a Chicago. La manada de allí servirá de escarmiento, y eso hará que los demás se sometan a mi voluntad.

Asentí sin replicar. Las palpitaciones de mi cara se redujeron. Me curaba a toda velocidad gracias al gen híbrido que ahora tenía en mi cuerpo. Mucho más rápida que la curación del lobo.

—Ve y elige a tu equipo —ordenó Akira—. Luego volved aquí, y os llevaré a Chicago. El Nuevo Orden Mundial ha comenzado y deberíais sentiros honrados de estar a la cabeza de él.

—¡Te estoy eternamente agradecido, Oh Gran Malvada! —Me levanté del suelo y con la vista baja, seguí moviéndome hasta salir de la habitación. Sólo cuando la puerta se cerró tras de mí me apoyé en la pared.

¿En qué demonios me había metido?

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES



MAYA

Cuando detuvimos el coche delante de la puerta del bar de mi padre, nos recibieron cómo héroes. Así sucedía siempre que íbamos a verlo. Mi padre no dejaba de hablar de cómo Kanan y yo habíamos conseguido frustrar los planes de la bruja más poderosa del universo. Le recordé cientos de veces que no estuvimos solos en aquella batalla, y que Serenity también fue decisiva para la victoria, pero era como si le hablara a una pared.

Salimos del coche y los lobos se acercaron a darnos apretones de manos o abrazos, diciendo lo que se alegraban de vernos. A veces, sentía ganas de llorar. Así debía ser la vida de los lobos, llena de unidad y armonía. No el horror que me tocó vivir por culpa de la maldición que pesaba sobre mi padre.

Cuando terminamos de saludar a todo el mundo, Kanan y yo caminamos de la mano hacia la barra, donde estaba mi padre secando los vasos.

—¿Cuánto tiempo seguirá tu gente recibiéndonos así? —preguntó Kanan mientras entrábamos.

Mi padre dejó el vaso boca abajo sobre el mueble, luego cogió otro y repitió el proceso.

—Tenéis que admitir que lo habéis hecho muy bien. Ellos saben reconocer el valor. ¿Crees que esto es excesivo? Deberías haber visto la recepción que me hicieron a mí tras expulsar a los vampiros de Nueva York.

—Por los espíritus...—murmuré—. No quiero ni pensarlo.

—Sois estrellas. Aceptadlo —sonrió él.

Kanan y yo fuimos a su encuentro. Soltó la servilleta y le tendió la mano, que Kanan estrechó con firmeza. Luego rodeó el mostrador para venir a abrazarme.

—Me alegro de volver a veros —me susurró al oído—. Aunque tengo que preguntarlo. ¿Va todo bien? Por tu tono al llamarme esta mañana, no lo parecía.

—Sí, sobre eso... siento habértelo soltado así.

—¿Así que hay un problema? —murmuró tamborileando con los dedos en la superficie de la barra—. Pero bueno, cualquier oportunidad para estar con mi hija y su compañero es buena.

—Sí, pero tenemos que hablar —insistí.

—Sí, lo imagino —respondió—. Id a vuestro reservado, llamaré a tu madre y nos reuniremos con vosotros en breve.

Kanan y yo fuimos al reservado más alejado de la puerta. Era mi favorito desde niña. Me gustaba tanto que mi padre lo cerró a los clientes, y yo era la única que podía estar allí. El mismo lugar donde conocí la verdadera historia de la malograda relación entre mi padre y Akira dos meses atrás. Y ahora, nos reuníamos en el para algo similar.

Nos sentamos en el banco. Fruncí el ceño y me levanté. Seguía teniendo el mismo aspecto de siempre, lleno de cicatrices y desgastado, pero parecía tener más espuma y era más cómodo.

—¿Tu padre ha arreglado este asiento? —preguntó Kanan al cabo de unos segundos.

Asentí sentándome de nuevo.

—Creo que sí, aunque no lo parece.

—Sí, se nota. Un detalle muy bonito, si me apuras. Y tiene el mismo aspecto, pero mejorado.

Puse los ojos en blanco, pero me gustaba. Con los años, los asientos de los reservados se volvieron planos y duros, lo que hacía incómodo estar sentado en ellos mucho tiempo. Ahora sería diferente. Me levanté para ver si también había cambiado los asientos de los demás.

—Veo que te gusta el nuevo aspecto —oí decir a mi padre mientras se acercaba por detrás con mi madre—. ¿Qué te parece?

—Una idea espléndida —respondí, hundiendo los dedos en el mullido asiento—. Cuanto más cómodos estén aquí bebiendo, más dinero ganarás. Muy bien pensado. Pero no has cambiado el aspecto ni el ambiente. ¿Por qué?

—Una de las razones por las que la gente sigue viniendo aquí es por y los recuerdos que guarda para muchos de nosotros. Tú, por ejemplo, tienes tu reservado favorito, que significó mucho para ti durante tu infancia. Hay otros lobos que aquí conocieron a sus compañeros, tuvieron sus *baby showers*, y miles de cosas más, justo bajo este techo. Además, al ser yo el Alfa, aquí se han tomado muchas decisiones sobre la manada. Pensé que cambiarlo le quitaría eso a mucha gente. Por eso quise mantener lo viejo y atraer lo nuevo.

—Me encanta —dije con entusiasmo.

—Me alegro. —Sonrió mi padre.

Mi madre se acercó por detrás.

—Hola, mamá.

Me alegró volver a verla. Abrió los brazos y la abracé. No me fue tan fácil reconciliarme con ella como con mi padre tras eliminar la maldición de Akira. Incluso antes de cumplir los dieciséis años, siempre me sentí más cercana a mi padre, y tras el desastre de mi primera transformación, mi relación con ella se tensó aún más. Más tarde, el hecho de que me mudara y diera la espalda a la manada lo empeoró todo. Tenía la sensación de que entre nosotras ya no había nada.

Pero los milagros ocurren, y ahora estábamos reconstruyendo nuestra relación. Despacio, quizá, pero avanzábamos, y a mí me gustaba así.

Al cabo de un rato, me separé del abrazo y di un paso atrás, cogiéndola de la mano.

—Vamos a sentarnos.

Ella y mi padre se sentaron frente a nosotros. Él frunció el ceño, preocupado.

—Me estáis empezando a asustar. ¿Qué está ocurriendo?

—Por fin tenemos noticias de Akira —anunció Kanan—, y tengo que advertir que no son buenas.

—Estamos hablando de Akira, nada relacionado con ella es bueno.

—Recuerdas a nuestra amiga bruja Serenity? Ha descubierto algo inquietante —comencé.

Procedí entonces a contarles lo que había encontrado en Siren Enclave. Mientras hablaba saqué mi teléfono y les mostré la imagen del mapa que ella había fotografiado.

—Ese mapa no está en papel, sino sobre agua del pozo de Emrys, que muestra magia oscura. Ah, y se me olvidaba deciros que algunas de las brujas del Enclave trabajan ahora para Akira.

—Maldita sea —gruñó mi padre mientras ampliaba la imagen y la estudiaba. Vio que su manada también estaba resaltada en rojo—. Entonces, ¿no tenéis ni idea de por qué ha resaltado estos lugares?

—Aún no —respondió Kanan—. Por eso estamos aquí, para ver si entre todos averiguamos qué está planeando Akira.

—Pero estamos hablando de la bruja más malvada y vengativa del mundo —replicó mi madre—. ¿Cómo nos metemos en su cabeza?

—Ya lo hicimos antes, y frustramos sus planes para convertir Vicious Hounds en una horda de híbridos —respondí.

—Sí, pero al final los consiguió, ¿verdad? Los híbridos, me refiero —preguntó mi padre.

—Sí, pero no tantos como ella esperaba, aunque eso no es importante —repliqué—. Lo que esto significa es que Akira ya no es sólo nuestro problema. Se ha convertido en un peligro para todos los lobos. Podemos contar con ellos para resolver esto.

—Tienes razón —coincidió mi pare, sombrío—. Aún tenemos muchos interrogantes. Por ejemplo: ¿Por qué están marcadas las manadas? ¿Ha sido atacada alguna? ¿Lo será? Y si es así, ¿por cuál comenzará?

—Mierda. Podría estar pasando mientras hablamos —se angustió Kanan—. ¿Y si lo hemos estado viendo todo esto de forma equivocada?

—Los lobos que dejé en Moindre para vigilar el lugar no me han informado de nada todavía —afirmó Lockworth.

—Los míos tampoco. Pero estamos hablando de una bruja. Ella puede desplazarse sin caminar por la tierra —repuso Kanan.

—¿Quieres decir que puede ir volando? —pregunté. Había oído hablar de brujas que volaban en

escobas.

—Eso explicaría que los lobos no la hayan visto. Pero hay otra opción: Portales —añadió mi madre.

Mi padre se dio una palmada en la frente, molesto.

—¡Claro! ¿Cómo no hemos pensado en ello?

—¿Qué portales? —preguntó Kanan, intrigado.

—Un portal puede transportar a una bruja de un lugar a otro en cuestión de segundos. No es un hechizo fácil, y sólo una bruja poderosa puede llevarlo a cabo. De lo contrario, podría perderse en las sombras —explicó Lockworth—. Cuando Akira y yo estábamos juntos, una vez me contó cómo estaba aprendiendo a abrirlos. ¿No lo veis? Es posible que haya estado moviéndose todo este tiempo, y no atrapada en Moindre como pensábamos. Puedes abrir un portal en tu habitación, y te llevará al Golfo de México en un abrir y cerrar de ojos.

—Y no sólo eso, el portal puede transportar a varias personas y cosas a la vez. No hay límite para lo que puede pasar, siempre que la bruja sepa lo que hace —añadió mi madre.

—¡Joder! — Kanan apretó los puños y tuvo que contenerse para no romper la mesa, por respeto a mis padres—. Esto significa que un ataque podría estar ocurriendo ahora mismo mientras hablamos.

—Es peor de lo que pensábamos —gruñó Lockworth mientras se ponía en pie—. Tenemos que informar a los demás para que estén en guardia.

—¿Los demás? —Yo también me levanté.

—Los otros Alfas —explicó—. Por ahora, somos los únicos que sabemos esto. Si avisamos a los demás, tendrán una oportunidad de luchar.

Sabía lo que iba a hacer. Había un grupo formado por todos los Alfas del país, un total de ochenta y seis sólo en Estados Unidos, y todos pertenecían a él. En ese grupo compartían ideas y se ponían al día unos a otros. También, cuando un lobo se rebelaba, se lo comunicaban a los demás para que decidir cuál era la mejor manera de afrontar la situación. Un mes atrás, mi padre me confesó que gracias a la ayuda de este grupo me mantuvo vigilada mientras yo vivía en la ciudad.

Siempre lo sospeché, pero ahora sabía que no había ningún lugar al que yo hubiera ido en el que él no me hubiera encontrado porque también existía una plataforma global para lobos en todo el mundo.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Kanan.

—Tengo que convocar una reunión. Tendrá que ser online, y para que todos puedan acudir, se hará esta tarde.

—¿No puede ser antes? —pregunté.

—No, reunir a ochenta y seis personas no es fácil —replicó mi padre antes de darse la vuelta y marcharse seguido de cerca por mi madre.

A mi lado, Kanan cogió el teléfono y empezó a marcar.

—¿A quién llamas?

—Zeke —respondió mientras se colocaba el teléfono en la oreja—. Tengo que decirle que tardaremos un poco más de lo previsto.

Asentí en silencio, angustiada por la sensación de que todo se había descontrolado.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO



MORELLIS

Empujé a través de los pliegues y repliegues de oscuridad. No era sólida ni tenía peso, pero me presionaba por todos lados, tirando de mí hacia un lado y hacia otro mientras yo intentaba avanzar hacia delante.

«Ve hacia la luz». La voz de Akira resonó en mis oídos mientras avanzaba, poniendo un pie delante del otro. Solo estaba yo, rodeado de oscuridad y sombras. No podía ver a nadie más.

La luz estaba frente a mí. Se hacía más y más grande a cada paso que daba hacia ella. De repente, la atravesé y mi pie tocó tierra firme. El cambio fue tan brusco que me tambaleé un segundo antes de enderezarme. Mis ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse de nuevo a la luz y, cuando lo hicieron, me giré para ver el portal a mis espaldas y a mis compañeros híbridos que también salían, todos un poco desconcertados

Era la primera vez que viajábamos de ese modo y no había sido fácil. En el momento en que el último híbrido lo atravesó, el portal desapareció de golpe.

Miré a mi alrededor mientras los cinco híbridos se colocaban detrás de mí. Olfateé el aire y pude oler a los lobos. En cuanto el olor llegó a mi nariz, sólo pude pensar en lo sabrosa que sería su sangre y su carne. Agudicé el oído y escuché la vida y la alegría en sus casas. Había llegado el momento de terminar con todo aquello.

—Vamos —ordené y los híbridos me siguieron.

El portal nos había dejado en el límite del territorio de la manada Loto, en Chicago. A medida que nos adentrábamos en la zona, pude ver que era un lugar más tranquilo que la Capital. Había tiendas y restaurantes. Hice una mueca de burla. ¿Qué clase de lobo elegiría ser cocinero o comerciante? Era un insulto a su linaje. Me sentiría bien liberándolos de las horribles vidas que llevaban.

Mientras seguíamos avanzando, vimos cómo un grupo de lobos salía de repente de dos de las tiendas y bloqueaba la calle frente a nosotros. Cuatro hombres y dos mujeres. Ninguno sonreía. Todos teníamos un aspecto aterrador e intimidatorio, gracias al gen híbrido. Se pusieron alerta.

—¡Alto! —gritó uno de ellos—. ¡Deteneos!

Me detuve, y los híbridos hicieron lo mismo.

—¿Qué os trae aquí? —preguntó el mismo hombre.

—Traemos buenas noticias —respondí.

—A todos nos gustan las buenas noticias. Dínoslas y seguid vuestro camino.

—No os lo vamos a decir a cambio de nada, ¿verdad? Al menos ofrécenos algo de beber.

—No, di lo que quieras y vete. Ahora. O te obligaremos.

Ante eso, sonreí mientras daba un paso adelante:

—Vale, tranquilo. Tengo miedo y no quiero que me obligues a irme, ¿verdad?

Los demás híbridos rieron a carcajadas ante mi sarcasmo. El hombre nos miró a todos con el ceño fruncido.

—¿Sabéis qué? Ya no me interesan vuestras buenas noticias. Marchaos ya.

Al instante, todos los lobos se pusieron a la defensiva, sus garras sobresalieron de sus dedos y sus ojos empezaron a brillar mientras gruñían de forma aterradora.

—No hace falta armar escándalo —pedí, levantando las manos en gesto tranquilizador—. Sólo quiero ver a tu Alfa, eso es todo.

—No está aquí —replicó el mismo lobo—. Tendrás que hablar con nosotros.

—Es imposible que Liam no esté por aquí, lo sé. Llámale

—¡Idos, ahora!

—¿Sabes qué? —Planté los pies en el suelo y adopté una posición de lucha—. En realidad, quiero ver cómo me obligas. Vamos, da lo mejor de ti.

Con un aullido de rabia, el lobo voló hacia mí. Era rápido, pero ahora que todos mis sentidos se habían agudizado, tuve la sensación de que movía cámara lenta. Sin embargo, no intenté bloquear el puñetazo y dejé que me golpeara la mandíbula con tanta fuerza que me tambaleé hacia atrás.

—Joder...— Murmuré mientras me la masajeaba con cuidado—. Sí que pegas fuerte. Pero déjame preguntarte una cosa, ¿Puedes aguantar esto?

Eché el puño hacia atrás y lo lancé hacia él tan rápido que no lo vio venir. Mi puño conectó con su mandíbula y sentí cómo los huesos se hacían añicos bajo la fuerza de mis nudillos antes de que se elevara en el aire y acabara colisionando contra la pared. Cayó al suelo sin fuerza, como un muñeco de trapo. No volvió a levantarse.

—Uy —reí entre dientes fingiendo sorpresa—. Creo que no puedes.

Justo entonces, los otros cinco lobos se lanzaron hacia mí.

—Tranquilos —dije a mis híbridos—. Yo me encargo de ellos.

Vi las garras volando hacia mí y las esquivé con facilidad. Entonces le agarré la muñeca y, con un tirón de la mano, sentí cómo se partía como una ramita. Mientras el hombre gritaba de dolor, lo solté y giré para detener a una mujer en seco con la mano fuertemente agarrada a su garganta.

—¿Crees que puedes conmigo? —rugí mirándola mientras ella luchaba impotente contra mi férreo agarre—. ¡Soy único! —aullé mientras aumentaba la presión de mi mano. Mis garras desgarraron su carne y mi puño se apretó contra sus entrañas. Con un gruñido, le arranqué la garganta, mientras ella emitía un sonido burbujeante. Se mantuvo en pie unos segundos hasta que cayó al suelo, muerta.

Miré mi mano ensangrentada y lamí la sangre de mis garras. Estaba deliciosa y me cargó de energía.

—¡Tal como dijo Akira! —gruñí.

En ese momento sentí que alguien me golpeaba por detrás, con tanta fuerza que caí al suelo. Con un gruñido de irritación, me quité a la persona de encima y vi que era otro de los hombres. Me lanzó varios golpes, pero los esquivé. Le agarré el brazo y se lo rompí por el codo. Antes de que pudiera gritar de dolor, mi otra mano se cerró sobre su boca y, con un giro, le rompí el cuello.

Oí pasos detrás de mí y me giré justo a tiempo para ver a la segunda mujer corriendo hacia mí. Cuando lanzó sus garras contra mí, no intenté esquivarlas. En lugar de eso, dejé que me golpeara, pero cerré mis garras sobre su camisa. La alcé por encima de mi cabeza y la lancé al suelo. Gruñí con satisfacción al escuchar el crujido de los huesos de su cráneo y huesos. Su cuerpo sufrió varios espasmos antes de morir.

Grité cuando una espada me atravesó por detrás. Caí hacia delante, dolorido y sentí que algo parecido a una roca me golpeaba la cara. Volé por los aires y me estrellé contra un muro, para caer junto al hombre al que había roto mandíbula.

—¡Malditos bastardos!

Vi a los otros híbridos hacer amago de acercarse a mí.

—¡He dicho quietos! —grité.

Con un aullido de rabia di un fuerte puñetazo en el cuello al lobo que yacía muerto a mi lado, y le reventé la laringe. Luego me puse en pie para ver quién me había apuñalado y lanzado la roca. El mismo hombre que, enarbolando la espada en alto corría velozmente hacia mí.

Esperé a que estuviera lo bastante cerca, esquivé el golpe y lo lancé por los aires de una patada. Atravesó las cristaleras de una tienda y se estrelló contra el mostrador, volcando un contenedor que había allí. Entré tras él, recogí su espada y se la clavé en el estómago.

Escuché varios gritos ahogados y miré a mi alrededor. Ya no estábamos solos. Varios lobos habían acudido, atraídos por el ruido de la pelea, y me miraban, atónitos. Les sonreí mientras retorcía la espada y la hundía más hasta que sobresalió de la espalda del hombre. Luego la empujé hacia arriba y le atravesé el cráneo, partiéndolo en dos.

La sangre brotó como una fuente, salpicándome a mí y a algunos de los lobos. Me limpié un poco los ojos y lamí las gotas de sangre, luego me reí. Sólo había un hombre, pero unos cinco niños. Estaba vigilándolos, lo que explicaba por qué no intentaba interferir. Me planteé ir a por él, pero cambié de idea.

Salí de la tienda destrozada.

—Compañeros híbridos, ¡La manada Lotus es todo vuestra! —aullé.

Con un gruñido salvaje, los cinco híbridos se lanzaron sobre la comunidad, irrumpiendo en los edificios y acabando con todos los lobos que encontraban a su paso. No tuvieron ni la menor oportunidad contra nosotros. Éramos demasiado fuertes.

Vi al hombre al que le había roto la muñeca intentando levantarse. Me reí entre dientes mientras iba a su encuentro.

—¿Dónde crees que vas? ¿No ves que estamos matando a tu gente? Deberías disfrutar del espectáculo.

—¡Que te jodan! —gruñó, frotándose la muñeca, y me escupió en la cara.

Intentó atacarme por sorpresa con la mano buena, pero le atrapé el puño y se lo rompí. Luego, lo agarré por el cuello y lo levanté mientras gritaba de dolor.

—¡Esto va a doler mucho más!

Mostré los colmillos y se los hundí en la garganta hasta el fondo. Sentí una inmensa alegría y alivio cuando sus venas estallaron en mi boca y la sangre fresca y caliente recorrió mi garganta. Lo abracé con fuerza mientras me alimentaba de él, succionando hasta su última gota de sangre, que escapaba de mi boca y nos manchaba a los dos. Impotente, trataba de luchar contra mí. Sentí latir débilmente su corazón contra el mío, hasta que paró. Sólo entonces lo dejé ir.

Cayó como un saco de patatas, con la sangre aún manando de su cuello.

A mi alrededor, oía gritos y llantos mientras mis híbridos causaban estragos en toda la manada. Una loba fue lanzada tan fuerte contra una pared que su cabeza hizo un agujero en ella. Un híbrido estaba ocupado dándose un festín con los intestinos de otro lobo. Era una carnicería, ¡y me encantaba!

—¡Alto! —tronó una voz.

Levanté las manos y, al instante, mis híbridos se detuvieron también. Entonces me giré para ver a la persona que había hablado.

—Hola, Liam. ¿Por qué has tardado tanto?

—¿Por qué haces esto, Morellis? ¿Qué te hemos hecho?

—No soy yo. Es Akira. Sin rencores.

—¿Qué quieres?

—Retarte por el puesto de Alfa.

—¿Qué? ¡Diablos, no!

—Como quieras —esbocé una sonrisa cruel—. ¡Híbridos, continuad con la masacre!

—¡Espera! —gritó Liam—. Si acepto tu desafío, ¿detendrás esta locura? Tienes que parar esta matanza. No está bien.

—Te mataré y me convertiré en el nuevo Alfa. Lo que luego haga con mis súbditos ya no será de tu incumbencia. Pero sí, pararemos si aceptas mi desafío.

—De acuerdo —Liam bajó las manos, derrotado—. Acepto tu desafío. Déjalos ir.

Hice una señal y los híbridos se colocaron detrás de mí.

—¿Dónde luchamos? — preguntó Liam.

—Aquí y ahora. Estoy listo, y espero que tú también.

Se abalanzó sobre mí, con la esperanza de utilizar el factor sorpresa. Le permití que me diera unos cuantos golpes, para hacerle sentir que tenía una oportunidad de luchar. Cuando me aburrí y le golpeé con fuerza en la cabeza, casi dejándole inconsciente. Retrocedió, aturdido. Sacudió la cabeza para despejarse e intentó lanzar otro puñetazo, pero yo lo esquivé y, con un gruñido, le hundí el puño en el pecho. Mi mano atravesó carne y hueso hasta cerrarse alrededor de su corazón. Lo sentí latir con rapidez.

Liam gruñó de dolor y la sangre empezó a manar de su boca.

—¡Contemplad a vuestro Alfa! —grité para que todos pudieran oírme y verlo con claridad.

Le arranqué el corazón, haciendo que la sangre saliera disparada en todas direcciones. Se le doblaron las piernas y cayó muerto al suelo. Allí mismo, delante de todos, me comí su corazón aún palpitante.

—Soy vuestro nuevo Alfa —troné—. Cualquiera que crea lo contrario e intente socavar mi autoridad correrá la misma suerte que este Alfa muerto y el resto de vuestros hermanos y hermanas que han muerto hoy. Ahora me pertenecéis, os guste o no. Y también a la bruja más malvada, Akira.

De la nada, un portal apareció a mi lado.

—Dejaré aquí a estos híbridos. Ellos os enseñarán vuestras nuevas costumbres y cómo servir a Akira. Tened en cuenta que cualquier infracción será castigada con la muerte. Ahora os dejo.

Sin mirar atrás, me di la vuelta y entré en el portal. Akira me ordenaba volver a Moindre.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO



SERENITY

La oscuridad me rodeaba y me apretaba por todas partes. Había perdido el equilibro y sentía que me precipitaba en un profundo vacío. No sabía dónde estaba arriba ni abajo. Todo era confuso en la oscuridad que me rodeaba.

Mis ojos se abrieron de golpe. Sentí que el corazón me latía con fuerza en el pecho mientras trataba de ordenar mis pensamientos.

Mi visión continuó borrosa unos segundos. Cuando se aclaró, me di cuenta de que estaba mirando un techo un poco sucio. Oía un pitido constante a mi lado y también voces bajas y apagadas.

Miré mi cuerpo y vi que mi herida había sido tratada y vendada con cuidado. En el brazo tenía una vía, por la que me entraba líquido de una botella colgada en un portasueros. Junto a la cama, vi a un hombre sentado en una silla, mirando algo en su teléfono. Las voces provenían de su teléfono. Estaba viendo un vídeo.

Me quedé tumbada durante unos minutos, preguntándome cómo había llegado hasta allí. Era obvio que estaba en un hospital, pero ¿cómo había llegado? ¿Y quién era aquel hombre? Mi último recuerdo fue tratar de salir de la biblioteca en llamas.

Cerré los ojos tratando de recordar qué más había ocurrido. En mi desesperación y mientras me desangraba, abrí un portal. ¿El portal me trajo aquí? ¿Pero dónde exactamente?

¿Y si no había logrado escapar del Enclave después de todo y Martha y los demás me habían encontrado? Quizá aquel hombre me vigilaba para asegurarse de que no me escapaba. De ser así, sólo tenía una oportunidad de tenía de pillarle desprevenido, dada la concentración con la que observaba el video. Traté de mover las manos, pero me pesaban como el plomo. Tal vez, si noqueaba al hombre con magia, podría huir antes de que vinieran más brujas.

Traté de levantar de nuevo las manos. Se movían como a cámara lenta y las sentía como si pertenecieran a otra persona. ¿Qué demonios me pasaba? ¿Cómo iba a escapar si no podía hacer magia?

Intenté incorporarme, pero también la cabeza me pesaba una tonelada. Grité de dolor. El hombre se giró para mirarme

—¡Estás despierta! —una expresión de inmenso alivio llenó su rostro mientras se acercaba a la cama—. Por favor, no intentes levantarte. Tu herida aún no está curada.

Lo miré, parecía un ángel y como si realmente le importara. Estuve segura de ello en el momento que me empujó con suavidad para que volviera a tumbarme en la cama. No era un brujo.

—¿Quién eres? —pregunté, mi garganta estaba en carne viva, y mi voz sonó débil.

—Soy Eric —respondió con una sonrisa— ¿Me conoces?

Traté de pensar de nuevo. Si el portal me había llevado hasta él, debía conocerle. ¿Había perdido la memoria? Lo miré a la cara, obligándome a recordar lo que pasó después de caer en la oscuridad, pero no lo logré.

Negué despacio con la cabeza.

—No te conozco. Pero tú a mí sí, ¿verdad?

—Yo no —respondió con la misma sonrisa mientras se sentaba en la cama a mi lado—. Tómatelo con calma, no te estreses. Necesitas recuperarte.

—Espera —traté de incorporarme de nuevo, pero él me lo impidió con suavidad.

—Puedes hablar sin sentarte. Es por tu bien. Confía en mí.

—Me llamo Serenity —murmuré dándome por vencida—. Si no nos conocemos, ¿qué haces aquí?

—Creí que tú me responderías a eso.

—¿Qué?

—No te conozco de nada, Serenity. No sé si caíste del cielo o si te arrastraste desde la tierra, pero sí sé que destruiste la mesa de treinta años que me dejó mi madre cuando aterrizaste en mi salón, desangrándote sobre mi mejor alfombra. Que también quedó destrozada, por cierto.

—Vaya, lo siento.

—¿Cómo demonios has entrado en mi casa? —preguntó, intrigado.

Dejé escapar un profundo suspiro al comprender por fin que Eric era un desconocido. Por eso la mayoría de las brujas evitaban usar portales, porque podían ser volátiles. Aunque, para ser justos, yo estaba al borde de la muerte cuando lo abrí, así que no tenía un lugar claro en mente y acabé en casa de Eric. Aunque podría haber sido peor. He oído de brujas que se han perdido para siempre en la nada entre portales o que han perdido partes del cuerpo por no lanzar bien el hechizo.

Ahora, miré a Eric y comprendí el susto que debió haberse llevado al ver a una extraña desangrándose en la mesa de su salón. Aun así, me trajo al hospital y se quedó a mi lado hasta que yo desperté. Fue muy amable por su parte.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —pregunté, para no tener que responder a su pregunta. Él no era brujo, y nada de lo que dijera tendría sentido para él.

—No lo sé. Has estado así desde que te encontré. Y eso fue hace cinco horas. El doctor terminó de curarte hace menos de dos.

—Gracias —murmuré.

—No iba a dejarte morir.

—Aun así, podrías haberlo hecho. Por ello, de nuevo, gracias.

—No intento presionarte ni nada por el estilo, pero sabes que, antes o después, tendremos que hablar de lo ocurrido. Pero en su momento. Ahora debes recuperarte. Es lo más importante.

Asentí. No estaba de humor para hablar de quién era con un desconocido.

—¿Dónde estamos?

—En un hospital, creo que es bastante obvio.

—Ya lo sé, pero ¿no está el hospital en algún sitio?

—Oh, lo siento. —Soltó una risita—. Sí, claro, en Arkansas, Texas.

—¡Joder! ¿Texas? —fruncí el ceño. No conocía a nadie en Texas. ¿Por qué el portal me había traído hasta aquí?

—Jesús...— gimió Eric—. Por favor, cuida tu lenguaje. Esto es un hospital.

Lo miré, burlona.

—Por favor. Ahora mismo estoy pasando por la madre de todos los dolores. Permíteme maldecir en paz. Ayuda al proceso de curación, ¿no lo sabías?

—De acuerdo. Haz lo que sea mejor para ti —dijo con resignación.

—Gracias.

—Llamaré al médico y le preguntaré si puede traerte algo de comer.

—Por ahora, necesito agua. Tengo la garganta seca. ¿Puedo beber agua?

—Claro. —Se levantó y se dirigió al dispensador apoyado contra la pared. Me acercó el vaso y, cuando me lo bebí, lo tiró a la papelera—. ¿Necesitas algo más antes de que me vaya?

Justo en ese momento, las caras de Maya y Kanan me vinieron a la memoria. Si habían pasado cinco horas, significaba que podrían haber conseguido algo. Yo también tenía que ponerles al corriente de lo que me había pasado. Mi mano se dirigió al bolsillo de mi pantalón, pero estaba vestida con una bata de hospital.

—¿Dónde está mi ropa? —pregunté, mirando a mi alrededor.

—Estaba rota y ensangrentada, así que la tiraron. Puedo conseguirte otra cosa.

—¿Y mi teléfono?

—¿Teléfono? ¿Qué teléfono?

—Mi teléfono estaba en mi pantalón. ¿Dónde diablos está? Necesito hacer una llamada.

—No había ningún teléfono en tu ropa. De ser así, las enfermeras lo habrían encontrado y me lo

habrían entregado.

—¡Necesito mi teléfono!

—De acuerdo, relájate. Quizá no estaba en tu bolsillo. Volveré a casa a buscarlo.

—¿Qué? —me angustié—. ¿Vas a dejarme aquí sola?

La mera idea me daba pánico. ¿Y si Martha y los demás conseguían encontrarme? ¿Cómo sobreviviría?

—No te preocupes, esto es un hospital y es perfectamente seguro. No te pasará nada. Antes de irme, pediré que te traigan algo de comer. Me daré prisa y no tardaré mucho. Pero tienes que prometerme algo.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Qué?

—No intentes hacer nada estúpido, como levantarte o irte. Apenas has empezado a curarte.

—Ni siquiera puedo levantar la cabeza. ¿Cómo voy a irme?

—Bien —se tranquilizó—. Seré lo más rápido posible.

Vi cómo se levantaba de la silla y salía, cerrando la puerta suavemente tras él. Por fin, sola. Me moví en la cama para ponerme más cómoda. Incluso sin que me lo hiciera prometer, no tenía adónde ir. El único lugar donde podía encontrar respuestas ya estaba quemado.

Sólo cuando hablara con Kanan y Maya sabría qué hacer a continuación.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS



KANAN

Me quedé de pie a la entrada del bar, mirando hacia la extensión seca de tierra. Aunque oía a otros lobos de fondo, no veía a nadie. A esta hora del día, muchos estaban descansando en sus casas o trabajando. Yo mismo, de no estar allí, estaría en el taller con Zeke, terminando la jornada.

Pensar en el taller me recordó mi decisión de tomarme un descanso para estar con mi compañera. Ahora me parecía que la había tomado hacía mucho tiempo y que ya nunca sería posible. ¿Cómo había ocurrido esto? ¿Cómo pasé de hacer el amor con Maya a reunirme con sus padres para frustrar otro plan de Akira? No podía seguir viviendo así. Le quitaba toda la diversión a ser un lobo.

Oí pasos detrás de mí; incluso antes de verla, supe que era Maya. Podía distinguir sus pasos incluso en sueños. No dije nada cuando se acercó a mí, me rodeó la cintura con los brazos y apoyó la cabeza en mi hombro.

—Hablé con mi padre y la reunión será a las cinco.

—Bueno, ya casi son.

Asintió.

—Pero aún tenemos unos minutos.

Me volví para mirarla.

—¿Unos minutos para qué?

Sonrió.

—Ven, hay algo que me encantaría enseñarte.

Salió del bar y la seguí. Bordeamos el edificio por un camino que, al otro lado tenía un jardín.

—Este era entonces el orgullo y la alegría de mi madre —dijo Maya caminando a mi lado—. Creo que quería a este jardín más que a mí. —Arrancó una flor, la olió y asintió—. Sí, sin duda —.

—Vamos, amor —susurré, cariñoso—. Sabes que eso no es verdad. Estoy seguro de que tu madre te quería mucho.

Me devolvió la mirada y sonrió.

—Qué mono eres —respondió, juguetona.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté mientras ella seguía caminando.

El edificio acabó, pero el jardín seguía y seguía. Cuanto más nos adentrábamos en él, más ancho se hacía hasta que el camino por el que íbamos ahora estaba bordeado a ambos lados por él. Un dulce aroma llenaba el aire y lo aspiramos con deleite.

—Esa fragancia, ¿la hueles? —preguntó.

—Por supuesto. ¿Qué es?

—A mí me huele a casa. No sé cómo, pero es la combinación de las distintas fragancias de las flores que componen el jardín. Este olor siempre llenaba nuestra casa, y no había habitación en la que no lo olieras.

—Vaya... qué bonito —sonreí. Miré hacia adelante y vi que el jardín se extendía por kilómetros —. Espera, ¿tu madre hizo todo esto? ¿Sola?

Se rio.

—Dije que era el orgullo de mi madre, no que le perteneciera. El jardín es de la manada. Todos trabajan en él. Cualquier lobo de aquí puede venir y coger flores a su antojo.

—Oh... ¿Cuántos cuantos kilómetros tiene? Porque es una pasada.

Maya miró a su alrededor, con las manos en la cintura, como si de repente se diera cuenta de lo que quería decir.

—Es grande, pero tampoco es como para exagerar.

—¿Era el jardín lo que querías enseñarme?

—No, lo que viene después del jardín.

—¿Y qué es?

No dijo nada mientras me guiaba. Después me cogió de la mano y tiró de mí hacia la parte trasera del jardín. Noté que algunas cosas empezaban a cambiar a medida que nos adentrábamos. Las flores dejaron de ser bonitas y de estar bien recortadas, y empezaron a volverse salvajes y más crecidas. Entonces empecé a ver algunos árboles dispersos. Caminamos un poco más y nos encontramos en medio de un bosque.

—¿En serio hay un bosque aquí? —Atónito, giré sobre mí, para verlo bien—. ¿Cómo es posible?

—No todo el mundo lo sabe a menos que tengas un dron o acceso a un satélite —dijo ella, encantada—. Se extiende kilómetros y kilómetros. Cuando llegas al final, no se sabe que estás en el patio trasero de Lockworth.

—Por eso eligió este lugar como su territorio después de la gran guerra.

Asintió.

—El bosque era una gran ventaja, y él vio todas las posibilidades. Con el tiempo, verás todo para lo que resulta útil. Siempre he querido traerte aquí, Kanan, y mostrarte mi hogar y su belleza. Belleza que no pude disfrutar como loba.

Le rodeé la cintura con la mano y tiré de ella para acercarla a mí.

—Ya estamos aquí, ¿no? ¿Qué te gustaría hacer?

Me puso una mano en la mejilla mientras me miraba a los ojos.

—Hay una cosa que los compañeros hacen en el bosque. Cuando era niña, me escapaba de casa y me escondía en aquel árbol de caoba. —Lo señaló. Era grande y tenía ramas gruesas que podían ocultar a un ser humano adulto—. Veía muchas cosas. La hembra salía corriendo y su compañero la perseguía. Para mí no tenía mucho sentido, porque no entendía por qué venían hasta el bosque a correr. Pero era algo que yo también quería hacer con mi pareja algún día. Incluso cuando no me pude transformar, continué viniendo, para ver cómo se divertían quienes sí podían hacerlo. Fue más tarde cuando me di cuenta de cómo acababa la persecución.

Cambié el peso de un pie a otro.

—¿Cómo terminaba?

—Sexo.

—¿Qué?

—Si el macho atrapa a la hembra, tienen un sexo impresionante bajo los árboles y el cielo. Bueno, a juzgar por los gritos de los amantes, me atrevería a decir que era impresionante.

—¿Y si no la atrapa?

Hizo una pausa mientras pensaba en ello un momento.

—Nunca lo supe. Él siempre acababa atrapándola.

—Vale, a ver si lo entiendo. ¿Quieres que te persiga por el bosque y te atrape para que hagamos el amor?

—Por los espíritus, Kanan. ¿Tienes que hacerlo tan previsible y aburrido? —bufó.

—Lo siento —murmuré, avergonzado—. En la Capital hemos las cosas de forma diferente, eso es todo.

—En realidad es lo mismo, sólo que con métodos distintos. La hembra deja pistas por todas partes y el macho la encuentra para tener sexo. Cada manada lo hace un poco diferente, pero el objetivo final es el mismo: sexo.

Sonreí.

—Entonces, ¿echas a correr o qué?

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Quieres hacerlo ahora?

—Que te quiera no significa que te lo vaya a poner fácil, cariño.

—Ni se te ocurra intentarlo, porque yo tampoco te lo pondré fácil. —Mientras hablaba, se encogió, y su forma de loba saltó y desapareció en el bosque.

—¡Joder! —maldije mientras me transformaba y corría tras ella. ¿Cuándo se había vuelto tan rápida?

El sonido de sus patas aterrizando suavemente en la tierra atrajo mi atención, y me dirigí hacia ella. Pronto la vi zigzaguear entre los árboles, tratando de despistarme. Salí tras ella y estuve a punto de alcanzarla, pero dio un repentino giro en el último momento. Tuve que rodar por el suelo para evitar chocar de cabeza contra un árbol.

Era muy buena en esto.

Salí en su persecución de nuevo, atento a sus bandazos. Cuando estuve lo suficientemente cerca de su retaguardia, me lancé sobre ella con fuerza para que ambos cayéramos al suelo. Mientras rodábamos por él, nos transformamos lentamente en nuestra forma humana, riendo a carcajadas.

Aterrizó encima de mí, con una sonrisa de oreja a oreja mientras me miraba. Jamás en mi vida había visto un rostro más hermoso. Se inclinó hacia mí y me besó con suavidad en los labios, para luego profundizar el beso. Mis manos rodearon su cabeza y la abracé mientras se lo devolvía.

Respirábamos con dificultad, tanto por la carrera como por la pasión que hacía que nuestra sangre bombease con fuerza. Recorrí con mis manos de su cuerpo mientras mi otra mano se posaba suavemente sobre el oleaje de su pecho. Su mano bajó hasta cerrarse sobre mi polla.

Entonces se detuvo.

—Bueno, esto es nuevo — murmuró.

Cerré los ojos.

—Lo siento, cariño. Sólo dame unos minutos.

Se mordió el labio inferior.

—No te preocupes, amor, pero ¿qué ocurre? Te he sacado del bar porque no me gustaba la expresión de tu cara. Mientras corríamos, vi que desaparecía por un momento y volviste a ser un lobo. Pero ahora ha vuelto. ¿Es por todo lo que ha pasado hoy?

Me senté y apoyé la espalda contra un árbol, rodeándola con la mano mientras ella se acurrucaba cerca de mí.

—Es lo mismo que hablamos anoche, pero peor. El miedo se ha duplicado, y siento como si Akira me estuviera acechando detrás de cada sombra, esperando a saltar sobre mí. Cuanto más averiguamos de su plan, más aterrador parece, y eso es más fuerte que yo. Sólo quiero que todo termine. Estoy agotado.

—No te preocupes. Esta vez lucharemos todos juntos y nos aseguraremos de derrotarla de una vez por todas.

Asentí, contrito.

—Siento haberte arruinado esto. Sé lo mucho que significa para ti.

—No seas tonto. Siempre podemos hacerlo otro día. Además, con todo lo que está pasando, no debí pedírtelo.

—Aunque el mundo estuviera en llamas, nunca rechazaría una oferta de sexo contigo.

Sonrió y ambos levantamos la cabeza al oír el chasquido de una rama. Ella se ajustó inmediatamente la camiseta y yo hice lo mismo al incorporarme. La madre de Maya salió de detrás de un árbol. Parecía incómoda mientras nos miraba.

—Mamá...— murmuró Maya.

—Con todo lo que está pasando, no deberíais iros por vuestra cuenta sin avisar.

—Lo siento, señora. No... —me disculpé.

—La reunión virtual está a punto de empezar —me cortó con frialdad—. He venido a avisaros.

Luego, sin más, se dio la vuelta para marcharse.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE



MAYA

Cuando volvimos al bar, mi padre ya había puesto en marcha la videoconferencia.

—Vamos chicos. Estamos esperando a que se unan todos —nos urgió mi padre al vernos entrar. Vi a mi madre apoyada en el mostrador mientras vertía lo que parecía ser whisky en un vaso. Después de lo que vio entre Kanan y yo, supuse que lo necesitaría. Por alguna razón, me pareció gracioso.

Habían reorganizado el bar para la reunión y colocado las mesas para que quedaran frente al mostrador, donde había un enorme televisor de pantalla plana que antes no estaba allí, conectada a un procesador y con una webcam acoplada en la parte superior. Vi que estaba conectada a Internet y me puse manos a la obra.

Nuestra webcam ya estaba conectada y nos mostraba en la pantalla. Detrás de nosotros, cuatro miembros de la manada de mi padre entraron también y tomaron asiento. Por la expresión sombría de sus rostros, era evidente que ya habían sido informados de la situación.

Kanan y yo nos sentamos en la mesa más cercana al televisor. Le cogí la mano, que sentí cálida y acogedora. Mi madre terminó su bebida y se sentó en la mesa contigua, y mi padre desapareció unos minutos en la trastienda.

Miré la hora.

—Deberían estar conectándose ya.

Poco a poco, los demás Alfas empezaron a conectarse. Cuando lo hacían, saludaban a todo el mundo, y todos los que ya estaban conectados les saludaban a su vez. Ninguno venía sólo; a todos los acompañaban como mínimo tres miembros de su manada, lo que dejaba claro la importancia de la reunión.

Había muchos que no conocía, pero Kanan ya estaba relacionado con todos ellos. A medida que se conectaban, decían de qué manada eran y de qué parte del país procedían. Quince minutos después, seguíamos esperando a que se conectaran los demás.

—No podemos esperar más —dijo mi padre al cabo de un rato—. Al que no pueda asistir le haremos un resumen más tarde. Por ahora, sólo setenta y nueve de nosotros estamos conectados, lo que significa que siete están desconectados.

—No, seis —murmuró Kanan—. No estoy en línea también porque ya estoy aquí.

—Sí, seis están fuera de línea. Y por lo que puedo ver, son todas manadas de Chicago. ¿Alguien ha tenido noticias de Chicago últimamente? No es normal que todos se falten.

—No, excepto lo que nos has comentado esta mañana —respondió uno de los Alfa con voz sombría, con un voz profunda que rayaba en grave. La etiqueta debajo de su video mostraba que llamaba desde California—. ¿Por qué estamos aquí, Lockworth?

—Esa es una buena pregunta, Tate —respondió—. Nos hemos topado con algo inquietante esta mañana, algo que nos concierne a todos los lobos y teníamos que compartirlo con todos para que estemos en guardia.

—¿Tiene esto que ver con Akira? — preguntó una Alfa de Texas—. Creo que tenemos que establecer el hecho de que esto no es sólo tu problema.

—¿Qué demonios, Ariel? —Mi padre levantó la mano, enfadado—. Cuando es sólo mi problema, lo manejo como tal. Pero ella es una amenaza para todos los lobos del país, y por eso os he convocado. Quizá incluso haya empezado ya. Cuanto antes lleguemos al fondo de este asunto, antes encontraremos una solución.

—Te entiendo —aceptó Ariel—. ¿Cuál es el problema?

—Dejaré que mi hija os lo cuente. Ella y su compañero, Kanan, el Alfa de Vicious Hounds, descubrieron lo que estamos a punto de compartir con vosotros.

Lo miré, sorprendida. No me avisó de que tendría que hablar con el consejo de Alfas. Pero me levanté y me puse delante del televisor para que el micrófono y la webcam me captaran con claridad. Comencé a contarles lo que había descubierto Serenity y el mapa que nos había enviado, que, a medida que habla, le envié a ellos. Cuando terminé, muchos de ellos seguían mirando el mapa.

—Bueno, esto sugiere que los lobos no somos los únicos amenazados —dijo Ariel al cabo de un rato—. ¿No deberíamos avisar también a brujas y vampiros?

—Aún no lo sabemos con certeza —respondió Kanan—. Sabemos que Akira odia a los lobos y que le encantaría extinguirnos. Otro indicador es el hecho de que nuestros territorios están resaltados en rojo, mientras que las brujas y los vampiros están en verde y azul. Además, no podemos confiar en las brujas. Como ha dicho Maya, algunas de ellas ahora trabajan para Akira. No podemos arriesgarnos a tomar una decisión y que alguien salga corriendo a contárselo todo a la bruja.

—Entiendo la postura de Ariel —intervino un Alfa de Ohio—Pero lo que dice Kanan también tiene sentido. Tenemos que actuar con cautela en esto. Todos somos guerreros. No tememos luchar. Lo demostramos en la batalla contra los vampiros hace años. Pero hablamos de la bruja más poderosa que ha existido jamás y creo que es seguro asumir que sus intenciones hacia nosotros no son buenas. De hecho, sólo con la cantidad de magia que ha acumulado, ya tiene ventaja sobre nosotros. Si tiene más brujas aliadas, eso reduce aún más nuestras posibilidades.

—La mejor forma de combatir la magia sería con magia —terció Tate.

—¿Qué? —se asombró mi padre—. ¿Estás sugiriendo que nos convirtamos en híbridos?

—¡Por Dios, no! —se escandalizó Tate—. Hay otras formas de contraatacar sin tener que vender

nuestras almas. ¿Qué hay de esa bruja que encontró el mapa? ¿Está de nuestro lado?

—¿Serenity? Por supuesto que sí —aseguré con firmeza—. Ella fue la que nos ayudó a impedir que Akira convirtiera a todos los Vicious Hounds en híbridos.

—No lo dudo —replicó Ariel—. Pero ¿podemos puede confiar en ella?

—¿Qué? —me enfadé—. ¿Qué parte de «nos ayudó» no has entendido?

—Por lo que sé, es hija de Akira —replicó Ariel—. ¿Lo sabías?

—Claro que sí. ¿Qué tiene eso que ver?

—Un momento, ¿estamos trabajando con datos proporcionados por la hija de la bruja que intenta matarnos a todos? —vociferó el Alfa de Ohio.

—Nos estamos desviando del tema. No estamos aquí porque Serenity sea su hija. ¡Estamos en peligro lo sea o no! —bramó mi padre—. Yo también sabía que era hija de Akira, pero fue ella quien rompió la maldición que su madre lanzó sobre Maya, así que confío en ella al cien por cien.

—Pero entonces, ¿y si todo se reduce a eso? —preguntó Ariel—. Pongamos que lo hizo para ganaros vuestra confianza.

—¿Para qué? Serenity ni siquiera está aquí! —grité, poniéndome en pie—. No me gusta lo que estás sugiriendo sobre ella.

—Maya...— murmuró Kanan mientras me agarraba la mano.

—¿Ha estado viviendo en tu manada durante los últimos dos meses, y resulta que se va justo cuando Akira planea empezar su venganza? No estoy sugiriendo nada, Maya. Sólo digo que hay demasiadas casualidades en todo esto.

—No me lo puedo creer —murmuré con rabia—. ¿Cómo hemos acabado hablando de esto? Nuestra prioridad es cómo sobrevivir a Akira.

—Mi prioridad es salvar a mi manada y a otros lobos. Lo siento si no puedo confiar en tu amiga —insistió Ariel.

—Nos estamos desviando del tema y tenemos que retomarlo —cortó mi padre en tono calmado —. Maya, vuelve a tu asiento, y sigamos adelante.

No quería. Aún tenía muchas cosas que decirle a Ariel, que se atrevía a acusar a mi amiga de traición. Pero obedecí y me senté junto a Kanan, que me apretó la mano en señal de simpatía.

—Todos habéis sido informados de la situación actual, así que ya sabéis lo que podría suceder. Os sugiero que estéis alerta y que preparéis vuestras defensas. Con el tiempo, cualquiera de nosotros que reciba alguna noticia, debe compartirla con el resto. Sólo podemos ganar si trabajamos juntos, y para eso, debemos… —Mi padre se detuvo cuando se oyó un pitido y un Alfa más se unió a la reunión.

Era uno de los de Chicago. Tenía la cara ensangrentada y parecía aterrorizado, como si estuviera en medio de una batalla.

—Traigo con malas noticias —comenzó, casi sin aliento—. No sé cuánto tiempo podré estar aquí, pero ahora mismo, mis hermanos y hermanas están muriendo ahí fuera. Tengo que hacer todo lo posible para salvarlos.

—Andrew... cálmate —trató de tranquilizarle mi padre—. Dinos, ¿qué ha ocurrido?

—¡Las seis manadas de Chicago han caído! Morellis vino con su banda de híbridos y atacó a todos. Son más fuertes que cualquier cosa que hayamos visto antes, y se alimentan de lobos. Matan al Alfa y luego toman el control de la manada. Es el único modo de que dejen de asesinar y matar. Y eso lo que yo debo hacer —dijo Andrew con voz trémula, limpiándose la sangre de la boca.

Todos los demás nos quedamos mudos, casi incapaces de creer lo que decía.

—Luchamos con todas nuestras fuerzas, pero no nos ha servido de nada. Parecen imbuidos de alguna forma de magia oscura, que los ha convertido en monstruos. Chicago ha caído hermanos y hermanas, así que espero que sobreviváis —deseó y cortó la comunicación.

—¡Joder! —gruñó Kanan apretando los puños.

—¡Ya ha empezado! —gritó Ariel.

—¿Este era su plan desde el principio? ¿Apoderarse de las manadas? ¿Pero por qué? ¿Quiere convertir a todos en híbridos? —preguntó Tate.

—¡Eso no es importante ahora! —tronó mi padre. El bar se llenó con las voces de todos hablando al mismo tiempo—. ¡Calmaos!, ¡tenemos que calmarnos! Lo peor que podemos hacer ahora es tener diferencias entre nosotros. ¿No lo veis? Akira está jugando con nuestras mentes, ¡y se lo estamos permitiendo!

—¿Qué demonios, Lockworth? —gritó Tate—. ¡Seis manadas en menos de un día, seis malditas manadas! Para mañana, ¿cuántas más habrán caído?

—Somos luchadores —replicó con firmeza el Alfa de Ohio—. Que vengan. Les mostraremos lo que es una verdadera pelea.

—Los híbridos no son lo que esperas, y cinco lobos no tendrían ninguna oportunidad contra uno solo de ellos —advirtió Kanan—. Necesitamos un plan común.

—No tenemos tiempo para eso —rebatió Tate—. Yo digo que todos reforcemos nuestras defensas, y cuando Morellis llame a la puerta, les demos una pelea que no olviden jamás.

—¿En serio? Cada manada por su lado, ¿eso es lo que sugieres? —gruñó Kanan.

—Bueno, ¿qué otra cosa se te ocurre que hagamos? ¡No hay tiempo para más!

Justo entonces, Ariel se puso en pie.

—Tengo que irme.

—¿Qué? —se sorprendió mi padre—. Aún no hemos terminado.

—Lo sé. Pero hay mucho alboroto aquí fuera ahora mismo. Me temo que los híbridos están aquí.

—Joder... —murmuré—. Han acabado con Chicago y ahora están en Texas.

Ariel se desconectó casi de inmediato, junto con otros seis Alfas de Texas. Pero pronto más se desconectaron uno tras otro para tratar de salvar a sus manadas.

Pronto, sólo aparecíamos nosotros en la pantalla.

—Vamos, Maya, tenemos que ir a casa —me apremió Kanan, tirando de mí para levantarme.

—¿Ir a dónde? Tenéis que quedaros aquí, donde estaréis a salvo —protestó mi padre.

—Papá, Kanan es el Alfa de su manada. No puede estar aquí cuando se avecinan problemas para todos. Además, Morellis nos odia más que a ninguno.

—No podemos quedarnos aquí, Lockworth —insistió Kanan en un tono que no dejaba lugar a dudas—. Tenemos que preparar nuestra defensa. Lo siento.

—Bien —concedió mi padre—. Puedes irte, pero Maya se queda aquí.

—Papá, ¿qué te pasa? No soy una niña y sé cuidar de mí misma.

—No quiero que te pase nada. Y sólo lo lograré si te tengo a la vista en todo momento.

—No le pasará nada —aseguró Kanan—. No mientras yo viva.

—No le voy a dejar, papá, es mi compañero, y donde él vaya, allí estaré yo también. Nuestras manadas se han unido por matrimonio. Tenemos que pensar en algo y tenemos que hacerlo rápido.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO



SERENITY

Me tumbé en la cama en medio de la tranquilidad de la habitación del hospital. El pitido constante del monitor seguía ahí, pero esta vez la televisión estaba encendida y había un programa en marcha. Era un programa de humor, pero el volumen estaba reducido a un murmullo.

Yo era la única en la habitación, lo que indicaba que era privada. Pensar que Eric me puso a mí, una completa desconocida, en una sala privada decía mucho de él. Estaba segura de que le había costado mucho conseguirlo. ¿Por qué lo hizo? ¿Para que nadie lo cuestionara? Porque no hay nada que plantee más preguntas que un hombre que aparece con una mujer herida e inconsciente en la puerta de un hospital sin una explicación válida de qué ha sucedido.

Estaba muy agradecida de que hubiera decidido ayudarme y salvarme la vida. De lo contrario, muchas cosas podrían haber salido mal. Hacía ya un rato que se había ido, y empezaba a preguntarme a qué distancia estaba su casa. Bueno, no podía estar muy lejos, Ni tampoco le resultaría tan difícil encontrar mi maldito teléfono.

¿O me había abandonado? Palpé con cuidado mi herida. Estaba vendada, pero cuando hice una ligera presión, un dolor agudo me atravesó, haciéndome estremecer. Cerré los ojos y aguanté. El dolor me había provocado un ligero martilleo en la cabeza, y respiré hondo mientras se calmaba.

Poco a poco, el dolor disminuyó y con él el latido en mis sienes. Reparé entonces en el ruido que entraba por la ventana abierta. Oí a alguien gritar con fuerza, y después un chirrido de neumáticos seguido de un choque.

Incliné la cabeza hacia un lado mientras para escuchar mejor.

—¡Vuelve aquí! —oí gritar a alguien. A esto le siguió un grito estrangulado.

—Por favor... ¡no me hagas daño! Haré lo que quieras...—suplicaba alguien con desesperación.

Fruncí el ceño. Estaban atacando a alguien.

Miré hacia la ventana. Era imposible ver a través de ella desde mi posición en la cama. Tenía que levantarme. Empujé suavemente las piernas hacia un lado y me puse en pie. Un fuerte mareo me invadió, tanto que tuve que agarrarme a la cama para no caerme. Agarré el portasueros para llevármelo conmigo.

Empujé hacia delante, con una mano sujetando este y la otra cubriendo la herida, mientras

caminaba hacia la ventana. Cuando llegué allí, lo que vi me heló el corazón. Una auténtica carnicería. No había otro forma de describirlo.

Me bastó con una mirada para saber que eran híbridos. ¿Pertenecían a Akira? ¿Qué estaban haciendo aquí en Texas? ¿Habían venido por mí? Sentí que el corazón me latía con fuerza en el pecho mientras seguía mirando por la ventana. Los híbridos y los lobos tejanos estaban inmersos en una dura lucha, que no parecía que los lobos fueran a ganar. Era imposible. Incluso con la ventaja del número, no tenían ninguna posibilidad contra los híbridos.

Vi horrorizada cómo un híbrido propinaba un puñetazo a un lobo y luego lo agarraba por la boca para arrojarlo como un muñeco de trapo al otro lado de la carretera. El lobo voló por los aires y se estrelló contra un coche en marcha. Su cabeza atravesó la ventanilla, provocando que el coche se desviara y chocara con un poste. El híbrido lo siguió, agarró al lobo y volvió a lanzarlo con fuerza. Justo cuando estaba a punto de darle el golpe de gracia, la mujer que conducía el coche saltó y huyó. Era una humana y no un lobo. El híbrido lanzó al lobo contra ella, y ambos se estrellaron contra el suelo. Ella murió en la caída.

—No puede ser.

El shock casi me impedía respirar. Pero no podía quedarme allí. Tenía que hacer algo.

En ese momento, la puerta se abrió y Eric entró a toda prisa. Cerró la puerta de un portazo y echó el pestillo. Respiraba con dificultad y parecía aterrorizado.

—¡Algo está pasando ahí fuera, y no sé lo que es! —gritó, angustiado—. Es una locura.

—Tengo que salir de aquí, Eric. No estoy segura aquí.

—¿Qué? ¿Quieres salir con lo que está ocurriendo?

—Una puerta cerrada no va a detenerlos. ¿Encontraste el teléfono?

Asintió y me lo entregó. Lo cogí enseguida e inmediatamente busqué la imagen del mapa.

—¿Te resultó difícil encontrarlo? —, pregunté, tratando de distraerle de lo ocurría fuera. Parecía a punto de un paro cardíaco.

—¿El teléfono? —repitió como si no supiera de qué le estaba hablando—. La verdad es que no. Se te debió car del bolsillo cuando apareciste. Estaba justo ahí, pero con los nervios, no lo vi.

—No te preocupes, Eric. Ahora tenemos mayores problemas —comprobé el mapa y vi que este lugar también estaba resaltado en rojo. Era el territorio de una manada en Texas. ¿Qué significaba esto? ¿Habían comenzado los ataques de Akira? ¿Había sido este siempre su plan?

Me quité la vía y empujé el portasueros, que se deslizó unos metros y cayó al suelo. Oí un fuerte grito procedente de la ventana, que fue interrumpido por el ruido sordo de un cuerpo al impactar contra algo extremadamente duro.

—Tenemos que irnos, Eric. ¡Ya!

—Pero... ¿a dónde?

—No lo sé. Donde no haya gente asesinando. —Me dirigí hacia la puerta, cojeando ligeramente.

Eric corrió a mi lado.

—¿Gente? ¿Quieres decir que eso son personas?

Me detuve. No había caído hasta aquel momento en que él no sabía nada de lobos e híbridos. Sacudí la cabeza.

—Vayamos a un lugar seguro, ¿de acuerdo?

Llegué a la puerta y me apoyé en ella unos instantes.

—Déjame ayudarte. —Su mano rodeó mi cintura y soportó mi peso. Con la mano libre desbloqueó la puerta y la abrió de un empujón. Al instante, el aire se llenó de gritos y pudimos ver al personal del hospital huyendo despavorido. Se detuvo, vacilante—. Serenity, ¿estás segura de que es una buena idea?

No lo estaba en absoluto, pero si estos híbridos estaban aquí por mí, cuanto más tiempo me quedara más gente moriría. Y si este lugar era sólo otro objetivo en el tablero de Akira, entonces quedarme tampoco sería beneficioso para mí. Tenía que irme.

—Confía en mí —pedí, tratando de que mi voz sonara firme.

Nos dirigimos hacia la puerta mientras todo el mundo trataba de refugiarse en el hospital.

Las puertas estaban abiertas de par en par, y pude ver que la calle era un caos. Había cadáveres esparcidos por todas partes y charcos de sangre en distintas zonas. Al acercarnos a la puerta, vi a un lobo pasar volando y estrellarse contra una pared con tanta fuerza que la derribó. Pero no se levantó porque su cuerpo había quedado atravesado por una enorme barra de hierro.

—Joder —jadeó Eric, aterrorizado—. ¡No, Serenity! ¡Tenemos que volver!

—Vuelve tú, yo tengo que seguir adelante —grité empujando las puertas de salida.

Fue como entrar en un campo de batalla. Aunque aquello no era tal, sino una masacre. Los lobos no tenían ninguna oportunidad contra los híbridos. El camino estaba lleno de cuerpos destrozados de lobos y humanos.

—Dios mío...—gimió Eric a mi lado.

—Es un maldito baño de sangre —murmuré, apenada.

—¡Deteneos! —la fuerte voz de una mujer se dejó oír por encima de los gritos y el tumulto—. ¡Acepto tu duelo!

Al instante, los híbridos dejaron de atacar y ella emergió de entre la multitud, cojeando ligeramente y con un profundo corte en la cara. Si estaba aceptando un desafío, significaba que era el Alfa. De repente, todo cobró sentido.

Como si fuera una señal, Morellis también apareció.

—Debería haberlo sabido —murmuré, apretando los puños con rabia.

—¿Qué? ¿Conoces a estos tipos? —se asombró Eric—. ¿Sabes lo que está pasando?

—Te reto por el Alfa, Ariel —tronó Morellis—. Es tu única oportunidad para acabar con este baño de sangre y muerte.

—¿Me prometes que, si acepto tu reto, tus perros no volverán a atacar?

—¿No ves que ya se han detenido? Además, ¿quién le servirá a la Gran Malvada si los matamos a todos?

—¡Bésame el culo, Morellis! Acepto tu desafío. —Ariel adoptó una postura de combate y levantó los puños. Vi sus garras sobresalir preparándose para la pelea.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Eric, desconcertado.

—Quieren luchar —expliqué—. Hasta la muerte.

—¿Qué? Eso no puede ser legal.

Morellis sonrió a Ariel con desprecio. Ni siquiera se preparó para la lucha, tan seguro estaba de tenerlo todo bajo control. Rebosaba confianza. Ariel hizo una cabriola y se preparó para saltar.

—No... ¡No puedo permitirlo! —Me aparté de Eric y avancé a trompicones—. Va a destrozarla.

—¡Serenity! ¡¡No!!

—*¡Geratto Tiratti!* —murmuré mirando a Morellis.

De inmediato, pequeñas ramas brotaron del suelo y se enroscaron alrededor de sus tobillos y muñecas. A su alrededor, los otros híbridos también estaban sujetos. Morellis gruñó de furia al girarse y verme, y se liberó de las ramas con un tirón salvaje.

Di un puñetazo en la palma de la mano y más ramitas salieron disparadas del suelo, entrelazándose con las anteriores. Al estar más reforzadas les resultaba más difícil arrancarlas.

—*¡Nel terrenno!* — grité, agitando las manos hacia Morellis, y al instante cayó al suelo.

Un enorme agujero se abrió bajó él y las ramas lo arrastraron hacia las profundidades. Lo último que oímos fueron sus gritos entremezclados con los del resto de híbridos, que también fueron sepultados bajo el suelo.

—Serenity. ¿Qué demonios…? —gritó Eric desde detrás de mí.

Ariel se giró para mirarme.

—¿Serenity?

Asentí.

—Esto no los retendrá mucho tiempo. Tienes que sacar de aquí al resto de tus lobos que aún viven.

Me miró y dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo. Avancé como pude hasta donde estaba y chasqueé los dedos delante de sus ojos.

—No tenemos tiempo para esto, Ariel. Te necesito aquí, ya.

Me miró como en un sueño.

—Me has salvado.

—Sí, ahora saca a tu gente de aquí.

—¿Dónde podemos ir?

Dudé un instante.

—Ve con los Vicious Hounds. Kanan te acogerá.

—Pero eso es...

—¡Muévete! ¡Morellis va a volver y te aseguro que no querrás estar aquí para cuando lo haga!

Asintió con gesto adusto y se marchó a toda prisa. En ese momento, me flaquearon las piernas y caí de rodillas. La vista se me nubló y la cabeza me latía con fuerza, mucho más que antes. Sentí que Eric me rodeaba con sus brazos y me levantaba suavemente.

—Mi coche está a la vuelta de la esquina —dijo sin detenerse.

Mi visión se oscurecía. Lo siguiente que supe fue que me empujaron al interior del coche.

—Te has reabierto la herida, Serenity. ¿En qué estabas pensando?

El coche arrancó y él empezó a conducir rápido.

—Por ahora, vamos a ponerte a salvo.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE



MORELLIS

Había perdido la cuenta de cuántas veces había tenido que atravesar la oscuridad del portal hoy y, a pesar de mis genes híbridos, empezaba a sentirme enfermo. Caminar en el aire sin saber hacia dónde era espeluznante, y sólo quería que todo acabara.

¿Podría terminar? Mi propia locura me empujó a prestar servidumbre eterna a una bruja vengativa, y a tener que alimentarme de otros lobos si quiero sobrevivir. Y también debía obedecerla de inmediato, y en este momento me ordenaba que volviera a la casa.

Hogar... la palabra resonó débilmente en mi cabeza mientras seguía empujando a través de la oscuridad. Mi hogar siempre estuvo al lado de mi querida compañera, Tasha. Ella había sido mi todo, y mientras estuviera conmigo, todo tenía sentido. Pero entonces, las cosas se salieron de control. Kanan empezó a rebelarse, y yo me comprometí demasiado con Akira. Y entonces, Maya mató a mi compañera.

Tenía que vengar el asesinato del amor de mi vida, pero ¿cómo? Matar a Maya ni siquiera estaba en la lista de cosas por hacer de Akira, lo que era injusto teniendo en cuenta que le había dado mi alma. Ahora veía la realidad de lo que me esperaba junto a ella y no era en absoluto como lo había imaginado. Me engañó haciéndome creer que seríamos iguales, pero ahora que ella había conseguido lo que quería, no éramos más que perros que saltaban cuando ella lo ordenaba. Y no había nada que pudiéramos hacer al respecto.

Por fin vi la luz y empecé a empujar hacia ella. Cuanto más crecía el círculo, más me acercaba a la salida. Caí entonces en que, a diferencia de los otros ataques que había lanzado en Chicago, el ataque de Texas no había tenido tanto éxito. Me pregunté cómo reaccionaría Akira ante eso.

Finalmente, mi pierna salió disparada del portal y tocó tierra firme. Luego empujé la cabeza hacia delante y el resto de mí la siguió. Cuando el portal desapareció, miré a mi alrededor. Estaba de nuevo en su habitación, el mismo lugar desde el que había convocado todos los ataques. Esta vez estaba sentada en la cama, se había quitado la capucha y parte de la capa. Por primera vez, la vi como jamás la había visto antes.

Tenía las mejillas hundidas, pero sus ojos eran brillantes y centelleantes, como si pudieran atravesar la carne hasta el alma. Y con la capa caída por los hombros, pude ver su escote. Era tentador, y me di cuenta de que no podía dejar de mirar.

—¡Levanta los ojos, perro! —ordenó. Levanté la vista de sus pechos y la miré a la cara. —No quiero que me mires. ¿Por qué no miras a la ventana?

Me recorrió una oleada de amargura, tan intensa y conmovedora que pareció llegarme hasta la garganta. Permanecí inmóvil durante unos segundos, sin moverme un ápice. Pero al cabo de unos segundos, pero, como si tuvieran mente propia, mis piernas se movieron y me giré hacia la ventana.

Me miró con astucia. Se puso en pie y se acercó a mí.

—¿Qué ocurre?

Me lo pensé un momento y estaba a punto de replicar cuando ella levantó un dedo enjuto.

—Me da igual. Estás aquí para hacer lo que yo te diga. No soy tu pozo de los deseos. ¿Lo entiendes?

Asentí.

—Sí, oh, Gran Malvada.

Caminó a mi alrededor y luego se detuvo, justo delante de mí.

—¿Ya se te están ocurriendo ideas? ¿Acaso intentas luchar contra tu destino?

Respiré hondo.

—No ocurre nada.

—¡Te he dicho que no me mires! —me gritó en la cara.

—Pero eres tú quien…

Sentí como si me levantaran por el cuello de la camisa y me lanzaran hacia atrás. Volé por los aires y me estrellé contra la puerta, derribándola conmigo antes de estrellarme contra la pared. Vi estrellas cuando mi cabeza chocó con el hormigón.

—¿Te atreves a replicarme? —graznó.

Me arrodillé de inmediato.

—¡Lo siento! No era mi intención.

Aspiró profundamente y luego me observó durante unos segundos.

—Sé que se te están ocurriendo ideas. Aún no has aceptado tu nuevo destino. Tenemos que corregir eso, ¿no crees?

Mientras hablaba, un cuchillo apareció en su mano. Me tambaleé hacia atrás y la miré, atónito. ¿Qué iba a hacer esta vez?

Me entregó el cuchillo.

—Mátate —ordenó con voz escalofriante.

Palidecí.

—¿Qué?

—¡Ya me has oído, perro! ¡Te ordeno que te mates ahora mismo!

—Pero...

—¡Cállate!

Nada más salió de mi boca. Ni siquiera pude suplicarle mientras mi mano empezaba a levantarse contra mi voluntad para cumplir su orden.

—Hazlo despacio. Quiero verlo.

No pude hacer nada mientras bajaba el cuchillo hasta que la punta de la hoja tocó la piel por encima de mi corazón. Mis manos empezaron a empujarlo hacia dentro. Justo antes de que hiciera mella en la piel y saliera sangre, ella lanzó un grito.

—¡Para!

Respiré hondo mientras dejaba caer el cuchillo al suelo. Respiraba con dificultad, con las manos en el suelo mientras intentaba recuperar el control de mí mismo. Ella se aceró hasta mí y me acarició el pelo con suavidad.

—Qué buen perrito. ¿Lo entiendes ahora? No importa lo que pienses, no importa lo que hagas. Vives porque yo lo permito. Si te quiero muerto, sólo tengo que pedirte que lo hagas tú mismo. Así que deja de actuar como si tuvieras una mente propia, porque ya no la tienes.

—Lo siento, Gran Malvada.

—Me alegro de que estemos de acuerdo —se puso en pie—. Ahora, hablaremos de la verdadera razón por la que te he hecho venir. Tenemos que acelerar nuestra línea de tiempo. Ha habido un cambio de planes.

Aspiré profundamente mientras permanecía de rodillas. Ella ya sabía de mi fracaso en Texas, así que era mejor que se lo contara de una vez.

—Siento haberte fallado, pero Serenity estaba allí. Intervino y pudo salvar a Ariel y al resto de los lobos.

Akira se dirigía a su cama cuando se detuvo y me lanzó una mirada.

—¿Crees que no lo sé? Ya se lo he hecho pagar a la estúpida que la dejó entrar en la choza. Las brujas de Siren Enclave no dejan de decepcionarme. ¿En serio es tan difícil mantenerla bajo control? Dirijo mi ejército con mano dura, y no tengo espacio para holgazanes.

Tragué saliva mientras intentaba imaginar qué quería decir con eso de que «se lo hice pagar». Pero tratándose de Akira solo podía significar una cosa, y no era nada bueno.

Al recordarlo ahora, me pregunté qué hacía Serenity en Texas. ¿Cómo había sabido que ese sería uno de nuestros objetivos? Nadie conocía los planes de Akira excepto ella, Yo sólo lo supe en el último momento. ¿Cómo, entonces, terminó allí?

—¿Me estás escuchando siquiera? —tronó Akira, devolviéndome al presente.

—Lo siento —murmuré, con la vista clavada en el suelo. Ella estaba junto a la ventana, mirando al campo abierto.

—Tenemos que darnos prisa, pero no por Serenity. ¿Qué puede hacer ella? No, es por Lockworth y su banda de Alfas. Gracias a lo que Serenity vio en la cabaña, los puso sobre aviso, y ahora todos saben que vamos tras ellos. Se están preparando para luchar.

—Que se preparen —respondí con desdén—. No importa. Yo solo los mataré a todos por ti.

Apartó entonces la vista de la ventana y me miró. Soltó una leve risita y tuve la sensación de que se estaba riendo de lo estúpido que yo era.

—No todo es invadir y abrirse paso a puñetazos. Si matas a todos los lobos de los Estados Unidos, ¿a quién dirigiré entonces? ¿Es que nunca usas la cabeza?

—Lo siento. Me disculpo por ser demasiado atrevido.

—Tranquilo, perrito, lo entiendo. Ahora, los lobos se están preparando para la guerra, y si luchamos con ellos, morirán. Necesito más híbridos, y si matas a todos los lobos, no los tendré. Pero cuando tenga el control de todos los lobos, no habrá lugar en la tierra que no invadamos. Ahora tenemos seis manadas bajo nuestro control, y habrían sido siete de no ser por lo que pasó en Texas.

Entonces dejó de hablar, ensimismada. Esperé unos segundos, pero continuó en silencio.

—¿Y qué hacemos ahora?

Se apartó de la ventana, volvió a la cama, y se tumbó en ella mientras me miraba.

—Creen que tienen alguna posibilidad contra mí. Su naturaleza de lobos no les permite aceptar que luchar contra mí es inútil. Lo intentarán y fracasarán, pero no tengo tiempo que perder. Por ello, vamos a dar un golpe de mano, que cambie las tornas y hunda su moral.

—¿Y en qué consiste? —pregunté, intrigado.

Me sonrió, moviéndose un poco en la cama.

—Es hora de recordarle al mundo que nadie se libra de la venganza de Akira.

CAPÍTULO CINCUENTA

MAYA

Aún seguíamos en el bar, en nuestro reservado. Kanan y yo en un lado y mis padres frente a nosotros. Estaba cansada de que discutieran sobre dónde tendría que estar. Debíamos volver con los Vicious Hounds y no me gustaba que mi padre tratara de impedir que yo me fuera con mi compañero.

¿Aún seguía creyendo que yo era una niña indefensa incapaz de transformarse?

Kanan ya había llamado a Zeke para contarle lo ocurrido y decirle que estuviera alerta por si aparecían los híbridos. Pero ya estábamos listos para volver.

—Tú eres un Alfa. Por eso no puedo creer que estemos teniendo esta conversación —gruñó Kanan, exasperado.

—Exacto, lo soy, sí. Pero también soy un padre, y quiero lo mejor para mi hija. ¿Es tan difícil de entender?

—No dejaré que le pase nada. ¿Por qué no lo aceptas? Además, tienes que centrarte en proteger a tu manada.

—Ya se están tomando medidas; estamos protegidos.

Incapaz de soportarlo un segundo más, di un fuerte puñetazo en la mesa.

—Estoy harta de esto. Hay miles de vidas en peligro. ¿Y sólo os preocupáis de mí? Tenemos que ponernos a trabajar. Tenemos que movernos antes de que Akira nos envíe a sus híbridos. Kanan, ¡vámonos a casa ahora mismo! Y tú, papá, tienes tu propia manada. Concéntrate en cuidarlos. Estaré bien, te lo prometo.

—Ella ha tomado su decisión, y no hay más que hablar. —Kanan se puso de pie.

Mi padre se quedó quieto unos instantes y luego asintió, resignado.

—De acuerdo, pero contacta conmigo cada hora para que yo sepa que estás a salvo. De lo contrario, enviaré lobos a la Capital para arrastrarte de vuelta.

—¿En serio? —repliqué, incrédula.

—Hablo muy en serio, señorita —replicó él, firme.

—Está bien. ¿Podemos irnos ya? —pregunté, exasperada.

—Llámame en cuanto llegues a la Capital, ¿vale? —pidió mi padre.

Me puse en pie y estaba a punto de salir del bar cuando sentí una vibración en el bolsillo. Era mi teléfono.

—Espera —murmuré al sacarlo. Al ver que era Serenity quien llamaba descolgué de inmediato —. Hola, ¿qué ocurre?

—¡Estamos jodidos, Maya! —gritó, angustiada.

—¿Serenity? ¿Estás bien?

—¿Yo? Sí.

—Pues no lo parece. ¿Qué ocurre?

—El mundo se ha vuelto loco, eso es lo que ocurre. Y mi madre ha comenzado esa locura.

—Estoy aquí con Kanan y mis padres Te pondré en altavoz. Cuéntanos lo que pasó en la biblioteca. Desapareciste de repente.

Puse el teléfono en el altavoz y lo dejé sobre la mesa que teníamos delante. Kanan volvió a sentarse y yo hice lo mismo mientras todos nos apiñábamos alrededor del aparato.

—La biblioteca ha ardido hasta los cimientos después de que me atacaran unas brujas. Yo conseguí escapar, pero me hirieron y acabé en un hospital de Texas.

—¿Texas? —repetí, incrédula—. ¿Llegaste allí desde Michigan?

—Por favor, no me preguntes cómo llegué allí. Eso no es importante ahora. Akira ha empezado a atacar a la población de lobos. La manada que controlaba la zona en la que estuve hospitalizado fue atacada por sus híbridos. Al principio, pensé que estaban allí por mí, pero me equivoqué. Incluso vi a Morellis. Iban a por la mujer.

—¿Ariel? —preguntó mi padre—. Ella es el Alfa.

—Sí, creo que es ella. Conseguí darle algo de tiempo, pero no creo que Texas esté a salvo.

—Serenity —interrumpí—. Texas no es el único lugar que ha sido atacado. Todas las manadas de Chicago han caído. Los híbridos mataron a los Alfas y luego tomaron el control. Creemos que Akira quiere controlar toda la población de lobos, y asesinan a cualquiera que se interponga en su camino.

—Asesinar es un eufemismo para lo que estos híbridos son capaces de hacer, Maya. Son máquinas de matar despiadadas. Esto va mucho más allá de contra lo que luchamos cuando Pascal y su equipo nos emboscaron hace dos meses. Los lobos no son rival para ellos.

—Mierda —maldije, apretando los puños con rabia.

—¿Qué le ha ocurrido a Ariel? —preguntó Kanan—. ¿Está bien?

—Sí, le dieron una paliza, pero vivirá para seguir luchando. Le dije que ella y su manada huyeran a la Capital. Fue el único lugar que se me ocurrió en aquel momento.

—Vale, no hay problema —aceptó Kanan y sacó su teléfono, supuse que para llamar a Zeke e informarle de que iban a llegar.

—Serenity —dije cuando Kanan terminó de hablar—. Tu voz no suena bien. Apuesto que tu herida aún no ha curado. Lo noto. Vuelve a casa.

—No, todavía no —rechazó ella.

—¿Qué? ¿Dónde estás ahora?

—Voy en coche, para ir a un lugar seguro, aunque, por el momento, los ataques han cesado.

—¿Sigues en Texas?

—Pero no por mucho tiempo. Antes de volver a la capital debo ir a otro sitio.

—¡No, tienes que volver a casa!

—Maya tiene razón, Serenity —intervino Kanan—. Sola estás en peligro, no sólo por los híbridos, sino también por las brujas. Vuelve a la Capital.

—Bueno, por muy tentador que suene, antes debo hacer una cosa.

—¿Qué es tan importante como para que te juegues la vida? —grité, enfadada.

—Como he dicho, no somos rival para Akira y los híbridos juntos. Por separado, podríamos tener una oportunidad, pero si siguen juntos, acabaremos en el infierno.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté, temiendo su respuesta.

—Debemos eliminar a uno de ellos, y apuesto por los híbridos.

—Dime que tienes un plan para lograrlo —rogó Kanan, preocupado.

—Son criaturas mágicas, creadas por la forma más vil y malvada de magia oscura. Si algo puede vencerlos, es la magia.

—¿Y sabes cómo hacerlo? —pregunté, nerviosa.

Inspiro con fuerza.

—Aún no. Cómo exterminar una horda de híbridos no está en la sección de bricolaje de la biblioteca. Sólo hay alguien que me puede dar la respuesta a eso: Las Tres Hechiceras.

—¿Vas a ir hasta allí? ¿Desde Texas? —Aquello era una locura.

—No me ocurrirá nada, te lo prometo. Lucharemos juntos contra Akira y la venceremos de una vez por todas.

—Serenity, ¿estás segura de lo que vas a hacer? ¿Quieres que vaya contigo? —pregunté.

—No, no hay tiempo. Además, Kanan va a necesitar toda la ayuda que pueda conseguir cuando Morellis llegue a la Capital, y créeme, llegará.

—Mierda.

—Ahora tengo que irme. Con un poco de suerte, esta no será la última vez que hablemos.

—Por favor, no digas eso. Hablaremos cuando todo esto acabe —repliqué con firmeza y corté la llamada. No quería oír nada más con connotaciones negativas.

Se hizo el silencio en el reservado. Kanan me miró.

—Si va a ver a las Hechiceras, quizá obtenga la respuesta que busca.

—¡Tenemos que irnos ya! —ordené, malhumorada. La llamada de Serenity me había intranquilizado—. ¡Vamos!

De pronto, el aire cambió a nuestro alrededor, como si de repente hiciera más calor y luego más frío y continuara cambiando de una temperatura a otra.

—Algo va mal —murmuró mi padre poniéndose en pie.

Los demás nos levantamos también y le seguimos fuera del bar. Allí nos topamos con un vacío negro en el suelo que parecía girar sobre sí mismo, creando un fuerte remolino. Flotaba de forma inquietante, y tenía un aspecto sólido y gaseoso al mismo tiempo.

—¿Eso es... un portal? —preguntó Kanan, conmocionado.

—¡Lo es! —dije casi sin aliento cuando Kanan y mi padre se acercaron a él.

—¡Están aquí! —anunció mi padre, angustiado.

En ese momento vimos con horror cómo Morellis y otros cinco híbridos salían del portal, que desapareció ellos. Se detuvo y nos miró fijamente. Sus ojos nos recorrieron, se posaron en Kanan y finalmente en mí.

Sentí que la bilis me subía desde el estómago cuando me sonrió con los dientes manchados de tierra y sangre.

—Cuánto me alegro de verte, Maya.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

KANAN

Mi corazón latió furiosamente en el pecho al ver a Morellis. Muchas cosas habían cambiado desde la última vez que luchamos. Su aspecto era terrible.

—También me alegro de encontrarte aquí, Kanan —gruñó aún con aquella sonrisa cruel en su rostro—. Deberías haberte quedado en la Capital, esperar tu turno.

—Veo que has logrado el sueño de tu vida: convertirte en esclavo de una bruja —repliqué, irónico—. ¿Cómo te sientes ahora?

Rio, burlón.

—Tengo más poder del que puedas llegar a imaginar. ¿Tienes idea de lo que es el verdadero poder?

—Akira esclaviza a los débiles que no pueden resistir sus encantos.

La sonrisa desapareció de su rostro, sustituida por la furia.

—Voy a disfrutar bebiéndome tu sangre, Kanan. También es la sangre de un gran hombre, así que será excepcionalmente dulce.

Lockworth se acercó a mí.

—¿Qué quieres, Morellis? Eres un rebelde. No te queremos en esta manada.

—¿Rebelde? —Rio a carcajadas—. ¡Mírame, estúpido! ¿Acaso parezco un lobo? Soy tu peor pesadilla, y estoy aquí para destrozar a tu querida manada.

—Te lo preguntaré una vez más, Morellis —insistió Lockworth, desafiante—. ¿Qué haces aquí?

Morellis nos sonrió a todos. Después su mirada se posó en Maya.

—La quiero a ella. Y también batirme en duelo contigo por el puesto de Alfa. Vaya... un combo de padre e hija. Este debe ser mi día de suerte.

—¿En serio crees que te entregaré a mi hija? ¿O a mi manada? ¿Así, sin más?

—En realidad da igual lo que yo piense. —Morellis se encogió de hombros. —Puedes entregármelos o puedo cogerlos yo mismo. Al final, yo seré quien esté al mando. La pregunta es, ¿cuántos de tus lobos seguirán vivos cuando eso ocurra?

En aquel momento, los lobos comenzaron a salir de sus casas, agrupándose tras nosotros, portando en sus manos palos, martillos y garrotes. Alguien me lanzó un garrote, que atrapé con habilidad. A Maya le dieron una espada, mientras que Lockworth y su mujer cogieron una lanza y una maza, respectivamente.

Todos dispuestos a defender su hogar.

Morellis y sus híbridos miraron a su alrededor. Había más de veinte lobos, dispuestos a batirse con ellos seis. Entonces él se echó a reír.

—¿Qué pretendéis? ¿Intimidarme? —gritó—. ¿Es que no lo entendéis? ¿No os lo advirtieron vuestros amigos muertos de Chicago y Texas? ¡No podéis derrotarnos! Aunque fuerais cien, no tendríais ninguna posibilidad ante nosotros. Pero esto no tiene por qué ser así. No quiero matar a ningún lobo a menos que sea absolutamente necesario. En lugar de eso, me conformo con mataros a ti, Lockworth y a Maya. Eso es todo.

—Ahora que eres un híbrido, hablas demasiado —repliqué levantando mi garrote—. No eras tan hablador cuando eras lobo.

Me miró con desprecio y se encogió de hombros.

—De acuerdo. Tú lo has querido. Chicos, ¡que empiece la fiesta!

A su orden, lanzando salvajes gruñidos, los híbridos se lanzaron sobre nosotros. No me quedé quieto esperando a que me alcanzaran. Salí corriendo a su encuentro, enarbolando en el aire mi garrote mientras gruñía con furia y sacaba los colmillos, listo para la batalla. Cuando nos enfrentamos, golpeé la cabeza del híbrido más cercano a mí con todas mis fuerzas. Con otro gruñido, él me devolvió el golpe.

Volé por los aires y atravesé una ventana antes de caer al suelo.

—Joder —gemí, mientras el dolor invadía todo mi cuerpo. A pesar de ello, me puse en pie y salí de la habitación en la que había aterrizado—. Dios mío —musité.

Contemplé horrorizada cómo los lobos eran despedazados y los híbridos se daban un festín con ellos, bebiendo su sangre como vampiros. Uno de ellos agarró a Maya por el cuello y la izó.

—¡No! —grité saltando por la ventana y corriendo hacia ellos con el garrote en alto—. ¡Suéltala, bestia descerebrada!

Caí al suelo y rodé una vez cuando alguien salió volando en mi dirección y se estrelló contra una pared, llevándosela consigo. Cuando volví a ponerme en pie, otra persona atravesó el techo hasta caer en la cocina del bar. Segundos después, se produjo una enorme explosión que sacudió todo el local. Tan enorme que perdí el equilibrio y caí de rodillas.

Miré a Maya. El sujetaba aún la tenía y ella luchaba inútilmente contra su férreo agarre. Volví a ponerme en pie y continué corriendo tan rápido como pude. Justo entonces, sentí que alguien me golpeaba con fuerza. Salí despedido por los aires sin saber hacia dónde, hasta que mi cabeza chocó con un muro de hormigo y el resto de mi cuerpo hizo lo mismo. La pared cedió y caí al suelo en medio de una lluvia de polvo y escombros.

La cabeza me latía con fuerza y tosí sangre cuando intenté levantarme, pero no pude. Al tratar de

averiguar qué me retenía, vi que era el cadáver de un lobo que habían lanzado contra mí. Lo reconocí. Era uno de los hombres que habían estado en la reunión virtual con nosotros. Tenía el cuello retorcido de una forma horrible y un enorme agujero en la garganta.

Gemí de dolor mientras lo apartaba de mí. Poco a poco me fui poniendo en pie. Mi visión se volvió borrosa y me tambaleé con tanta fuerza que tuve que apoyarme en una pared para no caerme.

Observé el caos que se desarrollaba ante mí buscando a mi compañera. Estaba tendida en el suelo y al híbrido de pie junto a ella.

—No...—jadeé, asustado.

Pero el híbrido tuvo que esquivar el ataque de Lockworth.

—Maya...—gemí mientras avanzaba hacia ella. Tropecé y caí varias veces, pero volvía a ponerme en pie, tratando de llegar a ella lo más rápido posible.

Vi cómo Lockworth se lanzaba contra el híbrido, proyectando su lanza hacia delante con toda su fuerza. El híbrido la esquivó con facilidad y la cogió por la punta, para después partirla en dos Luego, con un golpe, hizo volar a Lockworth.

Le di con el garrote en la nuca, pillándole desprevenido. Se volvió hacia mí. Me arrastré por el suelo y me giré boca arriba. Cogí la espada de Maya y, cuando el híbrido se abalanzó sobre mí, se la clavé en el muslo.

Él soltó un gruñido profundo. Me agarró por el cuello y me estampó contra el suelo, inmovilizándome con tanta fuerza que no pude moverme ni un milímetro. Se agachó sobre mí, mostrando los colmillos, dispuesto a beber de mi cuello.

Me soltó cuando una maza golpeó con fuerza su cabeza. Era la madre de Maya. El híbrido se giró de inmediato y se volvió hacia ella. Me puse en pie, y le arranqué la espada del muslo mientras mi suegra intentaba distraerlo. Alcé la espada y le golpeé las piernas con toda mi fuerza. Corté una de ellas, y el híbrido cayó de rodillas. Gritando de dolor y rabia, me lanzó un golpe que me alcanzó de lleno en el pecho. Salí despedido por los aires y me estrellé contra un coche aparcado.

Oí un fuerte golpe cuando la puerta se hundió y las ventanas estallaron por el impacto. Sacudí la cabeza para despejarla e intenté levantarme, pero mi cuerpo parecía pesar toneladas, y no pude.

En ese momento, Maya se puso en pie. Un rápido vistazo a su alrededor la puso al corriente de lo que ocurría. El híbrido había atrapado a su madre en su enorme puño y la estaba estrangulando. Maya agarró la espada caída y, con un grito salvaje, la clavó en el pecho del híbrido. La hoja atravesó su corazón y salió por el otro lado.

El híbrido se quedó con la boca abierta. Sus manos se aflojaron a soltó a la madre de Maya, que cayó al suelo ahogándose y tosiendo. Luego, la bestia se desplomó con un ruido sordo y quedó inmóvil en el suelo con la espada clavada en el pecho. Maya permaneció de pie, jadeante, mirando al híbrido muerto. Por fin pude levantarme y corrí hacia ella.

—Maya —la abracé con fuerza—. Tenía tanto miedo de perderte.

—No son invencibles, Kanan —dijo después de apartarse de mí, señalando el cadáver—. Los podemos matar. Sólo tenemos que encontrar una forma más fácil de hacerlo.

—Sí, pero no tenemos tiempo para hacerlo ahora —gruñó Lockworth—. Por si lo habéis olvidado, estamos en guerra. Ellos han matado a decenas de los nuestros y nosotros sólo hemos logrado acabar con uno de ellos.

Solté a Maya, miré a mi alrededor y sacudí la cabeza con tristeza al ver las decenas de lobos que yacían muertos por todas partes. Sus cuerpos destrozados estaban esparcidos por todas partes y los edificios, incluido el bar, ardían en llamas.

—Lockworth, no podemos ganarles —asumí con pesar—. Si seguimos así, moriremos todos.

—Papá —apremió Maya—Tenemos que irnos.

—¿Irnos? Este es nuestro hogar —replicó, apenado.

—Ven con nosotros a la Capital. Allí nos reagruparemos y pensaremos qué hacer —respondió Maya.

—Que así sea, entonces. ¡Retirada! —gritó Lockworth con tanta fuerza que su voz se extendió por todos los rincones. Los lobos que aún seguían vivos obedecieron—. Seguidme. Conozco una salida.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia el bar envuelto en llamas.

—Lockworth, ¿estás seguro de lo que vas a hacer? —pregunté.

—Es nuestra única oportunidad. Vamos.

Maya y yo corrimos tras él.

—¿Y los demás? —pregunté, preocupado.

—Se reunirán con nosotros allí, no te preocupes.

—¿Dónde crees que vas, Kanan? —oí gritar a Morellis.

—Ignóralo —ordenó Lockworth—. Nunca nos encontrará. No en medio de un incendio así.

Pronto nos vimos rodeados por remolinos de llamas de todas las formas y tamaños. Lockworth parecía ir a tientas, pero me di cuenta de que sabía lo que hacía. Se agachó tras el mostrador y abrió una trampilla que había en el suelo. Nunca la había visto, pero nunca había estado en aquel lado del mostrador.

—Esto da a un túnel que lleva hasta el medio del bosque. Desde allí, podemos hacer nuestro camino a la Capital —dijo, tratando de hacerse oír por encima del rugir y crepitar de las llamas.

Sudábamos a mares por el sofocante calor. El bosque del que hablaba era el que Maya me había enseñado horas antes. De pronto, se oyó un crujido y una pesada viga cayó sobre una de las mesas.

—¡Tenemos que irnos ya! —grité.

Lockworth se me adelantó, abrió la trampilla y saltó dentro. Maya fue la siguiente, seguida de su madre. Yo fui el último en entrar, asegurándome de cerrar la trampilla tras de mí.

Durante los primeros segundos, nos sumergimos en la oscuridad y no pude ver nada. Poco a poco, mis ojos se adaptaron y mis instintos de lobo tomaron el mando.

—¿Estamos todos bien? — preguntó Lockworth.

—Sí —respondí, a coro con Maya y su madre.

—¡Vámonos!

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

MAYA

Nos apresuramos a atravesar el oscuro túnel tan rápido como podíamos. Nos habíamos transformado en nuestras formas de lobo para poder correr más deprisa. Kanan iba en cabeza, y yo corría al lado de mi padre mientras mamá y los demás lobos iban en la retaguardia.

Mientras avanzábamos, miré a mi padre. Aunque estábamos en forma de lobo, pude ver que no estaba tranquilo. ¿Quién lo estaría en un momento tan peligroso? Acababa de ver cómo masacraban a más de la mitad de su manada, y no pudo hacer nada por evitarlo, excepto huir.

En ese momento, él aceleró, pasó a mi lado y continuó detrás de Kanan.

Pronto, el túnel empezó a inclinarse hacia arriba. Seguimos corriendo y, de repente, abandonamos la oscuridad para adentrarnos en el crepúsculo del atardecer.

Sentí el aire fresco jugar con mi pelaje, y me sentí bien al volver a estar al aire libre una vez más. Esperamos hasta que todos los lobos salieron del túnel.

Miré a mi alrededor. Como había dicho mi padre, estábamos en medio del bosque. Era la segunda vez que utilizaba aquella salida. La primera fue seis meses después de mi decimosexto cumpleaños, cuando no pude transformarme. Intenté huir, pero no salió bien porque, sin darme cuenta, me metí de lleno en territorio de una manada vecina, que me devolvieron junto a mi padre de inmediato.

Y ahora, aquí estaba, huyendo de mi casa otra vez. Pero esta vez, no estaba sola. Tenía a todos conmigo.

Permanecimos agrupados durante unos minutos, esperando las instrucciones de mi padre. De pronto, Kanan volvió a su forma humana e hizo una seña a mi padre, que hizo lo mismo. Yo también cambié inmediatamente y me acerqué a ellos. Cuando llegué, vi que miraban hacia atrás, en dirección al lugar del que acabábamos de huir.

Podíamos ver a lo lejos el espeso humo negro que se elevaba del suelo. Volví a mirar a mi padre. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero también brillaban de rabia. La misma mirada que le había visto en el túnel.

Era el gran Lockworth, y había tenido que huir de su hogar. De no haber estado acompañado por tantos lobos como estaba, lo habrían matado. Mi padre jamás rehuyó una batalla, yo lo sabía. Y por eso mismo era consciente de que haber tenido que dejar atrás su hogar lo perseguiría

siempre. Pero siempre antepuso los intereses de la manada a los suyos propios.

De pie junto a él, me incliné un poco y miré a Kanan, que también contemplaba el humo que se elevaba sin cesar hacia el cielo. No podía quitarme la sensación de que todo empeoraría cuando Morellis llegara a la Capital. Quería vengarse de nosotros, en especial de mí. Si había podido derrotar a mi padre con tanta facilidad, ¿qué posibilidades teníamos nosotros contra él? Nuestra manada aún no se había recuperado de la pérdida de nuestros miembros dos meses atrás.

Aspiré hondo y puse una mano en el hombro de mi padre para tranquilizarlo.

—Siempre puedes reconstruirlo. Ahora tenemos que salir de aquí —traté de consolarlo.

—¿Reconstruirlo? —murmuró, apenado—. Lo que hemos perdido hoy no se puede reconstruir, mi niña. Hemos perdido buenos lobos, padres, hermanos, madres y hermanas. ¿Cómo se reconstruye eso?

—Cierto, los hemos perdido —respondí con tristeza—. Pero todos murieron defendiendo a la manada, defendiendo a sus hermanos, hermanas, madres y padres. Estamos aquí porque ellos han luchado por nosotros, y de nosotros depende que su muerte no haya sido en vano.

Respiró hondo y asintió.

—Tienes razón. Gracias, Maya. Tenemos que seguir vivos. La pregunta ahora es, ¿Dónde vamos?

—¿Dónde vamos a ir? —replicó Kanan—. Vamos a la Capital, como todos los demás.

—De acuerdo. —Se dio la vuelta y miró a los lobos que esperaban pacientemente sus órdenes. Noté una expresión de incertidumbre en su rostro.

—Papá —murmuré, desconcertada—. ¿Qué pasa?

Negó con la cabeza, pero Kanan pareció saber de qué se trataba.

—¿A qué distancia estamos de la carretera? —preguntó a mi padre—. ¿Por dónde saldremos?

—No menos de quince minutos de caminata rápida, pero si corremos, podemos llegar en diez o doce minutos. Tal vez incluso menos.

—¿Y dónde estaremos?

—En el momento en que salgamos del bosque, entraremos en el territorio de la manada Crescent. Son amigos, así que no tendremos problemas con ellos.

Kanan lo miró.

—Amigos o no, todos estamos sufriendo la plaga que Akira está desatando sobre nosotros. Tenemos que trabajar juntos si queremos vencerla.

—Si vamos a la Capital, tenemos mucho camino por delante —musitó mi padre.

—No, eso sería una locura. Si hubiéramos salido de tu casa, podríamos haber intentado llegar a pie. Pero este túnel nos ha adentrado mucho en el territorio de la manada Crescent. Para cuando salgamos de este bosque, la distancia hasta la Capital sería excesiva, llegaríamos agotados. Pero

no sé qué otra cosa podemos hacer.

—Creo que hay una solución. En el territorio de la manada Crescent hay una escuela, y las escuelas tienen autobuses —respondí—. Así fue como me encontraron cuando intenté huir de casa. Intenté colarme en el autobús, pero el Alfa se dio cuenta y me obligó a volver. Podemos usar uno para volver rápido a la Capital.

Kanan se lo pensó y asintió.

—Me gusta la idea, pero ¿estarán dispuestos a dejarnos uno de sus autobuses? ¿Y si lo necesitan?

—Les convenceremos para que vengan con nosotros —decidió Lockworth —. Creo que es la mejor solución. Estoy seguro de que serán el siguiente objetivo de los híbridos, y será su única oportunidad de sobrevivir.

—¿No quieres pedirles que luchen? —se asombró la madre de Maya.

—No. Si lo hicieran, los híbridos los destrozarían. Pero podemos volver todos juntos. Así, con los demás lobos que van hacia allí o han llegado ya, estableceremos nuestra defensa, y tendremos muchas más posibilidades.

—Estoy de acuerdo —coincidió Kanan—. Vayamos a ver a la manada Crescent, entonces.

Nos transformamos de nuevo en nuestras formas de lobo, y mi padre reanudó el camino, seguido de cerca por Kanan y todos nosotros. No vaciló ni un segundo en el camino a seguir. Él y mi madre frecuentaban mucho este bosque cuando yo era niña.

En nuestra forma de lobo, todo era más intenso. Todos nuestros sentidos se volvían mucho más agudos y, mientras atravesábamos el bosque, esquivando los árboles y con la fuerte brisa azotándonos, era como si estuviéramos en otra dimensión.

Pronto lo dejamos atrás y nos encontramos de nuevo en la calle. Volvimos a nuestras formas humanas, jadeantes por la dura carrera. Sin detenernos, recorrimos el camino que conducía a la carretera principal, que nos llevaría al encuentro de la manada Crescent.

Pero a medida que nos acercábamos, notamos que algo no iba bien. Estaba todo tranquilo y vacío. Demasiado.

—Algo va mal —murmuró Kanan, confirmando nuestros temores, sin dejar de avanzar.

—Sí —coincidió mi padre—. Estad alerta.

—¿Crees que Morellis los atacó antes de venir a por mi padre? —pregunté a Kanan.

—Es posible, pero no hay signos de lucha. Está demasiado limpio, y ya sabemos el nivel de devastación que Morellis y sus bestias dejan a su paso. Esto es diferente.

Continuamos caminando, vigilantes. Miré a mi alrededor. Las ventanas estaban bien cerradas, pero las cortinas se movían a nuestro paso.

—Tenéis razón. Aún no han estado aquí. ¡Es una emboscada! —susurré todo lo alto que pude.

—Parad —ordenó mi padre dijo de repente, y todos obedecimos a la vez.

El silencio que se cernía sobre nosotros era. Estaba cargado de tensión, expectante, escuchando...

De repente, oímos un ruido y se abrió una puerta. Una figura solitaria salió de una de las casas. Nos volvimos a mirarle. Tenía un hacha en las manos, que golpeaba con fuerza contra la palma en gesto amenazador mientras se acercaba a nosotros. Cuando se acercó, lo reconocí y solté un suspiro de alivio. Era el Alfa de la manada Crescent.

—Boyd —noté también el alivio en la voz de mi padre—. Dime que Morellis no ha estado aquí.

Él negó con la cabeza.

—Todavía no, pero estamos preparados.

—¿Planeabas emboscarlos? —preguntó Kanan.

Boyd asintió.

—No lo hubieran visto venir.

—Probablemente, pero tú tampoco habrías sobrevivido —repuso mi padre con voz grave. Mi territorio está invadido. Los híbridos son demasiado fuertes. Si intentas combatirlos tú solo, perderás.

—Lo dudo —respondió Boyd—. ¿Cuántos hay? ¿Cinco? ¿Seis?

—¡No importa cuántos son! —casi gritó Kanan—. Hicieron falta cuatro de nosotros para matar a uno solo de ellos, e incluso así, fue una lucha terrible. Te lo aseguro, Boyd, esto es un gran error.

El Alfa soltó su hacha y se pasó la mano por el pelo, impotente.

—¿Qué sugerís que hagamos, entonces?

—No podemos quedarnos aquí, y vosotros tampoco —respondió mi padre—. Lobos de todo el país se están reuniendo en la Capital mientras hablamos. Puedes venir con nosotros. Cuantos más seamos, más posibilidades tendremos de derrotar a esos cabrones.

—¡Nos estás pidiendo que huyamos! —se escandalizó Boyd.

—¡Míranos! —rugió mi padre—. Mírame vagando con mi manada como unos malditos refugiados. ¿Crees que lo he hecho por gusto? Sólo quiero que sigáis vivos.

Boyd pareció debatirse consigo mismo durante un rato. Después bajó la mirada y asintió con un leve movimiento de cabeza. Al instante se abrieron todas las puertas y toda la manada salió empuñando diferentes tipos de armas. Resultaban intimidantes, pero yo sabía muy bien que eso no habría hecho mella en Morellis y su horda.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó Boyd.

—Necesitamos un autobús escolar, por favor —respondí esbozando una pequeña sonrisa.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES



SERENITY

Eric conducía como un loco por las calles de Texas. Ya se había corrido la voz del ataque al hospital y no dejaban de pasar coches de policía, ambulancias y camiones de bomberos. Los miré por el retrovisor lateral y negué con la cabeza. Nada de eso era bueno.

Durante siglos, habíamos mantenido una relación cordial con los humanos. Muchos de ellos ni siquiera sabían que existíamos. Para ellos, la magia y los hombres lobo eran cosa de películas y novelas de éxito. Pero ahora no había forma de ocultar la carnicería que había tenido lugar en el hospital. Había muerto mucha gente, tanto lobos como humanos. Me imaginé a los atónitos policías y demás personal de emergencias rescatando los cadáveres de los lobos.

—Mierda —murmuré, obligándome a concentrarme en el viaje que tenía por delante.

Pensé en mi llamada a Maya y me di cuenta de todo lo que tenía que hacer. Debía llegar a las Hechiceras lo más rápido posible. Eran las únicas que podrían decirme cómo acabar con los híbridos.

El ejército que había creado Akira la hacía intocable, capaz de destrozar manadas con total facilidad. Si conseguía quitárselo, entonces podríamos tener una oportunidad de derrotarla.

De repente, Eric dio un volantazo y el coche entró en un camino de entrada antes de detenerse frente a una hermosa casa. Al mirar la casa, supe que había acertado en mi suposición. Estaba forrado.

—Entra. Tenemos que ver tu herida —ordenó, y antes de que pudiera negarme, abrió la puerta y salió.

Suspiré, resignada, mientras él se alejaba. Así había permanecido todo el viaje, sin decir apenas nada. No me extrañaría que estuviera a punto de volverse loco. Había visto a los híbridos sembrar el terror en Texas y a mí hacer magia. Todo ello había sido demasiado para él. Por eso mantuve la calma.

Abrí el coche y salí. Me estremecí al sentir un dolor agudo en el vientre, pero me enderecé y lo seguí hasta la casa.

—No puedo quedarme mucho tiempo —murmuré cuando nos detuvimos ante la puerta y él tecleó unos números un el teclado junto a ella—. Tengo que ir a un sitio y hacer algo importante.

No respondió, concentrado en lo que hacía. La puerta se abrió con un pitido y entramos. El

interior era cálido y la iluminación también. Caminamos por un pequeño pasillo que conducía a una espaciosa sala de estar. Al entrar, me detuve en seco.

—Oh —murmuró Eric mirándome de reojo—. Lo siento, con tanto ajetreo, no he tenido tiempo de limpiar todo esto.

La mesa central del salón tenía tres patas rotas, y la superficie estaba manchada de sangre y estaba partida en dos. La alfombra que había debajo de la mesa destrozada había adquirido un color rojo oscuro al empaparse con lo que sólo podía ser mi sangre.

—Dios mío —murmuré, asustada.

—Créeme, fue peor cuando aterrizaste. Casi me da un infarto.

—Lo siento, Eric. Lo siento. No sé por qué ha pasado esto, pero gracias. Gracias por salvarme.

—No podía dejarte morir. Y, además, ¿qué iba a decirle a la policía? —repuso. Después suavizó el tono—. Siéntate y deja que te vea la herida.

—Estoy bien, Eric, te lo prometo. Hay cosas más importantes en juego aquí. Sólo necesito ropa limpia.

Me miró unos instantes con una expresión que no supe definir y por fin asintió.

—De acuerdo. Como quieras.

—¿Me prestas también tu coche? —pregunté cuando se disponía a salir.

Era la única forma de llegar hasta las Hechiceras a tiempo. Aún estaba demasiado débil para abrir un portal de forma correcta y no quería arriesgarme de nuevo.

—¿Mi coche? ¿Por qué? —Sin esperar a que yo respondiera, continuó.—. Serenity, ¿no crees al menos que merezco una explicación de qué está pasando aquí?

Dejé escapar un profundo suspiro.

—Por supuesto. Supongo que esperaba que se te ocurriera una a ti y no me la pidieras a mí. Pensé que era lo mejor. Lo siento.

—¿Encontrar yo una explicación? —replicó, estupefacto—. ¿Me tomas el pelo? ¿Qué demonios eran esas cosas que atacaban a toda esa gente? Parecían humanos, ¡pero no lo eran! ¿Eran demonios? Y uno de ellos te conocía. ¿Fueron ellos los que te hirieron? Además, ¿cómo heriste a uno de ellos sin siquiera tocarlo? Vi todo lo que ocurrió, pero nada de lo que sucedió era posible ¿Qué está pasando, Serenity? —gimió.

Dudé unos instantes.

—Creo que será mejor que te sientes.

—No, estoy bien. Suéltalo.

—De acuerdo entonces. Ahí va. Esto probablemente te sonará extraño, pero los humanos no son las únicas criaturas que viven en este mundo. Hay vampiros, hombres lobo, brujas... y ahora, también híbridos.

Le hablé brevemente sobre nosotros, tratando de hacérselo lo más sencillo posible.

—Pero eso no tiene sentido —murmuró, frunciendo el ceño—. Tiene que ser una broma.

—Lo viste con tus propios ojos, Eric. Lo que sucedió allí fue un enfrentamiento entre un clan híbrido y una manada de lobos. No fue una lucha justa en absoluto. ¿Y lo que me viste hacer? Eso fue magia.

—¿Eres una bruja?

Asentí.

—Sí. Así es como llegué aquí. Estaba herida y necesitaba un refugio seguro. Abrí un portal y me trajo hasta aquí.

Se levantó despacio del sofá, confuso.

—¿Dices que esas criaturas llevan aquí mucho tiempo? ¿Cómo habéis sido capaces de permanecer ocultos todo este tiempo?

—Nunca nos hemos ocultado, Eric. Vivimos y trabajamos como vosotros.

—Entonces, ¿quieres decirme que ningún humano sabe que existes excepto yo?

—Tu gobierno y las agencias de seguridad lo hacen, pero esa información sólo la conoce la cadena de mando más alta. Gracias a sus satélites y demás, se dieron cuenta hace mucho tiempo. Pero llegamos a un acuerdo, y desde entonces vivimos en coexistencia pacífica.

—Hasta ahora.

—Sí, hasta ahora. Y tengo que detener esto como sea. Era lo que estaba haciendo en Michigan cuando me atacaron y vine hasta aquí.

—¿Eres de Michigan?

Asentí de nuevo.

—Sí. Y tengo que volver allí ahora mismo, por eso necesito tu coche. Y algo de ropa.

—¿Para ir a ver a las Hechiceras?

Alcé las cejas, sorprendida, y él se encogió de hombros.

—Te he oído cuando hablabas con tu amiga. ¿Ir allí detendrá esto? Porque lo que ha pasado hoy es una locura. Ante mis ojos, he visto cómo mataban a mucha gente de una forma absolutamente brutal. ¿Ir a Michigan resolverá este problema? —insistió con una nota de desesperación en la voz.

Lo miré con tristeza y negué con la cabeza.

—No puedo asegurarlo. Voy allí para ver qué puedo averiguar, pero sin demasiadas esperanzas.

—Pero vas de todos modos.

—No tengo elección. Se trata de mi hogar.

—No, Serenity. Tu hogar está en Michigan, y esto es Texas. No es un problema de «tu casa». Joder, acabo de ver como destrozaban a gente delante de mis ojos. Esto le está pasando a todo el mundo, no sólo a ti.

—¿Entiendes ahora por qué es tan urgente? Haré todo lo posible por traer el coche de una pieza.

—¿De una pieza? —murmuró poniéndose en pie. —Puede que no sepa mucho de tu mundo, pero creo que no sobrevivirás a esta lucha.

—Como he dicho, haré lo que pueda.

Me miró fijamente durante unos segundos y soltó un suspiro. Luego se dirigió hacia la puerta.

—Te traeré una muda de ropa.

—¿Y el coche? —pregunté.

—No estás en condiciones de conducir —respondió sin volverse—. Yo te llevaré.

—¿Qué? —casi grité—. Eric, ¿estás seguro? No tienes que...

—Déjame coger tu ropa —me cortó y salió de la sala.

Me tuve que sentar cuando me quedé sola. Ahora que existía la posibilidad de ir con alguien, me di cuenta de lo mucho que necesitaba un compañero. Además, aún no me había curado del todo.

Volvió unos minutos después con ropa limpia.

—Es de mi hermana —explicó—. Se las pone cuando viene a verme. Así no tiene que traer maletas al cruzar la frontera.

—Oh... espero que no le importe —murmuré cogiéndolas.

—Dudo que se dé cuenta. Tiene demasiada ropa. Creo que le estamos haciendo un favor.

—De acuerdo entonces. ¿Dónde puedo cambiarme?

Me llevó al dormitorio de invitados, tan impresionante como el resto de la casa. No perdí el tiempo. Me cambié de ropa y metí la bata de hospital en una bolsa que encontré en uno de los cajones. Luego volví al salón, donde él me esperaba impaciente.

—Dame eso—pidió y me quitó la bolsa con la bata. Empezó a andar, pero le detuve.

—Eric, dame la llave del coche y deja que me vaya. Lo que voy a hacer podría ser peligroso, y no puedo arrastrarte a ello. No me lo perdonaría si te pasara algo.

—No me estás arrastrando a nada, ¿de acuerdo? —Se soltó y desapareció por una de las puertas. Cuando regresó, me miró—. ¿Podemos irnos ya?

—De acuerdo, pero prométeme que, pase lo que pase, harás lo que yo diga.

—Créeme. No voy a hacer ninguna estupidez.

—Bueno, ya vienes conmigo, ¿no? —bromeé.

Él sonrió.

—Un argumento tan débil que no va a hacerme cambiar de opinión.

Le devolví la sonrisa.

—Vámonos.

Volvimos al coche y retomamos la carretera. Eric tenía muchas preguntas que hacerme y aproveché el viaje para responder a todas las que pudiera. Se centró en tratar de que llegáramos lo antes posible.

Horas más tarde, nos detuvimos en el mismo lugar en el que Kanan, Maya y yo lo hicimos dos meses atrás. Miré por la ventanilla hacia allí, sintiendo que el corazón se me aceleraba.

—Hemos llegado —me escuché decir por segunda vez.

Me miró.

—¿Tienes miedo de entrar ahí? ¿Qué son exactamente las Hechiceras?

Me encogí de hombros.

—No, no me dan miedo. Son bastante inofensivas, pero me asusta lo que puedan decirme. Es el precio que tengo que pagar para detener toda esta locura.

Abrí el coche y salí. Cuando Eric hizo lo mismo, me volví hacia él.

—No hace falta que me acompañes. Espérame en el coche. No tardaré.

—¿Esperarte? ¿En este espeluznante bosque? ¿Yo solo? ¡Diablos, no!

Cerró la puerta tras de sí.

El lugar no había cambiado en absoluto. Después de todo, ¿cuánto podía cambiar un lugar en dos meses?

Allí estaba el oxidado letrero con Michigan Woods garabateado en su superficie y luego el sendero que se adentraba en la profundidad del bosque.

—No te separes de mí en ningún momento —le pedí. Tras dudar un par de segundos, me siguió. Le guie hasta que llegamos al lugar cubierto de árboles y follaje. Miré de reojo a Eric, que me miraba con fijeza, extasiado. Entonces, me giré.

—*Pathos Revellos.*

De repente, nos envolvió una fuerte tormenta. Sacudía los árboles y el viento silbaba entre las hojas. Y cuando se disipó, todo lo que quedaba era brillo.

—Sigue el brillo, Eric.

—Claro, ¿por qué no? Es perfectamente normal —ironizó.

Sonreí mientras continuaba guiando el camino. Al menos aún era capaz de hacer comentarios sarcásticos, lo que era una buena señal. No hablamos mucho mientras nos adentrábamos más y

más en el bosque, abriéndonos paso con cuidado. Pronto llegamos a la boca de la cueva.

—Recuerda —advertí—. Yo me encargo de esto.

Asintió. Respiré hondo, abrí la puerta y él me siguió. En cuanto entramos, noté un cambio drástico en el aire, que se volvió frío y lenguas de fuego aparecieron de repente en el aire, iluminando la oscura tumba.

—¡Jesús! —murmuró Eric detrás de mí, tan cerca que pude notar cómo se sobresaltaba.

—Silencio, Eric —ordené, caminando hacia donde sabía que estarían las hermanas.

Al final las encontré, pero esta vez no estaban sentados en las rocas, sino de pie junto a ellas, murmurando ininteligiblemente entre sí. En cuanto me vieron, se hizo el silencio en la cueva.

—¡Ha vuelto! —susurró una de ellas—. Os dije que volvería.

—No —replicó otra—. Fui yo quien lo dijo.

—¿Acaso importa? —respondió con exasperación la tercera.

—Sí, importa. ¿Por qué quiere atribuirse el mérito de algo que no ha hecho?

—¿Por qué haces tal acusación?

Y sin más, comenzaron a discutir entre ellas. Pero se me acababa el tiempo y aplaudí con fuerza para llamar su atención.

—¡Necesito vuestra ayuda! —grité.

—¿Por qué? ¿Quieres deshacer las acciones de mamá? —se burló una de ellas.

—Sí. ¿Cómo mato a sus híbridos? —pregunté.

—¿De qué otra forma se mata algo, niña? —replicó la segunda.

—Con un cuchillo, o una lanza, justo a través del corazón —respondió la tercera.

—¿Qué? No podemos enfrentarnos a ellos de uno en uno. Sería un baño de sangre. ¿No hay nada que pueda neutralizarlos?

—Son criaturas de magia oscura. Son fuertes y resistentes. Lo único que puede vencer a la magia oscura es aquello de lo que procede —respondieron a coro.

—Pura magia —repetí como para mí.

Abrí mucho los ojos al darme cuenta. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Los híbridos eran criaturas de magia oscura, igual que los lobos eran criaturas de magia pura. La magia oscura surgió de la magia pura, igual que los híbridos surgieron de los lobos. Miré a Eric.

—Creo que sé lo que tengo que hacer.

—¿Estás segura? —dudó.

Asentí y me volví hacia las Hechiceras.

—¿Dónde están Maya y Kanan?

—De camino a la Capital, preparándose para la guerra que se avecina.

Una vez formuladas mis tres preguntas, aplaudieron levemente y, al instante, Eric y yo fuimos succionados y expulsados de la cueva.

—¿Qué acaba de pasar? —jadeó, confuso.

—Lo sé —asentí, ausente—. Cuesta acostumbrarse.

Volvimos a donde estaba aparcado el coche.

—Dijiste que sabías qué hacer. ¿Qué es? —preguntó mientras caminábamos.

—Tengo que ir volver a Moindre —respondí—. Es el único lugar donde puedo acumular suficiente poder como para que esto funcione.

—De acuerdo entonces, démonos prisa.

Llegamos al coche y, justo antes de que subiera, le cogí la mano y se la apreté.

—¿Qué pasa? —preguntó, desconcertado.

—Gracias por venir.

Sonrió.

—Nada me lo hubiera impedido. Soy el encargado de salvarte la vida, ¿recuerdas?

Le devolví la sonrisa y subimos al coche.

—¿Cómo llegamos hasta...? —preguntó.

—Moindre, yo te guiaré. Sigue recto hasta que lleguemos al final de esta carretera. Necesito curarme lo suficiente para estar fuerte para lo que viene.

—¿Y qué es lo que viene?

—Nada bueno.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

KANAN

Viajábamos en el primer autobús, mientras los miembros de la manada Crescent nos seguían en el siguiente. Yo conducía, liderando la marcha hacia la Capital. Iba tan rápido como podía, con Maya sentada a mi lado. Lockworth, su esposa y el resto de la manada ocupaban los demás asientos. El miedo y la tensión se podían palpar, tan densos que casi podía tocarlos. Pero no me dejaría influir por ellos.

Antes de emprender el viaje, llamé a Zeke para que me diera noticias suyas. Me dijo que las demás manadas habían comenzado a llegar.

A mi lado, Maya hablaba por teléfono con Serenity. Charlaron un buen rato y, cuando terminó, se guardó el teléfono en el bolsillo.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Está de camino a Moindre. Creo que tiene un plan —respondió ella mirando por la ventana.

—¿Cómo va a entrar allí? Sigue habiendo un escudo.

—Es una bruja con recursos, no la subestimes. Además, le dije que habíamos matado a uno de los híbridos. Pueden morir. Sólo tenemos que encontrar cómo hacerlo de forma más fácil y rápida. Algo que equilibre la balanza.

—Me temo que eso no sucederá, a menos que nos convirtamos en híbridos —repuse sombríamente mientras daba ligeros golpecitos en el volante.

—Cariño, nos dirigimos a una guerra. Incluso si aún no ha comenzado, sabemos que vendrá a por nosotros.

—Eso ya lo sé. ¿Qué intentas decirme?

—Hemos utilizado todos los recursos a nuestro alcance, pero nada ha funcionado. Necesitamos algo nuevo.

—Soy todo oídos —repliqué, exasperado.

Llevaba todo el día pensando en ello, tratando de encontrar una solución y no se me había ocurrido nada.

—Serenity dijo que los híbridos son criaturas de magia oscura. Sólo la magia pura puede

vencerlos.

—¿Por eso va a Moindre?

—Eso no es lo importante. ¿Sabes qué otras criaturas son de magia oscura?

Me lo pensé un rato. Luego caí.

—Mierda, los putos vampiros.

—Los vampiros son a los humanos lo que los híbridos a los hombres lobo. Los híbridos se forman después de la muerte de los lobos, y los vampiros se despiertan cuando muere el humano. ¿Ves la conexión?

—Joder sí, pero ¿a dónde nos lleva esto?

—¿Y si lo que mata a los vampiros también puede matar a los híbridos? —preguntó.

Pensé en lo que decía. Tenía sentido, pero un segundo después negué con la cabeza.

—He visto a los híbridos luchar a la luz del sol. No les hace nada. Además, clavar una simple lanza en el pecho de un vampiro no lo matará.

—Pero hay otras maneras de matarlos, ¿verdad? —repuso.

—¿Por qué no le preguntamos a la persona que dirigió la guerra contra ellos? —repliqué.

Maya se volvió hacia su padre y se lo explicó todo de forma breve.

—Vaya... eso tiene sentido, Maya. —Lockworth se enderezó en su asiento, esperanzado—. Se puede acabar con los vampiros con las balas de plata, espadas de plata y rayos ultravioleta. Los híbridos pueden sobrevivir a la luz del sol porque su piel es dura y puede soportarla, pero quizá también sean susceptibles a las balas.

—¿Estás seguro de eso? —pregunté.

Sacudió la cabeza.

—No, no lo estoy.

—Yo sí —intervino Maya—. Cualquiera de esas cosas mata a un vampiro con facilidad. Sé que los híbridos son más duros, pero tendremos una oportunidad contra ellos. Padre, ¿dónde podemos conseguir balas de plata en tan poco tiempo?

—Del mismo lugar de donde las sacamos la última vez, de los humanos —respondió—. A pesar de lo que dicen las historias, no habríamos ganado la guerra contra los vampiros si los humanos no hubieran intervenido. Decidieron ayudarnos porque también eran una amenaza para ellos. Por eso nos proporcionaron las armas y todo lo que ayudó a ganar esa guerra.

—Es hora de que vuelvas a ponerte en contacto con ellos. Necesitaremos tantas armas como podamos conseguir.

—En ese caso, me bajaré aquí —decidió Lockworth.

—¿Qué? —gruñí—. ¿Por qué?

—Maya tiene razón. Tenemos que conseguir armas. Podría ser nuestra única oportunidad de derrotarlos.

—No estoy de acuerdo con esto. Podría no servir para nada —protestó la madre de Maya.

—Papá... —comenzó a decir Maya.

—No —La cortó él en voz baja antes de que ella dijera nada—. Tienes razón. Iré con dos de mis mejores hombres a ver a mi contacto entre los humanos y volveremos a la Capital a reunirnos con vosotros.

—En ese caso, voy contigo —decidió su compañera.

Lockworth sonrió con calidez mientras tomaba las manos de ella entre las suyas.

—Tienes que quedarte aquí con nuestra gente y cuidar de ellos. Te necesitan. ¿De acuerdo?

Asintió.

—De acuerdo. Pero asegúrate de volver de una pieza.

—Por supuesto. Detén el autobús, Kanan.

Pisé el freno y él bajó, seguido de dos miembros de su manada.

—Si necesitáis cualquier cosa, no dudéis en llamarme —pedí.

—Créeme, no lo haré.

Reanudé la marcha y pronto se perdieron de vista. Vi que Maya seguía mirando por el retrovisor de vez en cuando. Puse mi mano sobre la suya para tranquilizarla.

—Todo irá bien —aseguré.

Me miró, y tuve la sensación de que no me creyó. Apartó la mirada.

Poco después, al entrar en la Capital y nos llevamos el susto de nuestras vidas.

—Por los espíritus...—Maya abrió unos ojos como platos mirando por el parabrisas.

—¡No puedo creerlo! —murmuré deteniendo el autobús.

Las calles estaban atestadas de lobos de todas las formas y tamaños. Parecía que todos los lobos del mundo se hubieran reunido allí.

—Hora de trabajar —anunció Maya antes de desbloquear la puerta y salir del autobús.

—Espera —grité, pero ella ya estaba abriéndose paso entre la multitud y pidiendo que se organizaran. —¡Joder! ¡Necesito que alguien se ponga al volante! —pedí a gritos.

La madre de Maya se ofreció voluntaria, y yo bajé del autobús.

—Baja recto y, cuando encuentres una calle libre, aparca, ¿vale? —le dije.

Ella asintió, y yo me apresuré a meterme entre la multitud.

El ruido era inmenso. Todos tenían algo que decir, pero ninguno estaba dispuesto a escuchar al otro. Con dificultad avancé hacia el frente, donde vi a Zeke hablando con Maya. Tenía la angustia dibujada en el rostro, pero desapareció en cuento me vio.

—¿Dónde demonios has estado? —gritó, enfadado—. ¡No me dijiste que el mundo entero iba a venir aquí!

—No sabía que habría tantos, Zeke —respondí en tono de disculpa—. ¿Estás bien?

—Estoy bien, primo, pero cada vez hay más.

—Tenemos que despejar esta zona, y sólo podremos hacerlo si los llevamos a todos a algún sitio —grité por encima de las voces de todos los lobos allí congregados—. ¿Dónde está Betty?

—Se ha llevado a los bebés y a los niños a nuestra casa. Debería volver en cualquier momento.

—Bien, tenemos espacio suficiente para alojarlos a todos. Sólo tenemos que hacerlo bien. Zeke, que un grupo vaya hasta donde vivía Morellis. Allí tendrán sitio suficiente. Maya, tú forma otro y ve con ellos hacia el bosque. No es mucho, pero debería bastar por esta noche. En cuanto a mí, me encargaré de alojar al resto.

—Vale, pero ¿cómo sabemos a quién nos llevarnos? —preguntó Maya. Por la cara de Zeke, supe que se estaba preguntando lo mismo.

Solté un profundo suspiro y miré a la multitud. Era enorme y cada vez gritaban más.

La mano de Maya se cerró en torno a la mía.

—Están aterrorizados. Necesitan saber que todo irá bien. Habla con ellos, Kanan.

Tragué saliva y di un paso adelante.

—Escuchad —grité, pero nadie me oyó.

—¡Escuchad! —repetí con toda la fuerza de mis pulmones.

El silencio se hizo poco a poco entre la multitud y todos se volvieron hacia mí. Sentir todos aquellos ojos aterrorizados clavados en mí me hizo sentirme cohibido, pero me sobrepuse.

—Sé que estamos pasando por momentos difíciles. Hemos visto a nuestros seres queridos morir ante nuestros ojos, nuestras casas han sido destruidas y hemos tenido que huir como ratas para salvar nuestras vidas. Pero tenemos que recordar que estamos vivos. ¡Eso significa que podemos luchar! Sé que parece que luchar es una mala idea ahora mismo, pero también lo es morir. Diablos, morir es una idea aún peor. Y por eso, no podemos dejar de luchar. Nos lo debemos a nosotros mismos, a nuestros seres queridos que aún viven y a nuestros hijos para crear un mundo en el que puedan jugar y crecer. Pero, sobre todo, a quienes han dado sus vidas para que nosotros sobrevivamos.

Hice una pausa.

—Sé que estáis asustados, aterrorizados. Pero mirad a vuestro alrededor. ¡No estáis solos! Juntos somos más fuertes y, cuando vengan, haremos de la Capital el último lugar que pisen.

Todos empezaron a vitorear ruidosamente. Me volví hacia Maya y ella me guiñó un ojo. Cuando

los vítores se apagaron, me puse manos a la obra para dividirlos en tres grupos, y Maya, Zeke y yo dirigimos cada uno al nuestro. Empecé a instalarlos en bases provisionales y, poco a poco, fuimos despejando el campo de gente, lo que nos llevó horas. Cuando por fin terminamos, era casi medianoche.

No me detuve hasta que el último estuvo alojado.

Esa misma noche, Maya vino a verme, asustada.

—¿Qué ocurre?

—Mi padre. No tengo noticias de él.

—¿Le has llamado?

Asintió.

—No responde.

—No te preocupes. Tu padre es un cabrón duro. Estará bien.

—¿Y si le ocurre algo? ¿Cómo me lo podré perdonar?

—No necesitarás hacerlo, porque no llegaremos a ese punto. Ahora lo mejor será que vayamos a descansar.

Habíamos apostado centinelas por toda la Capital, a los que también informé de que Lockworth podría aparecer más tarde. Un tenso silencio se había apoderado del lugar, y aunque la gente intentaba dormir, no resultaba fácil.

Cogí la mano de Maya entre las mías y me dirigí a nuestra casa.

—Joder...—murmuró mientras me seguía. Los dos estábamos agotados—. Y pensar que esta mañana nos hemos levantado felices, y que hemos pasado de hacer el amor a prepararnos para la guerra, qué mundo más loco.

Me reí entre dientes.

—Una locura —murmuré. Estaba tan cansado que apenas podía pensar con claridad.

Nos dirigimos directamente al dormitorio. Necesitaba cerrar los ojos, aunque sólo fuera por una hora.

En el momento en que mi cabeza tocó la almohada, me dormí.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

AKIRA

Mientras miraba las profundidades del agua del pozo de Emrys que tenía delante, sentí que me invadía una oleada de ira. El agua estaba en un gran cuenco de barro, y el cuenco estaba apuntalado con diferentes tipos de talismanes para mantener activa la magia oscura y para que el agua pudiera seguir mostrándome lo que yo quería ver.

Oí que se abría la puerta detrás de mí y fruncí el ceño al ver entrar a Morellis. No osó entrar del todo, tan sólo cruzó la puerta y se detuvo. Como buen perro que era, estaba aprendiendo. Siempre lo hacen, al final. Pero...

—Ven aquí. Hay algo que tengo que enseñarte —ordené.

Me miró vacilante, como si no estuviera seguro de si debía seguir la orden. Como el perro asustado que era, no sabía cuándo le iba a caer el golpe y siempre estaba en tensión. Eso era bueno. Evitaba que se relajara demasiado.

—Te he dicho que vengas —ladré—. Obedece ahora mismo.

Se acercó a mí e hice un gesto con la mano hacia el cuenco de tierra:

—Morellis, echa un vistazo. Dime qué ves.

Se asomó al cuenco y, cuando lo vio, por fin lo comprendió todo.

—Oh, Tú, Gran Malvada —comenzó, pero no le dejé terminar.

Con un movimiento de mis dedos, sus piernas se doblaron debajo de él, y cayó de rodillas delante del cuenco.

—He dicho que me digas lo que ves.

Respiraba con dificultad y rapidez, pero obedeció.

—Veo la Capital.

—¿Y?

—Veo lobos.

Por un momento, sentí el impulso de golpearle la cabeza contra el cuenco, pero eso podría arruinar el ritual que había montado a su alrededor, así que me controlé.

—Es una manada, así que tiene que haber lobos allí, ¿no? —repliqué entre dientes mientras apretaba los dedos en un puño. Echó la cabeza hacia atrás—. Sólo te lo pediré una última vez —le advertí—. Dime lo que ves.

—¡Lockworth! ¡Lockworth y su manada! ¡También están en la Capital! —gritó.

—Y….—insistí.

—No sólo Lockworth, otras manadas también. Están todos en la Capital.

—Por fin —rezongué, irritada.

Con un rápido movimiento de mis manos, tiré de él hacia atrás y lo estampé contra la pared. Se oyó un fuerte golpe que sacudió toda la casa antes de que cayera al suelo.

—Tienes una visión excelente gracias a tu gen lobo, que se duplica por tu gen híbrido. Tienes que aprender a usar tus malditos ojos, perro.

No intentó levantarse. Permaneció de rodillas en el suelo.

—Me has fallado, Morellis. Lockworth está vivo. Dame una razón por la que debería dejarte vivir.

—Oh, Gran Malvada, ha sido un error que no se repetirá. Kanan y Maya estaban allí. De lo contrario, habría acabado con él.

—Maldito idiota —gruñí, irritada—. No has parado de decir que tienes un asunto pendiente con Kanan y la maldita Maya. Te di la oportunidad de hacerlo, te di el poder para derrotarlos, ¡y aun así fracasaste! ¡Incluso permitiste que mataran a uno de mis luchadores!

Mientras hablaba, me invadió una oleada de rabia que lo elevó por los aires y lo estampó contra la pared.

—¡Lo siento, no volverá a pasar! ¡Lo juro! —gimió, suplicante.

—Eso mismo dijiste cuando perdiste a Ariel. Todo son excusas y más excusas y ya me he cansado. Se están reuniendo y preparándose para contraatacar. Te dije que no quería que lucharan todos juntos, porque sería un baño de sangre total. Necesito a tu gente para poder construir mi ejército. ¿Qué te pasa, Morellis? ¿Acaso no me he explicado con suficiente claridad?

—Lo siento mucho. ¡No volverá a ocurrir!

—¡Fuera de aquí! —grité con rabia arrojándolo fuera de mi vista. Se precipitó por el pasadizo y atravesó la ventana abierta, que se hizo añicos. Solo entonces lo perdí de vista—. Perro estúpido, será mejor que vuelvas aquí antes de que decida que es mejor matarte.

Volví al cuenco de tierra para poder observar lo que ocurría en la Capital. Había visto a Lockworth entrar llevando unas cajas a la Capital, y me preguntaba qué podrían ser. Sólo había una explicación: a juzgar por el gran número de lobos que ya había allí, se estaban preparando para la guerra, lo que significaba que muchos más de los previstos morirían.

Oí pasos detrás de mí mientras Morellis entraba a trompicones en la casa. Cuando me volví,

estaba de nuevo de rodillas, con cara de arrepentimiento y disculpa.

—Siento haberte fallado. Sé que es mi segundo error, pero te suplico otra oportunidad. Dame la oportunidad de redimirme ante tus ojos. Déjame ser quien destruya a Maya, Kanan y Lockworth. Por favor, oh, Gran Malvada, concédeme una segunda oportunidad.

Me quedé en silencio un rato y luego sacudí la cabeza con tristeza. Por supuesto que se la daría. Era el único general que tenía. Y mientras la horda dominara la puja, él era el único al que le quedaba un poco de sentido común en la cabeza. Pero, por supuesto, no podía dejar que él lo supiera, y debía darle una paliza y recordarle quién mandaba. Por muy valioso que fuera para mi plan, seguía siendo sólo un perro y si lo dejaba descontrolarse, me mordería. No podía permitirlo.

Miré hacia el agua del pozo de Emrys y murmuré.

—Esto requerirá algo más que unos cuantos híbridos. Ya que los lobos están mejorando su juego, tendremos que hacer lo mismo.

—Lo que hagan no importa. Nunca podrán estar a tu altura.

—No seas tonto. Tienes a Lockworth, a su hija y a Kanan en el mismo lugar. Lockworth lideró la batalla contra los vampiros y los echó del estado. Kanan y Maya te derrocaron y tomaron tu posición como el Alfa. No creo que subestimarlos sea bueno para ti.

Permaneció en silencio, lo que me permitió pensar.

—Sólo se me ocurre una manera. ¿Dónde están el resto de los híbridos?

—En el sótano, listos para recibir tus órdenes.

—Bien, reúnelos a todos. Nos vamos a la Capital. Ahora.

Palideció.

—¿Tú también vienes?

Asentí.

—Se acabó el quedarse al margen. Es hora de que me haga cargo y acabe con esta guerra incluso antes de que empiece.

—Es una gran noticia.

—Oh, cállate —murmuré exasperada—. Ve y reúne a los demás.

Salió hacia el sótano, donde estaban los otros híbridos. Por fin sola, volví a mirar el agua de Emrys, y fue entonces cuando me di cuenta de que había tomado la decisión correcta.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS



MAYA

Aquella noche permanecí mucho tiempo despierta en la cama, mirando al techo, mientras intentaba ordenar mis pensamientos. Pero todo estaba revuelto y logré hacerlo. Nuestro dormitorio estaba oscuro y silencioso, pero podía oír la respiración de mi compañero, sumido en un profundo sueño. Le envidiaba. ¿Cómo podía dormir con todo lo que estaba pasando?

Desde que él se durmió, intenté hacerlo yo también, aunque sólo fuera durante unos minutos. Llevaba de pie desde por la mañana y necesitaba descansar, pero mi mente estaba hiperactiva, y no había forma de que se calmara lo suficiente como para poder dormir.

Pero no podía ser de otro modo. Una guerra se acercaba a nuestra puerta. ¿Cómo podría dormir? Sabía que Kanan había tomado medidas para asegurarse de que no nos cogieran desprevenidos, al igual que sabía que, aunque ahora estuviera dormido, podía despertarse y estar alerta en cuestión de segundos.

Yo no fui bendecida con el mismo don, y lo único que podía hacer era mirar fijamente a la oscuridad donde sabía que estaría el techo, mientras mi mente repasaba una y otra vez lo ocurrido ese día. Comenzamos haciendo el amor y luego recibí la llamada de Serenity. Me pregunté qué habría pasado de no haberlo cogido, si hubiera llamado mientras Kanan y yo follábamos, o más tarde, cuando volviéramos a hacerlo.

Quizá no habríamos sabido de esta amenaza y no habríamos podido informar a tiempo al resto de manadas. El plan de Akira había sido eliminarnos uno tras otro, aislando a las manadas entre sí para que no pudieran enviar mensajes a los demás. Pero gracias a Serenity, ese plan saltó por los aires, y ahora todos sabían que Akira venía a por ellos. Y todos estaban dispuestos a presentar batalla.

Eso no debió haberle gustado. Ella no quería que nos uniéramos para luchar, porque sabía que tendríamos muchas más posibilidades de derrotarla. No importa lo formidables que sean sus híbridos. Son pocos, sólo los escindidos de Vicious Hounds que eligieron convertirse en sus sirvientes. Los lobos éramos mucho más numerosos. Incluso si no podíamos igualarlos en fuerza y velocidad, aún teníamos una oportunidad de luchar.

Intentando no hacer ruido para no despertar a Kanan, me levanté de la cama y fui al salón. Allí vi a mi padre durmiendo plácidamente en un sofá. Mi madre estaba en otro sofá, durmiendo también. Sacudí la cabeza mientras me preguntaba por qué era la única a la que el maldito sueño seguía eludiendo.

Seguí caminando hasta la ventana, abrí las cortinas sin ruido y miré hacia el cielo nocturno. Todo estaba tranquilo y quieto, pero podía distinguir el movimiento de los guardias en su patrulla. Estaban alerta porque no sabíamos cuándo atacaría Akira. En el cielo no había nubes, pero la luna llena iluminaba la zona.

La tensión seguía ahí, aunque más de la mitad de la Capital dormía. Pero no era un sueño fácil, sino nacido de la necesidad de descansar el cuerpo para lo que estaba por venir. Yo también lo necesitaba; tenía que intentar dormir. Con un suspiro, me aparté de la ventana y me di la vuelta para salir, y casi choqué con las tres enormes cajas apoyadas contra la pared.

Contuve un grito. Las cajas contenían las armas que mi padre había conseguido de sus contactos y las probaríamos una vez que los híbridos atacaran. Sólo podía esperar que funcionaran, como yo había pensado.

De lo contrario, estábamos jodidos.

Pasé junto a las cajas y volví a la cama.

—Me preguntaba cuánto tiempo ibas a estar fuera antes de que tuviera que ir a buscarte —susurró Kanan.

Sonreí a medias.

No tenías por qué esperar tanto. Podrías haber venido en cualquier momento. —Me tumbé y me acurruqué en el pliegue de su codo—. Siento haberte despertado.

—Tengo el sueño ligero. No es culpa tuya. —Me abrazó con más fuerza—. ¿Cuál es el problema? ¿No puedes dormir?

Asentí, luego recordé que todo estaba oscuro, y él no podía verme.

—Tengo tantas cosas en la cabeza que no soy capaz.

—Te entiendo perfectamente. La mera idea de la guerra ya debería estar obsoleta. Se podría pensar que hemos evolucionado más allá de ella, ¿verdad?

—Sí, uno podría pensar eso. Guerras, luchar por territorios, huir de la derrota… Esa fue la infancia de mi padre. Él es el que está bien versado en guerras y todo eso. ¿Y yo qué sé hacer? ¿Huir?

—¿Por qué parece que te lo tomas como algo personal?

—¿Es que no es personal? Estos tipos vienen a nuestra casa y quieren matar a nuestra gente. Ellos han venido a nosotros buscando refugio, cariño. No hay nada más personal que eso.

—Tienes razón. Lo es. Como también que, independientemente de lo que pensemos, la guerra va a llegar, nos guste o no. No vamos a sentarnos a esperar que nos maten. Si vamos a caer, moriremos matando. No hay otro modo.

—Por supuesto —murmuré débilmente. Luego me quedé pensativa un rato—. Pero, por favor, no nos hundamos, ¿vale? No sé qué haría si te perdiera. No te vas a morir, ¿verdad?

—¡Diablos, no! ¿Cómo voy a morir si estoy descubriendo el verdadero sentido de la vida

contigo? No se me ocurriría.

—Te quiero tanto, Kanan —musité sintiendo un peso en el corazón mientras me giraba en la cama y lo abrazaba—. Tanto que me duele el pecho.

—Yo también te quiero, cariño. Estaremos bien. Te lo prometo. —Me devolvió el abrazo.

Me separé de él y mis labios encontraron los suyos. No importaba que todo estuviera oscuro. Ya conocía cada centímetro de él, del mismo modo que conocía mi propio cuerpo. Sus brazos me rodearon mientras me subía encima de él y lo besaba profundamente.

Sentí un temblor recorrer mi cuerpo cuando nuestras lenguas chocaron en su danza de pasión. Mi corazón empezó a acelerarse preparándose para lo que estaba por venir. Mi mano recorrió su cuerpo cincelado. Incluso a través de la tela de su camisa, podía sentir lo musculado que estaba. A medida que mi mano bajaba, mis dedos se cerraron alrededor de su pene hinchado, y pude sentir la sangre latiendo en sus venas, dándole vida. Soltó un profundo suspiro cuando mi mano empezó a recorrer la longitud de su polla. Sentí que todo su cuerpo temblaba debajo de mí mientras luchaba por controlarse. Su mano se cerró sobre mis pechos y estaba a punto de quitarme la blusa cuando ambos nos quedamos quietos.

Permanecimos inmóviles, escuchando con atención. Mi mano seguía cerrada alrededor de su polla mientras las suyas estaban en mis pechos para estar seguros de no equivocarnos. Lo habíamos oído, y mientras lo escuchábamos, rezábamos para que no fuera lo que esperábamos. No nos movimos ni un centímetro, atentos. Hubo silencio durante un largo rato, y luego...

El pitido de un silbato atravesó la silenciosa noche. No una, ni dos veces. Era continuo. Al instante, la quietud que reinaba en la Capital se evaporó como la niebla, y pudimos oír las voces de los lobos que saltaban de la cama y se preparaban para la batalla. Oí un fuerte grito de dolor de alguien sometido a una gran tortura.

—¡No podías haber elegido peor momento, jodida bruja! —maldije mientras Kanan y yo saltábamos de la cama a la vez. Cogí mi chaqueta de la silla junto a la cama mientras él cogía también la suya.

—No te preocupes. Cuando esto acabe, tendremos todo el tiempo del mundo para hacer el amor —prometió.

Le sonreí, le agarré y tiré de él para besarle.

—No quiero hacer el amor contigo. Quiero follarte como una loca.

El beso fue breve pero lleno de pasión.

—Entonces supongo que ya tengo otra razón más para seguir vivo, ¿no?

Desde nuestro dormitorio, nos dirigimos a la sala de estar, donde mi padre ya estaba abriendo las cajas y sacando las armas.

—Es la hora —dijo Kanan.

Asentí mientras cogía un rifle. Comprobé que estaba cargado y tiré del percutor, que produjo un chasquido satisfactorio.

La guerra había comenzado.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE



KANAN

Dejé a Lockworth a cargo de repartir las armas mientras yo salía con Maya a mi lado. Sentí el miedo con el peso de un mazo golpear mi corazón, y me di cuenta de que no quería que viniera conmigo. Era demasiado arriesgado.

—Quédate aquí con tu padre y asegúrate de que ninguno de esos cabrones se acerque siquiera —dije.

Se limitó a cargar sobre su hombro el rifle que tenía en la mano.

—Ni lo sueñes. Tú y yo estaremos al frente de esta guerra, y cuando mi padre termine, se nos unirá también.

Y salió de casa. La seguí, asombrado de su seguridad en sí misma, a pesar de lo que se cernía sobre todos nosotros. Había nacido para liderar. Corrí hasta ponerme a su altura y me adentré en el caos.

Todos corrían de un lado a otro y gritos y llantos de agonía llenaban el lugar. Se oyó una explosión en algún lugar y un edificio se incendió. Maya y yo nos dirigimos hacia los gritos, dejando pasar a los lobos que huían de allí.

Pronto vimos a los centinelas que había puesto de guardia. Algunos ya estaban muertos, y los demás estaban a punto de unirse a ellos. Llegué justo cuando Morellis rodeaba con el puño la garganta de un guardia y le sacaba las tripas. La sangre salpicó todo el lugar, rociándolo a él también. Después levantó el cadáver y bebió su sangre del enorme agujero de su garganta.

Se me revolvió el estómago al verlo.

—Maldito bastardo. ¿Es esta realmente la vida que quieres? ¿Alimentarte de tus propios hermanos y hermanas?

Levantó un dedo nudoso antes de separarse de su festín con los labios ensangrentados, mirándome fijamente.

—No es de buena educación hablar mientras se come. Dame un segundo, Kanan.

Quité el seguro de mi rifle y lo alcé hacia él.

—El lobo cuya sangre te estás bebiendo se llama Adam. Solías ser su líder, ¿recuerdas?

Morellis se detuvo y miró la cabeza del cadáver. Después negó despacio con la cabeza.

—No. Esta cara no me suena.

—Por supuesto que no. ¿Cómo podría cuando estás drogado con sangre de lobo? Ahora, quita tus malditos colmillos de mi lobo antes de que te vuele los malditos sesos.

Morellis hizo una pausa y me miró.

—¿En serio? ¿Un arma? Por favor, es insultante

Disparé. La bala surcó el aire y se estrelló contra el pecho de uno de los híbridos que había detrás de Morellis. Le golpeó con fuerza, levantándolo por los aires y lanzándolo unos metros hacia atrás antes de estrellarse contra el suelo con fuerza. El híbrido gimió de dolor mientras trataba de levantarse. Justo entonces Maya disparó también, y la bala terminó en la cabeza del híbrido, que murió al instante.

Sonreí mientras miraba a mi compañera. ¡Había funcionado!

—Eso es imposible —Morellis jadeó mientras me miraba—. ¿Qué acabáis de hacer?

—Acabamos de matar a uno de vosotros, estúpido. Supongo que no eres tan formidable como pensabas. —Dejé caer el casquillo al suelo y recargué el arma para otro disparo. —¿Todavía te parece insultante?

Morellis sonrió mientras retrocedía con cautela.

—Has sido bastante ingenioso, debo admitirlo.

—Oh, yo no. Ese mérito es de mi compañera, Maya.

—¿Me recuerdas? —intervino ella levantando su arma—. Voy a matarte, igual que maté a tu compañera.

Él se detuvo entonces y la miró con el ceño fruncido.

—Pagarás por lo que hiciste, te lo juro.

—Me gustaría verte intentarlo, Morellis. Venga, ¿A qué esperas?

Morellis rio entre dientes.

—Miraos a los dos, tan seguros y audaces, confiando en vuestras pequeñas armas. ¿Tenéis idea del poder que corre por mis venas? De un puñetazo, puedo reventaros la cabeza como si fuera una uva, y aunque vuestras armas son impresionantes, no os servirán de nada. Dime, ¿cuántas balas tienes?

—Suficientes para ocuparme de ti, Morellis —respondió Maya, desafiante.

En ese momento, aparecieron portales detrás de él y cada vez más híbridos salieron a la luz. Me quedé estupefacto por el enorme número de ellos, que pronto flanquearon a su líder. Donde antes sólo había unos pocos, ahora había más de dos docenas. Akira debió haberlos hecho venir de los territorios ya conquistados. Los había traído a todos porque sabía que Morellis necesitaría su ayuda.

Inquieto, observé cómo la horda que teníamos delante aullaba y gruñía. Esto era mucho más que el puñado que había imaginado.

—Ahora, Maya —dijo Morellis con una sonrisa siniestra—. ¿Qué fue lo que dijiste sobre tus balas?

Oí pasos detrás de nosotros, pero no me molesté en girarme porque ya sabía de quién se trataba. Eran Lockworth y otros miembros de la comunidad lobuna. Estaba seguro de que todos tenían algún tipo de arma y estábamos listos para enfrentarnos a ellos.

Justo entonces, los híbridos se separaron, haciendo una ligera reverencia mientras abrían camino. Caminando despacio, paso a paso, apareció Akira. Su bastón golpeaba el suelo mientras caminaba hacia donde estaba Morellis. Observé estupefacto cómo él se inclinaba ante ella y retrocedía un poco.

—¿Qué demonios le has hecho? El Morellis que conocí nunca se inclinaría ante nadie —gruñí.

—Morellis ha visto la luz, y se ha dado cuenta de que el verdadero poder sólo puede venir de responder a otro muy por encima del suyo. Con esta comprensión vino la claridad, y eso nos trae a todos a donde estamos hoy. Tengo una propuesta para ti.

—Déjame adivinar, ¿quieres mostrarme la luz a mí también? —Sonreí, despectivo—. No, gracias.

—Si seguís adelante, se derramará mucha sangre. Demasiada. ¿Podrás vivir siendo responsable de ello?

—Tengo una idea mejor. ¿Por qué no te vas y no vuelves nunca?

—Bueno, ya que todos tenéis tanto empeño en morir, supongo que tendré que concederos vuestro deseo —murmuró Akira dando un paso atrás.

Al instante, Morellis se adelantó una vez más y, con un fuerte gruñido, se lanzó sobre nosotros. Inmediatamente le siguió el resto de la horda.

—¡Fuego! —grité.

A una, todos levantamos nuestras armas y disparamos. Ráfagas de balas silbaron en el aire y se estrellaron contra los híbridos. Muchos cayeron, pero volvieron a ponerse en pie casi de inmediato.

Empecé a avanzar, disparando a los híbridos que se abalanzaban sobre nosotros. Apunté a Morellis y disparé. El disparo le dio de lleno en el pecho, haciéndole caer hacia atrás.

—¡Mierda! —gruñí al perderlo en el cuerpo a cuerpo.

Los otros híbridos seguían avanzando hacia nosotros. Me preparé para volver a apuntar, pero era inútil. Estaban demasiado cerca.

Rodé por el suelo para evitar el mortal zarpazo de las garras de un híbrido. La bestia saltó tras de mí mientras yo intentaba alejarme. Conseguí ponerme en pie, pero con un puñetazo que sentí como si me golpeara un saco de ladrillos, me arrojó de nuevo al suelo sin piedad. Rodé sobre mi espalda y le apunté a la cabeza con el arma. Luego disparé una vez más.

La bala se enterró justo entre sus ojos. Su cabeza se partió hacia atrás y cayó como un fardo.

Oí un fuerte grito detrás de mí y me volví para ver la cabeza de un lobo de la manada Crescent arrancada de cuajo. Otro grito atrajo mi atención, y vi con horror cómo un puño atravesaba el pecho de una mujer y sobresalía de su espalda. El arma que llevaba en la mano se le cayó de los dedos inertes y cayó al suelo, muerta.

A mi alrededor, los lobos caían en gran número. Incluso con las armas, los híbridos seguían siendo más rápidos y tenían reflejos más ágiles. Me puse en pie y recargué el rifle. El lugar estaba atestado de gente, pero podía distinguir a un lobo de un híbrido. La diferencia era tan clara como el día y la noche.

Vi cómo Ariel era arrastrada por el suelo, el arma que llevaba en la mano se le escapó de las manos y, justo cuando el híbrido se disponía a clavarle los colmillos, ella le dio una patada en la cabeza. Esto sólo lo enfureció aún más. Levanté mi rifle y lo maté.

—¡No pierdas tu arma! —grité tratando de ver a través de todo el polvo y los cuerpos que caían a mi alrededor.

Oí disparos y gritos por todas partes, y por un segundo, me pregunté dónde estaría Maya. Pero detuve ese pensamiento de inmediato. Tenía trabajo que hacer, y si me preocupaba por mi compañera, no lo conseguiría. Sabía que ella podía cuidar de sí misma. Tendría que conformarme con eso.

Con el fusil listo, me abrí paso entre el caos que me rodeaba, buscando a Morellis. Era hora de acabar con todo como debería haberlo hecho hace dos meses. Mientras buscaba a mi alrededor, disparé a cualquier híbrido que cayera en mi línea de visión.

Me quedé helado al ver a Morellis luchando con Boyd. Boyd intentó disparar su arma, pero el gatillo hizo clic en vacío. Morellis le rodeó la garganta con la mano y lo levantó.

Levanté mi arma y disparé. La bala se estrelló contra la gruesa espalda de Morellis, y soltó al Alfa de Crescent.

Pero Morellis era rápido como un rayo, tanto que casi no le vi moverse. Un momento después yo volaba por los aires, rodando una vez antes de golpearme con fuerza contra el suelo. Mi cabeza chocó con algo sólido y volví a estar en el aire antes de estrellarme contra una pared, que cedió debajo de mí. Caí sobre una mesa, destrozándola antes de estrellarme contra otra pared, que rompí con la fuerza del impacto.

La cabeza me latía con fuerza. La sacudí para despejarla, pero eso sólo empeoró las cosas.

—Joder...—gemí de dolor tratando de ponerme en pie.

En algún momento de mi larguísima caída, había perdido mi arma, y ahora, al mirar a través del agujero en la pared que tenía delante, vi a Morellis corriendo hacia mí.

—¡Mierda! —maldije. No tenía nada para defenderme de él.

Me puse en pie. Había chocado con lo que parecía un mostrador y vi que allí había unas tijeras. Tendría que servir. Las cogí justo cuando Morellis me agarraba por detrás y me hacía girar. Aproveché el impulso y descargué todo mi peso contra las tijeras, apuntando hacia donde sabía

que estaría su ojo. Él esquivó el golpe con facilidad y me empujó con fuerza contra el mostrador.

—Antes de que mueras —ronroneó con su apestoso olor flotando en mi cara, —quiero que sepas que voy a pasar mucho tiempo con Maya antes de matarla. Si supieras las cosas que le voy a hacer, desearás haberla matado con tus propias manos.

Grité de rabia tratando de golpearlo, pero él atrapó mi muñeca entre las suyas y me dio un fuerte puñetazo en la mandíbula. Fue como si toda mi cara hubiera chocado con un camión. Quedé noqueado, con la cara estrellada contra el suelo de baldosas.

—¡Y ahora... muere! —gritó Morellis, levantando las manos para asestarme el golpe mortal.

Se oyó un fuerte disparo y oí a Morellis gruñir de dolor cuando la bala dio en el blanco. Levanté la vista y vi su brazo sangrando. Busqué quién me había salvado.

—Zeke —murmuré sin fuerza.

Él me sonrió mientras seguía disparando al híbrido, y Morellis se escabulló detrás de una pared.

—¡No puedo creer que esto funcione! —gritó sin dejar de disparar a la pared tras la que se escondía Morellis.

El híbrido estaba inmovilizado y sabía que sólo era cuestión de tiempo que la bala impactara en algún lugar vital. En un arrebato de desesperación, alargó la mano, cogió un trozo de ladrillo y lo lanzó con todas sus fuerzas contra Zeke.

—¡No! —grité al ver cómo volaba por el aire y se estrellaba contra el pecho de mi primo, con tal fuerza que lo derribó y lo estampó contra la pared—. ¡Zeke! —aullé.

Intenté llegar hasta él, pero me agarraron por detrás y me lanzaron fuera. Volví a impactar contra la pared y volé al exterior.

—No — grité al ver a Morellis llegar hasta donde yacía Zeke y cogerlo por el cuello. Intenté levantarme, pero era mis piernas no me obedecieron. Morellis enseñó los colmillos y los hundió en la garganta de Zeke.

Me sentí morir al ver a Zeke forcejear contra el férreo agarre del híbrido. Cuando terminó, tenía un enorme agujero en la garganta y Morellis dejó que el cuerpo cayera al suelo. Luego se relamió y me sonrió.

Miré a mi alrededor y vi un arma caída junto a un lobo muerto. Me giré y la cogí. Justo cuando me giré para disparar, Morellis estaba junto a mí. Su mano se cerró sobre el cañón y apuntó al cielo justo cuando disparaba.

—¡Miserable! —gritó con voz ronca—. ¡La muerte de tu primo es culpa tuya! Tenías que luchar, ¿no? Ahora has condenado a todos a sufrir el mismo destino.

Oí un grito. Morellis miró en aquella dirección y sonrió.

—Esto va a ser interesante, ¿no crees?

Giré mi cabeza hacia allí y vi con horror cómo Maya estaba inmovilizada en el suelo, luchando contra un híbrido.

—Te dejaré verla morir, de la misma manera que yo vi morir a mi compañera —graznó Morellis —. ¿Quién dice que la justicia poética no existe?

Maya luchó con todas sus fuerzas contra el híbrido, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. Pronto la inmovilizó por completo. Después, el híbrido la agarró por la cabeza y la golpeó con fuerza contra el suelo y sus garras se cerraron en torno a su garganta, dispuestas a exprimirle la vida.

—No —murmuré débilmente, luchando contra Morellis.

—¡Mira! —me ordenó él presionándome aún más sobre el suelo—. ¡Quiero que sepas lo que se siente!

—Por favor —supliqué mientras el híbrido empezaba a apretar. Maya empezó a boquear y sus forcejeos se hicieron más débiles.

—Eso es —se burló Morellis—. Presta atención y verás el momento exacto en que la vida abandona su cuerpo. Una vez que lo veas, ¡jamás podrás dejar de hacerlo!

El híbrido seguía apretando y Maya forcejeaba, clavando frenéticamente los talones en el suelo mientras intentaba quitárselo de encima, pero nada funcionaba. La estaba matando delante de mí, y yo no podía hacer nada.

De repente, me di cuenta de que había algo raro. Aunque era de noche, había luz, demasiada luz y a cada segundo que pasaba se hacía más y más brillante. Miré hacia arriba y vi que era la luna, brillando con tanta fuerza que su intensidad era casi física.

—¿Qué está pasando? — gimió Morellis mientras levantaba la vista, asustado.

De repente, una mano invisible arrancó a Morellis de mi lado. Atónito, lo vi surcar el aire, golpeando a unos cuantos híbridos antes de caer de rodillas junto a Akira. Casi de inmediato, un escudo los rodeó.

Me puse en pie y recogí el arma del suelo. Disparé al híbrido, concentrado en mirar la brillante luna, y mi bala le alcanzó en el cuello. Cayó al suelo y corrí a sacar a Maya de debajo de él.

—Cariño, ¿estás bien?

Respiró hondo y asintió. Sentí que el alivio me invadía mientras la abrazaba.

—Amor —suspiró ella, mirando a su alrededor mientras la luna seguía brillando más y más, tanto que parecía que había bajado a la tierra—. ¿Qué está pasando?

—No tengo ni idea, y creo que necesitamos...

De repente, hubo una explosión silenciosa. Fue una explosión de luz, pero no oímos nada, sólo la sentimos, como una fuerte ráfaga de viento que atravesaba el campo a toda velocidad. Sentí que pasaba junto a nosotros, pero cuando golpeó a los híbridos, éstos se evaporaron y quemaron, cayendo muertos justo donde estaban.

Todo sucedió en unos segundos, y para cuando la luna volvió a su intensidad original, los híbridos no eran más que cuerpos carbonizados. Solo quedaban en pie Akira y Morellis. El escudo los había salvado.

—¿Qué demonios acaba de pasar? —jadeó Maya, conmocionada.

En ese momento, apareció un portal junto a nosotros y, para mi sorpresa, Serenity salió de él, seguida de cerca por un hombre. Cuando tocaron el suelo con el pie, el portal desapareció tras ellos. Nos miró y luego sonrió.

—Que he dicho: «Que se haga la luz» —respondió.

CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO



SERENIDAD

—¿Que se haga la luz? —Maya me miró boquiabierta—. ¿Qué demonios significa eso?

—Lo he tomado prestado de la biblia. ¿No lees? —repuse, burlona.

Su rostro se relajó en una sonrisa mientras me abrazaba.

—Me alegro mucho de verte. Tienes buen aspecto.

Asentí.

—Pude curarme. Era el único modo de poder hacer lo que había que hacer.

Justo en ese momento, Kanan también se acercó a nosotros.

—¿No podías haberlo dicho un poco antes? —preguntó con una mueca.

Al verle, le acaricié la mejilla. Estaba feliz de que estuviéramos juntos por fin, tras tanto tiempo separados. Demasiadas emociones y demasiados cambios. Estaba feliz de que ellos, al igual que yo, hubieran sobrevivido.

—Siento no haber llegado a tiempo —murmuré—. Tampoco lo tuvimos fácil. Fuimos ver a las Hechiceras, y ellas me dieron una idea de lo que hacer. Y Eric, además de mi salvador, ha sido mi chófer.

—Ni salvador ni chófer —murmuró, avergonzado. Parecía sentirse tan fuera de lugar entre nosotros que casi resultaba encantador—. Yo sólo he presenciado lo que ella hacía.

—Cierto, Serenity, ¿qué hiciste? —me preguntó Maya.

—Le di muchas vueltas a lo que hablamos antes de llegar a donde las Hechiceras. Me dijiste que se podía matar a los híbridos, así que tenía que haber un modo de acabar con todos a la vez. Ellas me pusieron en la dirección correcta.

—¿La luna? —preguntó Kanan.

—Sí. Sabemos que los lobos son criaturas de magia pura, y la fuente de toda magia pura es la luna. Por eso los lobos son más fuertes bajo la luna llena. La magia oscura y la magia pura no pueden coexistir, porque la magia oscura corrompe y destruye todo lo que es puro. Los vampiros se alimentan de humanos. Los híbridos se alimentan de hombres lobo. Deduje que la única solución era crear tanta magia pura que las criaturas nacidas de la magia oscura fueran destruidas

al instante.

—Has iluminado la luna —sonrió Kanan.

—Deberías haberla visto. Fue increíble —dijo Eric.

—Maldita sea. Qué rabia no haberlo visto —rezongó Maya— ¿Por qué siempre me pierdo lo bueno?

Sonreí. A ella también le hubiera gustado ver cómo rompí la maldición que mi madre lanzó sobre su padre.

—Todo a su tiempo, querida, pero tengo que decir que no fue nada fácil. Nunca habría sido capaz de hacerlo sola.

—Así que fuiste a Moindre —dijo Maya. Asentí—. ¿Pero cómo has entrado? Creía que Akira tenía un escudo alrededor de ese maldito lugar.

—No, ella tiene un escudo alrededor del aquelarre, la casa en la que vive con los híbridos. Cuando me acerqué lo suficiente, pude hacer un hechizo que derribó su escudo, justo en medio del campo, y bajé la luna.

—Por los espíritus...—se sorprendió Maya—. ¿Ocurrió en todo el mundo?

Asentí de nuevo.

—Dondequiera que la luna tocara en ese momento, cualquier forma de magia oscura se desvaneció. Incluso de Moindre, por supuesto. Es la segunda vez que el campo maldito resulta útil.

—Por desgracia, no toda la magia oscura pereció —dijo Kanan sombríamente mientras apartaba la mirada de nosotros.

Seguí sus ojos y vi que miraba a mi madre. El escudo que la rodeaba se deshacía lentamente, dejándola a ella y a Morellis de pie, uno junto al otro. Tenía los ojos lívidos de ira mientras me miraba.

—Eric —murmuré, preocupada—. Eres el primer hombre al que llevo a conocer a mi madre. No quiero que te mate.

—No te preocupes, estaré bien —aseguró.

—Uy... demasiado tarde.

Abrí un portal detrás de él, y lo empujé hacia dentro. Cayó al vacío, y éste se desvaneció en el aire de inmediato. Tenía que enviarlo de vuelta a su casa. Cuando todo esto terminara, lo encontraría de nuevo y le pediría disculpas.

—No creo que eso le haya gustado —me reprochó Maya.

—Yo tampoco, pero debemos centrarnos en mi madre.

Akira caminaba furiosa hacia nosotros, golpeando el suelo con su bastón.

—¡Estúpida entrometida! ¿Sabes lo que has hecho?

—¡Se acabó, Akira! Ríndete. ¡No vas a conquistar el mundo hoy! —repliqué, firme.

—¿Cómo te atreves? —Se detuvo mirando a su alrededor. Había lobos muertos por todas partes, pero también los cadáveres quemados de cada uno de los híbridos. Cuando volvió a hablar, su voz era débil—. Años y años de duro trabajo y planificación. Y en un momento lo has echado todo a perder.

—¡Sé que ahora te duele, mamá, pero no puedes esperar que nos quedemos de brazos cruzados mientras nos matas a todos!

—¿Qué les debes a los lobos, Serenity? —escupió con rabia—. ¡Nada! ¡Nada en absoluto! Son todos unos perros que deben aprender cuál es su sitio. ¡A los pies de una bruja es el lugar que les corresponde! ¡A mis pies!

—Son ideas como esas las que te han traído hasta aquí —replicó Maya con dureza—. Mordiste más de lo que podías masticar, Akira, y todo termina esta noche.

Akira se volvió hacia ella y la miró con ojos llameantes.

—Me reía cada luna llena, viéndote pasar por los dolores de la transformación sin llegar a lograrlo jamás. Mes tras mes, año tras año, disfrutaba viéndote pagar el precio por lo necio que fue tu padre.

Maya levantó el arma que aún sostenía.

—¿Quieres saber lo que voy a disfrutar yo? Ver cómo esta bala te atraviesa el cráneo —amenazó.

En ese instante, Akira levantó su bastón y lo dejó caer con fuerza sobre el suelo. El arma salió volando de la mano de Maya y aterrizó a unos metros de distancia.

—Niña tonta. ¿Crees que porque has conseguido escapar de la maldición eres intocable?

—¡Te vencimos, Akira, igual que hace dos meses! —replicó Maya—. ¡Ahora lárgate de la capital! ¡Y no te atrevas a volver jamás!

Akira volvió a levantar su bastón y lo blandió hacia Maya. Creé un escudo con toda la rapidez de que fui capaz, pero no fue suficiente. Aunque contuvo la mayor parte de la fuerza de la explosión, Maya y Kanan salieron volando hasta estrellarse contra el suelo.

Me giré y vi cómo gemían de dolor.

—¿Estáis bien?

—Estamos bien —aseguró él, levantando el pulgar hacia arriba.

Akira se volvió hacia Morellis, que había estado detrás de ella todo este tiempo, dócil como un cordero.

—Asegúrate de que no estén bien.

Con un gruñido de furia, saltó hacia ellos. Me volví hacia él y estaba a punto de maldecirle

cuando sentí un golpe fortísimo, que me hizo saltar por los aires y aterrizar con gran fuerza contra un árbol. Mi visión se volvió doble y hasta triple cuando caí de rodillas. De pronto, vi una gran mancha roja de luz que crecía más y más mientras se acercaba a mí. Un infierno ardiente.

—*¡Aquaria solipsus!* —gemí mientras el dolor me sacudía todo el cuerpo.

Una masa de agua surgió de la nada y recibió todo el impacto de las llamas. Se oyó un enorme siseo cuando el agua hirvió y cayó al suelo.

Pero no dejó de hervir. Con un giro de mis dedos, el vapor se elevó del suelo, caliente y feroz, y lo lancé hacia Akira. Ella lo esquivó con facilidad, usando su bastón para disolverlo.

Me lanzó una mirada cargada de reproche.

—Tenía tantos planes para para ti. Por eso te puse al cuidado de mis hermanas. Siren Enclave cuenta con las brujas más listas e inteligentes del mundo. ¡Por eso te dejé allí! Necesitabas aprender para poder ocupar tu lugar a mi lado.

—Bueno, tu plan funcionó. Aprendí, pero no estaré cerca de ti.

—No, no después del truco que acabas de hacer. Ninguna hija mía haría eso.

—Bueno, yo lo hice.

—Sí, lo hiciste. Ya no eres hija mía. Morirás por lo que hiciste, Serenity.

Se quitó la capa, dejando ver la fina ropa que llevaba debajo. Era vaporosa y sin mangas. Por alguna razón, supe que no era una buena señal.

—Crecí en este mundo, Akira. No dejaré que lo destruyas en tu loca búsqueda de poder —repliqué mientras me preparaba.

—Terminemos con esto de una vez por todas.

Lo siguiente que supe fue que estaba volando por los aires a toda velocidad. Ni siquiera vi qué me golpeó ni qué hechizo usó.

Estaba segura de poder vencer a mi madre si alguna vez nos enfrentábamos cara a cara, pero en aquel momento, mientras mi cuerpo se estrellaba contra un muro de hormigón, me di cuenta de lo terriblemente equivocada que estaba.

CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE

KANAN

Maya y yo salimos volando por los aires. Intenté atraparla mientras caíamos, pero nos separó la fuerza del hechizo de Akira. Vi cómo el suelo se acercaba hacia mí a una velocidad vertiginosa justo antes de estrellarme contra él.

Todo mi cuerpo sintió el impacto, y fue como si cada uno de mis huesos se hubiera golpeado al estrellarme contra el suelo. Incluso pude oír cómo mi esqueleto crujía dentro de mí. Con un gemido, intenté levantarme, pero no tenía fuerzas.

—Mierda... —murmure escupiendo sangre al ponerme de rodillas. Miré alrededor del campo, y vi a otros lobos mirándome.

—Poneos a salvo —grité—. ¡Esto aún no ha terminado!

Los ahuyenté a todos mientras buscaba a Maya, preguntándome dónde había aterrizado. Por fin la encontré. Ella era el objetivo original de Akira, y había recibido la mayor parte de la explosión. Cayó con tal fuerza que, al aterrizar, había creado un cráter y estaba medio enterrada en el suelo.

—¡Dios! —grité corriendo hacia ella—. ¡Maya! ¿Estás bien? —grité mientras apartaba la tierra que la cubría

Sus ojos se abrieron, aunque tardó en enfocar la mirada. Por fin se centró en mí.

—Creo que sí. ¿Qué ha pasado? —murmuré.

—¿Y tú me lo preguntas? —grité, enfadado—. ¿En qué demonios pensabas al desafiar así a Akira? ¿Intentabas que te mataran?

—¿Estáis bien? —preguntó una voz a nuestro lado. Era Serenity.

La miré y la vi frente a frente con su madre.

—Estamos bien. —Miré a mi compañera—. ¿Puedes levantarte? Tenemos que sacarte de aquí antes de que hagas otra estupidez.

—Vámonos —accedió Maya tratando de levantarse, pero se detuvo cuando la atravesó un dolor agudo—. Oíste todo lo que dijo sobre los lobos. ¿Cómo iba a escuchar todo eso y mantener la calma? De hecho, deberían darme un premio por mantener la calma tanto tiempo. Tendría que haberle dado un puñetazo en vez de hablarle mal.

La miré y sentí que la amaba más que nunca.

—Está claro que estamos predestinados a estar juntos. Somos tan parecidos… Cuando esas palabras salieron de su boca, decidí allí mismo que Akira iba a morir.

—Bueno, vas a tener que mantener ese pensamiento —dijo Maya mirando detrás de mí—. ¡Morellis está cargando como un puto rinoceronte hacia nosotros ahora mismo!

Miré hacia atrás y lo vi saltando hacia nosotros a toda velocidad.

—¿Estás bien? —pregunté a Maya mientras me ponía en pie. Yo solo no puedo con él, pero te has dado un buen golpe contra el suelo.

Maya se levantó y apoyó las manos en las rodillas durante unos segundos para recuperar el aliento.

—Hagámoslos juntos, ¿de acuerdo?

Asentí mientras veíamos a Morellis ya a escasos metros de nosotros. Miré a mi alrededor en busca de cualquier tipo de arma que pudiera encontrar, pero nada me llamó la atención. La que pude ver estaba demasiado lejos, enterrada bajo el cuerpo de un lobo. Había una espada, pero estaba clavada en un muro a varios metros de distancia. No podría coger ninguna antes de que Morellis nos alcanzara.

—¿Ves algún arma? —pregunté a Maya.

—No, demasiado lejos —respondió.

—En cuanto puedas, coge una, ¿de acuerdo?

Para entonces, Morellis estaba demasiado cerca y se acercaba demasiado rápido, Maya y yo nos separamos de un salto, y él nos pasó de largo. Sin embargo, sus reflejos seguían siendo increíbles, y se giró casi de inmediato, con su gigantesca mano dando un fuerte manotazo. Me golpeó en el pecho y me estrellé contra el suelo. Luego se volvió hacia Maya y rechazó sus golpes antes de rodearle el cuello con las garras y levantarla todo lo alto que pudo.

—¿Sabes lo que se siente al sentir que te sorben la vida? —tronó, con un gruñido vengativo. La lanzó de nuevo al suelo con tanta fuerza que el suelo se agrietó bajo ella—. ¡Es tu día de suerte, zorra! ¡Y te juro que haré que esto sea lo más doloroso posible!

Cuando empezó a apretar, me puse en pie y corrí tan rápido como me permitían mis piernas hacia los dos.

—¡Morellis! —grité.

Cuando me miró, salté hacia delante como un cañón y lancé todo mi peso contra él, con tanta fuerza que conseguí apartarlo de ella. Rodamos un par de veces por el suelo y, cuando nos detuvimos, él estaba encima de mí. Me levantó la cabeza y la golpeó con fuerza contra el suelo, desorientándome.

—¡Perro estúpido! ¡Siempre me subestimaste! ¡Tú y tu perra no tenéis ninguna oportunidad contra mí! Te mataré primero, pero morirás sabiendo que antes de quitarle la vida, me divertiré con ella. ¡Mucha, mucha diversión! Lástima que no estarás ahí para ver cómo será el cruce entre

un lobo y un híbrido.

Ciego de furia y horror, saqué mis garras y se las clavé en un ojo.

Con un gruñido de dolor, posó su enorme mano sobre mi cara y golpeó mi cabeza con fuerza contra el suelo una vez más.

Gemí mientras mi visión se volvía gris. Intenté quitármelo de encima, pero sentía un dolor de cabeza punzante, como si miles de caballos estuvieran corriendo una maratón sobre mi cráneo. Intenté levantarme, pero me empujó de nuevo al suelo. Sus manos me rodearon la garganta y sentí las puntas de sus garras contra mi carne. Sabía lo que iba a hacer, lo había visto antes. Me arrancaría la garganta y se bebería mi sangre. Intenté luchar contra él, pero mis esfuerzos fueron inútiles. Y justo cuando sus garras comenzaron a penetrar mi carne, oí un extraño chirrido metálico. Conmocionado, vi cómo una espada sobresalía de su estómago.

Gimió de dolor mientras me soltaba. Maya estaba de pie detrás de él, sosteniendo con fuerza la espada con la que acababa de atravesarlo.

Morellis respiraba con dificultad. La espada seguía en su vientre, firmemente sujeta por Maya, y el acero siseaba al quemarle la carne. Me miró mientras cerraba despacio sus largos y nudosos dedos en torno a la hoja de plata. El siseo aumentó. Gritó de dolor y rompió la hoja.

Luego me sonrió mientras la sostenía en la mano.

—No —gemí.

Adiviné lo que iba a hacer, pero giró tan rápido que no pude detenerlo. Como un rayo, la plata centelleó en su mano y un segundo después estaba clavada en el pecho de Maya.

—¡No! —grité aterrorizado al ver a mi compañera tambalearse hacia atrás por la herida.

Salí rodando de debajo de Morellis. Mi cuerpo se estrelló contra el lobo muerto y mis dedos se cerraron en torno al arma. La levanté y disparé.

La fuerza de la bala le golpeó por detrás, haciéndole caer de bruces contra el suelo. Jadeante, corrí hacia Maya, que había caído de rodillas.

—Maya... por favor, Maya —supliqué mientras me dejaba caer a su lado.

Respiraba con dificultad mientras me miraba, con la espada rota aún en el pecho.

—Tranquilo, esto no me matará. Me ha dado en el hombro. Además, aún tenemos que encargarnos de él —jadeó entre dientes.

Volví a mirar hacia atrás y vi a Morellis poniéndose en pie una vez más. Incluso con las heridas de bala y de espada, seguía levantándose.

—¡Esto se acaba hoy, Morellis! —grité poniéndome en pie.

Apunté de nuevo el arma y, cuando saltó hacia mí, abrí fuego contra él. Una, dos, tres veces. Con cada impacto, caía de rodillas, pero volvía a levantarse. Cojeaba de dolor, pero no retrocedía.

—Su cabeza —Maya gimió a mi lado.

Ajusté mi puntería y apunté a su cabeza, y luego apreté el gatillo. La recámara chasqueó... vacía.

—Mierda —gruñí justo cuando él llegó hasta mí y me lanzó un puñetazo. Lo atrapé en mi mano, pero todavía tuvo suficiente fuerza para hacerme caer de rodillas.

—¡Si muero, os llevaré a los dos conmigo! —rugió.

Levantó la mano libre para asestar el golpe final, pero se detuvo cuando la hoja rota se le clavó en el cráneo. Se quedó con la boca abierta y se giró a mirar a Maya, que se alejaba de él tambaleándose. Morellis se sacó el trozo de hoja, extendió la mano y de nuevo la agarró por la garganta, apretando con todas sus fuerzas.

Grité con furia y, con todas mis fuerzas, le hundí el puño en el pecho. El agujero de bala facilitó la entrada, y sentí que mis manos se apretaban alrededor de su corazón, que latía con fuerza contra.

—Vete ahora con tu compañera.

Entonces le arranqué el corazón. La sangre negra brotó y salpicó todo el lugar, dejando un enorme agujero en su pecho mientras sus piernas se doblaban debajo de él y caía al suelo. Miré el corazón que tenía en la mano. Latió durante unos segundos y por fin se detuvo.

Maya se acercó a mí y lo miró.

—Por los espíritus. Por fin está muerto —jadeó.

—Sí. El hijo de puta por fin ha muerto.

CAPÍTULO SESENTA



MAYA

Mi corazón latía con fuerza mientras Kanan y yo permanecíamos junto al cuerpo de Morellis. Incluso muerto, seguía teniendo un aspecto formidable y aterrador. Era un milagro que hubiéramos podido derribarlo.

Miré a nuestro alrededor. Los lobos que habían sobrevivido se había mantenido ocultos. Lo que era bueno. Ya no había ninguna amenaza para ellos, excepto...

—Akira —gruñí, recordando de repente que la bruja seguía viva.

La busqué con la mirada y vi con horror cómo Serenity salía propulsada por los aires como si la hubieran disparado con un cañón.

Mientras Serenity caía, una ráfaga de viento se levantó de repente debajo de ella, y consiguió frenarla un poco antes de que se estrellara con fuerza contra el suelo, gruñendo de dolor.

—Mierda —murmuró Kanan.

Las brujas no eran tan fuertes como los lobos o los vampiros. Sus cuerpos eran tan vulnerables como los de los humanos, y sólo podían protegerse con sus habilidades cuando se trataba de magia. Y ahora mismo, Serenity estaba recibiendo una paliza de su madre.

—Vamos —murmuré y corrí hacia ella.

Serenity se levantó del suelo y se limpió la sangre de los labios. Luego nos miró.

—¡Vaya... estáis vivos! Supongo que Morellis está muerto.

Asentí mientras me arrodillaba a su lado.

—Sí, ¿estás bien? Te has dado un buen golpe.

—Soy la hija de Akira, la bruja más poderosa del universo. Por supuesto que estoy bien.

Intentó incorporarse, pero se lo impedí sujetándola por los hombros.

—Respira hondo —pedí.

—No hay tiempo para eso, Maya. Tenemos que detenerla ahora. No podemos dejarla ir de nuevo. Si no, volverá con algún otro plan para matarnos a todos.

—Serenity...— Susurré, pasando mis manos por sus mejillas.

Se agarró a mi mano y cerró los ojos durante unos segundos, angustiada.

—¿En qué estaba pensando, Maya? Es demasiado fuerte para mí. ¿Cómo pude creer que podría vencerla?

—Claro que puedes vencerla. Este duelo entre vosotras no ha empezado hoy, sino aquella noche, cuando rompiste su maldición sobre mí. Eso fue una victoria tuya. Y hoy has destruido toda su horda de híbridos. Otra victoria.

—Bueno, pero en esos casos, no estábamos frente a frente. Esto es distinto —protestó, sombría.

—No, Serenity, no lo es. Vas a vencerla como ya lo has estado haciendo.

—Y no lo harás sola —afirmó Kanan desde detrás de mí—. Lucharemos contra ella, juntos.

Serenity nos miró a los dos y sonrió a medias. Le tendí la mano, la agarré y tiré de ella hacia arriba.

—¿Estás lista? —pregunté.

—¿Te refieres a luchar contra mi madre? —preguntó con una sonrisa de satisfacción—. Lo estoy desde el día que descubrí que era ella quien tenía al mundo secuestrado. Acabemos con esto.

Los tres marchamos hacia Akira, que estaba apoyada en su bastón, observándonos.

—¿Habéis terminado ya con vuestra charla motivacional? —preguntó, burlona.

—Gracias por tu paciencia, Akira —respondí en el mismo tono. Ella frunció el ceño, pero la ignoré—. Por cierto, tu último soldado ha muerto.

Miró hacia donde yacía el cadáver.

—Si está muerto, entonces no era un gran soldado, ¿no crees?

—O tal vez tú no eres una gran bruja —repliqué—. Pensé que lo habías creado invencible e invulnerable.

—¿En serio? —terció Kanan con una sonrisa burlona—. Vaya. ¿Cómo entonces he sido capaz de meter mi puño en su pecho y sacarle el corazón? No fue un espectáculo agradable, Akira. Deberías haberlo visto.

Furiosa, golpeó el suelo con su bastón con tanta fuerza que el golpe resonó por todo el campo y rebotó en las paredes.

—¡Idiotas!

Avanzó apoyándose en él mientras nos miraba con odio.

—¿Creéis que habéis ganado? No tenéis ni idea de quién soy ni de lo que puedo hacer. Cuando acabe con vosotros, ¡quemaré la Capital hasta los malditos cimientos! Y luego, iré a Siren Enclave y mataré a cada hombre, mujer y niño. Lo único triste será que no estaréis allí para presenciarlo, ¡porque vais a morir ahora los tres!

—¡Hablas demasiado, zorra! —grité, mis garras sobresaliendo de mis dedos mientras me

preparaba para la pelea que se avecinaba—. ¡Inténtalo, joder!

Akira levantó su báculo y lo golpeó de nuevo con fuerza contra el suelo. De repente, una ráfaga de viento se dirigió hacia nosotros. A medida que cubría la distancia, aumentó su velocidad hasta convertirse en una tormenta.

—¡Oh, mierda! —gruñí mientras se acercaba.

Serenity comenzó a murmurar de forma ininteligible mientras hacía rápidos movimientos con los dedos. De repente, la tormenta rebotó como si hubiera topado con una pared transparente y se dirigió hacia Akira.

Miré a Kanan y él asintió. Echamos a correr a la vez, pisándole los talones al viento. Akira se giró y con su bastón apuntó al viento, que desapareció. Todo lo que había arrastrado en su vuelo cayó al suelo, y pudo verme correr hacia ella. Grité de rabia cuando salté sobre ella.

Su bastón me apuntó y sentí como si me hubiera dado un puñetazo en las tripas. Me quedé sin aliento, suspendida en el aire, y luego salí despedida hacia un lado. Rodé por el aire una vez antes de golpearme con fuerza contra una pared, que crujió antes de derrumbarse.

La vista se me nubló durante unos minutos y la herida del hombro me hizo gritar de dolor, pero me puse en pie. No podía prestarle atención todavía. Mientras luchaba por ponerme en pie, vi algo que se precipitaba hacia mí. No tardé nada en darme cuenta de que era Kanan, mi compañero. Rodé para apartarme y él se estrelló contra la pared, haciéndole un agujero.

—¡Kanan! —grité mientras entraba tras él. Tenía la boca abierta mientras respiraba con dificultad—. ¿Estás bien?

—Por supuesto, estoy... ¡ay! —gruñó de dolor. Lo miré y vi que sangraba por el estómago.

—Estás herido —me asusté.

—No es tan grave, amor. Tenemos que ir con Serenity. Ella sola no puede con Akira.

—Sí, pero ella es demasiado poderosa. Creo que nuestra única opción es quitarle el bastón. Sin él, nos será más fácil derribarla.

—¡Gran idea! —apoyó Kanan mientras se incorporaba, jadeante—. Hagámoslo.

Salimos de los escombros y corrimos hacia donde Akira y Serenity seguían enzarzados en un duelo. Nuestra amiga estaba casi siempre a la defensiva, incapaz de asestar un solo golpe. Intentamos acercarnos a Akira por detrás, pero ella se giró en el último momento y, con su bastón, envió una ráfaga de viento hacia mí que me hizo caer y estrellarme contra un árbol.

Con un rápido movimiento golpeó la cabeza de Kanan con su bastón. Lo derribó y usó la punta del báculo inmovilizarle la cabeza.

—Un hechizo de combustión mío y te vuelo la cabeza. Así es como mueres.

Otra ráfaga de viento procedente de Serenity hizo que Akira salió despedida lejos de Kanan. Rodó por el aire y se estrelló contra una columna a unos metros de mí. Kanan se puso en pie y estaba a punto de lanzarse contra ella cuando ella le apuntó con su bastón.

Justo cuando abría la boca para lanzar su hechizo, estiré la mano, le tapé la boca y usé la otra para agarrar el bastón. Grité con fuerza cuando ella hundió sus dientes en mi palma, lo que me hizo apartarla de inmediato.

—¡No necesito hablar, zorra! — rugió con rabia.

Justo entonces, con otra mano aún cerrada en torno al bastón, sentí un fuerte estallido procedente de él, como una explosión. Pero no lo solté, sino que me agarré a él con toda mi fuerza. Cerré mi mano libre en un puño y lo golpeé con furia.

Justo cuando se partió en dos, hubo otra explosión, una aún mayor. Akira y yo salimos volando por los aires, así como Kanan, que en ese momento corría hacia ella. Me estrellé con fuerza contra el suelo y rodé sobre mí varias veces hasta que choqué con fuerza contra una columna que sostenía una viga. Hubo unos segundos de silencio, y luego, con un crujido, la viga se derrumbó sobre mí.

Dejé escapar un estertor tratando de controlarme. Me dolía todo el cuerpo y apenas podía moverme. Al cabo de unos segundos, me di cuenta de que no tenía ningún peso importante sobre mí. Con un fuerte gemido de dolor, me incorporé, apartando los escombros que me habían caído encima. Cuando me puse en pie vi que la cabeza del báculo de Akira estaba junto a mí.

Miré a mi alrededor y vi que ella se había estampado contra el suelo, casi creando un cráter debajo de ella. Al lado de donde estaba Kanan, había un árbol caído. Parecía que el árbol había parado su vuelo.

—Mierda —gemí ya de pie. Me sentía mareada mientras cojeaba hacia delante—. ¡Akira! —grité mientras marchaba hacia ella—¡¡Vamos, perra!

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? —tronó levantándose.

—He roto tu precioso bastón. ¿Qué vas a hacer al respecto?

Sus manos se alzaron de inmediato para conjurar un hechizo, pero de repente se congelaron como si tuviera un calambre en los dedos. Serenity la estaba reteniendo, pero no parecía que pudiera aguantar mucho tiempo. Cubrí la distancia que me separaba de Akira y, con todas las fuerzas que me quedaban, le golpeé la cabeza con el trozo de su bastón.

Su cabeza se echó hacia atrás al caer al suelo. Empezó a sangrar por la boca y se le cayeron algunos dientes. Jadeó de dolor mientras luchaba por levantarse de nuevo.

Le pisé la muñeca y, antes de que pudiera reaccionar, levanté el bastón y se lo clavé en los dedos. Gritó de dolor cuando se rompieron por la fuerza del impacto. Levantó su otra mano y la dirigió hacia mí, pero Kanan la atrapó y la inmovilizó contra el suelo.

—¡No volverás a hacer magia! —gritó ante de dejar caer su puño contra los dedos de ella. Una vez, dos veces, una y otra vez hasta que todo lo que quedó fue un amasijo de huesos rotos y carne.

Akira se echó hacia atrás mientras lloraba del dolor, luchando por alejarse de nosotros.

Serenity se acercó a nosotros, murmurando en voz baja mientras realizaba movimientos con los dedos. De repente, apareció un vacío negro detrás de su madre. Era diferente a un portal y

parecía más peligroso.

—¿Qué demonios estás haciendo? —gritó Akira, asustada.

—¡Te enviaré a un lugar donde nunca más le harás daño a nadie! —respondió Serenity manteniendo la posición de sus mano—. Sin tus dedos, no puedes hacer magia. Y sin magia, no podrás salir de tu prisión.

—Serenity... ¡no lo hagas! —suplicó Akira—. ¡Soy tu madre!

El vacío comenzó a arremolinarse en torno a ella hasta convertirse en un vórtice que comenzó a succionarla. Akira trató de agarrarse a algo, pero sus dedos rotos no se lo permitieron.

—Si me voy —gritó Akira—. ¡Nunca sabrás quién es tu padre!

—¿Qué? —gritó Serenity—. ¿Qué significa eso? Me dijiste que estaba muerto.

—Te dije muchas cosas, niña, eso no hace que todas sean verdad —gritó Akira, mientras el vórtice le succionaba las piernas—. ¡Para esto y te hablaré de tu padre!

Serenity la observó conmocionada, con las manos congeladas en su sitio, mientras Akira era absorbida por el vórtice. Después desapareció y todo quedó en silencio.

Permanecimos inmóviles durante un rato. Por alguna razón, nuestra victoria no parecía tan dulce.

Miré a Serenity. Parecía en shock. Le puse la mano en los hombros.

—Sabes cómo puede ser tu madre —dije—. Hubiera hecho o dicho cualquier cosa para evitar que hicieras lo que habías planeado. Estoy segura de que sólo intentaba meterse en tu cabeza.

—¿Y si no mentía? ¿Y si mi padre está vivo? Ni siquiera sé quién es. Ni ella ni mi tía me hablaron nunca de él. Ni siquiera su nombre —sollozó.

—No sé qué decirte, Serenity. Pero sé que todo debe seguir su curso. Si está vivo, lo encontrarás. Por ahora, acabamos de ganar la guerra. Ocupémonos de nuestros heridos.

Me volví y miré el campo que nos rodeaba. Todo lo que pude ver fueron los lobos que habían dado su vida para que el resto pudiéramos ser libres. Había cuerpos en diferentes estados de destrucción esparcidos por todas partes. Más allá en el campo, vi a los supervivientes mirándonos. Ahora que Akira había sido derrotada, comenzaban a salir.

Kanan se paró a mi lado, y sentí su mano cerrarse alrededor de la mía.

—Lo logramos, amor. La guerra ha terminado.

Asentí, sintiéndome un poco enferma y mareada.

—Lo conseguimos —respondí débilmente.

—Ahora, honremos a los muertos y... ¡Maya! —gritó asustado.

No sabía lo que ocurría, tan sólo que el suelo se abalanzó sobre mí de repente, y lo siguiente que vi fue oscuridad.

CAPÍTULO SESENTA Y UNO

KANAN

Todos nos situamos al borde del campo. Yo iba en cabeza, con Maya a mi lado. Sus padres nos seguían, Lockworth en silla de ruedas y su madre detrás de él. A nuestra izquierda estaba Serenity, con aspecto sombrío. Después, detrás de todos nosotros, el resto de supervivientes de la gran guerra. Se hizo un gran silencio mientras contemplábamos la tragedia que teníamos delante.

Todos los cadáveres habían sido dispuestos ordenadamente en piras por todo el campo. El recuento de bajas fue descorazonador. Además de mi primo Zeke, fueron muchos los que perdieron la vida por la sed de poder de Akira. Tabitha, Ariel y muchos otros Alfas que habían venido aquí en busca de refugio también dieron su vida por nosotros. Incluso Lockworth había resultado gravemente herido y, según Serenity, quizá nunca pudiera recuperarse del todo.

Habían pasado tres días desde que derrotamos a Akira, pero aún no nos habíamos quietado el amargo sabor de la batalla. Todos habíamos perdido a alguien, y una ola de tristeza se extendió por la Capital.

Pero había esperanza. Akira se había ido y nunca volvería, lo que significaba que quienes murieron en la batalla no lo hicieron en vano. La muerte de Zeke significaba algo porque su sacrificio me mantuvo vivo para poder sacar el corazón de Morellis de su pecho y también destrozar los dedos de Akira. Zeke era la razón por la que yo hoy podía oficiar el entierro masivo de mis compañeros lobos.

Sentí un golpecito en el hombro que me devolvió al presente. Era Maya. Me apretó el hombro para tranquilizarme.

—Es la hora.

Serenity cogió una antorcha y, moviendo los dedos, le dio vida. Me la entregó. Cerré el puño en torno a la madera, respiré hondo y di un paso adelante.

—Oh, espíritus —recité en voz alta para que todos pudieran oírme—. Os pedimos que guieis a nuestros caídos en su viaje para encontrarse con nuestros antepasados. ¡Escuchadnos, oh espíritus!

—¡Escuchadnos, oh espíritus! —corearon todos.

Bajé la antorcha al suelo y coloqué el extremo encendido en un punto marcado por Serenity. Al instante, se prendió fuego y una estela recorrió las piras hasta que todos los cuerpos quedaron

envueltos en llamas. Apagué la antorcha y retrocedí para ver cómo el fuego purificaba y limpiaba. Sentí que los dedos de Maya se entrelazaban con los míos, la miré y ella apoyó la cabeza en mi hombro. Asentí con la cabeza. Todo iba a salir bien. Estaba seguro de ello.

Cuando terminó, planificamos la vuelta de todos a sus hogares. Las manadas tenían que volver a sus territorios para poder retomar sus vidas. Los autobuses que los transportaban comenzaron a salir de la Capital casi de inmediato.

—Maya.

Ambos oímos que la llamaban al mismo tiempo. Era su madre, que empujaba a Lockworth en la silla mientras se acercaban.

—Mamá —murmuró Maya débilmente. Yo sabía lo que le entristecía ver a su padre en ese estado—. Papá.

—Tenemos que irnos ya —dijo su madre.

—¿En serio? —pregunté—. Sabéis que podéis quedaros aquí todo el tiempo que queráis, al menos hasta que te mejores.

—Kanan, sabes muy bien que mi gente me necesita. Además, tengo que estar allí cuando elijan un nuevo Alfa.

—¿Un nuevo Alfa? —se extrañó Maya.

—Cariño, desde que me lesioné, sabías que era inevitable. El Alfa tiene que ser alguien fuerte y viril, y yo no soy nada de eso en esta silla de ruedas.

—Pero mamá...

—No hay más que hablar —repuso su madre—. Creo que es hora de que nos tomemos un descanso del liderazgo durante un tiempo. Tu padre y yo hemos hecho muchas cosas de las que estamos orgullosos. Sobre todo, de ti. Nuestro trabajo está hecho. Ahora sólo nos queda pasar los días disfrutando tendidos al sol.

—¿Qué? —Maya palideció.

—Lo siento —rio su madre entre dientes—. Sonaba mejor en mi cabeza.

—No te preocupes, Maya —sonrió su padre—. La manada estará bien. Y también tu madre y yo. Tú y Kanan tenéis gente que depende de vosotros ahora. Aseguraos de no defraudarlos. Ahora sois líderes, así que, liderad.

Asentí con la cabeza mientras daba un paso al frente y le tendía la mano.

—Muchas gracias, señor. Ha sido un honor luchar a su lado.

—Lo mismo digo. Puede que esté incapacitado, Kanan, pero si alguna vez necesitas algo, no dudes en llamarme.

—No estás incapacitado, pero no dudes que te llamaré. Gracias una vez más.

—Adiós, papá —dijo Maya, secándose las lágrimas—. Iré a veros pronto.

Justo cuando su madre se disponía a apartar la silla, Lockworth levantó la mano.

—Espera un poco.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¿Quién iba a pensar que sería Maya quien mataría a mi ex? —murmuró, riendo—. Siempre pensé que lo haría tu madre.

—Mejor nos vamos a casa —replicó la madre de Maya mientras todos estallábamos en carcajadas.

Fue un gran detalle que aligeraran así el ambiente. Mientras lo llevaba hacia el autobús, que se llenaba rápidamente con el resto de su manada, vimos a Serenity caminando hacia nosotros con su mochila.

A mi lado, note como los hombros de Maya se hundían.

—¿Te vas otra vez? —preguntó con pesar.

Serenity sonrió con ironía.

—Sí, pero esta vez no me meteré en nada peligroso. Lo prometo.

—No sé. Tienes cierto imán para atraer el peligro —respondió Maya, burlona—. ¿Cuál es tu plan?

—Primero, tengo que encontrar a Eric. Estará cabreado porque le envié a través del portal sin avisarle.

—Si no lo hubieras hecho, probablemente estaría muerto —la consolé.

—Añadiré eso a mi lista de argumentos. Gracias.

—¿Y después? —preguntó Maya.

—Tengo que volver a Siren Enclave, Maya. Las brujas llevan mucho tiempo viviendo con miedo a Akira. Ahora que se ha ido, no sé cómo serán las cosas. Siento que necesitarán una especie de líder que las guíe en el proceso.

—¿En serio? ¿Tú, una líder? —replicó Maya.

—¿Acaso crees que no tengo lo que hace falta para serlo?

—Créeme, sé que lo tienes. Pero no te vas sólo por las brujas, ¿verdad? O al menos, ellas no son la única razón. También se trata de tu padre, ¿no es así?

Serenity aspiró hondo y luego asintió.

—Tienes razón. No puedo olvidar lo que dijo Akira. Tengo que averiguar si es verdad que mi padre está muerto, como me hicieron creer. Y las únicas personas que lo saben son las brujas del Enclave.

—Pero Serenity, intentaron matarte, ¿recuerdas? —protestó Maya.

—Estaban siendo castigados por Akira. Ahora que están libres de ella, espero que puedan darme algunas respuestas a los millones de preguntas que tengo. O tal vez indicaciones. De cualquier manera, estaré bien.

Maya negó con la cabeza.

—Serenity, has recorrido un largo camino desde aquella bruja que nos salvó de sus hermanas hace dos meses.

—Sí, he pasado por mucho en tan poco tiempo. No te preocupes. Estaré bien. Te lo prometo.

—Más te vale. Ven aquí.

Maya la abrazo. Tardaron varios segundos en separarse. Serenity me miró.

—Ven aquí, muchachote —dijo y también me abrazó.

—Os veré pronto, chicos, pero por ahora, tengo que ir a Texas. —Serenity realizó una serie de movimientos hábiles con los dedos y un portal se abrió ante ella—. También he mejorado mucho en esto.

—Pero no aterrices en la habitación de otro hombre, ¿vale? —rio. Maya.

Serenity también rio con ganas.

—Ni hablar.

Entró en el portal y, segundos después, desapareció.

Nos quedamos solos al aire libre, observando la Capital. Vi cómo Betty conducía a su hija hacia su casa. Fue entonces cuando me di cuenta de que, mientras yo lloraba la pérdida de Zeke, lo más probable era que su mujer y su hija lo estuvieran pasando peor.

A medida que se iban marchando más lobos, la Capital se iba vaciando y el ruido disminuía.

Nos quedamos allí, y sentí que su mano se enlazaba con la mía.

Era bueno saber que los días oscuros habían quedado atrás. Ahora sólo nos esperaban cosas buenas. Perdimos mucho, pero todos los que salimos vivos nos aseguraríamos de que su sacrificio no fuera en vano. Sólo así tendría sentido vencer al mal.

—Vamos, amor —dije a Maya mientras rodeaba su cintura con mis manos—. Vámonos a casa.

PROTECTOR ALFA INESPERADO

Gertty Rudraw

PRÓLOGO



Hazendra, la reina de los vampiros, se agitaba con fuerza mientras sostenía en brazos a un bebé diminuto. Tenía la boca abierta y los colmillos desnudos, y el bebé dormía sonriente en sus brazos. Hazendra quería clavarle los colmillos, pero no podía acercarse ni un milímetro.

La reina de los vampiros estaba de pie en la cima de una pequeña colina, recortada contra el cielo nocturno. Era alta y esbelta, con el pelo blanco como la nieve que le caía por la espalda como una cascada bailando al viento. Sus ojos brillaban como diamantes en la oscuridad y su pálida piel parecía resplandecer con una pálida luz dorada.

El bebé que tenía en brazos no tenía nada de especial a primera vista. No tenía más de una semana de vida y, como máximo, pesaba seis kilos. Se acurrucaba en los brazos de la vampiresa, pero dormía como si el frío de la noche, el ruido de la batalla o el temblor de las manos que lo sostenían no pudieran perturbar su paz.

El bebé tenía un repulsivo hedor a hombre lobo, lo que volvía loca de rabia a Hazendra. Pero también había otro olor en él, tenue pero inconfundible. Era el hedor de una bruja, Onetha, la criatura que dio a luz al niño.

Hazendra parecía una bandera de batalla gigante en la cima de la colina. Su vestido negro y rojo ondeaba con la fuerte brisa de medianoche. Pero su agonía crecía con cada segundo que pasaba. Ella tenía la sangre de la madre, pero este pequeño bebé en sus brazos estaba fuera del alcance de sus colmillos. Lanzó un grito ensordecedor que resonó en las colinas lejanas. Pero el bebé no se despertó. Solo se acurrucó más cómodamente en sus brazos.

La reina de los vampiros escrutó el valle bajo sus pies y vio un pequeño grupo de hombres lobo rodeados por hordas de vampiros. La muerte cubría el valle, oleada tras oleada de vampiros despedazados por las fauces de los lobos. La reina no sintió ningún remordimiento por las pérdidas. La mayoría llevaban pocos días convertidos a sus filas. Eran prescindibles, no valía la pena contarlos.

Los hombres lobo estaban en inferioridad numérica y de fuerzas, rodeados por el ejército de vampiros. Aunque luchaban ferozmente, estaba claro que perdían terreno. Sus aullidos llenaban la noche, mezclándose con los gritos de los heridos.

Lobos muertos o moribundos yacían inmóviles aquí y allá mientras eran pisoteados por las botas de los vampiros. Negro contra rojo, rojo contra negro, los colores de la casa de la reina Hazendra

tapizaban las tierras iluminadas por la luna.

De repente, un rugido resonó en el valle e interrumpió el caos de la batalla. Los ojos de la reina se entrecerraron al ver a un enorme hombre lobo, el doble de grande que cualquiera de sus hermanos, avanzando hacia su posición.

Desenvainó la espada, una reluciente hoja de plata que brillaba incluso en las noches más oscuras. Pero hoy no necesitó usarla. Su horda llegó hasta el lobo gigante, desenvainó los colmillos y las espadas, y atravesó su carne sangrante.

El hombre lobo aulló de dolor, pero no vaciló. Continuó con la embestida, sus enormes garras rasgaron el suelo mientras se acercaba a la reina con los ojos dorados fijos en el bebé que descansaba en la mano de Hazendra.

Pero, incluso la más poderosa de las criaturas tiene un límite de sufrimiento. El lobo se tambaleó y luego se desplomó en el suelo, los ojos ya sin vida mirando al bebé hasta el último momento.

Hazendra observó la caída de su enemigo con una sonrisa retorcida. Pero sus ojos expertos captaron un cambio repentino en la batalla. Más hombres lobo emergieron de las sombras y con los ojos encendidos de furia arremetieron contra las filas de vampiros. Eran de diferentes colores y diferentes manadas. Sabía que no estaba luchando contra una sola manada, sino contra todo un ejército de licántropos a la vez.

La reina no tardó en darse cuenta de que había subestimado a los hombres lobo. Eran más astutos e ingeniosos de lo que había pensado, y luchaban con una ferocidad que ni siquiera sus soldados veteranos podían igualar.

El ejército de vampiros empezó a flaquear cuando los hombres lobo los rodearon, haciéndolos retroceder. La reina sabía que tenía que actuar con rapidez si quería ganar la batalla.

Hazendra se dio cuenta de que la victoria se le escapaba de las manos.

—¡Maldita seas, Onetha, malditos tú y los de tu especie!

Hazendra cayó de rodillas. Alzó al bebé y lo sostuvo en alto, utilizando cada gota de su voluntad para destrozarlo. Pero ni siquiera pudo despertar al pequeño que tenía en sus manos.

Desconcertada y derrotada, Hazendra colocó al bebé en la colina y gritó a sus tropas. El grito congeló la batalla que tenía lugar en el valle y los vampiros se pusieron en marcha, huyeron en todas direcciones con los hombres lobo pisándoles los talones.

Con una última mirada penetrante al bebé, que dormía en el suelo, Hazendra recogió su vestido y huyó.

CAPÍTULO 1



FREYA

Estaba sumida en mis pensamientos cuando empujé la puerta para entrar al bar Silverwood. La música estridente de la pista de baile y la alegre charla de los borrachos llenaron la noche, devolviéndome a la realidad que tenía ante mí. Fuera, una enorme luna iluminaba el cielo de Colorado. Dentro, un espeso olor a sudor, alcohol y desenfreno flotaba en el aire. Mi mente había estado tan ocupada en las últimas 24 horas que no advertí que era noche de fiesta.

Recorrí la sala, observando la escena mientras me quitaba el abrigo. El bar estaba abarrotado, todas las mesas y reservados estaban ocupados, y la pista de baile ya estaba llena de chicos y chicas lobo. A la mayoría los conocía de toda la vida, eran de la misma edad que yo.

Mi primer impulso fue volver a casa. Pero necesitaba un trago esta noche. Y estar rodeada de gente me hacía sentir bien, en cierto modo. No me apetecía estar sola después de lo que había pasado la noche anterior. Además, temía que mis padres vinieran a buscarme tras rechazar su invitación a cenar a último momento. No quería que me encontraran en casa y supieran que les había mentido.

Mientras me acercaba lentamente a un taburete, me di cuenta de que, con mi camisa a cuadros *oversized* y mis vaqueros, resaltaba como una mosca en la leche, entre la multitud. Las chicas que me rodeaban llevaban vaqueros ajustados con tops escotados o vestidos de cóctel que dejaban al descubierto la mayor parte de su piel. Brillaban por el maquillaje y el sudor, y sus ojos centelleaban de alegría y orgullo.

Creo que nadie se molestó en dirigirme la mirada. Todos estaban ocupados riendo entre amigos o bebiendo. Me senté en un taburete y miré a mi alrededor para ver si localizaba alguna cara familiar. Había algunos conocidos. Algunos incluso me saludaron. Les devolví el saludo, pero no me acerqué a ninguna de las mesas.

Mis ojos se posaron en Natalee, la camarera regordeta, que siempre tenía una sonrisa en el rostro. Llevaba su uniforme negro habitual y el pelo corto y rubio recogido en un moño. Trabajaba como una máquina, preparando una bebida tras otra. Incluso en días como aquel, cuando el local estaba abarrotado, Natalee se las arreglaba para dedicar un momento a sus clientes habituales, como yo.

—¡Freya! ¿No estás de fiesta esta noche? —preguntó arqueando una ceja.

—Estoy cansada —dije con un suspiro. Después de todo, no tenía ganas de fiesta.

—La primera vez puede ser dura. Yo también recuerdo la primera vez que me convertí. Pensé que me iba a morir. Pero deberías celebrarlo; es la noche de los jóvenes. Toma —me ofreció un trago—, invita la casa.

Levanté el vaso hacia ella y me lo bebí despacio, el alcohol me quemó hasta el fondo. Ayer fue el solsticio de invierno, y todos los jóvenes de veintiún años, incluida yo, nos transformamos por primera vez en la noche. Y hoy lo celebran; es uno de los acontecimientos más importantes en la vida de cualquier hombre lobo.

Dirigí mi atención a un grupo de chicas sentadas cerca de donde yo estaba. Conocía a algunas de ellas: Gil con su pelo rojo rizado, Kate con un vestido verde que dejaba al descubierto la mayor parte de sus pechos y Ruth con un vestido de tirantes plateado que amenazaba con caerse al suelo en cualquier momento. Eran las chicas malas de la manada, rodeadas de muchas otras que parecían atraídas por ellas como los insectos por la luz. Qué grupo más patético, pensé. No pude evitarlo al oír algunas de las cosas que decían.

—Sentí que podía correr eternamente —dijo una de ellas, sonriendo.

—Me encontré aullando a la luna —añadió otra.

Tomé un sorbo de mi segunda copa en silencio. Las demás reían y hablaban de sus parejas predestinadas, y no pude evitar poner los ojos en blanco. La mayoría soñaba con estar predestinada a Lucian, el hijo del alfa. No podía negar que era atractivo, pero la idea de estar destinada a alguien a quien apenas conocía no me entusiasmaba. Además, Lucian era demasiado superficial y creía que el mundo giraba a su alrededor.

—Espero que no sea Lucian —murmuré, tomando otro sorbo.

—¿Qué has dicho, Freya? —preguntó una de las chicas, volviéndose hacia mí mientras estaba en la barra esperando para pedir algo.

—Nada —respondí rápidamente e hice fondo blanco, con la esperanza de evitar más preguntas.

—No tienes buen aspecto.

Levanté la vista y vi que era Viola, mi antigua compañera de clase. Por su expresión, parecía preocupada.

—Estoy bien, solo me siento cansada —Intenté sonreírle, tratando de desviar su atención.

—La primera vez puede ser difícil —dijo, poniendo su mano en mi hombro.

Me iba a volver loca escuchando lo mismo una y otra vez. Había perdido la cuenta de las veces que lo había oído desde el amanecer. Sonreí a Viola y me concentré en mi vaso vacío. Natalee vino a rescatarme justo a tiempo con un nuevo trago para sustituir el que acababa de terminar.

Iba por mi tercera o cuarta copa cuando me fijé en Sage, la amiga que había estado buscando cuando llegué. Era una joven bruja que trabajaba de camarera en el bar. Parecía cansada esta noche y algo incómoda con su vestido negro corto y el delantal blanco. Se la notaba frustrada por la atención que estaba recibiendo, y pude ver la expresión de vergüenza en su cara.

Sage era una chica pequeña, de no más de metro y medio. Su diferencia de altura era lo primero

que se notaba entre los altos hombres lobo que llenaban el bar. Tenía grandes ojos verdes y el cabello plateado, un color poco común en esta ciudad. Esta noche lo llevaba recogido en un moño apretado.

Conocía a Sage de mis patrullas rutinarias como guarda forestal. Ella vive sola en una pequeña cabaña en lo profundo de la selva. Rara vez se reúne con alguien, y yo soy una de las pocas personas a las que invita a su humilde hogar. Fue ella quien me pidió que le encontrara un trabajo pero, sin más habilidades que su magia, no fue fácil conseguirlo. Al final, le pedí a Natalee que la ayudara a que la contrataran en el bar. Ahora empezaba a dudar si había hecho lo correcto.

Sage ya había protestado más de una vez por el código de vestimenta de las camareras. Ella siempre llevaba vestidos largos o faldas, pero el bar exigía que las empleadas llevaran ropa corta negra con un delantal blanco. Me pregunté cuánto tardaría en dimitir y culparme a mí por haberla metido en aquel lío.

Pero a Sage le costaría dejar este trabajo, porque le resultaba imposible encontrar otro en esta ciudad. Yo era su única amiga de verdad y la única persona del pueblo que toleraba su rareza. A Sage no le gustaban los lobos pero, por alguna extraña razón, yo le caía bastante bien. Y mientras no me molestara con mi trabajo, la toleraba y la dejaba pasar tiempo conmigo.

Observé cómo Sage se abría paso por el abarrotado bar, entrando y saliendo de las mesas con una bandeja de bebidas en la mano. Parecía inquieta, sus ojos se movían nerviosos como si buscara algo.

Sabía que aún se estaba adaptando a su nuevo trabajo como camarera. Ser una bruja joven en un bar lleno de lobos podía ser abrumador, incluso para alguien con tanto carácter como ella. Y esta noche era la peor de todas, con los lobos radiantes de orgullo, buscando a quién fastidiar.

Cuando Sage se acercó a una mesa cerca del fondo del bar, vi que le empezaban a temblar las manos. Dejó la bandeja de bebidas y dio un paso atrás, como si tratara de distanciarse del alborotado grupo de chicos que gritaban y vociferaban.

De repente, uno de los chicos golpeó la mesa con el puño, haciendo que los vasos de la bandeja tintinearan. Sage se sobresaltó e intentó sujetar la bandeja, pero no pudo.

La bandeja se volcó, y jarras de cerveza y otras bebidas volaron por todas partes. Los chicos de la mesa estallaron en carcajadas. Sage estaba mortificada. Parecía a punto de echarse a llorar mientras miraba el amasijo de vasos rotos y bebidas derramadas a sus pies.

Se agachó a recoger los trozos más grandes y otra camarera llegó corriendo con una escoba. La camarera de mayor edad era una de las nuestras y por su cara de pocos amigos era obvio que no iba a aguantar ninguna de las mierdas que Sage estaba soportando. Con su llegada, los chicos dejaron su patético comportamiento y se calmaron. Los demás volvieron a sus juergas, chismes y cualquier otra cosa que estuvieran haciendo.

Vi cómo Sage desaparecía detrás del mostrador, con la cara roja y los ojos llenos de lágrimas. Miré a Natalee y ella se encogió de hombros. Ninguna de nosotras podía hacer nada.

Luego, la vi volver del mostrador con un nuevo juego de bebidas. Se le habían quitado las lágrimas. Quizá se había lavado la cara. Esta vez sirvió a la mesa donde estaban Gil y sus

amigas. Observé con preocupación cómo trataría a Sage aquel grupo de chicas tan malvadas. Como me temía, se rieron cuando Sage se acercó a la mesa.

—Debes ser la peor camarera de todo el mundo. Derramas el doble de bebidas de las que sirves —Ruth se apresuró a saltar sobre ella.

—¿Por qué no te han despedido todavía?

—¿Por qué tienen una bruja en el bar?

Los demás se unieron. Sage intentó evitarlos, pero era imposible servir aquella mesa y evitarlos al mismo tiempo. Los observé atentamente, con la bebida en la mano. Estaba impaciente por ver a dónde conduciría todo aquello.

Sage levantó la cabeza y me miró. Pude ver el terror en sus ojos. Era como si me suplicara que fuera a salvarla. Pero yo no estaba de humor para intervenir, tenía demasiadas cosas que hacer esta noche.

Los insultos le llovían de todas partes, y Sage se estaba volviendo loca. Empezó a llorar, como me temía, y las lágrimas que rodaban por sus mejillas excitaron a las chicas de la mesa. La acorralaron como una manada de lobos alrededor de un conejo indefenso.

Mi paciencia se estaba agotando, pero no estaba de humor para montar una escena o empezar una pelea esta noche. Así que me quedé en mi asiento y miré a mi alrededor para ver si alguien del bar intervenía. Pero todo el mundo estaba demasiado ocupado. Ni siquiera se veía a Natalee.

—¿No ves lo patética que pareces? —Gil se puso en pie y se agachó hasta quedar a la altura de Sage. Con un rápido movimiento, le dio un codazo en el costado para que derramara otra bandeja de bebidas.

Y todo el bar estalló en carcajadas una vez más.

Era demasiado para mí. Fui yo quien le consiguió el trabajo a Sage, y ahora que se había convertido en el hazmerreír de la noche, me sentía en gran parte responsable de este acoso.

Respiré hondo y tras vaciar el resto de mi bebida, me levanté y me dirigí a su mesa. Las chicas me miraron, sorprendidas por mi repentina aparición.

Me quedé allí, impidiéndoles ver a Sage. Las chicas parecían agitadas por mi intromisión entre ellas y su presa.

—Freya, ¿tienes algún problema? —preguntó Ruth.

—No, solo estoy parada. ¿Tienes algún problema con eso?

—Mira quién ha venido a salvar a su pequeña mascota —esta vez fue Kate.

No pude soportarlo y apoyando las manos sobre la mesa, la increpé:

—¿Por qué no la dejas en paz? Solo está haciendo su trabajo.

Las chicas se burlaron de mí y su gesto se volvió rabioso.

—¿Quién te crees que eres? —me dijo Gil con un gruñido—. ¿Te crees la dueña de este lugar?

Podía sentir a mi lobo agitándose dentro de mí, instándome a contraatacar. Pero mantuve la calma y el tono normal.

—No, pero eso no significa que vaya a quedarme de brazos cruzados viendo cómo intimidas a cualquiera a tu alrededor. Si quieres meterte con alguien, ¿por qué no te metes con alguien de tu tamaño para variar?

Las chicas se miraron entre sí y luego se volvieron hacia mí. Pude ver la vacilación en sus ojos, pero no se echaron atrás.

—No sabes dónde te estás metiendo —dijo Ruth mientras se levantaba de su asiento—. Espero que al menos sepas contar hasta diez. Mira cuántas somos, y tú estás sola.

Las chicas de la mesa se levantaron una a una. Las conté. Eran ocho. Todas estaban de pie con los brazos cruzados o en jarra. Sus ojos brillaban en la penumbra y sonreían, en parte por la excitación o la ira y en parte por estar borrachas.

Miré alrededor y me di cuenta por primera vez de que ahora todo el mundo nos miraba, todas las chicas y chicos de las otras mesas observaban la escena con interés. Y ninguno de ellos hizo ademán de intervenir. «Una pelea de chicas para hacer la noche más memorable», me sentí asqueada al pensarlo.

No importaba. Estaba decidida a defender lo que era justo, costara lo que costara.

Saqué el pecho, sintiendo los músculos en tensión.

—No me importa cuántos sean —dije—. No voy a quedarme de brazos cruzados viendo cómo intimidas a otra persona. No está bien.

Las chicas me miraron, evaluándome. Yo era más alta que todas ellas y, de no ser porque eran más, ya se habrían acobardado. Pero esta noche estaban borrachas y sus recientes cambios las habían vuelto orgullosas. Se sentirían estúpidas si no se metieran en una pelea.

Sentí que Sage se movía detrás de mí. Su suave mano se posó lentamente en mi espalda y se acercó para susurrarme.

—No tienes que hacer esto, Freya. Puedo arreglármelas sola.

Apreté los dientes. Y sin apartar los ojos de las chicas, murmuré en voz baja, más para mí misma que para responderle.

—No te preocupes, Sage. Yo me encargo.

Ahora todo el bar nos miraba. Sentí que mi corazón se aceleraba. El lobo en mi interior estaba tomando el control. Podía oír la respiración agitada de Sage también. Y podía sentir las emociones de los de mi manada.

También reparé en Natalee. Parecía preocupada. Sabía que podría haber vencido fácilmente a dos o tres de ellas. Ninguna era más fuerte que yo. Pero con ocho —y solo Dios sabe cuántos más estaban esperando para unirse a ellas desde otras mesas— sabía que nunca ganaría esta pelea.

Pero debería haberlo pensado antes de montar una escena aquí. Ahora no había forma fácil de echarse atrás sin romperme la nariz o perder mi orgullo. Y no tenía planeado que ninguna de esas

cosas sucediera.

Caería, pero caería llevándome al menos a tres de ellas conmigo. Y deseaba que esas fueran las tres zorras que ahora estaban en medio de la multitud: Gil, Kate y Ruth.

Estaba a punto de abofetear a una de las chicas, cuando se abrió la puerta principal del bar y se hizo un silencio en cuestión de segundos.

Más información